

400  
F

# FILOLOGÍA

AÑO IV

NÚMS. 1-2-3

ENERO - DICIEMBRE

1952 - 1953



MINISTERIO DE EDUCACIÓN  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD  
DE BUENOS AIRES

*INSTITUTO DE FILOLOGÍA HISPÁNICA*

# FILOLOGÍA

DIRECTOR: ARTURO BERENGUER

EL INSTITUTO DE FILOLOGÍA HISPÁNICA DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS de Buenos Aires publica, cuatrimestralmente, la revista FILOLOGÍA. Las páginas de FILOLOGÍA darán cabida a todo lo que pueda suponer una aportación al mejor conocimiento de la lengua y la cultura hispánica, tanto en su aspecto peninsular como —y especialmente— americano. Asimismo publicará trabajos de interés románico general. Las colaboraciones se agruparán en las secciones acostumbradas de artículos, notas y reseñas.

INSTITUTO DE FILOLOGÍA HISPANICA

DIRECTOR: ARTURO BERENGUER

*Ayudante de Investigaciones, técnico y docente*

GUILLERMO L. GUITARTE

*Jefe de Seminario*

ÁNGELA BLANCA DELLEPIANE DE MARTINO

*Auxiliares*

ELENA BOTTO

MARÍA ISABEL ITURRIOZ

Toda la correspondencia relativa a FILOLOGÍA debe dirigirse a Arturo Berenguer, Director del INSTITUTO DE FILOLOGÍA HISPÁNICA, Reconquista 572, Buenos Aires

Los trabajos deben presentarse mecanografiados  
en su redacción definitiva

Los pedidos deben hacerse a la Oficina de Venta de Publicaciones de la Facultad de Filosofía y Letras, Viamonte 416, Buenos Aires.

# FILOLOGÍA

TOMO IV

AÑO 1952-1953

DIRECTOR : ARTURO BERENQUER



MINISTERIO DE EDUCACIÓN  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

*INSTITUTO DE FILOLOGÍA HISPÁNICA*



# ÍNDICE DEL TOMO IV



## ARTÍCULOS

- DELLEPIANE DE MARTINO, ÁNGELA BLANCA, *Ficción e historia en la "Trilogía de los Pizarros" de Tirso* ..... 49-168 ✓
- GARASA, DELFÍN LEOCADIO, *Voces náuticas en Tierra Firme, I* ..... 169-209
- GAZDARU, DEMETRIO, *Cartas inéditas de Adolfo Mussafia. La ley sintáctica "Tobler-Mussafia" y otros problemas filológicos* ..... 8-48 ✓
- GUITARTE, GUILLERMO L., *Amado Alonso* ..... 3-7 ✓

## RESEÑAS

- Antología de elogios de la lengua española. Nota preliminar y selección de Germán Bleiberg - Nélida H. Espinosa* ..... 235-237
- F. GENNRICH, *Troubadours, Trouvères, Minne- und Meistersang. Od, Altfranzösische Lieder (1. Teil), Gerardo Moldenhauer* ..... 258-261
- GONZÁLEZ, MANUEL PEDRO, *Estudios sobre Literaturas Hispanoamericanas. Glosas y Semblanzas. Germán Orduna* ..... 249-254

- HERRERA, FERNANDO DE, *Rimas inéditas*, ed. José Manuel Blecua. · Orestes Frattoni . . . . . 220-223
- HORRENT, JULES, *La Chanson de Roland dans les littératures française et espagnole au Moyen Age.* · María Luisa Lacroix . . . . . 238-249
- MORÍNIGO, MARCOS A., *Difusión del español en el noroeste argentino.* · Lucilo Oriz . . . . . 254-258
- Selected Writings of Edward Sapir in Language, Culture and Personality.* Edited by David G. Mandelbaum. · Emma Gregores . . . . . 210-220
- SIMÓN DÍAZ, JOSÉ, *Bibliografía de la Literatura Hispánica*, Tomos I, II y III. · Alfredo Carballo Picazo 227-235
- ZALDUMBIDE, GONZALO, *Cuatro clásicos americanos.* · Ángela Blanca Dellepiane de Martino . . . . . 224-227

#### REVISTA DE REVISTAS

*Comparative Literature*, IV, 1952.

- SPITZER, LEO, *The Mozarabic Lyric and Theodor Frings' Theories*, págs. 1-22. · G. L. G. . . . 262-265
- MENÉNDEZ PIDAL, RAMÓN, *La épica medieval en España y Francia*, págs. 97-117. G. L. G. 265-268
- LÓPEZ ESTRADA, FRANCISCO, *La influencia italiana en la "La Galatea" de Cervantes*, págs. 161-69. · G. L. G. . . . . 268
- CASTRO, AMÉRICO, *Mozarabic Poetry and Castile: a Rejoinder to Mr. Leo Spitzer*, págs. 188-89. · G. L. G. . . . . 268-270
- CASTRO, AMÉRICO, *El "Libro de Buen Amor" del Arcipreste de Hita*; págs. 193-213. · G. L. G. . . . . 270-273

Word, VIII, 1952.

- BASILIUS, HAROLD, *Neo-Humboldtian Ethnolinguistics*, págs. 95-105. · A. B. D. de M. . . 273-274
- DELATTRE, PIERRE; LIBERMAN, ALVIN; COOPER, FRANKLIN S.; GERSTMAN, LOUIS J., *An Experimental Study of the Acoustic Determinants of Vowel Color; Observations on One- and Two-formant Vowels Synthesized from Spectrographic Patterns*, págs. 195-210. · A. B. D. de M. . . . . 274-275
- POLITZER, ROBERT L., *On b and v in Latin and Romance*, págs. 211-215. · A. B. D. de M. 275-277
- CROWLEY, CORNELIUS J., *Some Spanish Ballad Problems*; págs. 258-259. · A. B. D. de M. 278





## ABREVIATURAS

- AGI — Archivio Glottologico Italiano. Torino.
- AILC — Anales del Instituto de Lingüística. Universidad de Cuyo.  
Mendoza.
- BAAL — Boletín de la Academia Argentina de Letras. Bs. Aires.
- BAE — Boletín de la Real Academia Española. Madrid.
- BDH — Biblioteca de Dialectología Hispanoamericana. Bs. Aires.
- BH — Bulletin Hispanique. Bordeaux.
- Bib. Aut .Esp — Biblioteca de Autores Españoles. Madrid.
- CuA — Cuadernos Americanos. México, D. F.
- CUHEsp — Cuadernos de Historia de España. Buenos Aires.
- Fil — Filología. Buenos Aires.
- HispB — Hispania. Baltimore.
- HR — Hispanic Review. Philadelphia.
- JRELi — Jahrbuch für romanische und englische Literatur. Wien.
- LGRPh — Literaturblatt für germanische und romanische Philologie.  
Leipzig.
- Logos — Logos. Buenos Aires.
- MLR — The Modern Language Review. Cambridge, England.
- NBAE — Nueva Biblioteca de Autores Españoles. Madrid.
- NRFH — Nueva Revista de Filología Hispánica. México, D. F.
- PhQ — Philological Quarterly. Iowa.
- RDTrP — Revista de Dialectología y Tradiciones Populares.  
Madrid.
- RFE — Revista de Filología Española. Madrid.
- RFH — Revista de Filología Hispánica. Buenos Aires.
- RFR — Rivista di Filologia Romanza. Roma.
- RHi — Revue Hispanique. Paris-New York.
- Ro — Romania. París.

RomPh — Romance Philology. Berkeley, Cal.

RRQ — The Romanic Review. New York.

RSt — Romanische Studien. Strassburg.

Speculum — Speculum. A Journal of Medieval Studies. Cambridge, Mass.

Sur — Sur. Buenos Aires.

VoxR — Vox Romanica. Zürich.

Word — Word. Journal of the Linguistic Circle of New York.

ZFSp — Zeitschrift für französische Sprache und Literatur. Jena und Leipzig.

ZRPh — Zeitschrift für romanische Philologie. Halle.

ZVgLS — Zeitschrift für vergleichende Sprachforschung. Gütersloh.





*Tras un silencio de más de dos años, FILOLOGIA —órgano del Instituto de Filología Hispánica, dependiente de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires— reaparece a fin de continuar su tarea de relación científica en el mundo de la Lingüística románica.*

*Circunstancias totalmente ajenas al buen deseo de las autoridades de la Facultad y Dirección del Instituto impidieron la normal periodicidad de su aparición, entre otras, la reorganización de los Institutos de la Facultad, así como el cambio de Director en el de Filología Románica, hoy denominado de Filología Hispánica.*

*En efecto, luego del alejamiento del Dr. Alonso Zamora Vicente, quien se retiró de la Dirección para reintegrarse a su cátedra*

*en la Universidad de Salamanca, a fines de 1951, dicha Dirección no fué ocupada titularmente hasta mayo de 1953, en que se designó para la misma al Profesor Dr. Arturo Berenguer Carisomo, quien, a su vez, ocupó como titular la cátedra respectiva.*

*El cambio de denominación del Instituto se operó, al reorganizarse los mismos, en el mes de julio de 1953.*

*Fueron estos motivos —repetimos— los que obstaculizaron un desarrollo regular en las actividades del Instituto. Al reanudar normalmente sus funciones, trabajos e investigaciones, la revista FILOLOGIA vuelve al campo de los estudios lingüísticos románicos con su tradicional estructura, así como con el mismo anhelo de servir al ideal común de la lengua hispanoamericana.*

LA DIRECCIÓN.



# FILOLOGÍA

AÑO IV

NÚMS. 1-2-3

## AMADO ALONSO

Con Amado Alonso pierde la lingüística hispánica uno de sus espíritus directores, cuando su intensa vida de trabajo hacía presagiar los mejores frutos para su madurez; el golpe ha sido aún más fuerte para los hispanoamericanos, que perdemos en él a la figura rectora de la filología en nuestros países. El nombre de Amado Alonso está unido a una etapa fundamental en los estudios lingüísticos de Hispanoamérica, a los que supo vivificar con su entusiasmo, inteligencia y originalidad, y seguramente su figura se irá agrandando con el correr del tiempo a medida que su obra — surgida en su mayoría en Buenos Aires— sea más ampliamente conocida en Europa y América.

Amado Alonso reunía en sí muchas cualidades que difícilmente suelen darse juntas y su obra numerosa abarca distintos campos que cultivó siempre con exactitud técnica y finura. Jean Paulhan dijo alguna vez que los hombres de talento se reconocen en que combinan el espíritu de análisis con el de síntesis. No podría darse mejor definición de Alonso. Esta doble dirección aparece en todos sus trabajos: interpretación teórica de la cuestión, y sopesar minucioso y técnico de los datos; esto ya desde su primer trabajo de proporciones: *La subagrupación románica del catalán*. Fué su espíritu de comprensión hacia la naturaleza del lenguaje lo que lo llevó a cultivar con asiduidad la teoría del lenguaje, género de estudios que, podemos decir sin exagerar, introdujo en el ámbito de nuestra lengua; admirador y deudor de Vossler, conservó siempre alerta su espíritu crítico y supo completar su idealismo con la doc-

trina ceñidamente lingüística de Saussure y sus desarrollos por Bally. Aún más, la amplia cultura de Alonso se ampliaba con perspectivas filosóficas y su dominio de las *Investigaciones lógicas* de Husserl le permitió plantear con perfección el problema de las categorías lingüísticas, tal como podemos ver en los estudios parciales que dedicó al tema, pues desgraciadamente parece que la muerte ha truncado la obra que preparaba hacía tantos años.

La adhesión a Vossler no fué una adopción postiza de doctrinas sino un hallar formuladas teóricamente las ideas que respondían a su íntimo modo de ser: junto a la pasión científica por el lenguaje, Amado Alonso tenía también una fuerte sensibilidad literaria. De aquí que para él los problemas del lenguaje y la literatura eran dos planos diferentes de la misma cuestión: gramática y estilística. Veía la unidad de filología y lingüística en que el lenguaje es acto de espíritu, de un individuo, y por tanto donde mejor se manifiesta este acto creador es en las obras de arte del lenguaje, principalmente en la poesía. En su último escrito teórico —el prólogo a su traducción del *Cour de linguistique générale* de Saussure— Alonso se complacía en ver cómo los seguidores del lingüista ginebrino, sin abandonar el riquísimo lote de ideas de su maestro, se veían obligados a dar vuelta su ideología, como ya había pedido Vossler, y centrar a la lingüística en el “habla”. Ésta parece haber sido también la posición definitiva de Alonso.

Sobre esta base surgen sus estudios estilísticos, tan innovadores por su planteo en el dominio de nuestra lengua. *Español “como que”* y *“cómo que”*, trabajo de juventud, es muy fino pero está hecho en general según el método descriptivo tradicional. De valor fundamental son sus dos estudios justamente famosos sobre la categoría lingüística del artículo y sobre los valores del diminutivo, y a éstos hay que añadir las páginas en que critica la teoría de los tiempos del verbo de Bello —verdadero estudio de la categoría verbal en español— de su *Introducción a los Estudios Gramaticales de Andrés Bello*. Dentro de este campo caen también *Sobre mé-todos: construcciones con verbos de movimiento en español* y *El concepto lingüístico de impresionismo*, dos estudios llenos del espíritu exigente y alerta de Alonso, de dominio amplio del tema y de envidiable deslinde e interpretación del material.



Los estudios de hablas individuales son de mano maestra: en cada uno de ellos Alonso perfila la actitud de cada autor en el problema cuya expresión es la obra considerada. La mayoría son breves y trabados artículos de revista sobre Jorge Guillén, Valle Inclán, Lope, Borges, Güiraldes y otros; un estudio alcanza mayores proporciones: *El modernismo en "La gloria de don Ramiro"*, trabajo que puede considerarse ideal en estilística, según dijo Hatzfeld. *Poesía y estilo de Pablo Neruda*, su único libro en este género de estudios, da mucho más de lo que dice su título, pues es una verdadera introducción a la poética del "trobar clus" moderno.

El azar —elemento tan fundamental como la voluntad para trazar destinos— trajo a Amado Alonso a Buenos Aires e hizo de la Argentina su patria de adopción; en 1927 se lo contrató para dirigir por cuatro años el joven Instituto de Filología y aquí se quedó casi cuatro lustros, hasta 1946. En nuestra ciudad Alonso crea la mayor parte de su obra y al frente del Instituto despliega todas sus dotes: en sus cursos, modelos de jerarquía y arte de exposición, atrae a su disciplina a estudiantes con los que forma el plantel de discípulos —muchos ya famosos en el campo del hispanismo— que constituirán el cuerpo del Instituto; luego surgen las colecciones de estudios lingüísticos y estilísticos, en primer lugar, por sus proporciones, la *Biblioteca de dialectología hispanoamericana*, donde se reúnen en un corpus todos los datos y estudios sobre el español de América, con el privilegio de estar anotados o dirigidos por Alonso y sus colaboradores; en fin, en 1939, Alonso comienza a publicar la *Revista de Filología Hispánica*, y con ella la labor del Instituto, con el rigor y la originalidad que caracterizan a su director, alcanza ya indiscutible proyección internacional. Los estudios del Instituto sobre nuestra lengua en el continente representan una posición crítica propia, orientada por Alonso, y han acabado definitivamente con muchos "ídola" que rondaban el problema desde hacía años: sustratismo, proveniencia andaluza o del español preclásico o del vulgar de las características americanas. Y su preocupación por la lingüística hispanoamericana no podía dejar de llevarle a dar su respuesta a nuestra "questionne della lingua" ¿español peninsular o americano? en su *El problema de la lengua en América*.

Pero con la esquemática enumeración de tan amplia obra todavía quedan por recordar los trabajos de Amado Alonso en su disciplina de elección, la fonética que lo colocan en el círculo de los mejores estudiosos de la materia. Alonso fué discípulo de Navarro Tomás en el Centro de Estudios Históricos de Madrid y completó su preparación trabajando tres años en Hamburgo con Panconcelli-Calzia. Sus primeras publicaciones fueron de fonética, y sus estudios en esta materia alcanzaron ya amplitud cuando en 1930 aparecieron sus notas a la fonética de los *Estudios sobre el español de Nuevo Méjico* de Espinosa y, como apéndice al mismo tomo de la *Bibl. de dialect. hisp.-am.*, sus *Problemas de dialectología hispanoamericana*. Sin omitir esfuerzo, en las notas se discuten los problemas que planteaba el texto de Espinosa, y se fijan las cuestiones que suscitaba el español del siglo XVI, base del americano, y por otro lado, se sitúan los hechos dialectales encajándolos con sus correspondientes en toda el área del español americano y peninsular. En los *Problemas...*, con mayor detenimiento e independencia del texto de Espinosa, se discuten a fondo nueve cuestiones fonéticas, cada una de las cuales da lugar a un precioso artículo.

Alonso quedó estudiando los problemas fonéticos del español de América y a lo largo de años aparecían anunciados estudios sobre la pronunciación americana del español en el siglo XVI. Una primera aportación fué en 1939 su trabajo sobre los orígenes del seseo americano y luego, como tratar la fonética del español peninsular en la época de la conquista era tarea previa a considerar sus desarrollos americanos, empezó a surgir en 1946 con sus admirables *Correspondencias árabe-españolas en los sistemas de sibilantes* la serie de artículos sobre problemas fonéticos del español antiguo en su paso al moderno que lo ocupó de manera preponderante hasta su muerte. Todos los trabajos son magníficos, llenos de sabiduría y penetración, y han iluminado de manera notable nuestro conocimiento de la cuestión. Cuando estos artículos se publiquen en Madrid, según se anuncia, juntamente con materiales inéditos bajo el título *De la pronunciación medieval a la moderna en español*, constituirán una de las obras fundamentales de nuestra gramática histórica. Y, siempre alerta a los avances teóricos de la

lingüística, todavía le sobró tiempo a Alonso para hacer una incursión a la fonología y publicar su *Una ley fonológica del español*, de las primeras contribuciones a este tipo de estudios en español.

Amado Alonso, por su talento y por su dominio cada vez más afinado de nuestra disciplina sostenido a lo largo de su fecunda vida, llegó pronto a la categoría de maestro. Él ya no está, pero quedan entre nosotros su obra y su recuerdo ejemplar, a los que el Instituto de Filología Hispánica rinde homenaje de admiración y gratitud.

GUILLERMO L. GUITARTE.

# CARTAS INÉDITAS DE ADOLFO MUSSAFIA

—LA “LEY SINTÁCTICA TOBLER-MUSSAFIA” Y  
OTROS PROBLEMAS FILOLÓGICOS—

La correspondencia de Adolfo Mussafia con G. I. Ascoli es una de las más constantes y más amplias entre las cambiadas por el jefe de la lingüística italiana con los romanistas de su época. Sigue en riqueza e importancia a la enviada por Hugo Schuchardt. Según lo que pude averiguar durante mis investigaciones en el Archivo Ascoliano de Roma, las cartas se escribieron durante un lapso de 35 años: entre 1869-1904. No todas las cartas del filólogo vienés se conservan allá. He podido consultar 32 y he copiado las que me parecieron más interesantes para la historia de la filología románica y para la psicología de ambos protagonistas. Aquí reproduzco 17. Otra se publicará en apéndice a mi artículo *Epistolario inédito de 1878 sobre una nueva edición de la Gramática de Friedrich Diez*, que aparecerá en el segundo volumen de *Homenaje a Fritz Krüger*.

Mussafia vive en una época en que la preocupación principal de la filología románica era descubrir y editar antiguos textos, especialmente franceses. En este sentido sobresalieron los romanistas de Alemania, despertando así, a menudo, el recelo de sus colegas franceses y originando algunas ingratas polémicas, como fué la entablada entre Wendelin Förster y los filólogos parisienses Gastón Paris y Paul Meyer. Mussafia cultivaba una estrecha amistad con ambos y con los demás lingüistas franceses. Sus incursiones en la filología francesa nunca encontraron el desaire o los celos de los franceses. Mussafia era muy tímido y sensible a la crítica; tenía, como dice él mismo, en una de sus cartas, “una epidermis muy sensitiva a los contactos un poco bruscos” (Carta V) y, además, los sufrimientos fi-

sicos, debidos a una cruel enfermedad, lo transformaron en un hombre "poco capaz de sostener luchas de cualquier categoría" (Carta IX). Y tantos fueron sus miramientos para no malquistarse con los amigos de París, que Mussafia hasta rechazó la invitación, tan grata para él, que en 1872 le hizo el gobierno de Alsacia-Lorena, de aceptar una cátedra en la Universidad de Estrasburgo: "... me cosquillearía la idea de estar cerca de París tan acaudalada de códices; pero ¿quién me dice que yo, que tengo tantos amigos en París, no los veré mudados en adversarios, al presentarme como profesor en Estrasburgo?" (Carta IV).

Las tres primeras cartas se refieren a un antiguo código francés que contenía la traducción métrica de la *Disciplina clericalis* de Pedro Alfonso y que se conservaba en la Biblioteca de la Universidad de Pavía. Mediante Ascoli pudo obtenerlo en préstamo para estudiarlo en Viena.

Más férvida e incansable pasión mostró para los problemas filológicos italianos: lengua, literatura y dialectología. Estudió e ilustró filológicamente varios códices de la antigua literatura italiana. Publicó, además, innumerables reseñas sobre trabajos similares realizados por sus contemporáneos. Nos damos cuenta mejor de los méritos de Mussafia en este campo al recorrer la copiosa lista de sus publicaciones (1). Los textos aludidos en sus cartas son: el *Tesoro* de Brunetto Latini (Carta II), un tratado de Antonio da Tempo de 1332: *Delle rime volgari* (Carta III), un antiguo manuscrito napolitano *Regimen sanitatis* (Carta IX), una *Leggenda di S. Caterina* de Buccio di Ranallo de 1330 (Cartas IX, XI) y una copia del Fra Paolino según el código Correr (Carta XVI).

Un lugar aún más importante se da en este epistolario a los problemas de lingüística romance. A. Mussafia es el descubridor de aquella ley sintáctica conocida también bajo el nombre suyo y el de Tobler "ley Tobler-Mussafia", porque la misma fué observada simultánea e independientemente por los dos: por Mussafia en el

<sup>1</sup> La obra de Mussafia sumaba en 1904, es decir, un año antes de su muerte, el número bibliográfico de 336. La lista fué publicada por ELISE RICHTER en *Bausteine zur romanischen Philologie. Festgabe für Adolfo Mussafia*. Halle a.S. 1905, págs. IX-XLVII.

campo del italiano antiguo, por Tobler en el francés <sup>(2)</sup>. La carta X resulta, pues, una de las más preciosas de todo el grupo que se publica ahora.

En su vasta actividad científica, Mussafia abrazó casi todo el campo de la romanística. Para algunos problemas le era muy útil la experiencia de Ascoli, considerado por aquel entonces una autoridad incontestable en algunas ramas. Por eso, cuando tenía dudas, se dirigía a su amigo de Milán para pedirle consejos. Interesante es a este propósito la correspondencia alrededor de las formas verbales del presente neolatino (Cartas VII, VIII) y de algunos fenómenos fonéticos y morfológicos en antiguo francés, italiano, franco-provenzal y catalán (Cartas I, III, V, VI, VII, XI, XV, XVI, XVII).

Para la psicología de los actores de este epistolario son instructivas las cartas IX, XI y XII, que nos ofrecen amplias referencias de un penoso conflicto entre G. I. Ascoli y Th. Gartner. No se entenderían bien estas cartas y las razones de la polémica sin una breve historia del conflicto mismo, tal como se trasluce del carteo todavía inédito de Gartner que he tenido la oportunidad de consultar en Roma.

Con sus *Saggi ladini*, publicados en 1873 como primer tomo del *Archivio Glottologico Italiano*, G. I. Ascoli le había ganado un especial lugar al idioma retorománico entre las lenguas neolatinas y, para sí, el premio de la Fundación Bopp y una grandísima fama. W. Foerster había dicho, a propósito, que dos publicaciones habían marcado etapas en la historia de la filología románica: la *Gramática* de Fr. Diez y estos *Saggi ladini* <sup>(3)</sup>. Entonces ¿con qué ojos hubiera visto Ascoli la crítica, aun justa, de una de sus

<sup>2</sup> Valiosas contribuciones al estudio de esta ley sintáctica han aportado dos ilustres lingüistas italianos: A. SCHIAFFINI, *Testi fiorentini del Dugento e dei primi del Trecento*, Firenze, 1926, págs. 275-283 y B. MIGLIORINI, *Storia della lingua italiana*, en *Tecnica e teoria letteraria* [Problemi ed orientamenti critici di lingua e di letteratura italiana. Collana diretta da A. MOMGLIANO. Vol. II] Milano, 1948, págs. 81-82. Para otros datos bibliográficos cf. D. GAZDARU, en *Atti del III Congresso Internazionale dei Linguisti*, Firenze, 1935, pág. 310, nota.

<sup>3</sup> *ERPh*, 1881, V, pág. 592: "Wenn die Grammatik von Diez und das Jahr 1836 die erste Etappe in der Romanistik darstellen, so ist dieselbe im Jahr 1873 durch die *Saggi ladini* in die zweite getreten..."

opiniones expresadas allá? Por el simple hecho de que otros hubieran pisado el mismo terreno científico que él se había propuesto agotar, su orgullo hubiérase visto sometido a gran prueba. Tanto más que Th. Gartner había rechazado la invitación de publicar sus investigaciones en el *Archivio Glottologico Italiano* de Ascoli. Aunque Gartner, además, le había prevenido cuidadosamente (4) que en algunos detalles diferiría de *Saggi ladini*, Ascoli perdió su serenidad al leer la *Rätoromanische Grammatik* de Gartner y cometió la grave injusticia de acusarle de plagio. ¡Una gratuita acusación arrojada sin prueba alguna! Lo que tocaba el amor propio de Ascoli era el hecho de que Gartner usara una diferente transcripción de los sonidos retorománicos, mucho más exacta que la suya y que Gartner adoptara el término retorománico en lugar del ladino, como también unas pequeñas discrepancias en la explicación de algunos detalles, tanto más sensibles para el orgullo de Ascoli en cuanto que las explicaciones de Gartner se fundamentaban mejor. Ascoli no reseñó la obra de Gartner sino que la condenó en una nota a pie de página en sus *Annotazioni sistematiche al "Barlaam e Giosafat" soprassilvano*, en *Archivio Glottologico Italiano*, 1883, VII, pág 541, donde estudiaba la palabra *nuorsa*:

Nel libro citato a p. 564 n. si parla di codesta voce con quella profonda infelicitá (duolmi sinceramente doverlo dire) che è il giusto castigo in cui esso incorre quando si atteggia a critico dei "Saggi ladini" che riassume a sciupa.

Y añade, págs. 564-565:

Se però non avessi nulla sulla relazione morale che parmi correre tra esso libro (= *Rätoromanische Grammatik*) e i *Saggi ladini*, mi sarebbe parso di cadere nell'affettazione o nell'ipo-

4 Con fecha Viena, 10 apr. 1881, Th. Gartner advertía a Ascoli: "I miei risultati non sono ancora affatto d'accordo coi Suoi (ma s'avvicinano sempre man mano); indi credo non siano ancora perfetti; giacchè quanto più sbagli nel dettaglio si mostrano a me nei Saggi ladini, con tanto più grande ammirazione riguardo quest'opera, della quale 4 anni fa... non feci gran caso". —También, un año después, escribía desde Viena, 24 de agosto de 1882: "La prego... di scusare le tre o quattro minuzie con le quali m'oppongo ai Saggi ladini; ma sarebbe puerile la paura ch'ella esigesse il jurare in verba magistri..."

campo del italiano antiguo, por Tobler en el francés <sup>(2)</sup>. La carta X resulta, pues, una de las más preciosas de todo el grupo que se publica ahora.

En su vasta actividad científica, Mussafia abrazó casi todo el campo de la romanística. Para algunos problemas le era muy útil la experiencia de Ascoli, considerado por aquel entonces una autoridad incontestable en algunas ramas. Por eso, cuando tenía dudas, se dirigía a su amigo de Milán para pedirle consejos. Interesante es a este propósito la correspondencia alrededor de las formas verbales del presente neolatino (Cartas VII, VIII) y de algunos fenómenos fonéticos y morfológicos en antiguo francés, italiano, franco-provenzal y catalán (Cartas I, III, V, VI, VII, XI, XV, XVI, XVII).

Para la psicología de los actores de este epistolario son instructivas las cartas IX, XI y XII, que nos ofrecen amplias referencias de un penoso conflicto entre G. J. Ascoli y Th. Gartner. No se entenderían bien estas cartas y las razones de la polémica sin una breve historia del conflicto mismo, tal como se trasluce del carteo todavía inédito de Gartner que he tenido la oportunidad de consultar en Roma.

Con sus *Saggi ladini*, publicados en 1873 como primer tomo del *Archivio Glottologico Italiano*, G. I. Ascoli le había ganado un especial lugar al idioma retorománico entre las lenguas neolatinas y, para sí, el premio de la Fundación Bopp y una grandísima fama. W. Foerster había dicho, a propósito, que dos publicaciones habían marcado etapas en la historia de la filología románica: la *Gramática* de Fr. Diez y estos *Saggi ladini* <sup>(3)</sup>. Entonces ¿con qué ojos hubiera visto Ascoli la crítica, aun justa, de una de sus

<sup>2</sup> Valiosas contribuciones al estudio de esta ley sintáctica han aportado dos ilustres lingüistas italianos: A. SCHIAFFINI, *Testi fiorentini del Dugento e dei primi del Trecento*, Firenze, 1926, págs. 275-283 y B. MIGLIORINI, *Storia della lingua italiana*, en *Tecnica e teoria letteraria* [Problemi ed orientamenti critici di lingua e di letteratura italiana. Collana diretta da A. MOMGLIANO. Vol. II] Milano, 1948, págs. 81-82. Para otros datos bibliográficos cf. D. GAZDARU, en *Atti del III Congresso Internazionale dei Linguisti*, Firenze, 1935, pág. 310, nota.

<sup>3</sup> *ZRPh*, 1881, V, pág. 592: "Wenn die Grammatik von Diez und das Jahr 1836 die erste Etappe in der Romanistik darstellen, so ist dieselbe im Jahr 1873 durch die *Saggi ladini* in die zweite getreten..."



opiniones expresadas allá? Por el simple hecho de que otros hubieran pisado el mismo terreno científico que él se había propuesto agotar, su orgullo hubiérase visto sometido a gran prueba. Tanto más que Th. Gartner había rechazado la invitación de publicar sus investigaciones en el *Archivio Glottologico Italiano* de Ascoli. Aunque Gartner, además, le había prevenido cuidadosamente (<sup>4</sup>) que en algunos detalles diferiría de *Saggi ladini*, Ascoli perdió su serenidad al leer la *Rätoromanische Grammatik* de Gartner y cometió la grave injusticia de acusarle de plagio. ¡Una gratuita acusación arrojada sin prueba alguna! Lo que tocaba el amor propio de Ascoli era el hecho de que Gartner usara una diferente transcripción de los sonidos retorománicos, mucho más exacta que la suya y que Gartner adoptara el término retorománico en lugar del ladino, como también unas pequeñas discrepancias en la explicación de algunos detalles, tanto más sensibles para el orgullo de Ascoli en cuanto que las explicaciones de Gartner se fundamentaban mejor. Ascoli no reseñó la obra de Gartner sino que la condenó en una nota a pie de página en sus *Annotazioni sistematiche al "Barlaam e Josafat" soprasilvano*, en *Archivio Glottologico Italiano*, 1883, VII, pág 541, donde estudiaba la palabra *nuorsa*:

Nel libro citato a p. 564 n. si parla di codesta voce con quella profonda infelicitá (duolmi sinceramente doverlo dire) che è il giusto castigo in cui esso incorre quando si atteggia a critico dei "Saggi ladini" che riassume a sciupa.

Y añade, págs. 564-565:

Se però non avessi nulla sulla relazione morale che parmi correre tra esso libro (= *Rätoromanische Grammatik*) e i *Saggi ladini*, mi sarebbe parso di cadere nell'affettazione o nell'ipo-

<sup>4</sup> Con fecha Vienna, 10 apr. 1881, Th. Gartner advertía a Ascoli: "I miei risultati non sono ancora affatto d'accordo coi Suoi (ma s'avvicinano sempre man manq); indi credo non siano ancora perfetti; giacchè quanto più sbagli nel dettaglio si mostrano a me nei Saggi ladini, con tanto più grande ammirazione riguardo quest'opera, della quale 4 anni fa... non feci gran caso". —También, un año después, escribía desde Viena, 24 de agosto de 1882: "La prego... di scusare le tre o quattro minuzie con le quali m'oppongo ai Saggi ladini; ma sarebbe puerile la paura ch'ella esigesse il jurare in verba magistri..."

crisia, e anche di rendermi colpevole come di un'acquiescenza a un certo costume che vene invadendo, e oltrepassa di gran lunga la questione personale; ma insomma, io me ne rimetto nel giudizio degli altri, e me ne vorrei in ispecie rimettere nell'onestà dello stesso autore della *Rätor. gramm.*"

Qué pensó y cómo reaccionó Gartner ya lo sabemos porque se lo dice también Mussafia en las cartas IX, XI, XII.

Esos "altri" a cuyo juicio apela Ascoli se encontraban en una situación embarazosa: estimaban a Ascoli, mas no intervinieron en su favor porque se daban cuenta de la injusticia que este había cometido. Lo máximo que le ofreció H. Schuchardt, aunque muy amigo de Ascoli, como resulta de sus cartas, fué no reseñar la gramática de Gartner. Schuchardt observó mucho tiempo silencio acerca de la actividad científica de Gartner y sólo después de la muerte de Ascoli y al septuagésimo cumpleaños de Gartner publicó como homenaje el estudio "*Deutsche Schmerzen. An Theodor Gartner —zum 70. Geburtstag (4 Nov. 1913)*".

En igual situación, tal vez peor, se encontraba Mussafia: entre la espada y la pared, o, como dice él mismo, con la expresión equivalente italiana, "sono proprio fra l'incudine ed il martello" (Carta XI). Por un lado una gran amistad y la solidaridad racial lo unían a Ascoli, pero más fuerte fué el sentimiento de justicia y de gratitud para con Gartner que por entonces desempeñaba el oficio benévolo de secretario suyo. Por su enfermedad, Mussafia no era capaz de frecuentar las bibliotecas ni de leer más de un par de horas diarias; lo ayudaban Gartner y J. Urban Jarník.

Que nadie tomó en serio la acusación de plagio se deduce también del hecho de que los mismos Schuchardt y Mussafia propusieron a Gartner como profesor para la cátedra románica en la Universidad de Cernauti (Ver carta XI).

Entre aquellos "altri" vino más tarde J. Jud, con su gran autoridad en la materia, para decir que Gartner era un "érudit consciencieux" y "un esprit droit" y para escribir las siguientes apreciaciones sobre la obra de los dos contendientes:

C'est dans les *Saggi ladini* de Ascoli et dans ces trois travaux synthétiques de Gartner [*Rätoromanische Grammatik*, 1883, *Die rätoromanische Mundarten*, en Gröber's *Grundriss*,

I<sup>2</sup>, 1904-1906, págs. 608-636 y *Handbuch der rätoromanischen Sprache und Literatur*, 1910] que la plupart des romanistes ont puisé leurs connaissances sur la structure générale du groupe des parlers rätoromans. L'exposé minutieux d'Ascoli (qui souvent se basait sur des sources écrits ou indirects) était ainsi heureusement complété par celui de Gartner qui insistait davantage sur l'étude biologique de la phase actuelle des parlers: il est regrettable que Ascoli, dont on admirait à juste titre la sérénité de jugement, n'ait pas réussi à apprécier avec plus d'objectivité (*AGI*, VII, 564 n.) le mérite réel et durable des études de Gartner (<sup>5</sup>).

Las cartas IX y XIV contienen referencias sugestivas de los varios candidatos al premio Diez. Se había creado en Berlín, desde el 1 de febrero de 1877, en memoria de Friedrich Diez, una fundación con el propósito, entre otros, de premiar los mejores trabajos de filología románica. Mussafia había sido designado integrante del primer comité de dirección al lado de algunas celebridades de la época, como A. Tobler, F. Mommsen, G. Paris, Ebert, Waitz y Ascoli.

Lamento no tener a mi alcance, en este momento, los datos necesarios (<sup>6</sup>) para esbozar el perfil científico de Mussafia. Me contento con reproducir la caracterización (<sup>7</sup>) que hizo uno de sus más distinguidos alumnos, Matthias Friedwagner:

... un sabio de gran fama, autodidacta, igualmente fecundo e interesante como lingüista e historiador de la literatura. Su actividad de docente y de investigación abarcaba todas las principales lenguas desde Portugal hasta Rumania y, si fué aventajado por Gaston Paris y Adolf Tobler en obras e influjo, y alcanzado en ingeniosidad, fué superior a aquéllos por la vastedad y variedad de los trabajos. Su seminario era en alto grado fructuoso, pero no atraía a los estudiantes y no hizo escuela.

<sup>5</sup> Cf. *Ro*, 1925, LI, pág. 622.

<sup>6</sup> Como los referidos por E. RICHTER, en *ZFSp.*, 1931, LV, págs. 168 y sigs.

<sup>7</sup> Citada por E. LOMMATZSCH, en *ZRPb*, 1941, LXI, pág. 45.

Al ordenar cronológicamente las cartas que siguen nos hemos guiado, con respecto a las que no están fechadas, por las alusiones, en ellas contenidas, a obras cuyo año de aparición es bien conocido.

## I

Pregiatissimo collega!

.....

Le rendo mille grazie delle premure che s'è dato per il ms. di Pavia (8) e della buona volontà che mi dimostra riguardo al mio desiderio d'averlo qui per qualche tempo il codice. Le, assicuro che Le sarei oltremodo tenuto, se lo volesse chiedere per sè e poi me lo mandasse in una cassetta, dichiarando un prezzo alquanto elevato... Il tempo necessario sarebbe tre mesi, giacchè il viaggio d'andata e ritorno porterà via almeno una settimana, ed io vorrei studiare il codice a tutto agio... Forse dovrei essere modesto e lasciare questo lavoro ad alcun Italiano; ma è tanto tempo che ci penso a questo codice di Pavia, che sarei veram[ente] lieto se mi riuscisse d'averlo. Basta, mi raccomando a Lei, e spero che quando sia possibile, Ella cercherà di contentarmi. Il bibliotecario ha molto bene congetturato: *Pierre d'Aufor* non è che *Petrus Alphonsus* e l'opera contenuta nel cod. di Pavia è il *Castoiment* o la traduzione metrica della *Disciplina clericalis* (9). Me n'avveggo da certe notizie sommarie su q[uest]o codice, che il Müller (10) quindici anni fa diede al Wolf (11) e che il Wolf poi regalò a me.

8 Se trata del manuscrito CXXX. E. 5. que se conservaba en la Biblioteca de la Universidad de Pavia y fué estudiado por A. MUSSAFIA, *Über eine altfranzösische Handschrift der k. Universitätsbibliothek zu Pavia*, en *Sitzungsberichte der Wiener Akademie der Wissenschaften*. Philos. — hist. Classe, 1870, Vol. 64, págs. 545-618.

9 El texto de la respectiva obra se encuentra publicado en el estudio de Mussafia (págs. 557-571), citado anteriormente.

10 Josef Müller.

11 Mussafia conoció a Ferdinand Wolf mientras los dos tenían cargos en la Biblioteca de la Corte Imperial de Viena.

Grazie pure delle informazioni prese rispetto al sig. Leon, il quale senza dubbio si è burlato di me. Ma ch  in un Milano non si trovi chi voglia stampare le poesie del pi  antico rimator volgare milanese! <sup>(12)</sup>.

Rispetto all'*i* di *chien* mi riferisco a poche linee da me stampate nel *Jahrb. für rom. Litt.* <sup>(13)</sup>, ove in una nota non accetto la spiegazione certo un po' stracchiata del Diez che *cania* abbia reagito sulla forma del maschile. Io credo che la *i* si sia sviluppata del suono *s*.

Quando usciranno alla luce le due opere ch'ella stampa simultaneam[ent]e? <sup>(14)</sup>. E il primo fasciolo dell'Archivio? <sup>(15)</sup> . . .

Stia bene, mi voglia bene e mi creda sempre

Suo aff[ettuosissim]o dev[otissim]o  
Adolfo Mussafia

Vienna, 27/9 1869.

## II

Pregiatissimo collega ed amico cariss[im]o!

Scusi se d'alcuni giorni indugiai a darle notizie del ms. <sup>(16)</sup> giuntomi in ottimo stato ed a renderle le pi  vive grazie della gentilezza usatami. Ora sono totus in illo; le mie esptezazioni si dimos-

<sup>12</sup> Bonvesin da Riva.

<sup>13</sup> Se refiere probablemente a su breve artículo *Einschiebung eines i im Altfranz sischen*, publicado precisamente en *JRELi*, 1865, VI, págs. 115-116, donde, empero, no encuentro la aludida nota sobre *chien*, ni el rechazo de la explicación dada por Fr. Diez. Tampoco se encuentra algo parecido en los dos volúmenes siguientes de la revista citada.

<sup>14</sup> Durante el año 1869, G. I. Ascoli publicó un opúsculo de 14 páginas, separata de los *Rendiconti del Istituto Lombardo* y otros estudios durante el año 1870, entre los cuales *Corsi di glottologia*. 1. *Lezioni di fonologia comparata del sanscrito, del greco e del latino*. Torino, Loescher, 1870, 8 , págs. XVI-240. A esto alude la presente carta de Mussafia.

<sup>15</sup> El primer tomo del *Archivio Glottologico Italiano* fu  publicado reci n en 1873.

<sup>16</sup> El manuscrito de Pav a, pedido por la carta anterior.

trano a dir vero un po'esagerate, giacchè 19/20 almeno di ciò che contiene il codice son già noti; pure ne potrò raccogliere utili varianti e qualcosa d'inedito. E ad ogni modo giova che quanto v'ha di francese antico per le biblioteche d'Italia venga a poco a poco reso noto agli studiosi.

Ella, come sempre, parla molto modestamente de' risultati del suo viaggio (<sup>17</sup>), ma io non dubito ch' Ella avrà raccolto molto, ed anche il poco riuscirebbe nelle Sue mani fecondo d'utili insegnamenti. Lo Schneller mi mandò i primi fogli del 1º volume della sua opera (<sup>18</sup>); e parmi molto commendevole; vi sono non poche etimologie che non persuadono, ma se si confronti al Programma (<sup>19</sup>) che pubblicó or ha quich'anno, questo nuovo suo lavoro fa ravvisare grande grande progresso . . .

Nel prossimo pacchetto che la n[ostra] Accademia manderà alla Sua troverà due tirature a parte d'una mia memoria su Brunetto Latini (<sup>20</sup>). Uno lo prego di ritenere Lei, qual tenue segno del mio affetto; l'altro di consegnarlo alla Biblioteca dell'Istituto di Brera (<sup>21</sup>).

Suo dev[otissi]mo aff[tuosissi]mo  
Adolfo Mussafia

Viena, 22. 11. 1869.

<sup>17</sup> Es muy probable que Ascoli hiciera algunos sondeos dialectales para la preparación de sus *Saggi Ladini* aparecidos en 1873 como primer volumen del AGI.

<sup>18</sup> CHRISTIAN SCHNELLER, *Die romanischen Volksmundarten in Südtirol*, Gera, 1870, reseñada por Mussafia en *Zeitschrift für österreichischen Gymnasien*, 1870, XXI, págs. 285-291

<sup>19</sup> En *Programma . . . Rovereto* 1864, 1865, SCHNELLER publicó sus *Studi sopra i dialetti volgari del Tirolo italiano*, que fueron reseñados por Mussafia en la revista citada en nota anterior (1866, XVII, págs. 337-338).

<sup>20</sup> Estudio aparecido con el título *Sul testo del Tesoro di Brunetto Latini*, en *Denkschriften der Wiener Akademie*, 1869, XVIII, 1, págs. 265-334.

<sup>21</sup> R. Istituto Lombardo di Scienze e Lettere con sede en el Palacio Brera.

## III (22)

Carissimo collega ed amico!

.....

Spero che contemporaneamente a questa mia vi giungerà il ms. da me consegnato il cinque alla posta. Vi rendo mille grazie. Ne ho cavato argomento ad una disertazione, que non sarà senza utilità agli studiosi dell'antica letteratura francesa. Mi sarebbe molto caro poter aggiungere in una nota qualche noticia biografica sull'Al-dini; quando nato e quando morto, e se scrisse qualch' opera di speciale importancia. Interesserei del pari la v[ost]ra amicitia a volermi procurar dal bibliotecario la copia di due o tre pagine d'un trattato dei ritmi volgari di Antonio da Tempo (23), que vedo registrar. . . . (Per risparmiarvi la briga di transcrivere v'inchiudo un pro Memoria).

Il v[ost]ro scritto Lat. u. Rom. (24) l'ho letto; non v'incomodate quindi più oltre.

Avete veduto lo Schneller? (25) La teoria delle vocali non mi contenta; più quella delle consonanti. Il glossario contiene numerosi materiali, ma spesso le etimologie mi pajono molto arrischiate.

Accetta l'Istituto anche relazioni su opere; o vogliono essere articoli originali?

<sup>22</sup> Carta, sin fecha clara: 8/70. Probablemente del 8 de noviembre de 1870. En todo caso es anterior al 15 de diciembre de 1870. Véase la nota siguiente.

<sup>23</sup> Mussafia publicó en *JRELi*, 1870, XI, págs. 396-405, una reseña fechada *Wien, 10 Januar 1869*, sobre el volumen *Delle rime volgari. Trattato di Antonio da Tempo giudice padovano, composto nel 1332 dato in luce... per cura di Giusto Grion*, Bologna, 1869. Las informaciones que pedía con esa carta las necesitaba para agregar a la reseña anterior una nota, fechada *15 de dic. de 1870* y publicada en el mismo *Jahrbuch*, pág. 405.

<sup>24</sup> G. I. ASCOLI, *Lateinisches und Romanisches*, en *ZVglS*, 1886, XVI, págs. 119 ss., 196 ss y XVII, pág. 353.

<sup>25</sup> Cf. nota 18.

Addio, amico mio. Se appena ricevuto il ms., voleste scrivermene una linea, vi sarei molto grato. Finch'io non lo sappia in mano v[o]s[tra], sono in grande ansietà.

Tutto v[o]s[tra]  
Adolfo Mussafia

#### IV

Carissimo amico!

Vi ringrazio della gentile v[o]s[tra] di Roma, e della notizia che mi date. Se il Villari (<sup>26</sup>) si diede alcuna premura per me sappiate che ciò sta in relazione al pensiero che (come v'ho scritto) mi fu espresso in autunno che io mi recassi a Firenze ad insegnare nell'Istituto. Da allora in poi non se ne parlò, e credo che smessane l'idea, il Villari stimò che non potendosi nel modo progettato mi si desse in altro una testimonianza del giudizio che si fa in Italia dei miei poveri lavori.

.....

Ieri ebbi una lettera dal Roggenbach, presidente del governo d'Alsazia-Lorena, in cui con espressioni oltre modo lusinghiere m'invita a venire all'Università di Strasburgo; faccia io le condizioni e tenga per fermo che quando non sieno elevate assai io le posso considerare come accettate. E va così innanzi da parlare persino dell'abitazione. . . Dirò senza falsa modestia che questa proposta mi recò vera soddisfazione. Non avrei creduto che io, non Tedesco, potessi avere un invito dalla Prussia dottissima e superba della sua dottrina. Alla n[o]stra università non vennero che altri due inviti: al Brücke (<sup>27</sup>), che rifiutò; allo Scherer (<sup>28</sup>) che vuole accettare ed accetterà. . .

<sup>26</sup> Pascuale Villari (1826-1917), profesor de historia en el R. Istituto di Studi Superiori di Firenze.

<sup>27</sup> Ernst Wilhelm von Brücke (1819-1892), célebre fisiólogo, especialista también en fonética.

<sup>28</sup> Wilhelm Scherer (1841-1886) aceptó la invitación como profesor de filología germánica en la Universidad de Estrasburgo, en 1872. En 1877 pasó en la de Berlín.



Io, ponderato bene il tutto, non accetto. La sodisfazione morale l'ho avuta, e mi basta . . . solo mi solleticherebbe l'idea d'essere vicino a Parigi così doviziosa di codici; ma chi mi dice che io, che ho tanti amici a Parigi, non me li vedrei mutati in avversarii, quando mi presentassi come professore di Strasburgo? E il loro risentimento dovrebbe dirsi legittimo; nè io avrei diritto d'invocare la neutralità della scienza; giacchè avrebbero pronta l'obbiezione: Perchè non restasti dove eri?

.....

V[ostr]o aff[ettuosissi]mo.  
Adolfo Mussafia

Vienna, 31 del 72 (<sup>28</sup> bis).

V (<sup>29</sup>)

Carissimo amico!

Il breve articolo dello Schuch. (<sup>29</sup> bis), in cui di passaggio confuta l'opinione del Paris (che anche a me pare erronea), trovasi nella Romania III, 282-285. Mi pare impossibile ch il Rajna, collaboratore di questo periodico, non lo possieda; ed è perciò che soprasto a mandarvi il fascicolo, finchè non me lo chiediate di nuovo.

Il quesito, importante per certo, non è stato (ch'io mi sappia) ancora dibattuto. Che il dial. piccardo presenti, almeno nei codici, forme quali *cerkier*, *kief*, *markié*, *mikiel*, *pekié*, *toukier* è indubitabile; gli esempi citati possono trovarsi: quasi tutti nei documenti di Aire pubblicati nel 1870-72 dal de Wailly (<sup>30</sup>) nella Bibl. de l'Ec. des Chartes, e li cita altresì il Joret nel suo libro "du C dans

<sup>28</sup> bis Sic. Sin indicación del mes,

<sup>29</sup> Carta, sin fecha, pero de 1875.

<sup>29</sup> bis H. SCHUCHARDT, *Phonétique française*, II, Ch, en Ro, 1874, III, págs. 282-285.

<sup>30</sup> Noël [o Natalis] de Wailly. Cf. la necrología publicada por P. M. en Ro, 1887, XVI, págs. 162-166.

les langues romanes" (31), che tu certamente possiedi. Ma si può tenere conto d'un'osservazione fatta dal Tobler nella prefazione alla sua edizione del *Dit du vrai aniel* (32), che in testi piccardi, i quali non sieno (com'egli dice) 'strengerer Observanz', *ca* primigenio conservi la gutturale, se rimane *a*, ma se *a* si muta in *e*, si sviluppi la sibilante, che i codici scrivono or *c* or *ch*, ma che in testi piccardi rappresenta sempre *s*. Egli trova quindi nel suo codice *toucier*; non istima necessario nè possibile correggere *toukier* che non rimerebbe più con *adoucier*; e stampa *touchier: adouchier*. Una statistica, pur all'ingrosso, qui su due piedi, non saprei darvela; ma pure inchinerei a credere che esempi di picc[ardo] *cie* (chie) stieno a quelli di *kie*, come 90 a 100. C'è poi il caso alquanto diverso che il *ca* latino sia atono, quindi l' *i* non si sviluppi; il piccardo ha *kemise* o *cemise* (chem.)? *kevaliers* o *cevaliers* (chev.). Anche qui (parmi) la grafia *ce, che* prepondera d'assai. A voi ora lo sciogliere il nodo, ed io in luogo dei punti interrogativi messi in margine al S. Alexis (\*) porrò 'Cfr. Asc. Arch. Glott. . .'

Bellissima la spiegazione di *asunar* (33); e desidero e spero che molti di questi ricami ci sieno in quella che vi piace chiamare chiacchieratina.

Nel programma dei lavori dell' *Archivio* non vedo gli schiarimenti promessi dal Lagomaggiore (34). Fategli ressa perchè li conduca a termine più presto che possibile; giacchè è impossibile pretendere che, spcialm[ente] gli stranieri, s'accingano a quella lettura, senza un aiuto efficace.

(\*) Anche nello studio sul S. Léger, (Rom. I 287) il Paris crede di dovere al *pechiez* del codice sostituire *pequiez*.

<sup>31</sup> *Du C dans les langues romanes*, par Ch. JORET, ancien élève de l'École des Hautes Études, professeur agrégé au lycée Charlemagne (Seizième fasc. de la Bibliothèque de l'École des Hautes Études), Paris, 1874.

<sup>32</sup> A. TOBLER, *Li dis dou vrai aniel*. Die Parabel vom ecchten Ringe. Leipzig, 1871. La 2ª ed. salió en 1884.

<sup>33</sup> La explicación dada por G. I. Ascoli se encuentra en *AGI*, 1873, II, págs. 406-407.

<sup>34</sup> *Rime genovesi della fine del secolo XIII e del principio del XIV*, edite ed illustrate da N. LAGOMAGGIORE, en *AGI*, 1873, II, págs. 161-312. En la última página de su trabajo, Lagomaggiore había prometido publicar las notas al texto. A esta promesa se refiere Mussafia.

In Caix anuncia "aggiunte e correzioni" al mio *Beitrag* <sup>(36)</sup>; non vorrei che il tuono fosse sgarbato, come fu un poco collo Storm <sup>(36)</sup>; io non sono mai andato in caccia di lodi, e non ho sentito vera soddisfazione che di quei giudizi sulle cose mie, dai quali ho imparato qualcosa; ma (un pó forse per non averlo mai sperimentato) ho un'epidermide sensitiva assai per contatti un pó bruschi. Ma io mi fo probabilmente inutili timori.

Appena ier l'altro vidi il fascicolo di gennajo della Riv. Eur., ed ebbi contezza delle 'velleità autocratiche di un certo Ascolli' <sup>(37)</sup>. Cose da non credersi!

Addio, mio ottimo amico; credetemi sempre

V[ostr]o aff[ettuosiss]imo  
Adolfo Mussafia

<sup>35</sup> Sobre el estudio de A. MUSSAFIA, *Ein Beitrag zur Kunde der norditalienischen Mundarten im xv. Jahrhundert*, en *Denkschriften de Wiener Akademie der Wissenschaften*. Philos. — hist. Klasse, 1873, XXII, págs. 103-228, escribió N. CAIX una reseña crítica, aunque cortés, en *RFRo*, 1875, II, págs. 55-59, fechada "Firenze, Giugno 1874" y que contiene, como expresa el mismo Caix (pág. 56): "alcune osservazioni tendenti parte a far conoscere i miei dubbi intorno alla spiegazione data dall'A. di certe voci, parte ad aggiungere qualche nuovo dato o notizia non inutile alla storia di certe altre".

<sup>36</sup> J. STORM había publicado *Remarques sur les voyelles atones du latin, des dialectes italiens et de l'italien*, en *Mémoires de la Soc. de Linguistique de Paris*, 1873, II, pág. 80-144. El estudio fué considerado por G. PARIS, en *Ro*, 1873, II, pág. 375, como un "travail d'une grande importance et d'une haute valeur". La reseña a la que se refiere Mussafia en esta carta fué publicada por N. CAIX en la revista *Ateneo*, 1874, I, págs. 358-365. Nació una larga polémica, áspera al principio y algo más serena después. He aquí la indicación de las réplicas: J. STORM, *Replica al signor N. Caix*, en *La Rivista Europea*, 1874, anno V, vol. III, págs. 592-596; N. CAIX, *Risposta*, *ibid*, págs. 596-599; STORM, *Seconda replica al prof. N. Caix*, *ibid*, 1874-75, anno VI, vol. I, págs. 178-182; CAIX, *Seconda risposta al prof. T. [sic] Storm*, *ibid*, págs. 585-589. Caix publicó también sus observaciones en un apartado que contenía algunos retoques y novedades con el título *Osservazioni sul vocalismo italiano*, Firenze, 1875.

<sup>37</sup> Me es imposible averiguar quien publicó, y dónde, esta frase, porque en los fascículos de *La Rivista Europea* (enero 1873, 1874, 1875 y 1876) no la encontré.

Ricevo in questo punto una tiratura a parte dell'articolo di Caix nell'Antologia, e v'è unita una striscia di carta a stampa, in cui s'annunciano i "Cinque sonnetti" come una grande rivelazione <sup>(38)</sup>. Mi pare che Caix abbia un'immaginazione alquanto fervida.

I miei sonetti sono bellissimi, e me tengo, come se li avessi fatti io; ma che abbiano una significazione letteraria e linguistica così grande, non lo sapevo.

VI <sup>(38 bis)</sup>

Carissimo amico!

.....

Salutatemi il D'Ovidio <sup>(39)</sup> e dítegli che mi scusi se non m'è possibile rispondere alla lunga e bellissima lettera da lui scrittami. Rendo vive grazie della Riv. ital., di cui ebbi due fascicoli; e l'acchetto non per me, ma per la società degli studenti italiani. Ciò non toglie che, non appena io sia un pó ristabilito io cerchi di mandare in contraccambio qualche notizia bibliografica, specialm. di pubblicazioni concernenti il fr. ant. ed il prov.

V[ostr]o aff[ettuosissim]o  
Adolfo Mussafia

<sup>38</sup> Se trata de una comunicaci3n acad3mica de A. MUSSAFIA, *Cinque sonetti antichi da un codice della Palatina di Vienna*, publicada en *Sitzungsberichte der Wiener Akad. der Wissenschaften*. Philos. — hist. Kl., 1874, LXXVI, págs. 379-388. Los respectivos sonetos habrían sido escritos al comienzo del siglo XIV por un toscano y transcritos más tarde por un estudiante o profesor emiliano, según se probaría por algunas formas dialectales de Emilia. N. CAIX, en cambio, demostró, en su artículo *Di un'antico monumento di poesia italiana*, en *La Rivista Europea*, 1874-75, año VI, Vol. I, págs. 72-80, que los mismos se pueden más bien atribuir a un poeta aretino, probablemente contemporáneo de Fra Guittone d'Arezzo.

<sup>38 bis</sup> Carta sin fecha, pero de 1876.

<sup>39</sup> Francesco d'Ovidio (1849-1925). Profesor en la Universidad de Nápoles.

Avete mai pensato al catalano *u = d* finale (*veu = vedo, viu = vidi, hereu = crede, nuu nu = nudo e nodo ecc. ecc.*) = *tj* finale (*preu = pretjum, pou = putjus, palau ecc.*) = *c* finale (*pau = paçem, vou veu = voçem, veu = vicem, crou creu = cruçem, Feliu, perdiu ecc.*) = *ts* finale (2 pers. plur. in antico *amats*, dal XIV sec. in poi *amau*)

*d* mediano: solo *eura* (*hed'ra*); e poi verbi *veure seure*  
 ç „ : *deuma* (*deçma* o *dec'ma* come *Jaume = Jacobus?*)  
 -ciuró (*ciç'ronem* o *cic'ronem?* 'grosso cece'; poi verbi *noure plaure*.  
 Di *tj* med. non c'è esempi. Quello que il Diez ne dice è poca cosa e non molto sodisfacente. Sono in corso di stampa i 7 saggi catal. (40) e vorrei nell' introd. toccare di q[uest]o punto. Se senza perder tempo mi potete dir qualcosa su ciò, vi sarò grato.

## VII (40 bis)

Carissimo amico!

Mille grazie della vostra del 24 dell'ottobre e della premura che vi siete data di scrivere per me al Baccelli (41); s'intende da sè che il tenore della vostra lettera al ministro fù di mia piena soddisfazione.

Avete udita la lieta novella, che fra i codici Hamilton, comperati dal ricco e fortunato governo prussiano, si è ritrovato quel codice Saibante di cui nel 66 io diedi notizie dietro alcuni appunti ritrovati in uno zibaldone dello Zeno? Quivi una traduzione interlineare del Cato, quivi poesie di Ugoccione Laodo, di Gerardo Patecchio ecc. (42).

40 A. MUSSAFIA, *Die catalanische metrische Version der Sieben Weisen Meister*, en *Denkschriften der Wiener Akademie der Wissenschaften. Philos. hist. Kl.*, 1876, XXV, I, págs. 151-233.

40 bis Carta sin fecha, pero de 1882.

41 Guido Baccelli (1832-1916). Profesor de la Facultad de Medicina de Roma y Ministro de Instrucción Pública.

42 Se refiere probablemente a su artículo: *Analecta aus der Marcusbibliothek*, en *JRELi*, 1867, VIII, págs. 205-217, que trata del *Libro morale di Catone latino* y de Patecchio.

Se il codice è veramente del secolo 12<sup>o</sup>, è in vero una gran trouvaille; ma quando pure sia della 1<sup>ma</sup> metà del 13<sup>o</sup>, è innegabile che il patrimonio dell'antica letteratura dialettale acquista un grande incremento dalla scoperta del codice, che ormai si riteneva come irremissibilmente perduto.

Peccato che documenti così importanti abbiano a pubblicarsi fuori d'Italia; ma se alcunchè può consolarci di ciò, gli è il sapere che se n'è incaricato quel bravo e simpatico uomo ch'è il Tobler (43).

Avete veduto una dissertazione di un tale Flechtner sulla lingua del frammento dell'Alessandreide di Alberico di Besançon? (44). E nel medesimo tempo uno studio di franco-provenzale; e le frequenti citazioni mostrano chiaramente che siete stato voi ad avviarlo nelle sue ricerche. Lo stesso argomento è trattato in due pagine d'una dissertazione di Corrado Mülller sulle assonanze del Girard de Rosillon (45), che, a quanto pare, spetta del pari a quella regione, che voi così felicemente avete divinato. Uscì del pari una dissertazione de un Hentschke sul codice Otoniense del Gerard de Rossillon (46) e se non m'inganno anche questo giovane romanista si riferisce ripetutamente ai vostri "schizzi".

È probabile, che voi tutti questi lavori già li conoscete; pure non volli trascurare di chiamare su di essi la vostra attenzione. Se per caso l'uno o l'altro vi fosse ignoto e desideraste vederlo, sono pronto a mandarvelo.

E poichè siamo a parlare di franco-provenzale permettetemi di farvi una preghiera. Sto compilando una breve monografia sovra

<sup>43</sup> Cf. A. TOBLER, *Das Buch des Uguçon da Laodho*, en *Abhandlungen der k. preussischen Akademie der Wissenschaften zu Berlin*, V, 1884.

<sup>44</sup> H. FLECHTNER, *Die Sprache des Alexanderfragments des Alberich v. Besançon*, Strassburg (Diss. Breslau), 1882.

<sup>45</sup> K. MÜLLER, *Die Assonanzen im Girart von Rossillon*, en *Französische Studien*, 1882, III, págs. 289-356. (Publicado también como separata, Heilbronn, 1882, pág. 68.)

<sup>46</sup> G. HENTSCHE, *Die Verbalflexion in der Oxf. Hs. des Girard de Rossillon*. Breslauer Diss. Halle, E. Karras, 1882.

le forme del presente (<sup>47</sup>) a desinenza atona, che presentano un tema allungato così che sparisce la differenza nell'accentuazione del tema fra le singole forme del presente; le quali appajono tutte con tema atono. Non parlo, s'intende, dei verbi della quarta conjugazione, perchè notissimi; ma di quelli della 1<sup>ma</sup> conjugazione. Ricordo anzitutto il rumeno *lucredu* (<sup>48</sup>); poi il ladino svizzero che usa lo stesso suffisso che nella quarta p.e. *habitescha*; poi il ladino tirolese che usa *ei* (come a me pare = lat. *ic*) p.e. gardenese *sou-réia*. Poi mi rivolgo all'italiano ove finora trovai: rovignese *revultúlio* (plur. *revultulimo*) e pochi minuti sono, un giovane di Capod'Istria mi accennava *menestréa* e nel plur. *menestrem*, impf. *menestrev* ecc.; poi quello che nel Papanti (<sup>49</sup>) si legge rispetto al còrso che amplia il tema mediante —*eghü*, ed un'osservazione che mi ricordo avere trovata o nel Savini (<sup>50</sup>) o nel Finamore (<sup>51</sup>) rispetto all'abruzzese e che suppergiù viene a dire che talvolta in luogo del tema semplice, sempre dinanzi a desinenze atone, s'usa uno allungato in —*eggi*—. Qui fo punto, per fare la prima domanda. Vi sono noti altri dialetti it., che offrano la medesima particolarità morfologica?

Passo poi al francese e trovo (già quasi tutte osservati da altri) parecchie scritture che usano, *nel solo congiuntivo*, cotali forme allungate. Così p.e. *amoi-es-t-ent* in luogo di *aim*, *aims*, *aimt*,

<sup>47</sup> Ya unos veinte años antes A. MUSSAFÍA se había ocupado del mismo problema con respecto al idioma italiano en sus *Beiträge zur Geschichte der romanischen Sprachen. I. Die Präsensbildung im Italienischen*, en *Sitzungsberichte der Wiener Akad. der Wissenschaften*. Philos. hist. Kl., 1862, XXXIX, págs. 525-553. El trabajo al cual alude en esta su carta se titula: *Zur Präsensbildung im Romanischen*, y fué publicado en las mismas *Sitzungsberichte*, 1883, CIV, págs. 3-77.

<sup>48</sup> A. MUSSAFÍA encontró esta forma en una gramática latinizante; la forma auténtica es *lucrés*.

<sup>49</sup> GIOVANNI PAPANTI, *I parlari italiani in Certaldo alla festa del V Centenario di Messer Giovanni Boccacci*, Livorno, 1875.

<sup>50</sup> GIUS. SAVINI, *La grammatica ed il lessico del dialetto Teramano*, Torino, 1881.

<sup>51</sup> GENNARO FINAMORE, *Vocabulario dell'uso abruzzese*, Lanciano, 1880.

ainment. Fu detto che ricorrono solo in documenti borgognoni-lorrenesi; ma (naturalmente nella forma *-ei-eies...*) sono anche nel Girard de Ross. e nelle poesie del Dauphiné pubblicate dal Lapau-me (52).

Da una citazione rilevo che sono altresì nel dialetto del canton di Vaud; tutto ciò mi conduce alla regione franco-provenzale. Il vostro paragrafo 22<sup>a</sup> (53) annuncia varietà morfologiche, ed è in me non solo la speranza ma direi la certezza che alle acute vostre osservazioni anche questa particolarità non sia sfuggita. Vorreste voi comunicarmi ciò che vi trovaste in pronto su questo proposito? Mi risparmiereste il consultare quelle fonti che vi servirono per i vostri "schizzi". Ho ancora una quantità di libri e di testi da consultare a tal uopo; i vostri saggi consigli potrebbero agevolarmi di molto la bisogna. Finora parlai dei fatti; ora della spiegazione. Paolo Meyer (54) e il defunto Apfelstedt (55) vogliono vederci una particolarità sintattica: l'uso cioè dell'impf. ind. in luogo del pres. congi. A me ciò sembra impossibile; non ci vedo che una coincidenza fortuita fra *ei (oi)* — di qualunque provenienza esso sia — e *l'ei (oi)* corrispondente all'*e* lungo di *-ebam*, desinenza sottentrata ad *-abam*. Ed invero nel canton di Vau [sic = Vaud] ove *-abam* resta, la coincidenza sparisce. La seconda opinione è assai più plausibile: analogia di *soie, soies*, ecc.; ma perchè solo nella prima conjugazione? La terza fu espressa appena 2 o 3 mesi fa e corrisponde quasi interamente a quella che io nutro da parecchi anni, perchè sono parecchi anni ch'io vo pensando al nostro fenomeno. Si tratterebbe

52 LAPAUME, *Recueil de poésies en patois du Dauphiné, comprenant notamment Grenoble malhérou, dialogo de la quatro comare, etc. Miscellanees. Introduction, texte revue et traduit avec commentaires.* Grenoble, 1879.

53 Del estudio de G. I. ASCOLI, *Schizzi franco-provenzali*, que comenzo a ser publicado en AGI, 1874, III, págs. 61 y sigs.

54 En Ro, 1878, VII, pág. 179 y sigs.

55 FRIEDRICH APFELSTEDT, en la introducción a su edición de un manuscrito del año 1365 que contiene el Salterio lotaringio, publicado en Heilbronn, 1881.



secondo il Hentschke (<sup>56</sup>) (o piuttosto secondo il Gaspary (<sup>57</sup>), suo maestro, giacchè le dissertazioni di laurea vogliono riprodurre piuttosto le idee del maestro che quelle del giovane laureato) si tratterebbe, dico, di analogia con *otroi-es-t* ecc. Io anderei un passo innanzi ed ammetterei addirittura inserzione di *-ic* (*-ec-*) come nel ladino tirolese, nel còrso, nell'abruzzese e molto probabilmente nelle due parlate istriane. Che ne pare a voi? E poichè sono in sull'interrogare, permettetemi chiedervi ancora, se veramente l'*-eggiare* corrisponde ad *-icare*. Dico corrisponde; perchè non mi pare che sia lecito dire: venga direttamente; tanto poco confacente alla fonetica toscana mi sembra questo mutamento. Sarà dunque per influenza provenzale o francese e se il veneto ad *-eggiare* risponde con *-izare* p. e. *spassizar*, che cosa è questo?

Ma io mi avvedo che v'ho scritto una dissertazione e v'invito a riscrivermene una ancora più lunga. Scusate l'indiscrezione ed attribuitela al desiderio di istruirmi. Oh se potessi passare un'ora nel vostro studio, come penderei dal vostro labbro e quante interrogazioni ancora vi dirigerei! Non vi date troppa briga per me; sono certo che pur ciò, che mi potrete dire quasi improvvisando, sarà molto, e per me utilissimo. Non accade dire che non dimenticherò il precetto: *unicuique suum*.

Accettate i cordiali saluti del

V[ostr]o aff[ettuosissim]o.

Adolfo Mussafia.

P. S. Ho dimenticato di notare che nel Dauphiné oltre *-ei-* c'è una forma ancor più allungata: *eize* p. e. *doneize*, e quest'ultima forma anche in verbi di altre conjugazioni p. e. *veize* (*videat*) persino *seize* (*sit*). *Aveize* in Grenoble rimanda in una nota anche il *Nigra* (<sup>58</sup>) donde questo.

E, per nulla tralasciare, lo Scheler nel *Jahrb.* vol. 14. ricorda verbi della 1<sup>ma</sup> col congiuntivo in *-esche* p. e. *vagnesche* (*gagne*),

<sup>56</sup> Ver la nota 46.

<sup>57</sup> ADOLFO GASPARY (1849-1892), profesor de la Universidad de Breslau, autor de una famosa historia de la literatura italiana.

<sup>58</sup> C. NIGRA, *Fonetica del dialetto di Val-Soana*, en *AGI*, 1874, III, p[ag]. 1-60.

nel Vocabolario franc.-fiammingo, pubbl. dal Micheland sotto il titolo di *livre des métiers*, questo sarà per certo *-escat* come notò già lo Stürzinger nella sua *Raetoroman. Conjugation* (<sup>59</sup>).

### VIII (<sup>59</sup> bis)

Carissimo amico mio!

.....

Ed ecco dinanzi a me i fogli sparsi del mio aborto sui presenti (<sup>60</sup>), che rinunciano all'accento sul tema, per farlo passare su d'un elemento, che mal so dire se allunghi il tema o la desinenza. Devo gettare tutto al fuoco; devo dare quel tanto che ho, pur sentendo che c'è ancora molto materiale da raccogliere e che nessuna delle spiegazioni date mi basta per risolvere tutti i vari problemi? Ci penserò; ma in ogni caso, debbo prendere tosto una decisione; se no, questa miseria di lavoro, che altri avrebbe compiuto in una settimana, continuerà a tormentarmi per mesi e mesi.

Vi rimando la pagina che mi avete comunicato. Vi ho preso a prestito gli esempi aostani (quello dal Pont me l'ero già notato); l'influenza di *stare*, più forte di quella di *esse*, a cui allude altresì una dissertazione tedesca, è persuasiva, ma che si fa coi francesi *tornoit, amoies?* Insomma ho a me dinanzi una quantità di teorie; alcune si escludono facilmente; ma fra le rimanenti è difficile decidersi per una. In fondo lo stesso risultato può essere stato prodotto da cagioni diverse.

Teoria 1<sup>a</sup> è l'imperf<sup>o</sup>. indic<sup>o</sup>.; fenomeno sintattico. Incredibile.

Teoria 2<sup>a</sup> è l'imperf<sup>o</sup>. indic<sup>o</sup>.; analogia morfol. Impossibile; perchè dove *-abam* è *-av-*, cessa la coincidenza delle forme.

Teoria 3<sup>a</sup> cantetis da *-eiz-*, *-oiz-*; e l'*ei* (*oi*) si propaga poi anche alla 1-3<sup>a</sup> s., 3<sup>a</sup> plur. Ma in franc. *-oiz* è rariss<sup>o</sup>.; quasi sempre *-ez* (*-iez*).

<sup>59</sup> J. STÜRZINGER, *Über die Conjugation im Rätoromanischen*. Zür. Inaug. Dissert. Winterthur, 1879.

<sup>59</sup> bis Carta sin fecha, pero de 1883.

<sup>60</sup> Ver la nota 47.

Teoria 4<sup>a</sup>. Influenza di *-ic-*; come *atroies* (cong) così *amoies*.  
Ove la spinta analogica?

Teoria 5<sup>a</sup> Influenza di soggiuntivi.

5<sup>a</sup> b di *esteia*

5<sup>a</sup> a di *soit*

5<sup>a</sup> c di *oj* (questa è del Nigra: Valsoana, e mi persuade pochissimo).

Poi viene il torinese *-oisse* (*oice*).

Teoria 1<sup>a</sup> = *escat* (Biunardot). Impossibile.

Teoria 2<sup>a</sup> *oie* + *ce* come *atroices* = *atroies* così *parloices* = *parloies*.

Poi il piccardo-vallone *-eche* (*ece*).

Teoria 1<sup>a</sup> = *escat* (Scheler) impossibile.

Teoria 2<sup>a</sup> ricorda il *porche*, *aince* di questi dialetti senza però spiegare l'*é* (Willenberg, Settegast).

Teoria 3<sup>a</sup> che sarebbe la mia: *portes* e *porches* combinati in un *portéche*.

Tutto questo per il franco-prov., ove solo il sogg<sup>o</sup>. presenta tali forme. Anche nell'indicat<sup>o</sup>. in lad<sup>o</sup>. tirolese *fladéie fladon* qui per certo *-ic-*. Istriano: Rovigno *samanio*, Capodistria *messedeo*. Non mi è molto chiaro. Veglioto: *sperajo*; forse *-ic-* ma non sono certo.

Ma mi pare che io vi ripeto ciò che vi ho scritto nella mia dell'anno scorso; scusate la verbosità; ma queste maledetti forme non mi danno requie; e nelle lunghe mie veglie mi vanno danzando intorno; vorrei vedere da per tutto ben chiaro e non ci riesco.

Se voi mi volete favorire ancora di qualche consiglio, ditemi, vi prego la v<sup>a</sup>. opinione:

1. sul *côrsu*, di cui vi citai quello che si legge nel Papanti. Io non trovo qui verun sussidio su questo dialetto; costà ci dovrebbe esser qualcosa.

2. sull'*ez* —del valaco *lucrez*— donde mai è piovuto? Quello che ne dice il Miklosich sub *d*) non riesce a nulla. Che *hotezà* abbia avuto tanta influenza, non mi par credibile. A *-idiare* non si può pensare, poichè dagli aggettivi in *-id-* si formano sol-

tanto verbi della IV<sup>a</sup> latina. Eppure una fonte questo *-ez-* lo deve avere.

Nel Nigra c'è qualche punto, che non mi spiego bene. A pag. 16, n. 3 *tinéj* = teneas, *tinejt* = teneat; a pag. 47, n. 3, *tjénet* non è questo = teneat. È forse imperativo con forma diversa? Così rispetto a *bere*, e *leggere* trovo *liet*, *béet* accanto a *liéjt* *beéjt*. M'inganno, considerando le due prime forme come d'imperativo? Sarebbe interessante; *legat* *bibat* rimangono se imper., quindi liberi dall'influenza di altri sogg.; nel valore di sogg. ubbidiscono a quest'infl. e quindi *liéjt* *beéjt*. Mi confonde poi un poco *pórtont* = portino, *alont* vadano. E così del pari *liont* leghino e *beónt* bevano.

Ma basti ormai. Accettate i cordiali saluti di chi sarà sempre

V[ostr]o riconoscente ed aff[ettuos]o amico  
Adolfo Mussafia.

## IX

Carissimo amico!

.....

Di me non ho molto a dirvi; ho licenziato oggi l'ultimo foglio del *Regimen sanitatis* (<sup>61</sup>) della biblioteca di Napoli; 672 versi che ho annegato in una salsa —temo, acquosissima e scipita— d'introduzione, annotazioni ecc. Vi avevo minacciato d'una serie di quesiti; poi per non recarvi tedio, m'astenni; avrete, fra poco l'opuscolo, e quanto più numerose osservazioni mi farete, tanto più grato ve ne sarò. Mangiando, mi venne l'appetito; e poichè mi trovo avere copia d'una S. Caterina della med<sup>a</sup>. biblioteca —l'autore si nomina alla fine: Buccio di Ranallo; e sarà molto probabilmente l'autore della Cronica rimata—, stamperò in autunno ancor ques-

<sup>61</sup> A. MUSSAFIA, *Mittheilungen aus romanischen Handschriften. I. Ein altneapolitanisches Regimen sanitatis*, en *Sitzungsberichte der Wiener Akad. der Wissenschaften. Philos. - hist. Kl.*, 1884, CVI, págs. 507-626.

ta (62). Ricerche lunghe, che richiedano il sussidio di molti libri, io non le posso più fare; perchè sebbene non abbia molto a dolermi della mia salute, e i miei dolori mi lascino ora alquanto in pace, pure le mie gambe si fanno sempre più deboli, tanto che dopo pochi minuti di passeggio mi sento spossato e m'è impossibile scendere le scale senza ajuto (salirle non mi dà verun incomodo). Ora le biblioteche sono tutte in alto, ed io non ci vo mai; di proprio, ho pochi libri; e il farmeli venire a casa, ora specialmente che abito un pó lontano, dà molto disturbo. Me ne accorsi quando lavorai al 'Presente', che voi chiamate 'eroico', ed io acceto l'epiteto, interpretandolo come più piace alla mia vanità; sebbene, quando penso a Leonida, mi ricordi che fu un eroe anche lui, senza che ciò lo salvasse dal cadere miserevolmente. Come che sia, non mi pento d'essermi imbarcato con fragile navicella in pelago così sconfinato (scusate le metafore, ma leggo e rileggo ora il libro del Rajna (63); e questo mi dà il contagio); avevo da anni ed anni quel pensiero in capo; che mi tormentava; dovevo liberarmene; nè, indugiando di più, potevo sperare di far meglio, al contrario! Crederete che l'articolo dello Sch. (64) io non lo lessi ancora? Ma a me accade spesso questo: che dopo essere stato per lungo tempo inteso ad uno studio, me ne sento così ristucco, che non ne voglio più sentir parlare. Diedi una occhiata al principio ed alla fine; assaporai colla voluttà dell'amor proprio lusingato i complimenti a destra ed a sinistra; all'indiscreto dubbio, che mi veniva sussurando all'orecchio: bada che non sia zucchero spruzzato sulla superficie per farti ingojare la pillola amara, imposi silenzio; e di qui a un mese o ad un anno repiglierò l'articolo, lo confronterò colla mia dissertazione, e senza dubbio imparerò un grande numero di cose. Suppongo che voi vediate il *Literaturbl.* di Heidelberg, e perciò non vi mando gli articoli, che di quando in quando pubblico in esso; solo vorrei sapere

62 Ver carta XI.

63 Pío RAJNA, *Le origini dell'epopea francese*, Firenze, Sansoni, 1884.

64 HUGO SCHUCHARDT publicó una amplia reseña en *LGRPh*, 1884, V, col. 61-68, sobre el estudio de A. MUSSAFFIA dedicado a la formación del presente de las lenguas románicas (Cf. nota 47).

se in quello che concerne il Wiese (<sup>65</sup>) —il povero Bertoldo— che stampa come inediti versi di Dante, ma la cui edizione del Tesoretto mi parve degna di lode, se in quell'articolo, dico, vi sia parsa giusta la supposizione che il verbo *somentire*, così frequente nelle poesie genovesi, ricorra in un passo del Tes. ed in altro del Fav. Vedremo che ne dirà il Flechia nelle sue illustrazioni (<sup>66</sup>) aspettate con tanta impazienza.

Voi avete accettata la mia proposizione rispetto al Miklosich; ed io in quella vece, animato dal Tobler, il quale dispone, oltre che del suo voto, di quello dei colleghi di Berlino, accettai il Rajna, il qualé senza dubbio otterrà la maggioranza. E la scelta avrà per fermo generale approvazione, e suggerirà la sentenza pronunciata dai Lincei, i quali (s'intende) di codesta conferma non avevano bisogno alcuno. E che fra coloro che proposero o accettarono il R. non ci siate anche voi, corrisponde perfettamente alle esigenze della più scrupolosa delicatezza: perchè, essendo voi stato il relatore dei Lincei, alcuno avrebbe potuto dire che non vi conveniva ripetere il già detto. Congratuliamoci adunque che il premio conferito per la prima volta dalla fondazione Diez sia toccato ad un Italiano.

Vorrei chiudere; ma pure non lo fo, senza dire una parola sulla malaugurata faccenda del Dr. G. (<sup>67</sup>). Il silenzio, che mi sarebbe pur tanto gradito, potrebbe parervi simulazione. Voi potete facilmente immaginarvi quanta amarezza mi abbia cagionata il dis-

<sup>65</sup> B. WIESE, *Der Tesoretto und Favolello B. Latinos*. Kritischer Text nebst einleitender Untersuchung über Handschriften und Sprache der Gedichte. en *ZRPh*, 1883, VII, págs. 236-389. A. MUSSAFIA había reseñado el trabajo de Wiese en *Literaturblatt für germ. und rom. Phil.*, 1884, V, col. 24-28. En vez de Wiese, Mussafia había escrito en esta su carta Weisse. El error se explica por el hecho de que en el mismo volumen de la *ZRPh* sigue inmediatamente un estudio de R. Weisse.

<sup>66</sup> N. LAGOMAGGIORE había publicado *Rime genovesi della fine del secolo XIII e del principio del XIV*, en *AGI*, 1875, II, págs. 161 y sigs., y A. IVE, *Prose genovesi della fine del sec. XIV e del principio del XV*, *ibid*, 1882, VIII, pág. 1 y sigs. Los comentarios lingüísticos a estos textos genoveses fueron escritos por G. FLECHIA en *AGI*, 1885, VIII, págs. 317 y sigs. (Cf. págn 390 sobre el verbo *somentir*.)

<sup>67</sup> Theodor Gartner.

senso fra due persone, alle quali legami di diversa natura, ma che hanno in comune la gratitudine, mi tengono stretto. Io non posso, nè potendo vorrei, erigermi a giudice; io sono intimamente convinto della vostra superiorità in tutto, e specialmente in queste cose latine; io conosco la bontà del vostro animo, sempre pronto a lodare, oltre il merito, ogni tentativo fatto con serietà e coscienza, ad incoraggiare i giovani che muovono i primi passi nella via del sapere; e non posso quindi, vedendovi quest'unica volta usare gravi parole, non dire a me stesso, che forti motivi abbiano vinta la naturale disposizione del vostro animo e la lunga consuetudine e v'abbiano forzato ad operare così. Dall'altro lato quando odo il povero G. colle lagrime agli occhi protestare della sua innocenza, assicurarmi ch'egli non ebbe mai l'intenzione di scemare la stima generale in che sono tenuti i vostri saggi (e come l'avrebbe potuto?), stima che in nessuno è forse più grande e più cosciente che in lui, io mi chiedo se in tutto ciò non ci sia forse un grande malinteso. Io ho fatto il possibile per trattenerlo dal mandare attorno la sua lettera; gli proposi di scrivervi, d'imprendere perfino un viaggio in autunno per parlarvi, di scrivere forse una relazione sull'ultimo fascicolo dell'Arch. e tôrne occasione per appianare o mitigare alquanto le difficoltà insorte; tutto riuscì vano; non rifiniva di rispondermi: mi si dia dell'ignorante, potrò, e forse dovrò, rassegnarmi; ma l'accusa di plagio, che è quanto dire di furto, mi è troppo gravosa; sentirei disprezzo di me stesso, se tacessi. Ora egli si va ritirando da me, o perchè, manifestatoglisi un male al petto, non può leggermi per lunghe ore come faceva prima —e questo è il motivo che egli adduce —o perchè egli teme che io, per il grande amore e la grande stima ch'egli sa ch'io vi professo, dubiti della sua onestà. Io, ripeto, ne sono afflitto quanto mai; tanto più che mi riconosco nell'impossibilità di conciliare, ed ora più che mai dopo l'ultima vostra. La quale mi recò grande turbamento per il giudizio sul lavoro sul dial, di Giudic. (68), che fu stampato dall'Acc. in seguito a mia relazione. Voi sapete quanto suscettivi sieno i consessi scientifici su questo proposito; un vostro giudizio sfavorevole su questa dissertazione solleverebbe contro

\* \* TH. GARTNER, *Die judicarische Mundart*. (Separata de *Sitzungsberichte der Wiener Akad. der Wissenschaften*.) Wien. 1882.

di me molte recriminazioni; ora io sono così poco atto a sostenere lotte di qualsiasi specie; che il rimprovero di non saper degnamente tutelare l'onore dell'Acc. mi farebbe oltre modo soffrire. Io mi posso facilmente immaginare che voi appunto perciò vi siete astenuto dal parlare di questo lavoro; in nome della nostra amicizia vi prego di voler perseverare in questa astinenza. Voi mi conoscete; sapete che se raccomandai il G., il feci non per concambiare servigi personali, ma per una persuasione generatasi in me dal lungo consorzio dell'esattezza sua nel raccogliere e riferire; ho sbagliato, e mi sentirei il coraggio di confessarlo e di subire le conseguenze; ma qui c'entra, oltre che la riputazione mia, quella dell'Accademia, che mi deve stare vivamente a cuore. Ma basti di ciò; e meglio sarebbe stato, m'avvedo, che questa volta mi fossi taciuto, affinché la presente, incominciata da un argomento lieto, non venisse a chiudersi in modo così poco piacevole. Ad ogni modo, poichè, come dissi, m'era impossibile ignorare affatto questo infelice incidente, rimanga ciò che ho già scritto; e non se ne parli più. Solo questo voglio aggiungere: che siate certo che i miei sentimenti per voi non sono nella menoma parte alterati e ch'io vi prego con tutto il fervore di volermi pur voi conservare intera la vostra amicizia, che è uno dei pochi beni di cui vada lieta la mia vita.

Riverite in nome di noi due le signore di casa vostra; accettate i saluti di mia moglie, e credetemi sempre

V[ostr]o aff[ettuosissim]o amico  
Adolfo Mussafia.

18. VI. 84.

X (60)

Carissimo amico!

.....

Confinato fra le quatro pareti della mia stanza e nojato, mi venne in mente di fare uno studio nojoso; cura omeopatica. Presi la Divina Commedia, che porto sempre meco. Leggo: *fecemi la divina potestate*.

\*\* Carta sin fecha, pero de 1885, anterior al mes de octubre (Véase la nota siguiente).



Perchè *fecemi* e non *mi fece*? *Ruppemi l'altro sonno nella testa*; perchè non *mi ruppe*? Il metro avrebbe consentito la proclisi in ambedue i casi. E trovai questa non dirò legge, ma consuetudine sintattica costante così, da poterla chiamare regola; ma regola certo non appresa dalle grammatiche, bensì istintiva[mente] seguita (70).

In principio della proposizione principale non può usarsi il pron. pers. atono, proclítico. *S'ode a destra uno squillo di tromba* sarebbe impossibile in Dante. E ciò non solo in principio di periodo, ma anche nella prop. princ. coordinata asindeticamente; quindi non *il duca mio venne, mi abbracciò e disse*; ma *abbracciommi*. Non si riscontra veruna eccez [ione].

Anche nella prop. princ., cui preceda una accessoria; non *quando lo vidi, gli dissi; dopo che l'ebbi salutato, gli chiesi*; ma *dissigli, chiesigli*. Una ventina di passi che confermano l'osservazione; un solo che fa eccezione; e bisognerà vedere come leggono i più autorevoli codici (Io mi servo d'una pessima edizione).

Quindi nell'imperativo: *levati, levatevi, levisi, leviamoci, levatevi, levinsi; diteci, parlategli* ecc. Una sola eccezione ed esso: *lo mi addita*. Forse per tirannia di rima; ma chi sa che buoni codici non abbiano *or lo mi*. Giacchè anche qui basta che dinanzi all'imperativo si trovi alcuna parte del discorso; una particella qualunque (ad eccezione di *e, ma*) p. es. *non, or, però*; ed invece dell'enclisi ricorre la proclisi: *or mi di?, però ti aspetta*. Il vocativo naturalm. sta da se e non impedisce l'enclisi: *O poeta, vagliami il lungo studio* (*mi vaglia* sarebbe contrario all'uso dantesco); *tu nomin[ativ]o*, non vocativo, esige la proclisi. . .

Finalmente anche in principio della propos. princ. coordinata sinteticam. mediante le congiunzioni *e, ma*, la enclisi è quasi costantemente adoperata. *Egli mi disse e mi mostrò* è rarissimo; circa cento passi hanno *e mostrommi*. Otto o dieci passi con *e* fanno eccez[ion]e p. es. *piange e s'attrista*, quasi sempre in fine di verso. *Di ma si attrista*

<sup>70</sup> Mussafia publicó el resultado de sus investigaciones en un interesantísimo estudio: *Una particolarità sintattica italiana dei primi secoli*, en *In Memoria di N. Caix e U. A. Canello. Miscellanea di Filologia e Linguistica*. Firenze, 1886, págs 255-261. Una nota agregada a págs. 474-475 está fechada "Vienna, 29 ottobre 1855" [=1885]. Este dato nos ayudó a fechar la presente carta.

non si ha nessun esempio. Quindi anche nell'imperativo: *E dimmi, ma dimmi e piacciati, ma ti piaccia.*

Mi pare dunque che non si possa attribuire a mero caso, o alle esigenze del metro, una tale costanza d'uso e si abbia il diritto di dire: In Dante la proposizione principale e quella che incomincia da *e, ma* non tollerano (salvo pochiss, eccez. rispetto ad *e*) la proclisi. Negli altri casi la proclisi è di gran lunga più in uso; enclisi può però adoprarsi per bisogno di rima (*fensi, levorsi* ecc.), di metro ecc. Ad ogni modo i casi di proclisi stanno come 95 rispetto a 5 forse di enclisi.

Si potranno forse fare altre applicazioni per piccole questioni sul testo. Alcuni codici leggono: *Poeta, ti richeggio* altri *i (io) ti r.* Avremo diritto di dire: la prima lezione ripugna all'uso costante del poeta.

E finora dissi di Dante. Ma non è probabile che lo stesso si potrà osservare presso tutti gli antichi? E qui gioverà esaminare gli scrittori in prosa, più utili perchè non costretti dal metro. E se si trova in vero lo stesso uso dappertutto, ne risulterebbe un tenue canone critico per giudicare della bontà delle lezioni e dell'autenticità di testi dubbii.

Resta poi vedere se a questa mia tiritera voi non rispondiate *Sapevamcelo* (che, a dirla di passaggio, è altro esempio del fatto; un antico non avrebbe detto *ce lo sapevamo*). S'è tanto scritto su Dante. So che c'è un libro (non so di chi) che computa quante vocali quante cons., quanti a, o, u contiene la D. C.; che si fosse studiata anche questa particolarità, certo non inutile? Se ne sapete qualcosa, ditemelo all'occasione. E se non vi burlate di queste quisquiglie, a qui m'abbandono, ditemi se vi par che metta conto chiamare su di esse l'attenzione degli studiosi ed eccitare a ricercare quando l'uso si modificò a favore della proclisi, che certo da secoli predomina. È singolare come andò la cosa nell'imperativo. In Dante non ci ha differenza fra 1<sup>a</sup> 2<sup>a</sup> e 3<sup>a</sup> pers.; ripeto:

<i>levatevi or vi levate</i>	<i>però vi lev. non vi levate</i>
<i>piacciavi or vi piaccia</i>	<i>però vi p. non vi p.</i>

Oggidì nella 1<sup>a</sup> e 2<sup>a</sup> sempre enclisi e solo colla particella *non* prevalse l'antica proclisi; nella 3<sup>a</sup> proclisi (e solo ad libitum come da per tutto sostituz[ione]e dell'encl. alla procl. per il metro nel verso l'armonia del periodo nella prosa).

Sarebbe tanto più interessante trovare che l'osserv. da me fatta vale per tutti gli antichi che quasi lo stesso è in franc. ant. e prov. (se nello sp. e port. ant. non so); *le voyez-vous* sarebbe imposs. in antico franc.; ci vuole o il pron. accentato enfatico *lui veez vos* o enclisi *veez le vos*.

Ma basti; l'ora è passata e mia moglie mi ammonisce di non scrivere troppo a lungo. Tutti e due vi salutiamo di cuore.

Adolfo Mussafia.

## XI

Carissimo amico!

Vi ringrazio della lunga ed istruttiva vostra lettera. Ho consegnato l'inchiesta al dr. Gartner; non vi so dire se ne sia rimasto soddisfatto o no, perchè non mi parve opportuno di chiederglielo. Io, che in questa dolorosa polemica fra due miei amicissimi, sono proprio fra l'incudine ed il martello, non posso far nulla di meglio che starmene del tutto neutrale. . .

Voi vi aspettate una mia retata (<sup>71</sup>); ma pur troppo anche questa volta non risponderò al vostro così cortese invito; perchè non ho proprio nulla che valga la pena d'essere detto. Le poche linee che io avevo scritte una decina d'anni fa coincidono quasi sempre col principio del vs. articolo, di gran lunga più comprensivo; non saprei che aggiungere, se non l'osservazione che *roiz* in franc. ant. è non solo femminile, come dice il Littré, ma altresì maschile. Voi mi opponete che dunque *toi* avrebbe dovuto dare *te*, ed io alla mia volta potrei notare che quello che è accaduto per

<sup>71</sup> Alusión al artículo de G. J. ASCOLI, *Retia retiare retiaculum*, en *AGI*, 1885, IX, págs. 102-106, donde fueron estudiadas estas formas francesas citadas por Mussafia en la presente carta. El artículo de Ascoli provocó un carteo más amplio entre los dos lingüistas. Otra carta de Mussafia fue encontrada en la Biblioteca Cívica de Milán, adherida por Ascoli mismo a la respectiva página de su estudio. La publicó P. S. PASQUALI en *Ro*, 1932, LVIII, págs. 565-568.

una voce non doveva di necessità accadere per tutte e che specialmente gli sviluppi posteriori di *oi* sono molto svariati; ma preferisco dire che io di *rets*, voce (come sempre più mi persuado) posteriormente introdotta, non m'incaro; se c'è modo di spiegarla foneticam., tanto meglio; se no, importa poco; l'avranno tolta di peso al latino. Di molto maggiore importanza mi pare la questione, se si debba o si possa ammettere come base delle voci francesi un *habets amaut*; io credo ancora di no; ma poichè voi dite: si, capirete che io desideri vivamente di vedervi trattare una tale tesi; cosicchè in vece di mandarvi io alcuna cosa esorto istantemente voi a fare un'aggiunta al vostro articolo. Gli studiosi ci guadagneranno in questo scambio.

Ma a questa preghiera non mi limito. Ne viene un'altra e grossa ed egoistica. Trovandomi avere copia della S. Caterina di Buccio di Ranallo, che dichiara averla composta nell'anno 1330, non so resistere al desiderio di pubblicare anche questo testo meridionale (<sup>72</sup>); e sarà l'ultimo. Per mala ventura il testo è in molte parti viziato; ma poichè le ricerche che finora si son fatte non riuscirono a scovare un altro codice, bisogna contentarsi di quello che ci rimane. Ora io trovo in questo mio testo parecchie voci che non capisco. Non avendo a mia disposizione che pochissimi materiali e non potendo pur troppo rivolgermi al D'Ovidio, oso disturbar voi. Voi sapete tutto, ed avete corrispondenti in tutte le parti d'Italia.

<sup>72</sup> El estudio fué presentado como comunicación académica en la sesión de 10 de junio de 1885 y publicado con el título: *Mittheilungen aus romanischen Handschriften. II. Zur Katharinenlegende, en Sitzungsberichte der Wiener Akad. der Wissenschaften. Philos. — hist. Kl., 1885, CX, págs. 355-421*, pero durante ese tiempo el texto fué conocido y señalado por otros especialistas italianos, de modo que en el mismo año el joven erudito ERASMO PERCOPO acababa de publicar e ilustrar: *IV. Poemetti sacri dei secoli XIV<sup>o</sup> e XV<sup>o</sup>*, Bologna, 1885 [=Dispensa 211: Scelta di curiosità letterarie inedite o rare]. El segundo poemita es precisamente *La leggenda di s. Caterina d'Alessandria* (págs. 47-132).

En el margen de la lista de palabras dudosas para cuya dilucidación Mussafia pidió la ayuda de Ascoli, éste escribió dos notas: 1. *squarciare* [para la palabra *scarsciare*] y 2. *E ð. v. Spano it. - sardo* [para *sese*].

Spero che vi riuscirà dilucidare i miei dubbii. Nè accade dire que quanto voi avrete la bontà di dirmi vi verrà da me scrupolosamente attribuito.

.....

V[ostr]o aff[ettuosissi]mo.

Adolfo Mussafia.

Vienna, 10 Aprile 1885.

In questo momento mi giunge la notizia che la proposta fatta dallo Schuch. e da me di nominare il Gartner a prof. di filol. romana all'università di Czernowitz (il Budinsky fu, in seguito ad una sua imprudenza, messo in disponibilità) venne accettata; anzi, mentre noi l'avevamo proposto frattanto a straordinario pare che per motivi amministrativi lo faranno di primo acchitto ordinario. È un bel salto, da maestro in una Unterrealschule.

[La lista delle voci]

- 1 *mere* = *opus est* mi è noto. Ma d'onde viene? E questa voce fu già da alcuno investigata?
- 2 Si parla del sole, della luna ecc. ed è detto: *questo no è facto iecola, Fo dalla prima secola*. Deve significare "da poco tempo, di fresco".
- 3 Più volte ricorre *scuttiare* o (perchè tt è spesso scritto ct) *scuctiare*; il significato è chiarissimo "osare, ardire", Vive la parola? Quale n'è l'etimo?
- 4 Massenzio fa frustare Caterina; *no volse altri luscuni se no nervi vaccuni* (che sarà "di vacca"). Non intendo *luscuni*.
- 5 Caterina dice: ora sono bella *ma poi che sarrò morta et alla fossa adorta la carne mea marcisce*. —*adorta* non ha ciera di voce popolare, sarà un latinismo coniato da Buccio. Nessuno dei significati di *adoriri* calza; ma questi poeti semiplebei quando ricorrono al lessico latino, tirano spesso le parole a significati molto arbitrari. —Ad ogni modo vi registro anche questa voce nel timore che il mio ragionamento sia fallace. (A proposito di partic. vi interesserà trovare oltre *mosto*, noto ai dial. meridionali, anche *lesto-letto*).

una voce non doveva di necessità accadere per tutte e che specialmente gli sviluppi posteriori di *oi* sono molto svariati; ma preferisco dire che io di *rets*, voce (come sempre più mi persuado) posteriormente introdotta, non m'incarico; se c'è modo di spiegarla foneticam., tanto meglio; se no, importa poco; l'avranno tolta di peso al latino. Di molto maggiore importanza mi pare la questione, se si debba o si possa ammettere come base delle voci francesi un *habets amavt*; io credo ancora di no; ma poichè voi dite: si, capirete che io desideri vivamente di vedervi trattare una tale tesi; cosicchè in vece di mandarvi io alcuna cosa esorto istantemente voi a fare un'aggiunta al vostro articolo. Gli studiosi ci guadagneranno in questo scambio.

Ma a questa preghiera non mi limito. Ne viene un'altra e grossa ed egoistica. Trovandomi avere copia della S. Caterina di Buccio di Ranallo, che dichiara averla composta nell'anno 1330, non so resistere al desiderio di pubblicare anche questo testo meridionale (<sup>72</sup>); e sarà l'ultimo. Per mala ventura il testo è in molte parti viziato; ma poichè le ricerche che finora si son fatte non riuscirono a scovare un altro codice, bisogna contentarsi di quello che ci rimane. Ora io trovo in questo mio testo parecchie voci che non capisco. Non avendo a mia disposizione che pochissimi materiali e non potendo pur troppo rivolgermi al D'Ovidio, oso disturbar voi. Voi sapete tutto, ed avete corrispondenti in tutte le parti d'Italia.

<sup>72</sup> El estudio fué presentado como comunicación académica en la sesión de 10 de junio de 1885 y publicado con el título: *Mittheilungen aus romanischen Handschriften*. II. *Zur Katharinenlegende*, en *Sitzungsberichte der Wiener Akad. der Wissenschaften*. Philos. — hist. Kl., 1885, CX, págs. 355-421, pero durante ese tiempo el texto fué conocido y señalado por otros especialistas italianos, de modo que en el mismo año el joven erudito ERASMO PERCOPO acababa de publicar e ilustrar: *IV. Poemetti sacri dei secoli XIV<sup>o</sup> e XV<sup>o</sup>*, Bologna, 1885 [=Dispensa 211: Scelta di curiosità letterarie inedite o rare]. El segundo poemita es precisamente *La leggenda di s. Caterina d'Alessandria* (págs. 47-132).

En el margen de la lista de palabras dudosas para cuya dilucidación Mussafia pidió la ayuda de Ascoli, éste escribió dos notas: 1. *squarciare* [para la palabra *scarsciare*] y 2. *È ò. v. Spano it. - sardo* [para *sese*].

Spero che vi riuscirà dilucidare i miei dubbii. Nè accade dire que quanto voi avrete la bontà di dirmi vi verrà da me scrupolosamente attribuito.

.....

V[ostr]o aff[ettuosissi]mo.

Adolfo Mussafia.

Vienna, 10 Aprile 1885.

In questo momento mi giunge la notizia che la proposta fatta dallo Schuch. e da me di nominare il Gartner a prof. di filol. romana all'università di Czernowitz (il Budinsky fu, in seguito ad una sua imprudenza, messo in disponibilità) venne accettata; anzi, mentre noi l'avevamo proposto frattanto a straordinario pare che per motivi amministrativi lo faranno di primo acchitto ordinario. È un bel salto, da maestro in una Unterrealschule.

[La lista delle voci]

- 1 *mere* = *opus est* mi è noto. Ma d'onde viene? E questa voce fu già da alcuno investigata?
- 2 Si parla del sole, della luna ecc. ed è detto: *questo no è facto iecola, Fo dalla prima secola*. Deve significare "da poco tempo, di fresco".
- 3 Più volte ricorre *scuttiare* o (perchè tt è spesso scritto ct) *scuctiare*; il significato è chiarissimo "osare, ardire", Vive la parola? Quale n'è l'etimo?
- 4 Massenzio fa frustare Caterina; *no volse altri luscuni se no nervi vaccuni* (che sarà "di vacca"). Non intendo *luscuni*.
- 5 Caterina dice: ora sono bella *ma poi che sarrò morta et alla fossa adorta la carne mea marcisce*. — *adorta* non ha ciera di voce popolare, sarà un latinismo coniato da Buccio. Nessuno dei significati di *adoriri* calza; ma questi poeti semiplebei quando ricorrono al lessico latino, tirano spesso le parole a significati molto arbitrarii. — Ad ogni modo vi registro anche questa voce nel timore che il mio raziamento sia fallace. (A proposito di partic. vi interesserà trovare oltre *mosto*, noto ai dial. meridionali, anche *lesto-letto*).

- 6 *Quisto gran tormento sarà sbannoctemento de tucti li cristiani. Si capisce che vuol dire "ispirerà timore". Se invece di nn ci fosse uu penserei a sbigottire a spagotto; ma così non capisco nulla. Quindi la solita doppia domanda: 1) Vive la voce? 2) Quale ne è l'etimo?*
- 7 *Le rote fecisti fare per farela Caterina scarsciare. Deve essere "dilacerare, straziare".*
- 8 *sese "mammelle" mi è noto nell'abruzzese. Etimo?*
- 9 *furunimenti "di soppiatto, furtivam." Vive?*
- 10 *admarmoriti "di stucco (per stupore)". Vive?*
- 11 *un gran vento farebbe scervicare dalle fundamenta il tempio. Vive?*
- 12 *jorditu ed in altri due o tre luoghi storditu. È errore?*
- 13 *orditiu e chiamato il sacrificio agli idoli. Probabilmente da orrido o ordo "sucidio' itium. Vive?*
- 14 *Caterina ai dottori pagani: voi sete caciunelli, non sapite cobelli.*

## XII

Carissimo amico!

Non apena io lessi nell'ultimo fascicolo del R. St. (73) la diatriba del Böhmer, scrissi immediatamente al Gartner, esprimendogli in modo risentito e con quella libertà, che mi consentivano e la mia coscienza e le mie relazioni col Gartner, il quale deve a me la insperata sua posizione a Cz., che io disapprovavo altamente la ristampa della Circolare; si ricordasse che io l'avevo dissuaso di scriverla la prima volta e l'avevo ammonito di temperarne la forma; che, sebbene egli si fosse creduto in diritto ed in dovere di mandare attorno la sua protesta, io non gli avevo perciò ritirata la mia amicizia, sperando che il tempo varrebbe a riconciliare fra di loro due persone a me tanto care ed intese agli stessi studii; che con mia soddisfazione io m'accorgevo come voi vi foste placato e mi dimo-

<sup>73</sup> RSt, VI, pag. 336.



straste sentimenti più miti verso di lui e che quindi tanto più deploravo essersi egli lasciato indurre a rinfocolare gli sdegni con quella riproduzione, nonchè inutile, dannosissima della sua lettera. 'Non avreste' conchiudevo 'dovuto cedere in nessun caso al B., il quale, se non sa desistere dal battagliare, doveva lasciare in pace voi, e non valersi della vostra debolezza come di strumento per le sue serotine e del tutto intempestive recriminazioni.' Questo ed altro gli scrissi; e d'allora in poi non mi rispose; sarà un'altra defezione? avrò di nuovo a sperimentare che chi ti si dichiara devotissimo, finchè ha bisogno di te, ti volta il dorso e se occorre ti assale, quando è divenuto tuo pari? Sarebbe un gran dolore per me. Ma infinitamente più grande sarebbe, se voi pur per un istante supponeste che io in questo conflitto miserando prenda parte alcuna per quelli che osano conturbare voi, nostro venerato maestro. . . ora un cenno, vago assai ma che appunto perciò mi turba moltissimo, fattomi dall'amico Sch. <sup>(74)</sup> viene a palesarmi che qualche cosa ci è pure, che le dolorose esperienze, cui probabilmente voi, come ogni altro, avete fatto sono in grado di ispirarvi dubbii su d'una amicizia, che dura da vent'anni. . . Or che debbo io fare? Null'altro che assicurarvi sulla mia parola d'onore che io della meditata pubblicazione non ebbi il menomo sentore. . .

V[ostr]o aff[ettuosiss]imo  
Adolfo Mussafia

Vienna, 24. 2. 86.

### XIII

Carissimo amico!

No, davvero io non so precisarvi veruna età del francese, in cui si usasse *col* per tutti i casi del singolare e non fosse sorta ancora la forma *cou*. Lo strascico, in gran parte meramente tradizionale dell'*-s* del nominativo dura, sempre più assottigliandosi, a lungo, l'*-u* alla fine della parola è procedimento tardo, ma chi può indicare

<sup>74</sup> Hugo Schuchardt.

che probabile che *cous* non era del tutto tramontato quando *cou* era già spuntato; e ne risulta, come sempre, che avete ragione voi. E rileggendo la vostra Poscritta (<sup>75</sup>) m'avvedo che vi eravate espresso con tutta la possibile chiarezza e che fui io a frantendere. Cessa dunque ogni motivo di scrivere al vostro traduttore.

La notizia che mi date rispetto al ms. Tiraboschi è per me un contrattempo. Se avessi la forza di quattro o cinque anni fa, farei durante le vacanze di pasqua un salto a Bergamo; ma (checcchè v'abbia riferito lo Sch., che s'imbattè a trovarmi in un pajo d'ore buone) le mie gambe non mi servono più; sono ridotto a tale, che da due anni non posso più salire le scale nè dell'una nè dell'altra delle nostre biblioteche; ed il viaggiare, in altri tempi per me un sollievo, m'affatica oltremodo. Tenterò di ottenere una collazione del codice padovano col bergamesco; ma temo che in questo gran fervore di studii dialettologici alcuno, mosso dal giusto desiderio che il Vocabolario si pubblichi in patria, non mi prevenga. Sarà un vantaggio per gli studiosi; ma ciò non toglie che io con un certo sentimento di melanconie guardi quei tre o quattro fascicoli, nei quali io or sono più di dieci anni spesi molto tempo e grande fatica.

Addio, mio carissimo; grazie mille delle premure che vi siete date. Mia moglie ed io ci ricordiamo con affetto a tutti i vostri. Addio di nuovo.

V[ostr]o aff[etuosissi]mo  
Adolfo Mussafia

8. 2. '87.

#### XIV

Carissimo amico!

Vi scrivo prima di tutto per darvi nuove della mie salute, che non ostante l'inverno uggiosissimo è molto sodisfacente, e per chiedere le vostre, che spero saranno ottime. Poi per esprimervi la

<sup>75</sup> Poscritta (agosto 1886) al final del artículo *Due recenti lettere glottologiche*, en *AGI*, 1886, X, pág. 73-105, donde fueron discutidas también las formas francesas *col*, *cou*, *cous* (págs. 95 y sigs.).

contentezza ch'ebbi all'udire della nuova onorificenza conferitavi dalla Francia. Finalmente, e non senza un pó d'esitazione, per parlarvi del premio Diez. Se il K. (<sup>76</sup>) da voi proposto non fosse escluso dagli statuti, non oserei interessarvi a favore del mio candidato; ma poichè siete a caso vergine, permettetemi di pregarvi a voler prendere in considerazione i meriti dell'ottimo Solerti (<sup>77</sup>). Un lavoro così indefesso, un'annegazione così costante è invero degna d'essere retribuita. Delle proposte Schn. (<sup>78</sup>), Flam. (!) (<sup>79</sup>) non parlo; non sono davvero da prendersi sul serio; tutt'al più può argomentarsene la poca fecondità degli studii romanzi nell'ultimo quadriennio. Resta il M. L. (<sup>80</sup>). Quanta e quale sia la mia stima ed ammirazione per il lavoro stupendo, non ho bisogno di dirlo a voi; ma non vi pare che, dichiarato una volta che l'opera è magistrale, tributatole l'omaggio che le è dovuto, giustizia distributiva voglia che si pensi anche ad altri? L'approvazione dei membri della fondazione Diez non può ormai aggiungere nulla alla lode comune resa all'opera insigne; ed il piccolo vantaggio materiale dovrebbe, a veder mio, essere devoluto a chi ha sostenuto gravi sacrificii (<sup>81</sup>)

<sup>76</sup> G. I. ASCOLI había propuesto para el premio Diez el diccionario de GUSTAV KÖRTING, *Lateinisch-romanisches Wörterbuch*, Paderborn, 1890-1891.

<sup>77</sup> ANGELO SOLERTI, *Vita di Torquato Tasso*. Vol. I-III. Torino, 1895. No solamente por esta obra había propuesto Mussafia a Solerti, sino también por la edición crítica en 2 vol. de la obra de Tasso, *Gerusalemme liberata*.

<sup>78</sup> HEINRICH SCHNEEGANS, *Geschichte der grotesken Satire*, Strassburg, 1894. Que Mussafia no fuera objetivo con el erudito alemán se puede deducir del hecho de que la respectiva obra haya sido el objeto de numerosas reseñas favorables, entre las cuales una de PH. AUG. BECKER en *ERPh*, 1896, XX, págs. 123-125. El proponente para el premio era G. Gröber.

<sup>79</sup> FRANCESCO FLAMINI, *Studi di storia letteraria italiana e straniera*, Livorno, 1895. Siempre G. Gröber fué el proponente.

<sup>80</sup> W. MEYER-LÜBKE, *Grammatik der romanischen Sprachen*. Bd. II, *Formenlehre*. Leipzig, 1893-1894. La propuesta venía de parte de G. Paris y G. Gröber.

<sup>81</sup> Unos diez años había trabajado Solerti para recoger un copiosísimo material. Además, tuvo que viajar por el exterior para otros trabajos y ediciones relacionadas con la obra de Tasso.

per condurre a termine l'impresa. Pensateci, amico mio, e se vi persuadete della bontà dei miei argomenti, decidetevi voi in favore del S. e, potendo, dite una buona parola presso il Paris <sup>(82)</sup> o i Signori di Berlino <sup>(83)</sup>.

Resto qui fino al 20 marzo, poi vo ad Abbazia fino a tutto Aprile. Il mio desiderio mi condurrebbe in Italia; ma i viaggi mi stancano e ci vuole un pó di riguardo alla borsa. Addio, mio carissimo ed ottimo amico.

Sempre vostro  
Adolfo Mussafia

17. 2. '96.

XV <sup>(84)</sup>

Carissimo amico!

.....

Molto interessante la spiegazione del *vattelapesca* <sup>(85)</sup>, ed io, quanto a me, non esito ad accettare l'*ac* <sup>(86)</sup>. E chi ammette *atque iste, atque ille* dovrà a più forte ragione approvare il pensier vostro. Una volta m'era venuta l'idea (o è forse venuta ad altri? Io non

<sup>82</sup> G. Paris propuso, en primer término, a R. J. CUERVO, *Diccionario de construcción y régimen de la lengua castellana*. Tomo II. París, 1893. Otros favorecidos con la propuesta del filólogo francés fueron ADOLPHE HATZFELD, ARSENE DARMESTETER ET ANTOINE THOMAS, *Dictionnaire général de la langue française du commencement du XVII<sup>e</sup> siècle jusq'á nos jours*, París, 1891.

<sup>83</sup> Entre aquellos la mayor autoridad en la comisión de la *Diöz-Stiftung* la ejercía Ad. Tobler que era también el presidente. Gran parte del epistolario Tobler-Ascoli se refiere a la *Diöz-Stiftung* y a los premios que la nombrada fundación otorgaba cada cuatro años.

<sup>84</sup> Carta sin fecha, pero de 1898, o también fines de 1897.

<sup>85</sup> G. J. ASCOLI, *Un problema di sintassi comparata dialettale*, en *AGI*, 1898, XIV, págs. 453-468.

<sup>86</sup> *Ibid.*, págs. 467-468.

ho agio di scartabellare libri e periodici \*) che si trattasse in fin di conti d'un infinito, e poi per una certa attrazione la forma del secondo verbo si fosse modellata su quella del verbo reggente. Ci vedevo come una specie di eco. I casi, nei quali c'è solo il pronome accus., *vallo a piglia* sono gli unici, per i quali la vs. dichiarazione s'urta in qualche difficoltà. Ma sarà un'estensione degli altri casi, in cui, come voi giustamente osservate, al primo verbo s'unisce il pronome riflessivo in funzione di dativo: *vattelo e piglia* è un pó duro, ma s'intende.

Addio, amico mio carissimo

Sempre vostro  
Adolfo Mussafia

\* Il Gaspary (<sup>87</sup>) l'avete omesso a bello studio?

## XVI

VIII., Florianigasse 1, 17. II. '98.

Carissimo amico!

.....

Voi scherzate chiedendomi la mia opinione sui vostri 'sgorbj'. A me null'altro spetta che ammirare, imparare e rendervi grazie del modo indulgente, con cui approfittate d'ogni occasione per ricordare i miei poveri adoperamenti. Il *tudicare* del Nigra (<sup>88</sup>) è una bella trovata; ma c'è il guajo della sincope, che dovrebbe essere molto antica. Ho paura che i fonologi francesi diranno se da *judicare*,

<sup>87</sup> A. GASPARY había publicado un breve artículo *Zu dem Ausdruck Vattel'a persè*, en *ZRPh*, 1879, III, págs. 257-259. Al mismo se refiere la nota de Mussafia que, según parece, tuvo el efecto de determinar a Ascoli a volver sobre el problema en un *Appendice all'articolo "Un problema di sintassi comparata dialettale"*, en *AGI*, 1899, XV, págs. 221-225, donde esta vez no olvida ni a Gaspary (pág 222) ni al que le atrajo la atención, que en rigor no es Mussafia sino: "ne devo la precisa indicazione all'amico prof. Biadene (2 febbrajo, 1889)"!

<sup>88</sup> C. NIGRA, *toccare*; ecc., en *AGI*, 1897, XIV, pág. 337.

*jugier* perchè no *togier*? Ma, ci sarebbe il ripiego del M. L. <sup>(89)</sup>: *tudcat tud'gare* > *tochet togier*; poi, *toch* si generalizza. Ed in italiano? — Che peccato che il B. <sup>(90)</sup> non abbia potuto condurre a termine l'interessante capitolo sulle consonanti intervocaliche! È, come di nuovo dovetti dire in una delle ultime lezioni, una delle più intricate materie della fonologia ital. Esposi la vs. teoria e quella del M. L. <sup>(89)</sup> su *t* = *d* in virtù di *a* che preceda o segua e *d'*; ma abbiamo trovato una serie di eccezioni (*catena*, *catino*, *satollo* ecc. ecc.). Tentammo lo stesso per *c* e *p*, *b*; nuove difficoltà. Dovreste pure riprendere voi la questione e scioglierla da par vostro.

Ancor una cosa. Ho da anni ed anni una copia del fra Paolino secondo il cod. Correr, fatta dal Gliubich, uomo no sempre esatto. Voi a q[uest]o codice attribuite la importanza che merita; sareste disposto a stamparlo nell'Archivio? Bisognerebbe rivedere la copia e darle quella forma che suole l'Archivio. Se l'idea vi va, approfitterei delle lunghe vacanze, che quest'anno gli studenti ci hanno procacciate e andrei a passare un mesetto (15/3 - 15/4) a Venezia, sempre chè il museo Correr acconsentisse a far passare il codice alla Marciana...

.....

Tutto v[o]s[tro]  
Adolfo Mussafia

Il v<sup>o</sup>. articolo su Grado <sup>(91)</sup> mi riuscì tanto più gradito che appunto alcune settimane fa un mio bravo allievo (Bartoli <sup>(92)</sup>),

<sup>89</sup> W. Meyer-Lübke.

<sup>90</sup> Bianco Bianchi, sobre el cual se puede leer una necrología de G. I. ASCOLI en *Supplementi periodici all'Arch. Glott. It.*, 1897, IV, págs 51-52. El fragmento del estudio al que se refiere Mussafia fué publicado en *AGI*, 1897, XIV, págs. 318-324.

<sup>91</sup> G. I. ASCOLI, *Di un dialetto veneto importante e ignorato. Lettera a un compagno di studj*, en *AGI*, 1897, XIV, págs. 325-335.

<sup>92</sup> Matteo G. Bartoli.

che fece studii sul veglioto atti, come pare, a rettificare molte asserzioni dell'Ive (<sup>93</sup>) m'avea dato da leggere parecchie scritture dello Scaramuzza (<sup>94</sup>).

XVII (<sup>95</sup>)

Amico carissimo!

.....

Avrete saputo la notizia che vi abbiamo dato l'ottimo nostro Nigra qual collega fra gli otto soci onorarii della nostra classe. Fra otto, due Italiani, c'è da contentarsene.

Uscirà fra giorni un lavoro dalla mia amica Elisa Richter (<sup>96</sup>), destinato a schiuderle la via alla libera docenza. V'interesserà qualche dettaglio:

Donde l'it. *da*? Salvo poche e timide voci in contrario, da *d-ad*. Ora, perchè a *Pietro*, ad *Antonio*, non mai *dad* A?

Perche in tutte le parlate *a-cc* da *ad-c*, e, salvo che nel Toscano, in gran numero di parlate *da* non produce geminazione dell'iniziale? Se si osserva che gemin[azion]e analogica è frequente nel toscano, e di conson. semplice, qualora la gemin. sia organica, non v'ha esempio, ne risulta che *da* non possa essere *dad*. Dunque che cosa è? È *dab*, dice la giovane scienziate, la base del sardo. All'objezone: perchè non v'ha traccia di *dav* risponde: In quest'unico caso, *-b* se n'è ito.

E ancora: donde *avuec*? Non da *apud h.*, ma col Kört. non però per il motivo da lui addotto, da *ab hoc*. E di passaggio un'altra osservaz[ion]e. Basta leggere una ventina di pag. francesi fino al sec. 12 inoltrato per persuadersi che a *cum* risponde quasi sempre *od*, *ot*. *Avuec* era originariam. un avverbio: *le parti; li nies avuec da \*av. li nies* si pervenne a *av. le nevout*. Concorrenza debole

<sup>93</sup> Antonio Ive.

<sup>94</sup> Sebastiano Scaramuzza sobre el cual hay algunos detalles en el artículo de Ascoli, citado en nuestra nota anterior (núm. 91).

• <sup>95</sup> Carta sin fecha, pero de 1904.

<sup>96</sup> ELISE RICHTER, *Ab im Romanischen*, Halle a. S., 1904.

assai in sul principio, (del resto già nell' Alessio), vittoriosa alla fine di *av.* contro *od.* In latino basso ella trova *ab hoc* nel valore appunto di "nel medesimo tempo, nel medesimo luogo, date le medesime condizioni"; quindi

Abii aqud imperatore  
Abii, imperator ab hoc.

Che ve ne pare? V' è noto che il quesito: Perchè non *dad A* sia stato fatto finora? Che *da* non gemina in dialetti, fu osservato da molti, ma ne fu cavata da alcuno la conseguenza rispetto all'etim.?

Se avete un minuto di tempo, e immaginando di trovarvi nel minuscolo salottino dell'Ancora voleste intrattenerse meco, ve ne sarei riconoscente.

Addio, mio carissimo

Tutto v[o]s[tro]  
Adolfo Mussafia

D. GAZDARU

*Universidad de Buenos Aires.*

**ADVERTENCIA:** Por falta de signos diacríticos tipográficos, no se pudo reproducir fielmente todos los caracteres gráficos usados por A. Mussafia; así que, por ejemplo:

*s*, págs. 15, línea 9, y 20, línea 7, representa a la palatal fricativa sorda;

*e*, pág. 27, línea 5, representa a *e* cerrada;

*o* de *beont*, pág. 30, línea 12, es una *o* larga acentuada.



## FICCIÓN E HISTORIA EN LA TRILOGÍA DE LOS PIZARROS DE TIRSO

El gran acontecimiento del siglo XV fué la conquista del Nuevo Mundo, conquista que el destino quiso poner en manos de un pueblo tan singular como el español. Esa trascendencia del hecho, unida a la responsabilidad que asumieron los españoles al dar orden y gobierno, religión y nuevas costumbres a los indígenas americanos, creó en los peninsulares una como «conciencia» del papel de su país como monitor de las nuevas sociedades. Cada uno de los españoles de entonces —los del siglo XVI y aún los del XVII— que sentían los acontecimientos como contemporáneos, vivía la atmósfera renovada e inquieta de una España convertida —por la acción de un puñado de hombres arrojados— en la gran potencia de Europa.

Es indudable que para Tirso, nacido antes de cumplirse el primer siglo del descubrimiento, el suceso era algo reciente, algo vivido, puesto que él había conocido y alternado con cronistas, misioneros y conquistadores, es decir, con los varones que, ya por medio de la pluma, de la cruz o de la espada, estaban ganando palmo a palmo para la corona —por Dios y por el Rey— ese mundo nuevo. Sabida es, en efecto, la amistad de Fr. Gabriel con Luis Fernández de Córdoba, uno de los que lucharon en Chile; su convivencia en el Convento de Madrid con Fr. Francisco Ponce de León, personalidad múltiple ya que fué sucesivamente soldado, cosmógrafo, fraile y misionero, estuvo en Perú y Chile (escribiendo luego una notable relación) y realizó una exploración del Marañón. Y por último, Tirso había tenido amistad no ya con un español que hubiera hecho el viaje a Indias, sino con un criollo: su colega Ruíz de Alarcón. Sin contar con las gentes de todas clases que conoció, seguramente, en los largos años de su estada en La

Española. Aventurándonos un poco, aunque no creemos que en demasía, es posible todavía suponer que ese mismo viaje transoceánico de Tirso, haya despertado en él la relación constante con América que se trasluce en sus obras. Esa aventura intercontinental era lo que Fr. Gabriel necesitaba —él que era españolísimo— para integrar totalmente su personalidad de español del siglo.

Existe en la obra de Tirso de Molina una *Trilogía* que se ha dado en llamar *de los Pizarros* por ser los protagonistas, justamente, los tres héroes de la conquista del Perú —Francisco, Gonzalo y Hernando Pizarro—. Esas tres piezas constituyen toda una trilogía al modo clásico: cada una es un acto de una tragedia, en este caso, el destino injusto de tres hermanos a quienes la posteridad (por lo menos la de la época de Tirso) había tratado desconsideradamente. La obra —así lo demostraremos— se escribió por encargo y con un solo fin: la reivindicación de los héroes y la exaltación de sus descendientes. Señalar, pues, lo que hay de histórico en las tres comedias y cómo lo trató el autor; lo que escapa a la verdad histórica y su justificación en el todo; las fuentes de lo histórico; la personalidad de los héroes en la ficción tirsiana y en la realidad; el papel de América y lo americano; la posible resonancia de la trilogía y su valor dentro del marco total del teatro tirsiano, ésta es la aspiración del estudio que sigue.

TODO ES DAR  
EN UNA COSA <sup>(1)</sup>

Cada una de las tres comedias de la trilogía tiene como figura central a uno de los Pizarros. Esta primera es la dramatización del nacimiento y adolescencia de Francisco Pizarro. Los hechos, tal como los presenta la obra de Tirso son los siguientes: Gonzalo Pizarro, el viejo enamorado de Beatriz Cabezas, se aleja de ella a causa de un equívoco, en momentos en que la joven va a dar a luz el fruto de esos amores. Desengañado de la mujer amada —pues él la creyó liviana— parte para luchar en Italia de donde vuelve solamente al cabo de doce años. Entre tanto, Beatriz ha tenido un niño en la casa de campo de su padre, en La

<sup>1</sup> Las citas de las tres partes de la *Trilogía* se hacen por la edición de la NBAE, T. XIV.

Zarza, lugar cercano a Trujillo (la acción de la comedia se desarrolla allí). Para ocultar su deshonor, protegida por la noche, se acerca a dos desconocidos y les pide que recojan lo que hallarán en el tronco de una encina. Uno de aquellos hombres resulta ser Francisco Cabezas, padre de la joven, quien sin reconocerla cumple lo que ésta le ha pedido. Así el niño se cría junto a su propia madre, en el seno de una noble familia provinciana, adorado por todos. Se le da el nombre de Francisco por su abuelo —Francisco Cabezas— y crece ignorante de los verdaderos lazos que lo unen con Beatriz. Sólo sabe que es un bastardo recogido por caridad, y su bastardía es un peso contra el que se rebela en la seguridad de que su sangre es noble y de que su destino ha de ser ilustre.

En vano su abuelo ha pretendido educarlo. Al niño, díscolo por naturaleza no le interesan las letras. Él sabe que está llamado a más grandes acciones para las que no importará que no sepa leer o escribir.

Cuando Gonzalo Pizarro regresa —después de doce años— Beatriz está ya prometida para casarse, puesto que antaño ella creyó que Gonzalo la había abandonado por desamor. En fin, ellos no podrán ahora unirse. Beatriz, que debe alejarse con su esposo, dice a Francisquito la verdad acerca de su nacimiento. En el acto siguiente, Francisco, soldado del rey, regresa de luchar en Portugal, habiendo obtenido en Zamora el grado de alférez por su valentía. En Trujillo encuentra a su padre, al que salva de una emboscada. Gonzalo acababa de desposarse con Da. Beatriz de Mendoza. Se reconocen padre e hijo (una vez antes se habían visto en La Zarza y Beatriz había pronunciado unas enigmáticas palabras que dejaron en la duda a los dos hombres), pero Francisco tiene duros calificativos para el hombre que abandonó a su madre e hizo de él un bastardo (2). Siente que España ha sido una madrastra para él y quiere alejarse, ir en busca de un mundo que le pertenezca por completo.

Cuando se lee esta comedia y se llega a ese débil final en que Francisco Pizarro promete a la reina Isabel ofrendas de cuan-

<sup>2</sup> Gonzalo en la comedia no reconoce a su hijo ilegítimo.

tiosas riquezas que ha de traerle desde un nuevo mundo, con estas palabras

Semíramis española  
 os llame desde hoy Castilla  
 tanto mejor que la otra  
 cuanto ejemplo de pureza  
 y virtud la fama os nombra.  
 Si otro orbe Colón descubre  
 en vuestras minas hermosas  
 os hago pleito homenaje  
 de no volver a las costas  
 de España mientras no os diere  
 más oro y plata, más joyas  
 que cuando dueño del mundo,  
 triunfó de sus partes Roma.

(Jorn. III, Esc. XV, pág. 550 b).

se tiene la impresión de que la obra finaliza allí donde debía comenzar. Porque ¿qué epopeya no hubiera escrito Tirso con las hazañas del conquistador del Perú? Hubiéramos asistido así a los sufrimientos de Francisco Pizarro y los suyos en La Gorgona, a su hèroica determinación de continuar la aventura con sólo trece hombres; al golpe maestro de Cajamarca, en fin, al cobarde asesinato del viejo marqués. La historia y la leyenda, de seguro, hubieran dado a Tirso material más que suficiente para un drama histórico elocuente. Sin embargo, nada de eso. Por el contrario, estamos ante una obra mediocre (la más pobre de la trilogía), de recursos primarios, cuyo tema —la infancia de Francisco Pizarro— es el momento menos glorioso de su existencia.

Miradas así las cosas, resulta extraña esa elección por parte de Tirso. Pero si se piensa que la comedia es de encargo y que quienes la encargaron fueron, precisamente, los descendientes del Marqués empeñados en una tarea de reivindicación familiar, ya se ve más claro. No obstante, es preciso llegar hasta el fondo de la cuestión. ¿Cuál fué el motivo que impulsó a los Pizarros a pedir a Tirso la redacción de una comedia con ese tema? Creemos que la explicación es sencilla, hasta obvia podría decirse. La empresa

realizada por Francisco Pizarro en el Perú podría ser criticada y objetada, mas nunca negada. La valentía, la fuerza y el empeño de ese hombre, ya casi en la senectud, saltaban a la vista y allí estaba el Perú, ganado para España, refrendando la verdad de esas afirmaciones. Todo el mundo sabía esta verdad y la hazaña era ya grande de por sí para que se necesitase exaltarla más. En cambio, la infancia de Francisco, mejor aún, su nacimiento necesitaba de panegiristas. Era dudoso y la leyenda había acabado por envolverlo completamente. Sus descendientes deseaban limpiar toda mácula en el nombre del Marqués y, al mismo tiempo, hacer patente el noble origen del conquistador. Y es por allí por donde les fueron muy útiles los servicios del mercedario.

Ahora bien, dos problemas hay que resolver si se da por sentado que la comedia le fué encargada a Tirso por los Pizarros. El primero: si Tirso conoció a la familia, cuándo y dónde y el segundo por qué necesitaban los descendientes un panegírico del conquistador hacia mediados del XVII (la obra apareció en la 4ª parte de las comedias de Tirso en 1635, y presumiblemente fué escrita entre 1628 y 1630).

A lo primero es posible responder afirmativamente, y responder con seguridad dado el mayor conocimiento de la biografía tirsiana. Fr. Gabriel Téllez fué Comendador del Convento de Trujillo desde 1626 hasta 1629 (3). Debió entonces relacionarse con la familia puesto que ésta tuvo vinculación estrecha con el convento, lo que se halla demostrado por varios hechos: por de pronto, el convento había sido fundado por intervención de la hija del conquistador —Francisca Pizarro— (4); el antecesor de Tirso en la casa —Fr. Diego González de Salcedo— firmó como último documento de su mandato una "Escritura de azetación que otorgó el Convento de la Merced en favor de la buena memoria de Doña

<sup>3</sup> En esa época, justamente, la familia Pizarro reclamaba sus derechos al marquesado, como se dirá más adelante.

<sup>4</sup> Francisca Pizarro entregó bienes propios y otros que administraba para la fundación del convento, en virtud de la afición que siempre demostró su padre por la obra mercedaria, apego que ella misma compartía. Francisco Pizarro, hijo de Francisca y de Hernando Pizarro y, por consiguiente, nieto del conquistador, fué elegido patrono de la casa.

Marta de Orellana" (5). Además de estas relaciones comprobadas es lógico suponer que una familia de tan noble alcurnia y que gozaría de mucha popularidad, debía mantenerse en contacto con el convento y, en especial, con quien lo dirigía. Por su parte Tirso, que había estado en Indias y a quien no podía dejar de seducirle la personalidad de Francisco Pizarro (6), al encontrarse cerca de sus descendientes hasta por simple curiosidad pudo haberse relacionado con ellos. Quizá deseó conocer la verdad por boca de los allegados al héroe.

La respuesta al segundo punto también es posible. Mas es forzoso hacer un poco de historia. En 1535, a 10 de octubre, Carlos V en una carta que enviaba a Francisco Pizarro por conducto de Hernando, premiaba sus fatigas concediéndole "alguna cantidad de tierra en la provincia del Collao, o de los Atavillos, con título . . ." (7) además de "20.000 vasallos en esas provincias, con título de marqués . . .".

Pero lo que no se determinó entonces, ni después, fué el lugar exacto del marquesado puesto que, según lo decía el propio rey

5 BLANCA DE LOS RÍOS, *El enigma biográfico de Tirso de Molina*, Madrid, 1928, pág. 63.

6 Una prueba de lo que Tirso pensaba acerca de los Pizarros, nos lo dan algunos pasajes de la *Historia de la Merced*. Estos que ahora transcribo fueron copiados en Madrid, a principios de 1952, del original de la edición preparada por el R. P. Fr. Manuel Penedo Rey quien tuvo a bien facilitármela, en un gesto de amabilidad que nunca agradeceré bastante: "... si este gran frayle, el padre Bobadilla, viniera algunos años adelante, ni al dicho Adelantado Almagro le despeñaran sus trágicos sucesos, ni el Marqués hubiera el infelize fin no merecido, que la embidia y la pasión le acarrearón, ni su hermano Gonzalo ocasionara, con su inconsiderado arrojamiento las malicias, que porfían hasta agora en desacreditarle". Y más adelante: "Templaba el P. Truxillo, confesor de Pizarro, los ímpetus coléricos y soldadescos de el Marqués dicho; aconsejábale y aún le reprehendía con libertad cristiana algunos desaciertos, puesto que aquel grande español fué de suyo tan bien morigerado, a su Emperador tan fiel y prouechoso y de tan poca codicia para los metales hechizeros, como de demasiada para la fama y honrra. Por mano deste su sancto confessor, . . . expendía el Marqués inmensidad de plata y oro en obras pías, fundaciones de hospitales y conventos, erección de yglesias, y doctrinas, socorro de viejos y maltratados en la guerra, y remedio de doncellas españolas . . ." (*Historia de la Merced*, 1ª Parte).

7 Apud R. CÚNEO-VIDAL, *Vida del conquistador del Perú, D. Francisco Pizarro y de sus hermanos Hernando, Juan y Gonzalo Pizarro y Francisco Martín de Alcántara*. Ed. Maucci, Barcelona, s. a., pág. 359 (Citado: *Vida*).

“porque acá no se tiene relación de la parte donde se podrían señalar y que a vos estuviera bien, y se supiese lo que se da y su calidad, envió y mando al Rvdo. e Iltmo. Obispo Fr. Vicente de Valverde, y a nuestros Oficiales Reales de su provincia, que me informen de ello. . . Solicitaréis que con brevedad se haga para que, venida que sea, yo vos mande enviar el título y provisión de la dicha merced, y en adelante os llamaréis el Marqués, como yo os lo escribo, que por no saber el nombre que tiene la tierra que se os dará, no se os envía agora el dicho título” (8).

No obstante esta recomendación del rey, el título no fué nunca despachado. Así lo afirma Francisco de Ortega, contador del Registro de Mercedes de S. M., en una certificación del año 1626: “nunca se extendió título de tal, ni después de este señalamiento de los dichos 20.000 vasallos, aunque en 19 de julio de 1540 se cometió al Licenciado Vaca de Castro el cumplimiento de las dichas cédulas” (9).

En enero de 1537, por una Real Cédula, el conquistador del Perú ve acrecentadas sus armas con nuevos blasones que representan sus hazañas en la tierra incaica (10). Sin embargo la cuestión

<sup>8</sup> Apud R. CÚNEO-VIDAL, op. cit., pág. 360.

<sup>9</sup> “Las atenciones de su gobierno, la tarea de fundar tres ciudades que habían de ser los centros más importantes de la vida peruana: Trujillo y Lima, con rango ya de tales, y Arequipa en ciernes, las divergencias con Almagro, envenenadas por la intromisión de falsos amigos, fueron causa de que el Marqués se despreocupara de buscar asiento y tributarios para su flamante marquesado, y por tal causa nunca se despachó el título correspondiente. . . Francisco Pizarro, alguna vez, pensó situar su marquesado sobre aquella porción de la hoy provincia de Chancaya, que riega el río Pasamayo y en que están establecidas las comunidades de los Atavillos Altos y Bajos: y por eso se dió en llamarle Marqués de los Atavillos. . .” (CÚNEO-VIDAL, op. cit., pág. 362).

<sup>10</sup> Ya en 1529 el Rey había agregado, en virtud de los merecimientos del conquistador, al escudo de los antecesores de Francisco “un águila negra con una corona, la cual terná abrazadas las colunas que Nos traemos por devisa, e la dicha cibdad de Tumbes que vos fallastes en la dicha tierra, cercada e almenada al propio, como ella está, con un león, e un tigre quel portero de la puerta principal della tiene, para guarda de su entrada, e con cierta parte de mar e navíos a la manera de los que ay en aquella tierra; e por orla, ciertos atos de ganados de ovejas e otros animales. Con unas letras que digan: “CAROLI CESARIS AUSPICIO ET LABORE GENIO AC IMPENSA DUCIS PIZARRO INVENTA PACATA” (*Colección de documentos inéditos relativos al descubrimiento, conquista y organización de América*, Madrid, 1872; es decir, con esas armas se resumen los trabajos de la primera época de Pizarro en Indias hasta su definitiva entrada en el Perú. Por eso, con el segundo acrecentamiento del 18 de enero de 1537, se consagran las hazañas cumplidas en el imperio incaico.

debía permanecer insoluble hasta 1630, aproximadamente. "En dicho año, el rey don Felipe IV dispuso que se diese título de Marqués *en España*, a Juan Hernando Pizarro, hijo de Francisco Pizarro y de Francisca Sarmiento, y nieto del conquistador Hernando Pizarro y de Francisca Pizarro (la hija del marqués don Francisco), como sucesor de la casa de Francisco Pizarro con el aditamento de seis mil ducados de renta en indios vacos, a condición de que el dicho Juan Hernando Pizarro hiciese formal renuncia del marquesado *en Indias* y de los 20.000 vasallos especificados en la Real Cédula de 1537".

"En 1637, Juan Hernando Pizarro, atendido en esta forma y so esta condición, «compró» el lugar de La Zarza, en los términos de la Ciudad de Trujillo, en que estaban comprendidos las tierras, casas, alcáceres, viñas y molinos que fueron patrimonio de su bisabuelo el capitán don Gonzalo Pizarro, y *fincó* sobre ello el marquesado de que se trata, bajo la advocación de Conquista, con lo cual el lugar pasó a llamarse, de igual manera, *Conquista*, que es como se le conoce en nuestros días" (11).

Mas Felipe IV no se había decidido por sí mismo en esa concesión. La familia Pizarro tuvo activamente que gestionar ese reconocimiento que, de otra manera, la corona no hubiera otorgado. dadas las discusiones que motivó la conducta de los Pizarros en América después de la muerte de Almagro, aunque ya esos enconos se habían acallado lo bastante como para que los descendientes pudieran reiterar el pedido con mayores probabilidades de éxito. Esta vez fué Juan Hernando Pizarro (12) quien elevó un memorial al rey en 1625. Como nada se obtuviera, tres años más tarde, en 1628, se prepara un segundo memorial que sólo será contestado en 1630, según vimos antes.

<sup>11</sup> R. CÚNEO-VIDAL, *Vida*, págs. 633-634. La Zarza fué, desde los orígenes de la familia, heredad patrimonial de los Pizarros. Hernando Pizarro lo heredó de su padre y allí vivió con su esposa (y sobrina) Francisca después de salir de prisión en 1560. Cuando en 1637 Juan Hernando Pizarro compró la villa para asiento de su marquesado, pasó a denominarse Conquista, de donde se derivó el título de Marqués de la Conquista que a partir de él ostentó la familia hasta nuestros días.

<sup>12</sup> Nieto de Hernando Pizarro puesto que era hijo de Francisco Pizarro y Francisca Sarmiento. Francisco Pizarro, a su vez, era hijo de Hernando Pizarro y Francisca Pizarro (su sobrina y mujer).



Creemos pues que en esa época, vale decir hacia 1628, cuando se presenta el segundo memorial, la familia Pizarro buscó apoyo a su petición, un apoyo casi diríamos público. Y para ello nada mejor que promover una campaña de reivindicación de los tres hermanos, allí donde su fama estuviese menoscabada: a Francisco había que buscarle una madre noble y terminar con la leyenda de la pira de cerdos, justificando de alguna manera su analfabetismo; a Gonzalo era necesario quitarle el estigma de traidor y en cuanto a Hernando, se demostraría la injusticia de su encarcelamiento, exaltando también su valor y fiereza. Otis H. Green sostiene que “según sus conocimientos” la defensa necesaria para vencer los obstáculos y vindicar los nombres de los Pizarros, se encuentra tan sólo en dos lugares: en los *Varones ilustres del Nuevo Mundo* de Pizarro y Orellana principal asesor para la familia en la batalla legal para el restablecimiento del título <sup>(13)</sup> y en las tres comedias que estudiamos.

Resumiendo: la comedia fué escrita por encargo; quienes le dieron a Fr. Gabriel tal encargo fueron los descendientes de los Pizarros, lo cual era posible dada la estada de Tirso en Trujillo como Comendador por los años en que los Pizarros se hallaban empeñados en la tarea de reivindicación; esa trilogía venía a sumarse a la obra de carácter histórico escrita por Pizarro y Orellana —otro descendiente de Hernando Pizarro— y a los petitorios elevados al rey para obtener la merced efectiva que derivaba del título de marqués conferido a Francisco Pizarro; la primera de las comedias debía ennoblecer y exaltar el origen oscuro de Francisco ya que su hazaña americana no necesitaba panegiristas.

Aceptadas pues estas premisas, estamos en condiciones de acercarnos a la obra. Como ya dijimos, en el primer acto asistimos al nacimiento de Francisco Pizarro. Sus padres, según Tirso, son Beatriz Cabezas, noble dama trujillense y el capitán Gonzalo Pizarro, que hace su presentación en estos términos:

<sup>13</sup> OTIS H. GREEN, *Notes on the Pizarro Trilogy of Tirso de Molina*; HR, 1936, IV, pág. 203.

Gonzalo. — No me llamó mi estrella a ser letrado.

.....  
 Ocasionaron las oposiciones  
 de dos cátedras vacas competencias,  
 que hay poco de cuestiones a cuestiones.  
 Vizcaya (siempre amiga de pendencias)  
 saliendo a rotular Extremadura,  
 una noche propuso resistencias;  
 unas yendo con nosotros la ventura,  
 si no el valor, que no soy arrogante,  
 dando la muerte a tres nos asegura.  
 Murió entre éstos un célebre estudiante,  
 hijo del Secretario que más priva  
 con nuestro Enrique cuarto, y fué bastante  
 su sentimiento a que el Consejo escriba  
 despachos criminales, que comete  
 a un juez pesquisidor, un peste viva.  
 Este a fuego y a sangre a saco mete  
 culpados e inocentes, porque avaro  
 tenía la ocasión de oro del copete . . .

.....  
 Huyeron el rigor de su avaricia  
 muchos, y yo con ellos, al sagrado  
 que halló la juventud en la milicia.  
 Halléme en rebeldía condenado  
 a cortar la cabeza; mas ¿qué importa,  
 si gozo privilegios de soldado?  
 En fin, mientras cabezas el juez corta,  
 los hábitos repudio, galas visto,  
 y el parche sigo, que al valor exhorta.  
 Llego a Valladolid, y en él me alisto  
 en favor de mi rey, que despojado  
 de su silla, a rebeldes es más quisto.  
 En Avila se había coronado  
 el Infante, su hermano (simple mozo),  
 instando sola la razón de estado.  
 La ambición e interés (mortal destrozo

del gobierno) y la paz se disfrazaban  
en traje de lealtad... ¡civil rebozo!...

.....  
Leal seguí el partido más honesto  
a invitación de los Mendozas todos,  
y la mayor nobleza, que hasta en esto,  
abominando, los injustos modos  
con que se vió sin reino nuestro Enrique,  
mostraron ser reliquias de los godos.  
No queda Osorio ilustre, no Manrique,  
Arellano, Velasco y Acevedo  
que a la lealtad la vida no dedique  
los Alvarez famosos de Toledo,  
los Cuevas de Alburquerque, y cuantos leales  
la batalla vencieron junto a Olmedo.  
Halléme en ella, honrándome señales  
de Alférez que adquirí, si no hazañoso  
afortunado siempre en riesgos tales.  
Murió el intruso rey de un presuroso  
accidente mortal (Alfonso digo,  
engañado mancebo, no ambicioso):  
seis cómplices temieron el castigo,  
y con Enrique, en fin, reconciliados,  
padre le aclaman, si antes enemigo.

.....  
Yo, señor don Francisco, que en lecciones  
seis años, y uno y medio en la campaña,  
ya seguí las escuelas, ya pendones,  
mientras respira sosegando España,  
vuelvo a Trujillo, noble patria mía,  
por ver si la amistad el ocio engaña.

(Jorn. I, Esc. VIII, pág. 522 b y sig.).

No hemos podido averiguar con certeza si el lance relatado por Tirso y que finiquitó los estudios de Gonzalo Pizarro es verdadero o inventado. En la obra de Pizarro y Orellana —que, como más adelante se dirá, quizá consultó Tirso en manuscrito— no

hemos leído nada al respecto. Queda aún la posibilidad de que los propios familiares la hubiesen relatado al mercedario, mas siendo así ¿por qué no aparece en los *Varones ilustres* de Pizarro y Orellana? Si ellos consideraban la aventura «poco contable» no es probable que le permitieran a Tirso insertarla en la obra. Los demás datos acerca de las luchas durante el reinado de Enrique IV son exactos en líneas generales. Puede hacerse una objeción. Alfonso murió el 5 de julio de 1468 y la paz del reino no se verificó de inmediato. Para ello hubo que esperar hasta 1474, aunque de ningún modo Enrique fué sentido como “padre” de España. Esa misma paz fué muy precaria.

Con respecto a la madre de Francisco Pizarro, la historia dice muy otra cosa. No existió tal Beatriz Cabezas y se ha comprobado<sup>14</sup> que la madre de Francisco fué Francisca González “criada de las freylas del convento de San Francisco el Real a la puerta de Coria...”<sup>15</sup>. La madre de la joven “se llamaba María Alonso, y su marido... Juan Mateos...”<sup>16</sup>. Era pariente “de unos labradores que se llaman los “roperos”, los cuales... no tienen tacha de moros ni de judios; y que son personas llanas que viven de su trabajo como labradores”<sup>17</sup>. La casa de los Pizarros era frontera a la huerta del convento. Fácil debió resultar pues a los jóvenes trabar relaciones. Cuando Francisco vino al mundo, su padre ya estaba lejos y quizá olvidado de la aventura. Francisca González, según infiere Cúneo-Vidal, recurrió en esos instantes, temerosa de sus padres y de las mismas religiosas a la “barragana” Inés Alonso (uno de los testigos en la *Información sobre el hábito de Santiago para F. Pizarro*). La respuesta de Inés Alonso al interrogatorio sobre el nacimiento y ascendientes de Francisco es “le vide nascer”, agregando después los nombres del padre y de la madre y abuelos maternos. “Y mas tarde, cuando convino, fue quizá ella

<sup>14</sup> Mejor dicho, lo comprobó Cúneo-Vidal por medio de la lectura directa de un documento de singular importancia: “*Información para el hábito de Santiago para Francisco Pizarro*. Probanza que va de la ciudad de Trujillo al Concejo de la Orden, sobre la genealogía del capitán don Francisco Pizarro”. Archivo de Órdenes Militares, Repartimiento de Santiago, Documento N° 6524 (apud CÚNEO-VIDAL, op. cit., pág. 23).

<sup>15</sup> Así lo establece el documento anteriormente citado (apud CÚNEO-VIDAL, op. cit., pág. 29).

<sup>16</sup> Ibidem, pág. 30.

<sup>17</sup> Ibidem, pág. 28.

misma la que apelando a un ingenioso ardid, fué durante la noche a dejar a la puerta de Coria, del monasterio, al que se había restituido... la Francisca González, a la criaturiña de pocos días, a efecto de que las nobles freylas se compadeciesen de ella, y la confiasen al alma caritativa que se ofreciese para criarla, que sería la propia "barragana" y, a espaldas de ésta, la Francisca González, la propia madre... (18).

<sup>18</sup> CÚNEO-VIDAL, op. cit., pág. 35.

Los comentaristas se expresaban al respecto de esta manera: "...el marques don Francisco Pizarro... fué hijo natural de su padre y de su madre, reconocido por tal dende antes que nasciera. Su padre, el capitán Gonçalo Pizarro, casó a su madre del Marqués, que era cristiana vieja, con un labrador muy honrado, llamado fulano de Alcántara, cuyo hijo fué Francisco Martín de Alcántara..." INCA GARCILASO DE LA VEGA, *Hist. Gral.*, T. III, L. III, Cap. IX, ed. Rosenblat, pág. 266-7). "...entre los cuales solos Hernando Pizarro y Juan Pizarro eran legítimos y hermanos de padre y madre, hijos de Gonzalo Pizarro el Largo, vecino de Trujillo, que fué capitán de infantería en el reino de Navarra; don Francisco Pizarro era un hijo natural y Gonzalo Pizarro lo mesmo, aunque de diferentes madres" (ZÁRATE, *Historia del descubrimiento y conquista de la Prov. del Perú*, Bib. Aut. Esp., T. XXVI, Cap. III, pág. 464.)

"Era hijo bastardo de Gonzalo Pizarro, capitán en Navarra. Nació en Trujillo, y echáronlo a la puerta de la Iglesia. Mamó una puerca ciertos días, no se hallando quien le quisiese dar leche. Reconociólo después el padre, y traído a guardar puercos, y así no supo leer. Dióles un día mosca a sus puercos, y perdiólos. No osó tomar a casa de miedo, y fuése a Sevilla con unos caminantes, y de allí a las Indias" (LÓPEZ DE GÓMARA, *Hist. Gral. de las Indias*. Espasa-Calpe. Madrid, 1922, 2 vols. Cap. CXLIV, págs. 78-79).

"Fué Don Francisco Pizarro... natural de la Ciudad de Truxillo de la Provincia de Estremadura, y de la noble familia que ay en ella de los PIZARROS (que es una de los Conquistadores de aquella Provincia, y que como tales, tienen en ella sus repartimientos, y antes estavan heredados, y los tenían en la Imperial Ciudad de Toledo, por aver sido este Linage uno de sus Conquistadores) hijo del Coronel Gonçalo Pizarro, que después de aver mostrado su valor en las guerras de Italia, y en las de Navarra, sirviendo a los Señores Reyes Católicos con sus dos hijos, Hernando y Francisco Pizarro, murió como valiente Español, en el assalto de Amaya" (PIZARRO Y ORELLANA, *Varones Ilustres del Nuevo Mundo*. Madrid, 1629. pág. 128.) (Citado: *Varones*).

Modernamente, Porras Barrenechea sostiene: "... nació en 1478... hallándose Isabel la Católica en Trujillo; que no fué porquerizo... sino vástago de ilustre linaje, hijo de un capitán 'continuo' de los Reyes Católicos y nieto de un hidalgo regidor de Trujillo. El padre guerreó en Granada y en Navarra y la madre fué hija de labradores y criada de un convento. Él nació... en el arrabal, junto al campo. Su infancia debió transcurrir... en el berrocal de Trujillo. Paisaje desolado, áspero suelo de granito cubierto apenas por una mustia vegetación, calcinada por el sol o azotada por el viento... el berrocal fué buena escuela de heroísmo para luchar contra la selva y la cordillera de América. Su ciudad le dió aún una fuerza moral invencible: su profunda religiosidad, encarnada en la devoción a la Virgen..." (*Pizarro el fundador*, Lima, 1942, pág. 17).

La diferencia entre la verdad histórica y la comedia de Tirso salta a la vista. Como bien lo dice Green, la comedia "enteramente exterior a los límites de la historia seria, es una combinación de leyenda y de la imaginación del poeta" (19). Pero también es evidente —en este primer acto como en los siguientes, que Tirso tiene una preocupación: la de destacar la nobleza de los Pizarros. De ahí que se transforme a la modesta campesina Francisca González en Beatriz Cabezas, noble dama de Trujillo; que se exalte la fiereza e hidalguía de Gonzalo Pizarro «el viejo» y que en toda la obra, una y otra vez, como una obsesión, Francisco se refiera a su nobleza.

Pizarro. — ¿No habrá habido muchos nobles  
que sin leer y escribir  
sepan vencer y lucir?

(Jorn. II, Esc. VIII, pág. 534 a).

Como en el alma, en el cuerpo  
en sus facciones firmaron  
que eran ilustres sus dueños.

(Jorn. I, Esc. XV, pág. 528 b).

Yo tengo por padre al cielo,  
una encina debo a Dios  
por amparo, que de cuna  
me sirvió. Si infame fuera  
quien me parió, no sintiera  
desgracias de la fortuna,  
ni al desierto me arrojara,  
luego noble debió ser.  
Quien no tiene que perder,  
poco en hazañas repara.  
¿Qué me perseguís, villanos?  
¿Rómulo y Remo no fueron  
reyes? ¿Principio no dieron  
a los Césares romanos?  
¿Qué importa que los deseche  
la fortuna, al noble esquivá,

19 OTIS H. GREEN, *Notes*, pág. 204.

si contra ella, compasiva  
una loba les dió leche?

(Jorn. II, Esc. XIII, pág. 536 a).

Se objetará que Tirso se ha hecho eco de la leyenda de Francisco Pizarro alimentado por una cabra (mejor dicho, por una marrana. Pero en su afán de mejorarlo todo, la marrana se transformó en la más noble cabra). No obstante, el mercedario tuvo sus razones para usar de la leyenda haciéndola secundar sus propósitos. Cuando Francisco Cabezas relata la visión del niño en el hueco de la encina y de la cabra amamantándolo, de inmediato agrega:

trayéndome el alma ejemplos  
de Semíramis, de Abides,  
de Ciro, Rómulo y Remo;  
y pronosticando en él  
las felicitaciones de ellos. . .

(Jorn. I, Esc. XIV, pág. 528 b).

Vale decir, que la leyenda así mirada acrecentará la nobleza de Pizarro porque lo acercará a los héroes fabulosos, fundadores de imperios. Lo que trata él de crear es un clima de presagio, de nacimiento de predestinado. Idea esta que va a reforzarse después, cuando Francisco se encuentra con Hernán Cortés<sup>(20)</sup> y lucnando ambos con una esfera de madera, ésta se rompe por la mitad, quedando cada una de las partes en poder de cada uno de los dos muchachos. Este hecho deja muy pensativo a Francisco que, despreciado por su bastardía, y sabiendo que no podrá ya esperar nada de nadie, en varias ocasiones tiene expresiones como ésta:

¡Válgame Dios! ¿Daré fe  
a presagios contingentes?  
No, que, en fin, son accidentes

<sup>20</sup> El encuentro con Hernán Cortés en Trujillo es totalmente inexacto. Ambos conquistadores se conocieron en Santo Domingo. Pero ese encuentro en la ciudad natal, siendo ambos todavía adolescentes, le convino a Tirso como elemento simbólico. Otro refuerzo más para la idea de predestinación: los futuros conquistadores de los dos imperios americanos más extensos y ricos, que mucho antes de emprender la hazaña, sin soñarla aún, jugando, se dividen el mundo.

sin que causa se les dé;  
 pero también de otros sé  
 (si he de creer lo que oí),  
 que sucedieron así  
 verificando apariencias:  
 para Dios no hay contingencias  
 mas para los hombres sí.  
 Ninguno en el mundo ha habido  
 de principios prodigiosos  
 que con hechos hazañosos  
 no se haya opuesto al olvido.  
 Contar de Abidis e oído,  
 (rey de España celebrado)  
 que a las fieras arrojado  
 por su abuelo, al viento, al mar,  
 después, viniendo a reinar,  
 fué como Dios adorado.  
 Que criaron las palomas  
 a Semíramis sabemos:  
 muchos Rómulos y Remos  
 nos fundaron muchas Romas.  
 Si ejemplos en éstos tomas,  
 valor coronas te labra;  
 la fortuna dió palabra  
 de ayudar a la osadía:  
 si una loba reyes cría,  
 leche me dió a mí una cabra.  
 Un globo, bola o esfera  
 es la insignia en que sucinta  
 su figura el mundo pinta;  
 en su mano la venera  
 el César: *¿será químera  
 el creer que la mitad  
 del mundo, felicidad  
 a mi esfuerzo prometió?*  
*Esta bola se partió  
 por medio: alma, adivinad. . .*



Aquel mancebo se lleva  
 la una parte, y me ha dejado  
 con la otra nuevo cuidado  
 y en él esperanza nueva.  
 Quien dificultades prueba  
 felicidades conoce:  
 conquiste Alejandro y goce  
 el mundo, venciendo extraños,  
 que si empezó en doce años,  
 yo le imito de otros doce.  
 Seré Alejandro Segundo.  
 ¿Fué más de un hombre? hombre soy;  
 con el medio mundo estoy,  
 conquistaré un medio mundo.  
*Fortuna*, en esto me fundo;  
*vida espero prodigiosa*;  
*favoréceme amorosa*,  
 que en los pechos invencibles  
 para acabar imposibles  
 todo es dar en una cosa.

(Jorn. II, Esc. XV, pág. 537 a).

Yo, que repudiado he sido  
 de tí, madre, cuyo honor no quiere  
 que intitule tu hijo;  
 yo, que del ser que me han dado  
 los empeños desobligo,  
 pues avariento mi padre,  
 ha injuriado este apellido,  
*hijo de ninguno soy*;  
*no tengo padres, no admito*  
*ascendientes que me agravien*;  
*en mis obras legitimo*  
*el nuevo ser que restauro*,  
*las hazañas a que aspiro*;  
*deudor de mí mismo soy*,  
*hijo seré de mí mismo.*

Yo malograré mis años  
 ¡viven los cielos propicios!  
*si a pesar de inconvenientes*  
*medio mundo no conquisto.*  
 No tendré nombre hasta entonces;  
*no sabrán de qué principios*  
*procedo, no temeré*  
 ejércitos de enemigos,  
 montes de dificultades,  
 naufragios jamás creídos,  
 desiertos nunca pisados,  
 arduos hasta el cielo riscos.  
 La media esfera que gozo  
 es medio mundo; así explico  
 el pronóstico, que en ella  
 todo un orbe ha dividido.  
 Yo he de dar desde hoy en esto,  
 o morir o conseguirlo;  
 todo es dar en una cosa,  
 donde hay valor no hay peligro.

(Jorn. II, Esc. XVII, pág. 539 b).

Ya hay quien ofrece a Fernando  
 de otro Orbe el descubrimiento,  
 que en mí esperanza criando  
 mejore mi nacimiento,  
 mi suerte legitimando.  
*Yo, ingrato padre, a pesar*  
*de vuestro poco cuidado,*  
*tanta agua pienso pasar*  
*que en ella mi honor manchado*  
*pueda mi esfuerzo lavar.*  
 Yo malograré mis años,  
 y huyendo vuestros engaños  
 vencedor de un medio mundo,  
 lince del polo segundo,  
 pisaré climas extraños.

Yo, si llegare a tener  
hermanos, con más valor  
que ellos he de pretender  
que me veneren señor  
llegándome a obedecer.  
Supliré la fortaleza  
faltas de natura  
y de vos desobligado  
seré (por mí reengendrado)  
el Fénix de mi nobleza.  
Juzgaréisme, claro está,  
por loco, mas mi animosa  
inclinación mostrará;  
que en dando yo en una cosa  
salgo con ella.

(Jorn. III, Esc. XI, pág. 547 b).

Esta frase encierra todo el carácter de Francisco Pizarro. Si Tirso no hubiera agregado otras cualidades, ella sola habría bastado para dibujar todo el personaje.

Los primeros años de Francisco y su juventud hasta embarcarse a Indias nos son desconocidos. Cúneo-Vidal hace estas suposiciones bastante verosímiles: "Según el P. Rodrigo Valdés... la niñez, adolescencia y temprana juventud del futuro conquistador transcurrieron en La Zarza, cosa, según nosotros, posible desde que la vida en Trujillo no parecía haber sido la más indicada para un mozo nacido en sus condiciones".

"Ausente el padre —empeñado en las guerras de Italia, y olvidado de ese su hijo—, no le quedaba a Francisca González mejor recurso que mantener el fruto de su culpa alejado de Trujillo —y, lo que es peor, de una escuela, en donde habría aprendido a leer y escribir—, en espera de la época en que el capitán Pizarro se restituyese a España y le reconociese, como reconoció a sus hijos naturales. Aquello ha debido ocurrir entre 1470 y 1500" (21).

"A La Zarza, de consiguiente, fué enviado Francisco Pizarro al cuidado de ciertos molineros apellidados Alonso, parientes de su

<sup>21</sup> Op. cit., pág. 87.

madre y, como tales, bien dispuestos para con el muchacho, y allí se crió este último y se hizo hombre; no, de seguro, como los bastardos de los pecheros lugareños, sino como un ilegítimo por cuyas venas corría la sangre del amo, en una época —hemos de precisar— en que el pecado de barraganía y la tacha de bastardo... eran vistos con una indulgencia desconocida de nuestras costumbres actuales” (22).

Hacia 1504 Francisco tomó el camino de Sevilla y allí se embarcó rumbo al Nuevo Mundo, que debía aparecersele como la única tierra capaz de amparar su soledad. Era ya un hombre de treinta y seis años. Como había escapado de la Zarza diez u once años antes, es muy probable que en ese lapso los ejércitos españoles en Italia o en la misma Península —en Navarra por ejemplo— lo hayan contado entre sus soldados. Tirso habla de la presencia de Francisco en las guerras de Portugal, lo que no concuerda con los datos de los historiadores (23). Ese aspecto de la comedia no puede, sin embargo, rebatirse por completo, del mismo modo que el grado de alférez que Tirso le confiere por su valor (24) y la presentación a la

<sup>22</sup> Ibidem, pág. 89.

<sup>23</sup> Del trozo transcripto anteriormente de Pizarro y Orellana (nota 18, pág. 61 se desprende que Francisco luchó en Italia y Navarra junto a su padre y a Hernando Pizarro, lo que no sucede en la comedia.

Porras Barrenechea afirma: “A los dieciocho años debió partir para Italia. Sirvió allí bajo las órdenes del Gran Capitán... En Italia estaría de 1498 a 1501. Al pasar a Indias en 1502, con el Comendador Obarido, su paisano y acaso su pariente, aquel fuerte y sano mozo extremeño no era un aventurero vulgar ni un prófugo guardador de cerdos: era un súbdito de los Reyes Católicos nacido bajo una moral heroica, un soldado del Gran Capitán e iba a ser uno de los primeros conquistadores de América” (Op. cit., págs. 18-19).

<sup>24</sup> PIZARRO. — La Reina, nuestra señora  
siendo ella misma testigo  
en el cerco de Zamora,  
que mi Capitán rendido  
y perdida su bandera,  
paje de gímeta era,  
pero aunque paje, atrevido,...  
pues fiado en la fortuna  
volví (si perdimos una)  
a su presencia con dos.  
Alférez entonces me hizo  
sin suplicárselo yo;  
la bandera que me dió  
de trece años lo autorizó.

(Jorn. III, Esc. VII, pág. 545 a).

reina Isabel. Nada es absolutamente cierto, pero tampoco totalmente inexacto. Y puede disculpársele al mercedario la exageración, en virtud de la obra y del fin perseguido.

También puede señalarse una diferencia entre la historia y la comedia en lo que atañe al segundo matrimonio de Gonzalo Pizarro. Fr. Gabriel lo casa con una Beatriz de Mendoza siendo la verdad que Gonzalo casó primero con una Isabel de Vagras y, viudo de ella, convivió con María de Viedma, una criada suya. De su matrimonio legítimo tuvo a Isabel de Vargas, Inés Rodríguez y Hernando Pizarro; con una María Alonso tuvo a Juan y con María de Viedma a María y Francisca Rodríguez, Graciana, Catalina y Gonzalo Pizarro, esto sin contar a Francisco habido también extramatrimonio. La realidad es, pues, muy otra (25).

En cambio, Tirso respeta la verdad al dejar a Francisco sin ser legitimado por su padre, como en efecto ocurrió, hasta el punto de que Gonzalo ni siquiera se acordó de él en su testamento, en el que sin embargo nombra a todos sus otros hijos ilegítimos.

En fin, el Francisco Pizarro engendro particular de Tirso es lo que ahora debe juzgarse. Se desprende de los versos de la comedia un Francisco noble por su ascendencia y por su porte, herido por su bastardía pero determinado a superarla por sus propias obras —y seguro de que lo conseguirá, recuérdese “que en dando yo en una cosa, salgo con ella” —, voluntarioso, fuerte (26) hasta

25 Que Tirso conocía esa verdad perfectamente lo prueba la cautela de estos versos:

Volviérades por mi fama;  
pues el más tosco pastor  
padre legítimo llama  
al suyo, y vuestro rigor  
caundo me engendra, me infama.  
*Tendréis hijos que posean  
el título que no aguardo,  
y menores que yo sean,  
porque me llamen bastardo  
cuando su hermano me vean.*

(Jorn. III, Esc. XI, pág. 547 a).

26 PIZARRO. — soy natural  
de encinas y de carrascos:  
pegóseme su dureza.

(Jorn. II, Esc. XIII, pág. 536 b).

llegar en ocasiones a la violencia, consciente (casi obsesionado) de su destino heroico, analfabeto, mas eso sí, por propia determinación. Y he aquí otra treta de Tirso. Todos sabían que Francisco no era capaz de leer ni de escribir, pero era preciso disfrazar esa ignorancia con que muchos lo afrentaban. ¿Cómo lo hizo el mercedario? Esta escena de la Jornada II nos aclara el problema.

Frcó. — ¿Francisquito?

Pizarro. — En medio estoy  
de un mar de contradicciones.

Frcó. — ¿No respondes?

Pizarro. — ¡Oh señor!  
sí respondo. No advertí  
que me hablabas.

Frcó. — ¿Cómo así?

Pizarro. — Echo de menos el amor  
de quien presente tenía <sup>(27)</sup>  
por madre, y ya se me va.

Frcó. — Pues ¿yo no me quedo aquí?

Pizarro. — Y en tí la esperanza mía.  
Pero quien dos brazos tiene  
y sabe lo que le importan,  
si acaso el uno le cortan,  
aunque a consolarle viene  
el otro, dado que pueda  
suplir en algo su falta  
¿no sentirá el que le falta  
por el brazo que le queda?

Frcó. — No, que el hortelano astuto  
en fe de hacer bien su oficio  
corta las ramas al vicio  
para que el árbol dé fruto.  
Las alas que siempre hallaste  
en Beatriz te han hecho mal:  
sin ellas el natural

<sup>27</sup> Esta escena tiene lugar poco antes de la partida de Beatriz que, ya casada, debe seguir a su marido.

conocerá que heredaste;  
porque si hasta aquí niñeces  
travesuras disculparon,  
ya, Francisco, esas pasaron.  
Doce años tienes; pues creces  
en edad, crece en acciones  
de virtud y de experiencia:  
*tu habilidad es tu herencia,  
no tienes más posesiones.*  
Quejas llueven sobre tí  
de cuantos La Zarza habitan,  
que indignarme solicitan.  
Celebrélas hasta aquí  
por donaires de rapaz,  
pagándolas en palabras:  
sus hijos les descalabras,  
con ninguno tienes paz.  
*Dos años ha que te enseña  
el maestro que te he dado,  
a leer, y en tí ha labrado  
lo que el viento en una peña.*  
*Aun no sabes deletrear;  
en materia de escribir  
no hay esperanzas; decir  
que contigo han de bastar  
castigos y reprensiones  
es por demás.* Si pretende  
azotarte, te defiende  
Beatriz; *sus intercesiones  
echado te han a perder;*  
conoces lo que te adora,  
amparaste della y llora;  
con esto: ¿qué hemos de hacer?  
Ella se ausenta, en efecto:  
doce años tienes; de hoy más,  
libro nuevo o perderás  
el favor que te prometo:

la edad que te disculpaba  
ya pasó.

.....

Francisco, mientras siguieres  
mi consejo, haz cuenta que eres  
hijo de casa. Mi nombre  
te dí; si este no te inclina  
a imitarme, ni por padre  
me tengas, ni llames madre,  
sino al tronco de una encina:  
allí te hallé en conclusión  
y allí te puedes volver.

(Jorn. II, Esc. VI, pág. 533 a).

El anciano reconviene al niño por su falta de aplicación y sus valentonas. Además del natural violento del muchacho, él considera que la madre, con sus mimos y complacencias, ha contribuido a convertirlo en un díscolo con el que nadie puede; no sabe él que Beatriz siente no sólo cariño sino una piedad inmensa —y culpabilidad también— por ese niño falto de todo apoyo, sin padres. Poco a poco Francisco, a quien todos, hasta su propio abuelo, echan en cara su bastardía, se ha convertido en un resentido; por eso la importancia que él da a su fuerza física que le permite sobresalir y defenderse. En esta otra escena se patentiza esa falta de apego del jovenzuelo por el estudio.

Maestro. — Francisco, desde antiyer  
no hay hacerte dar lición.  
A este andar no es maravilla  
que luzga lo que te muestro.

Frc. — Tiene razón el maestro.  
Afréntete esa cartilla  
que en dos años no has pasado.  
Llega y da lición, acaba.

(Jorn. II, Esc. VII, pág. 533 b)



Maestro. — Ea, que esperando estoy.

Pizarro. — Yo tengo un poco que hacer.

Hágame tanto placer  
que se quede esto por hoy,  
pues no hay mucho hasta mañana.

Maestro. — ¿Qué modo de hablar es ese?

Daréis lición, aunque os pese;  
Llegad.

Pizarro. — Tengo poca gana.

Váyase con Dios maeso.

Maestro. — En azotándoos, sí haré.

Daos prisa.

Pizarro. — ¿Azotes o qué?

Soy ya grande para eso.

Maestro. — Pues ¿por qué no seréis grande

para afrentaros de ver  
que no aprendéis a leer?

Pizarro. — ¿Qué donosa afrenta? Ande.

¿No habrá habido muchos nobles  
Que sin leer y escribir  
sepan vencer y lucir?

Maestro. — Sí, entre encinas o entre robles.

Pizarro. — Eso de encinas es cosa

con que muchos presumidos  
me dan en cara nacidos,  
no de sangre generosa,  
pero de villana sí,  
y aun de tan poca opinión...

Maestro. — Dejáos de eso y dad lición.

Pizarro. — Y si lo dice por mí,

quiero advertirle al maeso  
que por mejor he tenido  
ser en duda bien nacido  
que en certidumbre confeso.

Maestro. — Yo soy tan...

Pizarro. — ¿De esto se siente?

Maestro. — Honrado...

Pizarro. — ¡Válgame Dios!

Sosíéguese.

Maestro. — Como vos,  
que en fin sois un bastar. . .

Pizarro. — Miente;  
y antes que pronuncie el do,  
tome y sea bien criado.  
(Saca la daga y dale).

Maestro. — ¡Muerto ésto!

Pizarro. — Y yo vengado.

(Jorn. II, Esc. VIII, pág. 534 a).

En estas escenas hay que destacar dos cosas. Francisco no desea estudiar porque se siente seguro de su fuerza y cree que este es requisito suficiente para que un noble (como él supone que lo es) triunfe. Además, la actitud ofensiva del maestro, el golpe que Francisco le asesta y el ulterior enojo del abuelo son otras tantas causas que separan al muchacho de los libros, porque él identifica, por un lado, la ofensa del maestro y los libros (siempre ha visto juntos a unos y otros) y, por otra parte, el enojo del abuelo y la azotaina que entraña, crean un recelo contra el anciano que se hace extensivo a todo aquello que éste quiso imponerle (en este caso los libros). Además, la tesis sostenida por Tirso en toda la comedia es: serás el hijo de tus propias acciones. Es decir, lo importante para Pizarro era «actuar»; allí estaba el secreto del destino. Así presentados los hechos, el analfabetismo de Pizarro no resulta chocante; por el contrario, las circunstancias adversas de su nacimiento lo justificaban plenamente.

Las fuentes históricas en que presumiblemente Tirso buscó apoyo son, según nuestro parecer, en primer término la obra de Pizarro y Orellana «*Varones ilustres del Nuevo Mundo*» que si bien no se imprimió hasta 1639, estaba ya completa en 1631 como lo demuestra la censura, además de que el *Discurso Legal* que acompaña el libro está fechado en 1625. Hacemos nuestras —con alguna reserva— las palabras de Green, cuando dice: “That this material, before its publication, was placed at the disposal of Tirso is evident from the following facts: both its author and the author of our

plays sacrifice all other considerations to the presentation of an eloquent apology for the Pizarro family as a whole; they both are less concerned with the principal hero —Francisco Pizarro— than with his brother Hernando, since Francisco left no male heirs and the title descended through Hernando; they both struggle desperately with historical fact in an effort to clear Gonzalo Pizarro of the charge of treason; and they both introduce incidents and arguments not found in other sources (28). The fact that Tirso did not limit himself to the numerous accounts of the Conquest that were readily available but consulted the manuscripts and papers of the Pizarros chief advocate is of itself additional evidence connecting his trilogy with the restoration of the marquisate in 1631" (29).

Es dable suponer además que manejara la poética historia del Inca Garcilaso, uno de los comentaristas que con mayor verdad e imparcialidad juzgó a los Pizarros. Y que tal suposición es verosímil lo prueba el hecho de que ya en «*El amor médico*» Tirso había tenido a la mano los famosos *Comentarios Reales* publicados en 1609 (30).

Tal vez podrían agregarse otros nombres como los de Zárate y López de Gómara, aunque creemos que para esta primera comedia la obra de Pizarro y Orellana sumada a los datos suministrados por la familia y el acceso a los archivos, eran fuentes más que suficientes. En las otras dos obras se mostrará más pormenorizadamente,

<sup>28</sup> El señor Miró Quesada apunta estas discrepancias entre la Trilogía y los *Varones Ilustres*: "Así, Pizarro y Orellana reprocha a quienes critican el origen del Marqués Don Francisco; y Tirso incurre precisamente en dicha crítica cuando en *Todo es dar en una cosa* lo compara con Rómulo y Remo. El descendiente de los Pizarro da como nombre de la madre de Hernando el de Elvira de Mendoza de Vargas; en tanto que Tirso de Molina la llama Beatriz de Mendoza. Al referirse a la designación de Gonzalo Pizarro como Procurador que reclama de la aplicación de las Nuevas Leyes, Pizarro y Orellana sólo cita directamente al Cabildo del Cuzco, y en forma general a "los demás"; mientras Tirso señala cuatro nombres: Cuzco, Guamanga, Arequipa y Chuquisaca. El autor de los *Varones Ilustres* sólo alude, para desecharlos y condenarlos como maquiavélicos, a los consejos de Carvajal a Gonzalo Pizarro; y Tirso basa en ellos uno de los episodios decisivos y una de las escenas más dramáticas de su comedia *Amazonas en las Indias*" (*Cervantes, Tirso y el Perú*, pág. 173.)

*vantes, Tirso y el Perú*, Lima, 1947, pág. 173.)

<sup>30</sup> V. Fil, 1950, II, 1, págs. 77-80. En las páginas siguientes, al analizar las otras dos comedias, se verá hasta qué punto se valió Tirso de la obra del Inca Garcilaso.

porque así lo permite el material histórico de las mismas, que Pizarro y Orellana, el Inca Garcilaso y Zárate fueron los principales auxiliares de Tirso en su tarea.

AMAZONAS EN  
LAS INDIAS

Dicho pues lo que era necesario acerca de Francisco, y esbozadas sus hazañas en unas pocas líneas, había que volver a levantar el telón sobre el segundo acto que se desarrollaría esta vez sí, en América. Porque sobre Francisco Pizarro no había nada más que agregar dado que, como ya dijimos, su obra en el Perú era indiscutible, se hacía necesario tomar como eje de esta segunda comedia a otro de los hermanos; el orden de los acontecimientos imponía que fuera Gonzalo. En él no era el nacimiento lo que había que modificar sino, por el contrario, su muerte como traidor a manos del verdugo. Los descendientes de los señores de La Zarza tenían que mostrar el lado más favorable de los acontecimientos y presentar un Gonzalo limpio de la acusación de traición; tarea muy espinosa que aún hoy no se ha logrado esclarecer totalmente. Tirso debía cooperar y, por lo tanto, ése sería el tema de la segunda comedia de la trilogía.

Los hechos, escuetamente narrados, son estos. La acción se abre con Gonzalo y sus huestes que llegan al país de las Amazonas (<sup>31</sup>). En escena aparecen luchando Gonzalo con Menalipe y Francisco de Carvajal con Martesía. Carvajal se extraña al oír en "tan remota parte" la lengua española y de que la amazona conozca su nombre y hazañas; no cree en sus artes mágicas; para él aquélla es una bruja cuya profesía

Pues guárdate de dar la vuelta a Lima;  
que por cruel y a mis suspiros falso  
perderás la cabeza en un cadalso.

(Jorn. I, Esc. III, pág. 553 a).

no lo intimida en absoluto.

Gonzalo demuestra una extremada caballerosidad para con las guerreras mujeres. No quiere luchar con ellas, y así lo dice a Menalipe

<sup>31</sup> Lo cual no es cierto porque quien llegó al país de las Amazonas — o a lo que tuvo por tal — fué Francisco de Orellana al realizar el viaje por el río Marañón, en el bergantín que hiciera construir Gonzalo Pizarro.

Armígera Belona,  
 los que nacieron como yo al respeto  
 que la fama corona  
 obligados, y estiman el conceto  
 en que el valor los pone,  
 adoran las bellezas;  
 y por más que ocasione  
 el peligro su enojo, las noblezas  
 en defender las damas se ejercitan  
 y en fe de esto su amparo solicitan.  
 Amarlas y servir las  
 es sólo mi blasón, pero no herirlas.

(Jorn. I, Esc. II, pág. 552 a).

Ésta la explica cuál es su origen y por qué se encuentran  
 amazonas en el Nuevo Mundo; le habla del amor que su imagen  
 —conocida por la reina desde tiempo atrás debido a sus poderes—  
 despertó en ella y lo invita a permanecer en su país si le promete  
 ser su esposo

Admítete por tu esposa;  
 derogaríanse mis leyes,  
 juzgaríanse venturosas  
 a tus pies, estas provincias;  
 diamantes que al sol se opongan  
 te rendirán esos cerros  
 perlas (almas de sus conchas),  
 a montes la plata pura;  
 el oro a cargas que brotan  
 esos ríos, esas fuentes;  
 esmeraldas, pluma, aromas,  
 y un alma nunca rendida  
 que dueño te reconozca.

(Jorn. I, Esc. IV, pág. 556 b).

Gonzalo no accede porque su honor se lo impide (<sup>32</sup>). Como cristiano, como súbdito español y como capitán responsable de las vidas de sus hombres, no puede permanecer allí

no llevará bien mi gente,  
 si tus finezas admito,  
 el no dar la vuelta a Quito.  
 Seis meses he estado ausente;  
 dejaron sus prendas caras  
 hijos y esposas en ella,

.....  
 Para casarme contigo  
 eres de contraria ley;  
 vengo en nombre de mi Rey,  
 leal sus órdenes sigo.

(Jorn. I, Esc. IV, pág. 556 b).

Se marcha, pues, prometiendo volver cuando su rey le dé licencia para unirse a ella —pretexto fútil para alejarse—.

En las tres últimas escenas de este acto la figura central es Diego de Almagro, el mozo. Se considera heredero de su padre en sus derechos al Perú. El momento es oportuno ya que

Consigo se llevó la sepultura  
 la Pizarra mayor, porque apoyasen  
 pronósticos del hombre sus sucesos;  
 las Pizarras son, sepulten huesos.  
 Ya estamos libres de ésta, Juan Pizarro,  
 (el menor de los cuatro) en primavera  
 cedió a la muerte el ánimo bizarro,  
 que, a ser más cuerdo, dilatar pudiera.

.....  
 .....

32

La lealtad que en mí se encierra  
 es de suerte, obliga a tanto,  
 que a tu afición contradice;  
 porque la honra y su interés  
 no estriba tanto en lo que es  
 como en lo que el vulgo dice.

(Jorn. I, Esc. IV, pág. 556 b).

España al homicida, oprime preso,  
 de mi padre, en la Mota de Medina;  
 litigaré el rigor contra su exceso  
 si el oro tribunales no arruina;  
 mientras Gonzalo, con fatal progreso,  
 las márgenes remotas examina  
 del Marañón, . . .

.....

Si de cuatro me mata la fortuna  
 los dos hermanos, y los dos me ausenta,  
 ¿quién queda en el Perú, que a la oportuna  
 ocasión que me llama, pida cuenta?  
 Destinóme el valor desde la cuna  
 al solio occidental; si en él me asienta  
 el cielo por monarca de los Andes,  
 grandes hazañas piden, riesgos grandes.

(Jorn. I, Esc. V, pág. 557 b).

El acto finaliza con la llegada de Juan Valsa, uno de los soldados almagristas, quien avisa a Diego el arribo de Vaca de Castro.

¡Ea, valiente mancebo!  
 Al arma, que se avecina  
 hoy, o tu muerte o tu imperio.

(Jorn. I, Esc. VII, pág. 558 b).

Cuando comienza el segundo acto, ya las ambiciosas pretensiones de Almagro han sido abatidas y él, muerto. Ha llegado al Perú el comisionado Vaca de Castro para poner orden. Ante él se presenta Gonzalo para agradecerle el haber vengado la muerte del Marqués, su hermano. Oye Vaca de labios de Carvajal un regocijado relato de la expedición al país de la Canela y, finalmente, anuncia a Gonzalo que deja bajo su custodia a Francisca Pizarro la hija del marqués, ya que él regresa a Lima y que está dispuesto a dejar el gobierno en manos de Gonzalo si éste tiene la cédula que lo acredite como sucesor del marqués. Gonzalo no hará valer su derecho

al gobierno del Perú —así afirma—, sino que, retirado en Las Charcas, esperará la justa decisión del rey. Pero anuncia

Mas, si el Virrey que viene  
 turba la paz que agora el Perú tiene  
 (como de él se recela y conjetura),  
 y a mis servicios muestra ingrato pecho,  
 por fuerza habré de usar de mi derecho.

(Jorn. II, Esc. III, pág. 564 b).

La enamorada Menalipe ha venido al Cuzco con su hermana Martesia a saber de Gonzalo y llega en el momento en que éste propone matrimonio a su sobrina Francisca para que así no quede sin sucesión el Marqués en el "imperio indiano" que él forjó. La noticia, en un primer instante, llena de ira a la amazona mas como ella conoce el porvenir, sabe que ese matrimonio no se celebrará. Un "perjuro" y "fementido" como Gonzalo no merece tal dicha

con don Fernando, tu hermano,  
 celebrarán regocijos  
 las bodas, que no mereces . . .  
 y con generosos hijos  
 resucitar del marqués  
 los hazañosos prodigios.

(Jorn. II, Esc. X, pág. 568 a).

Entre tanto Carvajal ha traído noticias de otra índole: el nuevo virrey del Perú, Blasco Núñez Vela, ha llegado ya a Panamá y allí ha impuesto el cumplimiento de las ordenanzas <sup>(33)</sup> que constituirán la ruina de los conquistadores. Para apaciguar a los limeños, que presienten males con la llegada del severo gobernador

<sup>33</sup> Las ordenanzas a que hacemos referencia fueron las promulgadas en 1542 por intervención directa de Fr. Bartolomé de las Casas y que, entre otras muchas disposiciones, prohibían la tenencia de indios en encomienda por más de una vida, y nunca a aquellos que hubiesen desempeñado cargo oficial o se hubieren encontrado en las luchas de pizarros y almagristas; paga a los indios y condiciones más humanas de trabajo, etc. Sabido es que a consecuencia de su aplicación se levantó en América una verdadera borrasca, de la que es un episodio la lucha en el Perú.



Los odores de la Audiencia,  
 tan sabios como advertidos,  
 disponen que a Lima vaya  
 a consolar sus vecinos  
 doña Francisca Pizarro,  
 . . . en cuyo arrimo,  
 (por ser animada imagen  
 del gran Marqués don Francisco)  
 fundan todo su remedio;  
 porque, con su patrocinio,  
 creen que el Virrey, cuando llegue,  
 como ilustre compasivo,  
 venerará las memorias  
 en ella, de aquel prodigio  
 que tanto España celebra,  
 que tanto honró Carlos Quinto.

(Jorn. II, Esc. VIII, pág. 567 a).

El tercer acto nos muestra un Gonzalo transformado en hacedado, contento del sosiego y de la calma que esa vida ofrece, por contraste con la que hasta ahora había llevado. Sin embargo, su destino fatal lo ronda. Las amazonas lo han amonestado en varias oportunidades; esta vez no son ellas quienes vuelven a repetir la advertencia sino Trigueros, el fiel soldado, que ha permanecido un mes (muy a su pesar) entre las belicosas mujeres. No obstante, Gonzalo se siente seguro puesto que ningún motivo hay para que se aleje de Las Charcas. Ese motivo, sin embargo, se presenta de inmediato; Carvajal, el capitán Almendras y otros soldados de Pizarro vienen en su busca para que se haga cargo del gobierno y defienda al Perú de los designos del virrey Blasco Núñez. El Cuzco, Guamanga, Arequipa y Chuquisaca han nombrado a Gonzalo su procurador a fin de que rechace al virrey que ya llegaba a Lima.

Gonzalo no quiere ceder en tan espinosa situación por no parecer ambicioso y

ocasionar a las lenguas  
de envidiosos y enemigos  
que contra mí al rey alteran.

(Jorn. III, Esc. III, pág. 570 a).

Sólo tres motivos podrán inducirlo a dejar la nueva vida de paz a que se ha acostumbrado

Tres cosas solas podrían  
forzarme a olvidar la quieta  
felicidad de estos campos  
donde mi paz se conserva,  
que son: el celo debido  
a la ley, que en esta tierra  
por nosotros dilatada  
a un Dios eterno confiesa;  
el defender con lá vida  
a mi rey, hasta perderla  
y el no permitir desdoras  
que mi honor y fama ofendan.

(Jorn. III, Esc. III, pág. 570 b).

Como ni su rey, ni su honor ni la ley divina están en juego, no tiene él por qué aceptar lo que le proponen. Mas he aquí que Carvajal, refiriendo los acontecimientos, dice:

De Lima mandó sacar,  
con indigna inadvertencia,  
a tu inocente sobrina,  
y a vista del puerto presa  
con guardas en una nave.  
Los oidores menosprecia,  
porque los riesgos le intiman  
que tan ilustre doncella  
y ocasionada hermosura  
corre, dejándola expuesta  
entre marineros libres  
a la atrevida torpeza.

(Jorn. III, Esc. III, pág. 571).

Esto es demasiado para Gonzalo. Uno de los motivos se ha convertido en realidad. El dolor con que se expresa el honor herido de Gonzalo ha sido vertido por Tirso con versos fuertes, admirables:

¿Doña Francisca Pizarro?  
 ¿Doña Francisca, y que en ella  
 un caballero ejecute  
 desaires de su nobleza?  
 ¿Preso en la mar mi sobrina?  
 ¿Por qué culpa y a qué presa?  
 ¿Por qué en la mar, si culpada?  
 .....  
 ¿Yo sin honra, mi Francisca  
 ocasionada a la afrenta?  
 ¿La ley de Dios profanada,  
 a riesgo del rey la hacienda?  
 ¿Y yo gobernador suyo?  
 ¡No, cielos! No vida quieta,  
 no retiros agradables,  
 no soledades amenas.  
 Sin retornos mis servicios,  
 vaya; sin Indios ni rentas,  
 mis heridas y trabajos  
 ¿Qué importa cuando se pierdan?  
 Pero, ¿sin fama, sin honra,  
 a peligro la limpieza  
 de mi inocente sobrina  
 y que por ella no vuelva?

(Jorn. III, Esc. III, pág. 571 a).

Llega en ese momento el capitán Hinojosa quien anuncia a Gonzalo Pizarro que el virrey ha sido hecho prisionero y enviado a Castilla, a causa del desagrado de las gentes por las injusticias de Blasco Núñez: el encarcelamiento de Antonio del Solar y la muerte del Factor Illán Juárez. Por todo lo cual los oidores "alentando los derechos" de Gonzalo, lo han nombrado gobernador del Perú.

Los próximos acontecimientos: el alzamiento de Blasco Núñez y su vuelta al Perú, desembarco en Tumbes y marcha contra Gon-

zalo, son relatados por las amazonas quienes reaparecen tratando de salvar a Pizarro de su aciago destino. De igual modo, tratan de detener a Francisco de Carvajal que persigue el ejército de Blasco Núñez, sin ningún resultado. Por fin, Blasco Núñez es desbaratado por el propio Gonzalo y, según también lo refiere la historia, muerto por estar vestido como simple soldado, sin reconocérselo. Gonzalo se muestra apesadumbrado en esta circunstancia. La llegada de La Gasca induce a Carvajal a prevenir a Gonzalo y a darle el famoso consejo (que después comentaremos) de que se convierta en rey del Perú, independizándose de España y uniéndose a una princesa india. Todos están acordes en que Gonzalo Pizarro deberá ser "¡o César o nada!". Si no los escucha, lo abandonarán. Gonzalo no acepta, sublevándose ante la sola idea. Entonces se oyen voces dentro que piden su muerte. Ya lo dice Alonso de Alvarado:

Este fué el fin lastimoso  
de don Gonzalo; la fama  
de lo contrario ha mentido.  
La malicia ¿qué no engaña?  
Lea historias el discreto  
que ellas su inocencia amparan,  
y supla en esta tragedia,  
quien lo fuere, nuestras faltas.

(Jorn. III, Esc. XV, pág. 578 b).

atestiguando con estas palabras la finalidad perseguida por Tirso al escribir la comedia.

Esta segunda comedia de la trilogía ofrece, desde el punto de vista estilístico, una superioridad evidente sobre la primera y aún sobre la que le sigue. Quizá esto se deba a que los mismos acontecimientos que Tirso maneja aquí, se prestan mucho más para realizar con ellos una pieza de verdadero efecto teatral<sup>34</sup>. Y si para ello —aunque no sólo por ello— hubo que sacrificar la ver-

<sup>34</sup> O lo que es también posible, que la personalidad de Gonzalo Pizarro fascinara al mercedario en grado sumo.

dad histórica, pues . . . nada más fácil de justificar. El propio Fr. Gabriel se ha encargado de esto en otro lugar de su obra

¡Cómo si la licencia de Apolo se estrechase a la recolección histórica y no pudiese fabricar, sobre cimientos de personas verdaderas, arquitecturas del ingenio fingidas!

(*Los Cigarrales de Toledo*, Espasa-Calpe, Col. Universal. Madrid, 1942. T. I., pág. 141).

Lo primero que desconcierta es el título. Una comedia sobre Gonzalo Pizarro que se llama *Amazonas en las Indias*. Por cierto que Gonzalo nada tuvo que ver con las legendarias mujeres y, si por alguna manera puede conectarse su nombre al de ellas, no es nunca directamente sino por intermedio de Francisco de Orellana. La historia ya ha establecido, sin lugar a dudas, que Orellana no traicionó a Pizarro cuando, al embarcarse él y algunos hombres en el bergantín que Gonzalo Pizarro hiciera construir con el fin de que se explorasen las márgenes del río, tuvo que seguir adelante sin poder regresar en busca de su capitán y de los que con él quedaban <sup>(35)</sup>. Al seguir Orellana su navegación río adelante, pasando el río Negro, en junio de 1542 <sup>(36)</sup> llega a un pueblo

<sup>35</sup> "Viendo que nos habíamos alejado de donde nuestros compañeros habían quedado y se nos había acabado lo poco que de comer traíamos para nuestro camino tan incierto como el que facíamos, púsose en plática entre el Capitán y los compañeros la dificultad, y la vuelta, y la falta de comida, porque pensábamos de dar luego la vuelta, no metimos de comer; pero en confianza que no podíamos estar lejos, acordamos de pasar adelante, y esto no con poco trabajo de todos, y como otro ni otro día no se hallase comida ni señal de población, con parecer del Capitán, dije yo una misa, como se dice en la mar, encomendando a Nuestro Señor nuestras personas y vidas, suplicándole, como indigno, nos sacase de tan manifiesto trabajo y perdición, porque ya se nos traslucía, porque aunque quisiéramos volver agua arriba no era posible por la gran corriente, pues tentar de ir por tierra era imposible; de manera que estábamos en gran peligro de muerte a cabsa de la gran hambre que padecimos; y así, estando buscando el consejo de lo que se debía de hacer platicando nuestra aflicción y trabajos, acordóse que eligiésemos de dos males el que al Capitán y a todos pareciese menor, que fué ir adelante y seguir el río o morir o ver lo que en él había, confiando en Nuestro Señor que tendría por bien de conservar nuestras vidas fasta ver nuestro remedio; . . ."  
(P. GASPARD DE CARVAJAL, *Relación del nuevo descubrimiento del famoso Río Grande que descubrió por muy gran ventura el Capitán Francisco de Orellana*. Quito, 1942, pág. 7). (Citada: *Relación*.)

<sup>36</sup> Orellana había partido del real de Pizarro a últimos de diciembre del año anterior.

en cuya plaza, hacia el centro, observa "una gran tabla toda labrada con figuras en relieve. El trabajo primoroso, que está hecho en forma que toda la obra descansa sobre dos leones que se miran de reojo, simula en relieve una ciudad murada con dos grandes torres cuyas puertas se miran frente a frente. . . Es la insignia de . . . la jefa de las Amazonas" (37). Es en las tierras del cacique Aparia donde tuvieron ellos noticias de las Amazonas, hasta que en uno de los combates con estas tribus vieron mujeres que animosamente peleaban como capitanes delante de los indios, a las que consideraron por las referencias anteriores, como las Amazonas. "Estas mujeres son muy blancas y altas, y tienen muy largo el cabello y entrenzado y revuelto a la cabeza, y son muy membrudas y andan desnudas en cueros, tapadas sus vergüenzas, con sus arcos y flechas en las manos, haciendo tanta guerra como diez indios; y en verdad que hubo mujer de éstas que metió un palmo de flechas por uno de los bergantines, y otras que menos. . ." (38). Así nace la leyenda de las Amazonas americanas (39).

Ahora bien, ¿qué objeto tienen esas Amazonas en la comedia tirsiana? Aparecen esporádicamente y, tan sólo en las cuatro primeras escenas del primer acto, su intervención llena el cuadro. Únicamente dos —Menalipe y Martesia— reina la una y su hermana y sacerdotisa la otra, constituyen el conjunto de Amazonas

<sup>37</sup> LEOPOLDO BENÍTEZ, *Argonautas de la selva*. F. C. E., Col. Tierra Firme, vol. 8; México, 1945; págs. 119-120. (Citado: *Argonautas*.)

<sup>38</sup> P. GASPARD DE CARVAJAL, op. cit., pág. 49.

<sup>39</sup> Menéndez Pelayo, con respecto a la leyenda de las Amazonas americanas y a la afirmación hecha por Lope: "Yo hallo las Amazonas en Virgilio y en todos los autores, y no sólo en aquellos tiempos, sino tan cerca de nuestra edad, que en el viaje de Magallanes fueron vistas, si no mienten las relaciones de Sebastián el Cano y de Gonzalo de Oviedo. . ." (LOPE DE VEGA, *Obras completas*, T. VI, pág. 35), hace el siguiente comentario: "La Camila virgiliana, cuyo hermoso episodio ocupa gran parte del libro XI de la Eneida, es, en efecto, una Amazona itálica, que a su vez sirvió de tipo a las Bradamantas, Marfisas, Clorindas y demás mujeres belicosas que con tanta frecuencia aparecen en los poemas caballerescos. Juntamente con estas nuevas manifestaciones del tipo individual de la Amazona, el mito clásico de las Amazonas pueblo retoñó en la fantasía de los heroicos españoles descubridores y conquistadores de las tierras antárticas. No recuerdo, a pesar de lo que dice Lope, que se hable de ellas en las relaciones del viaje de Magallanes. Donde por primera vez creyeron haberlas visto los nuestros fué en la prodigiosa expedición de Francisco de Orellana, aguas abajo del río Marañón". (MENÉNDEZ PELAYO, *Estudios sobre el teatro de Lope de Vega*. Vol. II. Madrid, 1921, págs. 169-170.)

que muestra Tirso. Mas esto no explica todavía cumplidamente su finalidad en la comedia. Es necesario avanzar en la lectura de la obra para comprender su papel. En repetidas oportunidades las dos amazonas —una a Gonzalo y la otra a Carvajal— les dan aviso de lo que les reserva el futuro.

Men. a Gonz. — Si en esta región te quedas,  
 si el paso atrás no revocas,  
 como a mi amor satisfagas  
 como a mi fe correspondas;  
*pues si al Perú das la vuelta*  
*riesgos mortales convocan*  
*la deslealtad y la envidia*  
*que a tus virtudes se opongan.*

(Jorn. I, Esc. IV, pág. 566 a).

Pues si mi vida deseas  
 escucha avisos; *no creas*  
*los que lleguen a adularle;*  
*por que hallarás infinitos*  
*que tus dádivas disfrutan*  
*y en el peligro te imputan*  
*sus traiciones a delitos.* (40)

(Jorn. I, Esc. IV, pág. 557 a).

Pero si no, te amonesta  
 que *no des crédito a amigos,*  
*porque sangrientos castigos*  
*la vil fortuna te apresta; . . .*  
 . . . . .  
*mas que te guardes te advierte*  
*tu amazona damisela,*  
*de este Blasco Núñez Vela*  
*que solicita tu muerte,*  
*y en causa tan peligrosa*  
*te desea apercebido.*

<sup>40</sup> "Si en Gonzalo Pizarro hubo culpa fué causada de los que lo engañaron y vendieron esperando mayor premio" (PIZARRO y ORELLANA, *Va-rones*, pág. 346).

Gonz. — ¿Por qué, si no lo he ofendido?

Ni de la vida dichosa  
que ha feriado a mi sosiego  
esta alegre soledad . . .  
podrá el apetito ciego . . .  
sacarme . . .,  
no obligándome a perdella,  
mi ley, mi Rey y mi fama.

(Jorn. III, Esc. III, pág. 569 a).

Vale decir, que Tirso les confiere casi el valor de un oráculo; ellas predicen el futuro lo cual tiene para el mercedario un doble valor: introduce en su «tragedia» un elemento de efecto dramático (a la manera del coro en la tragedia griega) que mantiene siempre flotando por sobre los buenos o los malos momentos de la vida de Gonzalo la realidad de su triste fin y, al mismo tiempo, anuncia los nobles retoños de la familia Pizarro y la inmortalidad de su nombre:

Martesia. — No piense la emulación,  
envidiosa y destemplada,  
que porque Gonzalo muere  
podrá en la sangre Pizarra  
agotar deudos ilustres,  
que en otros siglos deshagan  
nubes, que torpes pretenden  
con falsedad eclipsarla.  
Fernando, su hermano heroico  
puesto que preso en España,  
dará a sus reyes un nieto  
que vuelva a resucitarla.  
Al marqués de la Conquista  
vuestra Extremadura aguarda,  
luz del crédito español,  
nuevo Alejandro en las armas  
Malograrásele un hijo  
que en Flandes tiña las aras  
en servicio de sus reyes,



que a la eternidad levanta;  
 mas casándose otra vez  
 con generosa prosapia,  
 dará envidia a la lisonja  
 y sucesión a su casa.

(Jorn. VI, Esc. XIV, pág. 577. b).

Green considera, con mucho acierto, que estas profecías de las amazonas al repetirse varias veces, como dijimos, constituyen un "leitmotiv" y que Tirso tuvo dos razones principalísimas para incorporarlas a su obra: le suministraban los naturales requerimientos de la comedia —galantería, amor, interés novelesco—<sup>(41)</sup> y además, son el instrumento para predecir el futuro "muy necesario para lo que él se proponía: escribir una página conmemorando la restauración del título de nobleza de los Pizarro"<sup>(42)</sup>. Agrega además que "da mayor vuelo al tipo al conferirles los atributos de un oráculo perulero"<sup>(43)</sup>.

Cabe preguntarse en qué fuentes se inspiró Tirso para las amazonas de su obra. Los nombres son históricos y, con algunas reservas, también es verosímil el origen que Tirso les asigna. No podemos menos que repetir lo que ya otros dijeron: la *Historia universal* de Justino es la obra de la que Fr. Gabriel extrajo (o refrescó) sus conocimientos al respecto. Por de pronto, allí están los dos nombres: Marpesia (que también pudo ser éste el nombre en Tirso y no Martesia. Un error del editor quizá alteró la consonante) y Menalipe; allí se da igualmente como lugar de asiento de la república de las amazonas la región del Termodonte<sup>(44)</sup>; allí la matanza de los

<sup>41</sup> No estamos de acuerdo en esto. Las escenas galantes que pudo mezclar en su obra gracias a las amazonas ni son tales ni tantas como para hacer esta última afirmación. Su carácter de oráculo, incluso de oráculo perulero, es muy patente y creemos que fué esto lo que Tirso buscó. ¿Que nos muestra unas amazonas enamoradas? Pues, un modo más de mantenerse fiel a la tradición y de dar una pincelada de delicadeza a la trama de su pieza.

<sup>42</sup> OTIS H. GREEN, op. cit., pág. 209.

<sup>43</sup> Ibidem, pág. 209.

<sup>44</sup> "La primera morada que se asigna a este pueblo de belicosas mujeres es en Themyscira, cabe el río Termodonte, en la Capadocia, de donde pasaron a la región que se extiende entre el mar Negro y el mar Caspio, y a las montañas del Cáucaso" (MENÉNDEZ PELAYO, op. cit., tom. II, pág. 162).

maridos por sus mujeres —pero por distintas razones de las que aduce Tirso—, allí las mismas citas de los hechos de Martesia y Lampridia (Lampedo), Orisia (Orithya) y Pantasilea (Penthesilea). Pero como Fr. Gabriel tenía que conducirlos a América, por fuerza debió apartarse del relato de Justino. Hace entonces embarcar a las que habían permanecido en Escitia mientras las demás luchaban en Grecia contra Teseo:

... al elemento  
 de sal, una armada arrojan  
 de innumerables preñeces;  
 pero enojándose el Bóreas  
 de que le surquen sus quillas,  
 riscos de cristal abordan  
 por todas partes los leños  
 donde oprimidos zoñobran,  
 porque en tómulos de vidrio  
 celebre el valor sus honras.  
 Las reliquias derrotadas  
 sin que aproveche la sonda,  
 sin que el timón obedezca  
 ni el arte velas recoja,  
 siguen incógnitos rumbos,  
 y sin saber su derrota,  
 piélagos un mes naufragan,  
 hasta que al fin los emboca  
 por ese monstruo de rios, . . . (el Maraión)

.....  
 Venciendo, pues, con la industria  
 las Argonautas heroicas,  
 horribles dificultades,  
 guían las brumadas proas  
 trescientas leguas arriba  
 hasta la ribera hermosa  
 de esta provincia, que oculta  
 les feria el puerto que toman.

(Jorn. I, Esc. IV, pág. 555 b).

En general, se ha ceñido a lo que la historia transmitía y era más corriente con respecto a ese tema (45). Green sostiene también que Tirso hasta en esto siguió a Pizarro y Orellana: "Era Francisco de Orellana más bien que Gonzalo Pizarro quien había relatado lo que pasó en el país de las amazonas, pero Pizarro y Orellana había conectado rápidamente el nombre de Gonzalo con la leyenda. En sus *Varones ilustres del Nuevo Mundo* anexa a la biografía de Pizarro una "vida póstuma de la buena opinión de Gonzalo Pizarro. Paralela panegírica de Gonzalo Pizarro al gran Pompeyo", en la que habla de "aquella Conquista de las Amaçonas...". Que Tirso sacó esta idea de esa fuente es una razonable hipótesis por el hecho de que Pizarro y Orellana dió como referencia solamente, el trabajo clásico que contenía ambos nombres propios —Martesia, Melanipe (Menalipe)— usados por nuestro dramaturgo: *Historia Universalis* de Justino, L. II" (46). Y aún el anuncio del fatal destino de Pizarro por parte de las amazonas, es un elemento más de acercamiento entre Tirso y Pizarro y Orellana, ya que, en efecto, este último dice —cuando llega de Quito después de la expedición a la canela—: "donde vió verificado lo que algunos indios le dixeron, en medio de las penalidades referidas, que eran muy cortas para las que avía de padecer; y que no lo fuera su fortuna, si se contentara con esto su mala estrella" (47).

Cabe ahora entrar de lleno en la trama histórica que sustenta la obra. En el primer acto, en las escenas que presentan a Diego de Almagro proclamándose "¡O César, o nada!", no hay casi objeción posible: Que el joven se hallaba dominado por la embriaguez del poder y por la fortuna que lo acompañó en el suceso de la muerte del Marqués, lo prueban los mismos hechos. Lo que nos sorprende es la defensa de Francisco Pizarro hecha por García de

45 "Estas amazonas redivivas aparecieron en el teatro por arte del maestro Tirso de Molina, . . . El nombre de Menalipe dado a la principal de las heroínas indica ya que el autor tuvo presente la comedia de Lope, de la cual, además, conserva la suya muchas reminiscencias. En este notable drama el mito indiano aparece fundido con el clásico del modo que lo revela el razonamiento de la amazona Menalipe a Gonzalo Pizarro . . ." (MENÉNDEZ PELAYO, op. cit., vol. II, pág. 172).

46 OTIS H. GREEN, op. cit., pág. 210.

47 PIZARRO y ORELLANA, *Varones*, pág. 353.

Alvarado (48). Por lo demás la muerte de éste, tal como la presenta Tirso, es inexacta. Es verdad que Alvarado fué prendido por Juan Balsa (según unos historiadores, según otros por Rada), aunque en Tirso la escena es más suave. En el teatro, Diego de Almagro ordena a Balsa, en un arrebato de cólera producido por esa misma defensa de la causa Pizarrista que García de Alvarado había hecho, ordena pues "¡Matadle! ¡Cerrad las puertas!". Mas en la realidad, el propio Almagro se abalanzó sobre Alvarado, mientras sus secuaces terminaban con él a estocadas (49), y fué por muy otros motivos que los urdidos por Tirso.

El acto finaliza con este pormenorizado anuncio de las fuerzas con que llega el real comisionado Vaca de Castro, y el camino por el que se acercan:

El presidente y su campo,  
 (que consta de setecientos  
 y más hombres, entre infantes,  
 jinetes y arcabuceros)  
 pasa de Jauja a Guamanga,  
 y haciendo alto en el ameno  
 valle (que llaman de Chupas),  
 viene animoso y resuelto

48  
 Nunca yo tuve por bien  
 la torpe conjuración  
 que contra el mayor varón  
 que todos los hombres ven  
 hiciste, pues si su hermano,  
 tan experto en la milicia,  
 le mató, fué por justicia,  
 no a traición, no por su mano.  
 Preso en España defiende  
 su causa contra fiscales  
 por la envidia criminales!...

(Jorn. I, Esc. V, pág. 558 a).

49 "Y comenzando a salir por la puerta de la cámara toda la gente, cuando llegó García de Alvarado, que iba delante de Don Diego, Juan de Rada, que tenía la puerta, la cerró, porque era del golpe, y se abrazó con García de Alvarado y dixo: «¡Sed preso!». Y don Diego echó mano a su espada, y le hirió, diciendo: «¡No ha de ser preso, sino muerto!». Y luego salieron Juan Balsa y Alonso de Saavedra y Diego Menéndez... y otros... y le dieron tantas heridas que lo acabaron de matar". (INCA GARCILASO, *Hist. Gral.*, t. III, pág. 281.)

a presentar la batalla.  
 Los mejores caballeros  
 del Perú siguen su campo;  
 difícil será romperlos.  
 Garcilaso de la Vega,  
 Pedro Anzures y otro Pedro  
 de Vergara, Holguín, Tordoya,  
 Francisco Castro, Barrientos,  
 don Alonso de Alvarado,  
 cuyo valeroso esfuerzo  
 levantó en las Chachapoyas  
 banderas, por Carlo excelso.  
 General Vaca de Castro;  
 Maese de Campo diestro,  
 Francisco Caravajal, . . . (50)

(Jorn. I, Esc. VII, pág. 558 a y sig.).

En este mismo acto, García de Alvarado, en su ardiente defensa del Marqués, exalta también sus orígenes para contraponerlos a los de Almagro. Le recuerda así al joven Diego que su padre fué un hijo de nadie:

España ignora quién es;  
 pues a la puerta le echaron  
 los padres que le engendraron,  
 de la iglesia, y fué después

<sup>50</sup> Tirso nombra entre los caballeros que militaban con Vaca de Castro a: Garcilaso de la Vega, Pedro Anzures, Pedro de Vergara, Holguín, Tordoya, Francisco Castro, Barrientos, Alonso de Alvarado ("cuyo valeroso esfuerzo/ levantó en las Chachapoyas/ banderas, por Carlo Excelso"), Francisco Caravajal (y justifica así Tirso la presencia de Carvajal con Vaca: "que del Marañón volviendo,/ con don Gonzalo Pizarro,/ ya que éste por el precepto/ del Presidente en Trujillo/ se queda viene a su ruego/ a gobernar todo el campo. . ."). Es indudable, aquí también, que el mercedario se hallaba bien informado. Los nombres son los mismos que se leen en cualquiera de los comentaristas (INCA, op. cit., t. III, pág. 290; ZÁRATE, *Historia*, págs. 502-503; CIEZA DE LEÓN, *Guerra de Quito*, Nueva Bib. Aut. Esp., t. XV, pág. 573; GÓMARA, *Hist. Gral.* pág. 84); la única diferencia —quizá debida a una explicable confusión— es la del nombre Francisco Castro, que debió ser Nuño de Castro.

hijo de la compasión  
de un sacerdote (llamado  
Hernando Luque), y criado  
de limosna en Malagón.

(Jorn. I, Esc. V, pág. 558 a).

Es evidente que en esta oportunidad la fuente de Tirso ha sido la historia de Zárate. He aquí como expresa éste idéntico concepto con iguales palabras: "...Diego de Almagro, natural de Malagón, cuyo linaje nunca se pudo bien averiguar, porque algunos dicen que fué echado a la puerta de la iglesia y que un clérigo llamado Hernando de Luque le creó" (pág. 463) (51). Lo que se ha cambiado es el orden de los datos pero en el fondo se trata del mismo hecho.

En el segundo acto, la verdad histórica se halla falseada desde el comienzo. Vaca de Castro se muestra en todo momento favorable al bando pizarrista (52), denotando una parcialidad excesiva cuyo origen no es difícil imaginar. Su entrevista con Gonzalo Pizarro es fruto, en parte, de la mente de Tirso. Efectivamente existió tal

<sup>51</sup> "Era Diego de Almagro natural de Almagro; nunca se supo de cierto quién era su padre, aunque se procuró; dezian que era clérigo. No sabía leer; era esforçado, diligente, amigo de honra y fama, franco, mas con una vana-gloria, ca quería supiesen todos lo que dava" (INCA GARCILASO, op. cit., t. III, pág. 233).

Y Pizarro y Orellana: "Fué pues don Diego de Almagro natural de Almagro, o Malagón, según los Historiadores, que en dar su naturaleza a un lugar, o a otro diferencian. No era de padres conocidos; y si por el principio de sus obras los huvieramos de atribuir, los juzgáramos por muy nobles" (op. cit., pág. 211).

<sup>52</sup>

Vivo, imitó a Dios humano, [el Marqués]  
pués con doce compañeros,  
conquistadores primeros  
de este orbe nuevo cristiano,  
mil leguas rindió al bautismo,  
y porque del propio modo  
pudiese imitarle en todo  
quiso morir con él mismo.  
Pues la envidia, en su venganza  
sin que eclipsasen su luz  
le dió en su sangre la cruz  
y en su Dios la semejanza.

(Jorn. II, Esc. III, pág. 560 a).

entrevista (<sup>53</sup>), mas no con el tono que el mercedario le confiere. Vaca de Castro llamó a Gonzalo para conversar con él (<sup>54</sup>), recibéndolo con cortesía y afabilidad; verdad es que escuchó el relato de la expedición a la Canela, pero aquí terminan las similitudes. Ni Vaca de Castro encargó a Gonzalo el cuidado de su sobrina (<sup>55</sup>),

<sup>53</sup> La primera comunicación entre Gonzalo Pizarro y Vaca de Castro fué una carta: "... y Gonçalo Piçarro haviendo sabido... la venida del Licenciado Vaca de Castro por gobernador de aquel Imperio, y que iba contra Don Diego con gente armada... pareciéndole que no era razón que él faltase del servicio de su Majestad y de la compañía de todos aquellos cavalleros... escribió al governador, dándole cuenta de su viaje y ofreciéndole su persona y su gente para servirle como uno de sus soldados.

"El governador le respondió admitiendo su voluntad y buen ánimo en el servicio de Su Majestad, para remunerárselo en su nombre, y agradeciendo muy mucho de su parte el socorro que con su persona y con gente tan calificada en los trabajos de la milicia le ofrecía. Pero que de su parte le rogava, y en nombre de Su Majestad le mandava, se estuviese en Quito y descansase de los trabajos passados; que a su tiempo le avisaría que fuese a servir a Su Majestad" (INCA GARCILASO, op. cit., T. III, pág. 286). Igual afirmación en ZÁRATE, op. cit., L. IV, Cap. XV, pág. 503; GÓMARA, *Hist. Gral.*, CXLVIII, pág. CIEZA DE LEÓN, *Guerra de Quito*, cap. IV, pág. 5, etc.

<sup>54</sup> "Haviendo desembaraçado el licenciado Vaca de Castro de soldados y gente nueva toda la tierra que llaman Perú, ... quedó libre de las importunidades y pesadumbres que le davan, y governó en toda paz y quietud, con mucho aplauso de todos... Llamó a Gonçalo Piçarro, que todavía se estava en Quito, y, haviéndole rendido de su parte las gracias de sus conquistas y trabajos passados, y de parte de Su Majestad ofreciéndole a su tiempo el galardón que merecían, lo embió a su casa y a sus indios, que eran en los Charcas, diziéndole que se fuesse a descansar y mirar por su salud y por su hazienda". (INCA GARCILASO, op. cit., T. III, pág. 300.) Lo mismo en ZÁRATE, op. cit., L. IV, Cap. XXII, pág. 507; GÓMARA, op. cit., CL, pág. 93; etc.

<sup>55</sup> Crió el cielo en España  
al señor don Gonzalo,  
para acciones al crédito imposibles;  
y mostró en esta hazaña  
que para él los peligros son regla,  
más deseados, cuanto más horribles.

.....  
Vuesa Merced consuela a su sobrina,  
(a don Gonzalo)  
hija del gran Marqués, pues le sucede  
en esta obligación y sólo puede  
restaurar su presencia la ruina  
que con su muerte llora.  
Tendrá doña Francisca (mi señora),  
pues a su amor la fío,  
juntamente en su amparo, padre y tío.

(Jorn. II, Esc. III, pág. 564 a).

ni le habló de la cédula por dos vidas, ni Gonzalo le prometió nada, ni se retiró voluntariamente, por el contrario, si se fué a Las Charcas ello se debió a una recomendación del comisionado, una de esas sugerencias a las que no se puede sino responder afirmativamente. Tirso, no obstante, ha querido mantenerse dentro de los límites de lo verosímil y, por ello, Gonzalo —por boca de Tirso— asegura Vaca de Castro que, a pesar de tener pleno derecho al gobierno del Perú en mérito de la cédula por dos vidas que dejara su hermano,

suspenderé mi acción, porque confío  
de la imperial palabra y celo justo;  
que, si el César en guerras divertido,  
dió lugar al olvido,  
para nombrar a otros, como augusto,  
como rey y señor de sus acciones,  
revocará al Virrey sus provisiones.  
Entretanto a las Charcas retirado,  
treguas daré al cuidado,  
ocios al pensamiento  
y en las minas de mi repartimiento,  
donde sus indios me han encomendado,  
descansaré seguro.

(Jorn. II, Esc. III, pág. 564 b).

Claro está que el mercedario, fiel al objetivo señalado —la rehabilitación de los Pizarros— hace decir luego a Gonzalo las palabras de advertencia que ya citamos (pág.     ). Así la actitud de Gonzalo más tarde aparecerá como lógica reacción ante las injustas acciones del Virrey para con él.

Otro punto que debe aclararse en la entrevista de Vaca y Gonzalo, es el de la presencia de Francisco de Carvajal. Éste había formado parte del ejército de Vaca de Castro que peleó contra Diego de Almagro y lo derrotó. Entreviendo las dificultades que se avecinaban, trata de marcharse a España, sin conseguirlo. Permanece entonces en el Cuzco de donde camina a Arequipa con intenciones



de tomar algún navío (66), pero siéndole imposible se une al ejército de Gonzalo. De manera que el error es doble: primero, porque Francisco de Carvajal no acompañó a Pizarro en su expedición de la Canela y segundo, porque no pudo nunca estar en la entrevista de Gonzalo y el real comisionado como compañero de Gonzalo, ya que por esa época todavía no formaba parte de los hombres de éste. Claro está que si Tirso ha deformado de este modo la realidad tiene para ello su motivo. En todas las acciones posteriores de Gonzalo, es decir, en su lucha contra el Virrey Blasco Núñez una vez que fué nombrado Procurador General, Carvajal es su hombre de confianza, al que encargará las misiones más delicadas. Su pericia militar, unida a su desinterés y fidelidad, debieron constituir una garantía para Gonzalo, que quizá se hallaba de cierta manera bajo el influjo de la personalidad de ese "demonio de los Andes", como se lo calificó. Por eso al mercedario le convenía presentarlo al lado de Gonzalo desde el principio: por una parte era el hombre adicto sin reservas, tal como la historia lo muestra y, por otra, proporcionaba al dramaturgo un carácter que, bien dibujado y utilizado, era de gran efecto teatral. Tirso logró su propósito: la figura de Carvajal está bien construída: es el militar nato, inteligente, valiente, duro de corazón aunque sin llegar a sanguinario, con una verbosidad abundante y llena de chispa. Un hombre de resoluciones rápidas y que pelea porque lo necesita, como elemento indispensable de su vida.

<sup>66</sup> "En este tiempo Francisco de Carvajal, vecino del Cuzco vino a la Ciudad de los Reyes con propósito de irse a España con doce o trece mil castellanos que había habido de sus indios y hacienda, y entendiendo estas disensiones y revueltas, [las causadas por la llegada del Virrey] consideró lo que de ello podría suceder, y así procuró cuanto pudo acelerar su partida; y como en la Ciudad de los Reyes no halló aparejo para hacer su viaje, partióse luego de Lima y fuese por la costa de mar la vía de Arequipa... y como en la Nasca, ni en Hácari, ni en Quilca no le pudo hallar [al navío] mostró tener por ello mucho pesar y congoja... Finalmente, como no halló remedio para irse... fuése a la ciudad de Arequipa, donde estuvo hasta que después Gonzalo Pizarro salió del Cuzco al asiento de Jaquijaguana" (D. FERNÁNDEZ, *Historia*, T. I, pág. 62). Véase asimismo CIEZA DE LEÓN, *Guerra de Quito*, Cap. III, págs. 3-4.

En varias ocasiones Tirso ha destacado esas cualidades del famoso maestro de campo

*El que ves que sale aquí  
de ejército apercebido,  
es aquel Caravajal  
a cuyo esfuerzo y valor  
desde el postrer Dictador  
no le tuvo el mundo igual.*

(Jorn. III, Esc. V, pág. 572 b).

Contra él, [Blasco Núñez] pues, Caravajal desde Lima apercebido a deshacerle ha venido, y de éste (por ser leal valiente y sabio) se fia don Gonzalo.

(Jorn. III, Esc. V, pág. 572 b).

Quiero yo [Martesia] a Carvajal algo más de lo posible, por lo soldado invencible, por lo entretenido sal; pero, es de modo arrojado que si da en aborrecerme, ni hechizos han de valerme ni todo cuanto he estudiado.

(Jorn. III, Esc. V, pág. 573 a).

Famoso Caravajal  
(que si asombros por valiente  
deleitas por sazonado,  
en fe que todo lo vences).

(Jorn. III, Esc. VII, pág. 574 a).

Al comienzo de la comedia, en el país de las Amazonas, Martesia —enamorada de Carvajal— es la encargada de referir al auditorio cuáles son los blasones de este personaje. Y lo hace con estos términos

Caravajal, tu patria te intitula  
 tu valor, pues me hechiza, no te asombre  
 si vieres que mi amor por él te adula.  
 Sé las hazañas grandes  
 que en Navarra, Milán, Sajonia y Flandes  
 sirviendo al Quinto Carlos te eternizan;

.....

Las paces sé de Europa,  
 y por ser tu profesión la guerra  
 el mar del norte favorable en popa,  
 nuevos orbes te ofrece, nueva tierra,  
 y los tales del Sur atropellando,  
 fama, más que metales, vas buscando.

(Jorn. I, Esc. III, pág. 553 a).

en lo que no hay gran diferencia con la realidad. Es de notar el último verso, que destaca una característica importantísima de la personalidad de Francisco de Carvajal. Nos parece indudable que Tirso al componer este personaje tuvo muy cerca la *Historia* del Inca Garcilaso, en donde la figura del maestre de campo es mirada con simpatía e indulgencia. No ocurre lo mismo ni en Gómara, ni en Fernández, ni en Zárate. El Inca se expresa así, haciendo suyas palabras de Agustín de Zárate: "Era hombre de mediana estatura, muy grueso y colorado, diestro en las cosas de la guerra, con el gran uso que de ella tenía. Fué mayor çufridor de trabajo que requería su edad, porque a maravilla no se quitava las armas de día y de noche, y, cuando era necesario, tampoco se acostava ni dormía más de cuanto, recostado en una silla, se le cansava la mano en que arrimava la caveça. . ." (*Hist. Gral.*, t. IV, pág. 269). Agrega el Inca que, a pesar de que varios comentaristas condenan a Carvajal llamándolo cruel "...No fué tan malo como ellos dizen, porque, como buen soldado, presumía de hombre de su palabra, y era muy agradecido de cualquiera beneficio, dádiva o regalo que le hiziessen, por pequeño que fuesse" (op. cit., pág. 169). Como decíamos, pues, es posible que Tirso haya forjado su Carvajal a partir de éste de Garcilaso; lo demás lo hizo su imaginación.

Pasemos ahora a analizar ese relato de Carvajal acerca de la expedición al país de la Canela. Transcribiremos para ello algunos pasajes

Deseoso de ensanchar  
la cesárea monarquía  
de España, el Marqués Pizarro  
renunció (asistiendo en Lima)  
en don Gonzalo el Gobierno  
de Quito, cuyas provincias  
eran el límite entonces  
de las cristianas conquistas.  
Dióle quinientos soldados  
de la gente más lucida,  
que alistó, para estos orbes,  
el valor y la codicia.  
Con ellos, pues, y su esfuerzo  
hacia el Oriente encamina  
cuatro mil indios armados  
y alegres con la noticia  
de que pasadas las sierras,  
a las márgenes y orillas  
del monarca de las aguas,

.....  
.....  
Digo, pues, que codiciosos  
con la fama recibida  
de los árboles canelas  
que aquellos peñascos crían,  
marchamos al son del parche  
hasta una tierra que el Inga  
Vaynacap rindió a su imperio,  
pienso que se nombra Quinja.

(Jorn. II, Esc. III, pág. 560 b)-

Hasta aquí es perfectamente verdadero lo que Tirso cuenta. Comparemos con el Inca: "Tuvo nueva [el Marqués] que fuera

de los términos de Quito, y fuera de lo que Reyes Incas señorearon, había una tierra muy larga y ancha, donde se criava canela, por lo cual llamaron la Canela. Parecióle embiar a la conquista della a su hermano Gonçalo Piçarro, para que tuviesse otra tanta tierra que gobernar como él. Y habiéndolo consultado con los de su secreto, renunció la gobernación de Quito en el dicho su hermano, para que los de aquella ciudad le socorriessen en lo que huviesse menester, porque de allí había de hazer su entrada, por estar la Canela al levante de Quito”.

“Hizo [Gonzalo] en el Cozco más de dozientos soldados, los ciento de a cavallo y los demás infantes; gastó con ellos más de sesenta mil ducados . . .” (op. cit., t. III, págs. 243-244). Como vemos, lo que no es tan exacto es el número de los hombres de Pizarro. Este salió del Cuzco con más de doseientos soldados y en Quito reunió cien más. El Inca dice “por todos fueron trescientos y cuarenta . . .” (57). Los indios, sí, fueron en número de cuatro mil.

Parte Gonzalo hacia fines de diciembre de 1539 y la primera etapa de su viaje termina en Quixos exactamente como lo dice Tirso. Sólo que éste equivocó la grafía del nombre (58). En esas tierras comienzan sus sufrimientos: primero, la lucha contra los indios a quienes matan o que se escapan donde no pueden hallarlos y luego un temblor que en la comedia está descrito con estos términos

. . . aquella noche misma,  
 conjurándose los cielos  
 elementos amotinan;  
 porque la tierra temblando,  
 de los rayos que granizan  
 al son de tambores truenos,  
 tenebrosas culebrinas,  
 hasta su centro abre bocas  
 que bostezan o respiran

57 Claro está que más tarde se le reunió Francisco de Orellana con un centenar de hombres, lo que casi daría los quinientos de que habla Tirso.

58 Quizá el error no fué de Tirso sino de sus editores.

diluvios de azufre en llamas,  
entre alquitrán y resina.  
Como quien se sorbe un huevo  
quinientas casas pajizas  
se merendó, cual si fuera  
tiburón y ellas sardinas.

(Jorn. II, Esc. III, pág. 561 a).

A esto siguió "el hambre ejecutiva" y para escapar a tanto mal

el mar del Sur a un lado  
y al otro sierras prolijas . . .

(Jorn. II, Esc. III, pág. 561 a).

no tuvieron otra salida que la de escalar los Andes

trepamos, gatos montesés  
volatines por las picas,  
hincando, tal vez, las dagas  
por troncos y redendijas,  
y tal echando a los ramos  
las cuerdas y las pretinas  
para guindarnos por ellos; . . .

(Jorn. II, Esc. III, pág. 561 b).

Al calor de las tierras bajas sigue el frío intenso de las cumbres y

hallamos nieve tanta  
que de las escuadras indias  
cantimploras de la muerte  
dejamos ciento, en cecina.

(Jorn. II, Esc. III, pág. 561 b).

Desde lo alto "tienden la vista" por la región que observan fértil y poblada. Ya abajo

Dimos en un valle, al cabo  
que el Marañón fertiliza,  
de yucas y de maizales,  
cuyas gentes se apellidan

zumacos, donde un volcán  
sobre una sierra vomita  
cerros enteros de llamas,  
la vez que se encoleriza.

(Jorn. II, Esc. III, pág. 561 b).

Sin embargo, la suerte de los aventureros no mejora. Una lluvia pertinaz les echa encima .

diluvios inagotables  
que hasta el aliento nos bautiza

(Jorn. II, Esc. III, pág. 561 b).

Prosiguen su marcha

hasta que la apetecida  
canela en montes inmensos  
descubierta, nos alivia.  
Son unos árboles éstos  
que a los laureles imitan  
en las siempre verdes hojas,  
con ramas tan presumidas  
que se burlan de las flechas  
sin que se osen a sus cimas;  
su corpulencia tan grande  
que no es posible la ciñan  
tres personas con los brazos; . . .  
raíces, hojas, cortezas,  
flor y fruto, se asimilan  
en el sabor y substancia  
a la canela que cría  
el Oriente, y por Europa  
Portugal nos comunica.  
Hay selvas y bosques de ellas;  
mas la que se beneficia  
y con cuidado se labra  
(según los indios afirman)

es mucho más excelente.  
 En fin, los que la cultivan  
 fundan su caudal en ella;  
 porque acuden las vecinas  
 naciones a su comercio,  
 y les dan por adquirirla  
 maíz, algodón, venados,  
 y mantas con que se vistan.  
 Crecen de modo estas plantas  
 que llevándose a Castilla  
 un árbol solo pudiera  
 sazonar cuantas cocinas  
 tiene la gula en España,  
 y estarále agradecida  
 a don Gonzalo Pizarro  
 que descubrió su conquista.

(Jorn. II, Esc. III, pág. 561 b y sig.).

Pero el fin de la empresa todavía no había llegado. Necesitaban seguir adelante en busca de tierras ricas, puesto que aquellos árboles jamás podrían convertirse en oro, ya que la recolección del fruto y su transporte desde tales regiones era imposible (<sup>59</sup>). El hambre los enloquece nuevamente. Caminan ahora por la orilla del Marañón, hasta que llegan a un salto de agua del que Tirso dice "que no hay veinte pasos / de la una a la otra orilla" y cuya altura es de "doscientos estados", haciendo un estrépito tan grande la caída que puede oírse a "veinte millas" de distancia. Hemos destacado las cifras a propósito, ya que deseamos hacer notar que son casi idénti-

<sup>59</sup> Tirso dice:

Pero atrévase a buscarla  
 como él, [Gonzalo Pizarro] quien le tiene envidia  
 y sabrá (sudando sangre)  
 a cómo sale la libra.

(Jorn. II, Esc. III, pág. 562 a).

Es de notar que toda esta odisea se encuentra relatada en Pizarro y Orellana con iguales términos que en Tirso.



cas a las del Inca (60). Relata después Tirso la construcción del puente para pasar el río

Determinamos pasarle  
 por las angosturas dichas,  
 juntando a entrambas riberas  
 una puente levadiza;  
 y haciendo cortar maderos, . . .  
 nos dió la industria tal prisa,  
 que armándola aquella noche,  
 y de bejucos y pitas, . . .  
 Torciendo sogas rollizas  
 la atamos el día siguiente,  
 y a fuerza de ingenio y grita  
 a la otra banda la echamos  
 causando a los indios grima

(Jorn. II, Esc. III, pág. 562 b).

Siguiendo siempre adelante, la tierra se muestra igualmente húmeda, calurosa, improductiva; por lo tanto

Resolvióse Don Gonzalo  
 a una cosa, sólo digna  
 de los caprichos Pizarros;  
 porque temoso fabrica  
 un bergantín que asegure  
 los enfermos que peligran,  
 llevándolos agua abajo  
 con el fardaje y comida.

(Jorn. II, Esc. III, pág. 562 b y sig.).

<sup>60</sup> "Al cabo de este largo camino, hallaron que el río hacia un salto de una peña de más de *doxientas braças* de alto, que hazía tan gran ruido que lo oyeran más de *seis leguas* antes que llegasen a él. . . La canal es tan estrecha que de la una ribera a la otra no hay más de *veinte pies*; . . ." (INCA GARCILASO, op. cit., t. III, pág. 246). El pasaje es idéntico en ZÁRATE, op. cit., L. IV, Cap. III, pág. 494 y también en PIZARRO Y ORELLANA.

Cuando Tirso describe la construcción del bergantín es nuevamente evidente el influjo de la *Historia de Garcilaso* <sup>(61)</sup>: son idénticos los conceptos y sólo difieren en el lenguaje y en el orden en que se enuncian.

En el episodio en que se refiere la «traición» de Orellana, concebida en estos términos

A Francisco de Orellana,  
por ser persona de estima,  
de su sangre y de su tierra,

<sup>61</sup> El Señor Aurelio Miró Quesada sostiene que el episodio de la construcción del bergantín está sacado casi a la letra de la *Historia* de Zárate. Para probar su aserto, confronta ambas obras. Dice así el Sr. Miró: "... y en hacer este bergantín —escribe Zárate— pasaron muy gran trabajo porque hubieron de cimentar fraguas para el herraje, en lo cual se aprovecharon de las herraduras de los caballos muertos, porque ya no había otro hierro, y hicieron hornos para el carbón (Libro IV, Cap. III).

Pues bien Tirso refiere en la jornada segunda:

Cimentó dos fraguas y hornos  
árboles quema y derriba  
con que carbón amontona,  
y que le den solicita  
las armas de los que han muerto,  
cascos, arneses, cuchillas,  
herraje de los caballos...

Y en lugar de brea —expresa Zárate— se aprovecharon de una goma que allí destilan los árboles; y Tirso confirma:

y la goma que destilan  
los árboles de la selva  
suplió la brea y resina.

Y por estopa —continúa Zárate— usaron de las mantas viejas de los indios y de las camisas de los españoles, que estaban podridas de las muchas aguas.

Y Tirso cuenta:

Para que no falte nada  
mantas de algodón deshilan  
que el casco calafatean,  
y de las rotas camisas  
velas remendadas hacen..."

*Cervantes, Tirso y el Perú*. Lima, 1947, pág. 174).

MIRÓ QUESADA,

Hemos copiado 'in extenso' la demostración del señor Miró pues deseamos hacerle un agregado. Aceptamos lo que él afirma, mas con una reserva: Tirso no tuvo necesidad de hacer una "lectura directa" de Zárate, sino que para este episodio —como para todos los de su comedia— le bastó acer-

su gobierno le confía  
 y con cincuenta españoles  
 lo manda, que a toda prisa  
 por el Marañón abajo  
 descubrimientos prosiga,  
 y que a las ochenta leguas  
 aguarde porque le avisan  
 que allí con el Marañón  
 dos ríos pierden la vida.

carse a la *Historia* del Inca Garcilaso. Vamos demostrando, y lo seguiremos haciendo, que ésta fué la 'obra de cabecera' del mercedario en lo que hace a la información histórica. Junto a ella la de Pizarro y Orellana. Si hay reminiscencias de otros comentaristas —casi siempre Zárate—, creemos que es a través de Garcilaso. El hecho mismo de que sea con Zárate el parecido y no con Gómara, por ejemplo, nos afirma en nuestra creencia, puesto que el Inca ha copiado en numerosas ocasiones a Zárate y en otras, lo ha imitado claramente. Esto es lo que ocurre con el episodio del bergantín. Transcribimos a continuación el fragmento de Garcilaso para que se vea cómo éste calcó a Zárate y, al mismo tiempo, se patentizará que los versos tirsianos pudieran tener presente estas líneas y no únicamente las de Zárate: "Asentaron fragua, para hazer la clavazón, hizieron carbón con mucho trabajo... Hizieron parte de la clavazón de las herraduras de los cavallos que, para dar de comer alguna cosa de sustancia a los enfermos, havían muerto... Otra parte de la clavazón hicieron del hierro que llevavan, que lo tenían en más que el oro... De brea para el vergantín sirvió mucha resina de árboles que cogieron... La estopa fueron mantas y camisas viejas (y lo más cierto las podridas) con que cada uno acudía, a porfía de los demás... (*Hist. Gral.*, t. III, págs. 247-248).

Agregamos aún un trocillo que escapó al Sr. Miró Quesada:

Don Gonzalo era el primero;  
 que porque todos le sigan,  
 ya en el taller, ya en la fragua  
 trabaja, sopla, martilla,  
 compasa, mide, dispone,  
 desbasta, acierra, acepilla;  
 porque en tales ocurrencias  
 más noble es quien más se tizna.

(*Tril.*, Jorn. II, Esc. III, pág. 563 a).

"Gonzalo Pizarro, como tan gran soldado, era el primero en cortar la madera, en forjar el hierro, hazer el carbón y en cualquiera otro oficio, por muy baxo que fuesse, para dar exemplo a todos los demás, para que nadie se excusarse de hazer lo mismo" (INCA GARCILASO, op. cit., t. III, pág. 248).

Y Zárate: "Y en todos estos trabajos hacfa Gonzalo Pizarro que trabajasen desde el mayor hasta el menor, y él por su persona era el primero que echaba mano de la hacha y del martillo..." (op. cit., pág. 494). Aquí es evidente la mayor semejanza entre Tirso y Garcilaso.

Partióse el falso pariente;  
 y en perdiéndonos de vista,  
 con el bajel se levanta,  
 la gente toda amotina,  
 y al Padre Caravajal,  
 de la sagrada familia  
 del mejor Guzmán de España,  
 (porque de su tiranía  
 los excesos reprehende)  
 echa en tierra, y fué harta dicha  
 que no pereciese de hambre,  
 pues no comió en cuatro días.  
 Llegamos al cabo de ocho  
 por tierra. a la referida  
 región, y encontrando al fraile  
 nos cuenta la fuga, indigna  
 de tal hombre y tal nobleza,  
 con que en efecto nos pilla  
 más de cien mil pesos de oro  
 que nos dieron las conquistas,  
 en carnes y sin hacienda.

(Jorn. II, Esc. III, pág. 563 a).

Tirso se ha demostrado fiel seguidor de las ideas sustentadas por los Pizarros. Ya dijimos que la traición de Orellana no fué sino un infundio de los hombres de Pizarro (del que se hicieron eco los comentaristas) que, en la desesperada situación en que se encontraban abandonados, enfermos y hambrientos, no comprendieron las valederas razones de Orellana. Por lo demás, el haber presentado al Padre Carvajal como abandonado por Orellana, lo ha hecho Tirso siguiendo a Pizarro y Orellana (op. cit., págs. 352-353). Orellana, había dejado, en verdad, a uno de sus hombres en tierra <sup>(26)</sup>, pero la relación que el fraile escribió después (y que largamente hemos citado al principio de este análisis) demuestra que él había seguido en

<sup>26</sup> Lo dicen el INCA CARCILASO, T. III, pág. 249 y ZÁRATE, pág. 495. El Inca, particularmente, habla de una disputa entre Orellana y el fraile, agregando: "...y, si no lo fuera [religioso] se lo dexara allí desamparado...".

el bergantín hasta el final. Toda esta parte fué calcada de los *Varones Ilustres*. Es después de esto cuando Tirso habla del encuentro con las amazonas (<sup>63</sup>). No insistimos en este punto, por haberlo estudiado ya más arriba (pág.      ).

Termina Francisco de Carvajal su relato haciéndose eco de lo que cuenta la historia

Nos recibió [Quito] esqueletos;  
y aunque ropa nos envía,  
no quiso nuestro Pizarro  
que ninguno se las vista,  
sino que para trofeo  
del valor que le eterniza  
manda que entremos en carnes  
desde el cuello hasta la cinta.

(Jorn. II, Esc. III, pág. 563 b y sig.).

En suma: el relato de la expedición a la Canela demuestra que Tirso conocía perfectamente los hechos históricos, y que cuando le convenía (<sup>64</sup>) podía ceñirse a ellos, sin desmedro del interés dramático de la obra. La fuente inmediata creemos que fué la *Historia General* del Inca Garcilaso.

En la escena V de este mismo II acto, Tirso concierta el matrimonio de Gonzalo con su sobrina Francisca Pizarro, para que no quede sin sucesión la sangre Pizarra en el imperio levantado por el Marqués. Ninguno de los comentaristas de Indias habla de semejante matrimonio, y sólo Cúneo-Vidal dice: "En 1548 se habló de un posible matrimonio de Gonzalo Pizarro con su sobrina

<sup>63</sup> Pizarro y Orellana con respecto a las amazonas dice: "En las Amazonas (no las que descendían de Oritia, o Pentasilea, de quien habló Virgilio, sino otras, que por ser mujeres que peleaban, las llamaron así) hallaron después otras provincias de Indios mas humanos" (op. cit., pág. 352). Si en Tirso se lee una afirmación contraria a ésta de Pizarro y Orellana, es porque las amazonas como elemento tradicional en la literatura, no podían tener otro origen que el que siempre se les señaló. La dificultad era hacerlas llegar a América y Tirso la salvó —ya lo vimos— elegantemente.

<sup>64</sup> En lo que a la expedición de la Canela respecta, a Tirso le convenía atenerse a la verdad por cuanto la dureza de los trabajos que pasó en esa ocasión Gonzalo eran indiscutibles, y no hacían sino exaltarle a los ojos de todos.

Doña Francisca. De Madrid se consultó a tal respecto a La Gasca, y éste contestó que Gonzalo “nunca pensó en tal cosa” (op. cit., pág. 575). Por nuestra parte, no sabemos si pensar en una equivocación de Tirso o si hemos de buscar una razón para que él forzara así la realidad. No creemos que el motivo sea permitir que la amazona Menalipe —enamorada de Gonzalo y celosa ante la infidelidad de éste —prónosticara que ese casamiento no se realizaría, ya que quien habría de gozar el nombre de esposo de Francisca sería Hernando Pizarro.

Poco antes de finalizar el acto, Carvajal trae a Gonzalo noticias del arribo a Panamá de Blasco Núñez.

Notificó en Panamá  
Blasco Núñez (como digo)  
las severas ordenanzas.  
No habemos de tener indios;  
no ha de haber encomenderos.  
Yanaconas de servicio,  
ni por la imaginación;  
llevar para el beneficio  
de minas los naturales  
será criminal delito

.....  
Los españoles que dieron,  
a costa de más peligros  
que tiene ese mar arenas,  
que quiebran sus costas vidrios,  
cerros, al César, de plata  
con que enfrenar ha podido  
luteranos en Sajonia  
y en Milán franceses lirios,  
por medio del Presidente  
Vaca de Castro, han pedido  
al Virrey que, suspendiendo  
leyes de tanto perjuicio,  
permita suplicar de ellas

al César Rey, siempre invicto;

.....  
 Pero él sordo a nuestras quejas,  
 rebelde a nuestros gemidos,  
 quiere perderse y perdernos  
 por no humanarse y oírnos.

(Jorn. II, Esc. VIII, pág. 567 a).

No es exacto el pedido que luego le hace, de que tanto Gonzalo como su sobrina se trasladen a Lima para suplicar al Virrey acerca de las ordenanzas. Carvajal se marcha después de su mensaje y Gonzalo dice a Francisca

Sobrina, no han de poder  
 las persuaciones conmigo,  
 más que el valor que profeso,  
 más que la lealtad que estimo.  
 Mientras el Emperador  
 no derogare el dominio  
 que, en daño de mi derecho,  
 han negociado validos  
 para Blasco Núñez Vela,  
 a Las Charcas me retiro. . .

(Jorn. II, Esc. IX, pág. 567 b).

En verdad, Tirso muestra un Gonzalo fundamentalmente distinto del que conocemos a través de los comentaristas. No estaba Pizarro tan seguro de sus derechos como para quedarse mano sobre mano esperando que el Rey dictaminase. Y por cierto que no fué así como procedió.

Como ya dijimos, la tercera jornada se inicia con un soliloquio de Gonzalo en alabanza de la 'descansada vida' que goza en Las Charcas. Tranquilidad que no dura mucho tiempo pues los acontecimientos, precipitándose, lo arrastran. Carvajal y el capitán Almendras (65) —este último como embajador del Cuzco, Gua-

<sup>65</sup> Todos los personajes de la obra son históricamente verdaderos y militaron en el bando que Tirso les saigna, sólo que él no les da toda la importancia que muchos de ellos tuvieron, pues los dos únicos protagonistas de la comedia son Gonzalo y Carvajal.

manga, Arequipa y Chuquisaca—, vienen a solicitarle quiera aceptar el cargo de Procurador General de esas cuatro ciudades

haciendo instancia por ellas  
 en que el Virrey se desista  
 del cargo, que en vuestra ofensa  
 las posesiones usurpa,  
 hasta que España resuelva  
 dudas tan enmarañadas,  
 y vuestros amigos sepan  
 por qué delito os deroga  
 el Rey las mercedes hechas.

(Jorn. III, Esc. III, pág. 570 a).

Ellos consideran que Gonzalo tiene pleno derecho al gobierno del Perú en virtud de la ya tantas veces mencionada cédula por dos vidas que el Rey otorgó al Marqués.

Esto es lo que dice Tirso; veamos la historia. Coincide con ella nuestro comediógrafo al afirmar que fueron cuatro las ciudades que nombraron Procurador a Gonzalo: Guamanga, Arequipa, Chuquisaca y el Cuzco (<sup>66</sup>); pero donde empieza a escurrirse de la historia es en lo de la embajada. Los respectivos cabildos enviaron a Gonzalo cartas "suplicándole se llegase al Cuzco para mirar y tratar lo que... a todos convenía..." (<sup>67</sup>), dada la desastrosa situación que había creado la mala política del Virrey Blasco Núñez Vela y la aplicación despiadada de las ordenanzas.

<sup>66</sup> "Por lo cual les pareció a las cuatro ciudades, que son Huamanca, Arequepa, Chuquisaca y el Cozco, en las cuales aún no estava recebido el Visorrey, que eligiendo ellas un procurador general que hablase por todas quatro y por todo el reino, porque eligiéndolo el Cozco, que era cabeça de aquel Imperio, era visto elegirlo todo él, se remediaría el daño que temían" (INCA GARCILASO, op. cit., t. IV, pág. 28).

Pizarro y Orellana es más vago en sus afirmaciones: "Después de muchas persuaciones le hizieron aceptar el oficio de Procurador General, dándole orden, que le acompañassen los Cavalleros más principales del Cuzco y, los Procuradores generales de las demás ciudades, que con sus poderes se habían hallado en estos acuerdos..." (op. cit., pág. 368). Es de destacar que en Zárate (op. cit., L. V, Cap. IV, págs. 509-510) no se nombra más que el Cuzco —otra prueba en favor de nuestra hipótesis: Garcilaso como fuente de Tirso—.

<sup>67</sup> INCA GARCILASO, op. cit., t. IV, pág. 29.



Gonzalo, en efecto, no sin haberse resistido a enfrentar a su rey (68), marcha al Cuzco con algunos compañeros (no más de doce), viéndose allí rodeado de gran número de partidarios. Deciden, por fin, que Gonzalo "fuese elegido por la ciudad de Cozco, . . . y que desta manera fuesse con título de Procurador General a la Ciudad de los Reyes, a suplicar de las ordenanzas en la Audiencia Real" (69).

Vemos pues que la diferencia entre la comedia y la realidad histórica es bastante considerable. Como a la aguda inteligencia de Tirso no podía escaparle tal cosa, en la misma escena, por boca de Carvajal, aparecen varias pequeñas notas de 'atmósfera histórica'. Veámoslas.

68 "Él, [G. P.] por los provar o justificarse, les dixo que no se los mandassen, pues contradizeir las ordenanças, aunque por vía de suplicación, era contradizeir al Emperador que tan determinadamente executarlas mandava, y que mirassen bien cuán ligeramente se començaban las guerras, que tenían sus medios trabajosos y dudosos los fines; y que no quería complazellos en deservicio del Rey, ni aceptar cargo de procurador ni de capitán" (INCA GARCILASO, op. cit., t. IV, pág. 30). Y Tirso:

Capitanes valerosos:  
 puesto que de la aspereza  
 con que el Virrey ejecuta  
 leyes que la paz inquietan,  
 me quepa la mayor parte,  
 y agradecido os deba,  
 como a hermanos en las armas,  
 morir en vuestra defensa,  
 no han de alterar persuaciones  
 en mí, la justa obediencia  
 que debo al Rey, mi señor,  
 aunque por ello me pierda.  
 Despachados tengo a España  
 procuradores que advierten  
 al César de mi justicia;  
 e intentar, antes que vuelvan,  
 resistir sus ordenanzas,  
 será ocasionar las lenguas  
 de envidiosos y enemigos  
 que contra mí al rey alteran.

(Tril., Jorn. III, Esc. III, pág. 570 a.).

Pizarro y Orellana: "Y a mi permitidme, [dice G. P.] que viva en la quietud de mi casa; pues en una vida tan corta como la mía sabeis la diferencia de trabajos casi infinitos que la alargan, amenazado estoy de los Indios, . . . Y si soy por el servicio de Dios, y del Emperador mi Señor, ninguno escucharé" (op. cit., pág. 368).

69 GARCILASO, op. cit., t. IV, pág. 29.

Cien mil castellanos de oro  
 del fisco y la Real Hacienda  
 que embarcó Vaca de Castro  
 para servicio del César,  
 desperdió Blasco Núñez  
 (sin permisión de la Audiencia)  
 en armas, que contra ti  
 dice la fama que apresta.

(Jorn. III, Esc. III, pág. 571 a).

y la historia: "Estando en esos términos, vinieron nuevas ciertas al Visorrey de lo que en el Cuzco passava, lo cual le dió ocasión a que con gran diligencia hiziesse acrescentar su exército con el buen aparejo que halló de dineros, porque el licenciado Vaca de Castro había hecho embarcar hasta cien mil castellanos que había traído del Cozco para embiar a Su Majestad, los cuales sacó de la mar y en breve tiempo los gastó en la paga de la gente" (70).

De Lima mandó sacar,  
 con indigna inadvertencia  
 a tu inocente sobrina,  
 y a la vista del puerto presa  
 con guardas en una nave.  
 Los oidores menosprecia,  
 porque los riesgos le intiman  
 que tan ilustre doncella  
 y ocasionada hermosura  
 corre, dejándola expuesta  
 entre marineros libres  
 a la atrevida torpeza.

(Jorn. III, Esc. III, pág. 571 a).

y la historia: "que con cierta gente de a caballo llevasse a la mar los hijos del Marqués Don Francisco Piçarro, y los metiesse en un navío, y él se quedasse en guarda dellos y del Licenciado Vaca de Castro. . .".

"Lo cual causó muy gran alteración en el pueblo, y sintieron dello muy mal los oidores, especialmente el licenciado Çá-

<sup>70</sup> Ibidem, t. IV, pág. 36.

rató, que con gran instancia particularmente fué a suplicar al Visorrey que sacasse a Doña Francisca de la mar, por ser ya donzella crecida hermosa y rica, y que no era cosa decente traerla entre los marineros y soldados" (71).

La reacción de Gonzalo ante la noticia de la prisión de su sobrina ya la vimos antes. Es lo que lo determina a marchar al Cuzco. Carvajal dice a Gonzalo

Rebelde al César te llama [Blasco Núñez]  
y como tal te condena,  
a instancia de los de Almagro,  
a cortarte la cabeza.

(Jorn. III, Esc. III, pág. 571 a).

y la historia: "Dió mandamiento Blasco Núñez y pregonólo, para que pudiesen matar a Pizarro y a los otros que traía, y prometió al que los matasse sus repartimientos y haciendas, cosa que indignó mucho a los del Cuzco y que no agradó a todos los de Lima . . ." (72).

De igual modo, son también reales las noticias con que el capitán Hinojosa se presenta en la escena siguiente: Lo del mote sobre la pared de la venta en el Tambo, por lo cual el Virrey aprisiona y da orden de matar a Antonio del Solar, dueño del valle; el alboroto que la noticia produce en Lima y la obligación en que se vió Blasco Núñez de libertar al preso "temiendo no le oprima la plebe amotinada" (73); la Prisión de Vaca de Castro sin formarle proceso alguno (74); la muerte del Factor Illán Suárez de Carvajal (75); el levantamiento de la Real Audiencia contra el Virrey y el posterior encarcelamiento de éste, después de lo cual es enjuiciado y embarcado rumbo a España (76). Y por último, la gran noticia para Gonzalo

71 *Ibidem*, t. IV, pág. 52.

72 *Ibidem*, t. IV, pág. 51.

73 Véase INCA GARCILASO, *op. cit.*, t. IV, pág. 19 y págs. 24-25.

74 Véase INCA GARCILASO, *op. cit.*, t. IV, págs. 33-36.

75 Véase INCA GARCILASO, *op. cit.*, t. IV, págs. 47-50.

— Los Oidores, después Ciudad y Audiencia,  
 en virtud del derecho que te ampara,  
 gobernador te nombran en su ausencia:  
 prudente acción de tu justicia clara.

Gonzalo. — Si alientan los Oidores mi derecho.  
 ¿qué hay que esperar? Marchemos, pues, amigos  
 y de la fe y lealtad que está en mi pecho  
 con Dios y con el Rey seréis testigos.

(Jorn. III, Esc. IV, pág. 572 a).

y la historia: "... los oidores despacharon para que Gonçalo Piçarro fuesse goyernador de aquella prpvincia hasta tanto que Su Majestad otra cosa mandasse, dexando la superioridad de la Audiencia y haziendo pleitomenaje de la obedecer y de poner el cargo cada y cuando que por Su Majestad y por los oidores le fuesse mandado, ..." (77). Recibida la provisión de gobernador "... entró Gonçalo Piçarro en la ciudad, ordenando su campo en forma de guerra, ..." (78).

Tirso vuelve a mostrar aquí, como antes dijimos, un Gonzalo que en nada se aparta del derecho, de las leyes, cuando en verdad el nombramiento de gobernador no lo obtuvo sino por el temor que sus tropas (79), acampadas a vista de la Ciudad de los Re-

<sup>76</sup> Véase INCA GARCILASO, op. cit., t. IV, págs. 54-57.

<sup>77</sup> Ibidem, t. IV, pág. 61.

<sup>78</sup> Ibidem, t. IV, págs. 66-67. Y Pizarro y Orellana: "por haber los oidores desterrado al Virrey... los Procuradores, q assistían por las Villas y Ciudades a suplicar de las ordenanças, pidieron se diesse sobrecarta por el Audiencia de la Cédula que tenía el Marquesado Francisco Pizarro de goyernador de aquel Imperio por dos Vidas, insertando la Cédula con la Provisión Real, como se acostumbra. Y con el sello de la Magestad Imperial le dieron a Gonçalo Pizarro, la posesion de aquel Gobierno..." (op. cit., pág. 370).

<sup>79</sup> Veamos como justifica Pizarro y Orellana los hombres de armas que llevó Gonzalo a Lima: como le llegara noticia de que Manco y los suyos andaban de guerra por los lugares que iban del Cuzco a Lima "... le pareció a Gonçalo Pizarro, y á los que con él iban, que convenía llevar soldados para defenderse, en caso que los indios les acometiesen" (op. cit., pág. 368). Más adelante se hace eco de lo que muchos comentaristas dijeron: que Gonzalo se había hecho gobernador por la fuerza, y lo desmiente así: "Y el hazer escribir a los Historiadores, que con violencia se hizo nombrar por goyernador, bien se ve q solo fué tratar de hazer su descargo los Oidores en perjuicio del desvalido: porq el primer Autor, y el mejor (q fué Pedro de Cieça) no dize tal, sino q ellos le nombraron..." (op. cit., pág. 376).

yes, ejercieron sobre el pueblo y los oidores, como otros tantos pormenores que silenciamos por no ser nuestro propósito pasar revista a esos acontecimientos, sino tan sólo compararlos con lo que Tirso afirma.

De lo que sucedió después nos enteramos por la amazona Martesia quien relata, con toda verdad, los hechos

El Virrey que preso a España  
 surcaba ese golfo frío,  
 por su mal, con el navío  
 se alzó, (su pasión le engaña) <sup>(80)</sup>  
 y en Túmbez tomando puerto,  
 de Trujillo y San Miguel  
 juntó la gente, que fiel  
 (como no sabe de cierto  
 la acción que al gobierno tiene  
 tu amante, y que los oidores,  
 por atajar los rigores  
 con que Blasco Núñez viene,  
 gobernador le han nombrado)  
 como españoles de ley,  
 quieren seguir al Virrey,

<sup>80</sup> Pizarro y Orellana no deja sobre Gonzalo la responsabilidad de una guerra contra el representante del rey, sino que muestra a los oidores atemorizados por el ejército que formaba Blasco Núñez y "... (rezelosos, y con temor de que se les acercasse) *bolvieron a insistir a Gonçalo Pizarro, para que con efecto lo echasse del reino. No pudiendo resistir a estas demandas (aunque contra su voluntad)*..." (op. cit., pág. 371).

"Después de hecho a la vela el licenciado Alvarez con el Visorrey y sus hermanos, el mesmo día subió a su cámara y queriendo reconciliarse con el Visorrey de las cosas passadas... dende entonces le entregava el navío y le ponía en su libertad y se metía debaxo de su mano y querer..." (INCA GARLASO, op. cit., t. IV, pág. 60).

"Atrás diximos cómo el licenciado Alvarez puso en libertad al Visorrey Blasco Núñez Vela, y que luego se le juntó el otro navío, en que iba su hermano Vela Núñez, y assí fueron hasta el puerto de Túmpiz donde desembarcaron y asentaron plaça de Audiencia... Embió [el Virrey] capitanes para levantar gente a Puerto Viejo, a San Miguel, a Truxillo..." (Ibidem, t. IV, págs. 77-78).

"Porfiando Gonçalo Pizarro en los alcances que al Visorrey iba dando, le pareció apretarle más y más en aquel camino, hasta verlo acabado. Y por no seguirle con el impedimento de todo su exército, embió tras él a Francisco de Carvajal con cincuenta de a cavallo, escogidos, que le fuessen dando caça en la retaguardia" (Ibidem, t. IV, pág. 88).

y la obediencia le han dado.  
 Contra él, pues, Caravajal  
 desde Lima apercebido  
 a deshacerle ha venido,  
 y de éste (por ser leal,  
 valiente y sabio) se fía  
 Don Gonzalo.

(Jorn. III, Esc. V, pág. 572 b).

En la escena siguiente, Francisco de Carvajal anima a sus tropas para que apresuren la marcha a fin de dar pronto alcance al Virrey, puesto que

si se fortalece en Quito  
 y en el campo reforzado  
 nos espera descansado,  
 ¿no le parece delito,  
 digno de vituperar  
 perder esta coyuntura?  
 La presteza y la ventura  
 juntas se han de ejecutar  
 acabemos con el tema  
 en que su locura ha dado:  
 La Audiencia le ha desterrado  
 a España; si nuestra flema  
 la victoria nos dilata  
 esta empresa se destruye (<sup>81</sup>).

(Jorn. III, Esc. VI, pág. 573 a).

<sup>81</sup> Cuando Carvajal iba en seguimiento del Virrey, y exigía de sus soldados todas sus fuerzas para no 'perder la coyuntura', el capitán Almendras, que no compartía su temperamento, le dice:

—Al enemigo que huye

y le contesta Carvajal

—Diré la puente de plata.

valiéndose de un conocidísimo refrán. Pero lo curioso está en que en el Inca Garcilaso, figura idéntica expresión atribuída al mismo personaje, lo que consideramos una prueba más de lo que venimos afirmando —la *Historia de Garcilaso* fué la fuente inmediata de Tirsó—: "No quiso Carvajal pelear, por no aventurar su empresa, porque, como los mismos historiadores dicen, llevaba el Visorrey ciento cincuenta hombres, y él no más de cincuenta. Y por esto dixo entonces Carvajal: A los enemigos que huyen, hazelles la fuente de plata" (op. cit., t. IV, pág. 89).

y poco después al grito de  
 ¡Al arma, al arma españoles!  
 se anuncia como inminente la lucha ya que

De las acciones crueles  
 con que el Virrey Blasco Núñez  
 hace que todos le tiemblen,  
 tan temerosa le sigue  
 su casi forzada gente,  
 que de noche a Don Gonzalo  
 se acogen, de veinte en veinte.  
 Hizo dar garrote un día  
 (por sospechas sólo leves)  
 a los capitanes Serna  
 y Gaspar Gil, sin que temple  
 ruegos, sus severidades <sup>(82)</sup>.  
 Mató de la misma suerte  
 a don Rodrigo de Ocampo  
 con ser su lugarteniente;  
 con Ojeda hizo lo mismo;  
 Gómez Estacio, Balverde,  
 y Alvaro Carvajal,  
 todos caudillos valientes <sup>(83)</sup>.

<sup>82</sup> "El cual, [el Virrey] llegado que fué a la provincia y asiento de Calua, porque Jerónimo de la Serna y Gaspar Gil sus capitanes, se adelantaron de su compañía y vanderas, sospechando que ivan a quebrar un passo que estava en el camino por donde havían de passar, . . . y assimismo que havía tenido otras sospechas y aun avisos de que se querían reconciliar con Gonçalo Pizarro, y que le havían escrito, por tanto se determinó quitarles las vidas, y luego lo puso por obra, haziéndoles dar garrote y degollarlos . . ." (INCA GARCILASO, op. cit., t. IV, pág. 90).

<sup>83</sup> "Y caminando ya desde allí con menos trabajo y temor, llegó al asiento de Tomebamba, donde mandó hazer lo mesmo [que había hecho con Serna y Gil] de Rodrigo de Ocampo, su maese de campo (a quien hasta allí havía tenido por su grande e íntimo amigo), porque dél havía tenido la mesma sospecha y aviso que de los dos muertos capitanes . . . Y porque antes de llegar a Quito tuvo noticia y sospecha que Francisco de Olmos y los que con él havían venido de Puerto Viejo havían sembrado palabras de mala intención en deservicio del Rey, luego que fué llegado a la ciudad procuró inquirir y saber la verdad . . . de que resultó que, consultado con el licenciado Alvarez, de muchos de ellos se hizo justicia, a unos cortando las cabeças y otros ahorcando, con título y renombre de traidores, siendo de los muertos Alvaro de Carvajal, el capitán Hojeda y Gómez Estacio . . ." (Ibidem).

Llegó Gonzalo Pizarro,  
 (que nunca-ocasiones pierde)  
 por atajos del camino,  
 mientras descuidado duerme,  
 y asáltóle valeroso; . . .

(Jorn. III, Esc. VIII, pág. 575 a).

Simplificando grandemente los hechos, en la escena X, Tirso da la batalla de Quito como pasada y al Virrey por muerto. Sabido es (como lo dice un soldado en la comedia) que Blasco Núñez se puso un vestido de indio <sup>(84)</sup> para no ser reconocido y debido a ello fué muerto en la batalla. El mercedario, pues, ateniéndose a este hecho con que Gonzalo Pizarro no había contado, muestra a éste sumamente acongójado y le hace decir entre otras cosas

Estimo yo la nobleza.  
 Si fuera menos severo,  
 valor el Virrey tenía  
 digno de veneración;  
 agué su resolución  
 toda la fortuna mía.  
 Enlutaréme por él; <sup>(85)</sup>  
 sepúltele la piedad  
 conforme su calidad.

(Jorn. III, Esc. X, pág. 575 b).

Cuando nuevamente Carvajal aparece en escena dando sus parabienes a Gonzalo por la victoria, no deja sin embargo de advertirle

<sup>84</sup> "Si Hernando de Torres conociera al Visorrey por el Hábito de Santiago que llevara descubierto en los pechos, es cierto que no le hiriera para matarle, sino que procurara prenderle, apellidando y pidiendo favor y ayuda a los suyos; pero como lo tuvo por un hombre particular, y aun pobre, por el hábito de indio que llevara, hizo lo que hizo, y causó su muerte" (INCA GARCILASO, op. cit., t. IV, pág. 115).

<sup>85</sup> "Gonzalo Pizarro se puso una loba de luto, y los principales de su campo hizieron lo mesmo. . ." (INCA GARCILASO, op. cit., t. IV, pág. 117).



pero mira  
 que aunque a tu contrario has muerto,  
 un clérigo toma puerto  
 y que el peligro no espira.

(Jorn. III, Esc. XI, pág. 575 b).

Le avisa, pues, la llegada a Tierra Firme del Presidente La Gasca, quien viene al Perú para despojar a Gonzalo Pizarro. Por todo eso Carvajal, como fiel camarada, le aconseja

...que es lo mejor  
 que trueques a toda ley,  
 intitulándote Rey,  
 riesgos de Gobernador.  
 Constituye monarquía  
 de eterna felicidad;  
 llamémoste Majestad,  
 dejemos la Señoría.

.....  
 Escribe a la Nueva España  
 que por su Rey te obedezcan,  
 y harás lo mismo con ellos  
 que con nosotros procuras,

.....  
 pues viéndose el bien nacido,  
 como merece, premiado,  
 a sus hijos con Estado  
 y a su Rey agradecido,  
 y que honrando descendencias  
 que llegan a eternizarse,  
 sus nietos han de llamarse  
 Señorías y Excelencias,  
 por no perder esta acción  
 diez mil vidas perderán,  
 y firmes conservarán  
 tu corona y su opinión.  
 Pide, después, una nieta  
 de los Ingas que reinaron

Llegó Gonzalo Pizarro,  
 (que nunca ocasiones pierde)  
 por atajos del camino,  
 mientras descuidado duerme,  
 y asáltóle valeroso; . . .

(Jorn. III, Esc. VIII, pág. 575 a).

Simplificando grandemente los hechos, en la escena X, Tirso da la batalla de Quito como pasada y al Virrey por muerto. Sabido es (como lo dice un soldado en la comedia) que Blasco Núñez se puso un vestido de indio <sup>(84)</sup> para no ser reconocido y debido a ello fué muerto en la batalla. El mercedario, pues, ateniéndose a este hecho con que Gonzalo Pizarro no había contado, muestra a éste sumamente acongojado y le hace decir entre otras cosas

Estimo yo la nobleza.  
 Si fuera menos severo,  
 valor el Virrey tenía  
 digno de veneración;  
 agué su resolución  
 toda la fortuna mía.  
 Enlutaréme por él; <sup>(85)</sup>  
 sepúltele la piedad  
 conforme su calidad.

(Jorn. III, Esc. X, pág. 575 b).

Cuando nuevamente Carvajal aparece en escena dando sus parabienes a Gonzalo por la victoria, no deja sin embargo de advertirle

<sup>84</sup> "Si Hernando de Torres conociera al Visorrey por el Hábito de Santiago que llevara descubierto en los pechos, es cierto que no le hiriera para matarle, sino que procurara prenderle, apellidando y pidiendo favor y ayuda a los suyos; pero como lo tuvo por un hombre particular, y aun pobre, por el hábito de indio que llevara, hizo lo que hizo, y causó su muerte" (INCA GARCILASO, op. cit., t. IV, pág. 115).

<sup>85</sup> "Gonzalo Pizarro se puso una loba de luto, y los principales de su campo hizieron lo mesmo. . ." (INCA GARCILASO, op. cit., t. IV, pág. 117).

pero mira  
 que aunque a tu contrario has muerto,  
 un clérigo toma puerto  
 y que el peligro no espira.

(Jorn. III, Esc. XI, pág. 575 b).

Le avisa, pues, la llegada a Tierra Firme del Presidente La Gasca, quien viene al Perú para despojar a Gonzalo Pizarro. Por todo eso Carvajal, como fiel camarada, le aconseja

... que es lo mejor  
 que trueques a toda ley,  
 intitulándote Rey,  
 riesgos de Gobernador.  
 Constituye monarquía  
 de eterna felicidad;  
 llamémoste Majestad,  
 dejemos la Señoría.

.....  
 Escribe a la Nueva España  
 que por su Rey te obedezcan,  
 y harás lo mismo con ellos  
 que con nosotros procuras,

.....  
 pues viéndose el bien nacido,  
 como merece, premiado,  
 a sus hijos con Estado  
 y a su Rey agradecido,  
 y que honrando descendencias  
 que llegan a eternizarse,  
 sus nietos han de llamarse  
 Señorías y Excelencias,  
 por no perder esta acción  
 diez mil vidas perderán,  
 y firmes conservarán  
 tu corona y su opinión.  
 Pide, después, una nieta  
 de los Ingas que reinaron

(y a tus armas se postraron),  
 la más hermosa y discreta,  
 por esposa; y coronada  
 con ostentaciones reales  
 los Indios y naturales  
 si la ven entronizada,  
 en fe que la sangre adoran  
 de sus venerados reyes,  
 obedeciendo tus leyes  
 cuantos esos riscos moran . . .  
 te traerán con mano grata  
 los tesoros de oro y plata  
 que conservan escondidos.  
 Labra un fuerte en Portobelo,  
 pon presidio en Panamá,  
 y venga todo el poder  
 de España a desposeernos.  
 ¿Con qué armada ha de ofendernos  
 si no les dejamos ver  
 del Sur la menor arena?

(Jorn. III, Esc. XI, pág. 575 b y sig.).

pedido al que se unen todos los capitanes de Gonzalo y que subleva a éste. También esta vez Tirso ha dicho a medias la verdad. Carvajal escribió primero una carta a Pizarro proponiéndole que se coronase, pensamiento que otros varios partidarios apoyaban. Más tarde, cuando volvió a encontrarse con su jefe en Lima, Carvajal le expresó de viva voz este anhelo. Citaremos al Inca Garcilaso, quien detalladamente explica esto, pero lo haremos únicamente en aquellos puntos semejantes a los del discurso de Carvajal en Tirso, semejanza que habla bien a las claras de lo cerca que debió tener el mercenario la obra del peruano: “. . . Vuesa Señoría se alce y se llame Rey, y la gobernación y el mando que espera de mano ajena se lo tome de la suya, y ponga corona sobre su cabeza, y reparta lo que hay vaco en la tierra por sus amigos y valedores; y lo que el Rey les da temporal por dos vidas, se lo dé Vuessa Señoría en mayorazgo perpetuo, con título de duques, marqueses y condes, . . . que, por

sustentar y defender ellos sus estados, defenderán el de Vuessa Señoría. . . . Y para atraer a los indios a su servicio y devoción, para que mueran por Vuessa Señoría con el amor que a sus Reyes Incas tenían, tome Vuessa Señoría por mujer y esposa la infanta que entre ellos se hallare más propincua al árbol real, . . . y entonces tendrá seguridad de que los indios no le engañen ni sean espías dobles, como ahora lo son, sirviendo a un vando y al otro. Demás esto, terná Vuessa Señoría del Inca, no solamente todo el oro y plata que los indios sacaren en este Imperio, pues ello no lo tenían por riqueza ni tesoro, sino también todo el tesoro que tienen escondido (como es notorio) de los Reyes, sus antecesores. . . ." (86).

Donde Tirso difiere de Garcilaso es en la actitud de Gonzalo Pizarro: en la comedia Gonzalo —leal súbdito del monarca español, que es lo que se busca destacar— llama a Carvajal traidor, desconocido, desleal y quiere darle con la espada. En la historia, Gonzalo llamó desde entonces a su maestre de campo, padre (87).

Había que ordenar los acontecimientos de tal modo que Gonzalo apareciese como una víctima de aquellos mismos que lo arrancaron a la tranquila vida de Las Charcas y, de ahí que Tirso muestre a los partidarios de Gonzalo terriblemente airados porque éste no desea erigirse en Monarca del Nuevo Mundo.

<sup>86</sup> GARCILASO, op. cit., t. IV, pág. 133.

<sup>87</sup> Decimos que Tirso difiere de Garcilaso como también de su otra guía: los *Varones ilustres* de Pizarro y Orellana. Éste no muestra un Gonzalo airado por los consejos de Carvajal, sino todo lo contrario. En cierto momento dice de él, que era "hombre prudente, anciano, y de gran experiencia" (op. cit., pág. 379) y más adelante, para justificar la locura de Gonzalo al trabarse en lucha con el Presidente de La Gasca, agrega: "... ciego [G. P] y sin consejo de su Maesse de Campo, siguiendo el de sus capitanes moços se determinó a ir a Xaquixaguana. . ." (op. cit., pág. 381). Es decir, que perfila la figura de un Gonzalo casi subordinado a los consejos de Carvajal. Tirso ha dado idéntico relieve al Maestre de Campo, mas en el teatro era imposible mostrar un Gonzalo complacido por la idea de erigirse en Monarca del Perú, levantándose así contra su propio Rey. No podía hacerlo, pues de eso se lo acusaba —de traición— y lo que se buscaba era demostrar lo contrario. Por aquí se justifica, entonces, este giro que Tirso ha dado a la realidad. De otro modo la obra no hubiera tenido razón de ser.

¡O verte Rey, o dejarte!

tal es la disyuntiva en que Tirso resuelve el conflicto. Y aún más

¡Muera quien no supo ser  
Rey del Perú!

a lo que Gonzalo responde

Sepa mi Rey, sepa España  
que muero por no ofenderla,  
que pierdo (por no agraviarla)  
una corona ofrecida

tan fácil de conservarla,  
cuanto infame en poseerla.

Diga que pude, la fama,  
ser Monarca, y que no quise;  
que todos me desamparan  
por fiel, por leal, por noble:  
será feliz mi desgracia.

Diga, que violentamente  
ne sacaron de mi casa,  
de mi quietud, de mi mismo,  
los que en el riesgo me faltan,  
los que me dejan ahora. . .

Muera a manos de un verdugo  
quien tanta fe a su Rey guarda,  
que va a perder la cabeza,  
por no querer coronarla.

Mas no publique la envidia  
(que mentirá como falsa)  
que alcé contra el Rey banderas  
que toqué a su ofensa cajas.

Gobernador me nombró  
mi hermano el Marqués, sellada  
tengo esta merced, del César  
cuatro ciudades me llaman  
para procurador suyo;  
la Audiencia Real me despacha

confirmación del gobierno;  
no está, hasta aquí, derogada  
mi justicia por el Rey <sup>(88)</sup>.

(Jorn. III, Esc. XII, pág. 576 b).

Obsérvese como Tirso ha subrayado lo de que "alcé contra el Rey banderas...". El discurso todo patentiza bien el fin que Fr. Gabriel perseguía. Por lo demás, hay que pensar que Tirso ha callado la parte más difícil de defender: las acciones de Gonzalo desde el momento del desembarco de La Gasca hasta la batalla de Sacsahuana y, por fin, la misma muerte de Pizarro, hecho prisionero en la lucha y decapitado luego bajo la acusación de traidor. Él ha preferido hacer decir a Gonzalo esas desesperanzadas palabras, mostrar la deslealtad de los que lo rodeaban, anunciar la llegada del Presidente y crear una atmósfera de desgracia y de injusticia, sobre la que se cierne el desgraciado fin de Gonzalo.

Hay un problema que hemos dejado a un lado: el de la cédula por dos vidas a la que frecuentemente alude Gonzalo en el transcurso de la comedia y sobre la que basa su derecho al gobierno del Perú. Se cree que dicha cédula no existió, porque de ser así, Gonzalo hubiera podido estar absolutamente seguro de la validez de

<sup>88</sup> Gonzalo Pizarro había expresado en una carta a Lorenzo de Aldana "...en lo que toca al servicio de Su Majestad bien save V. M. que yo no he errado un punto, y querer un gobernador no recibir a otro cada día se hace en España, y es cosa de que Su Majestad no se ofende" (apud O. H. GREEN, op. cit., pág. 216). Es decir, que él actuaba conforme a su propio criterio, con entera buena fe, porque su lealtad hacia el rey no le permitía otra cosa. El Inca Garcilaso nos lo ha demostrado así en su L. IV, Cap. XLI, pág. 137, de donde es muy probable que Tirso tomara la mayor parte de los trazos que conforman la figura de su Gonzalo.

Iguales conceptos expresó Gonzalo en su carta al Presidente de La Gasca del 29 de enero de 1547 (FERNÁNDEZ, *Historia*, t. 2, págs. 333-338).

Y oigamos a Pizarro y Orellana: "...no fué quien tuvo la culpa Gonçalo Pizarro, aunque la pagó toda; pues murió por defender el común acuerdo de suplicar de las Ordenanças..." (op. cit., pág. 382), conceptos muy cercanos a los de Tirso, lo mismo que estos otros de la *Paralela Panegírica*: "no provó el Valeroso Gonçalo Pizarro la fortuna; antes menospreciando los alientos de bizarro, excogió la seguridad de Leal y Católico; ...no executó ninguna [acción] con ambición; antes con deseo del bien comun, menospreciando el propio, exponiédose, por lograr este, a los riesgos de su descredito, a juicio de ignorantes, que solo se gobiernan del primer sentido de las cosas..." (op. cit., pág. 398).

su derecho y con peticionar ante el Rey <sup>(80)</sup> todo habría sido más fácil. Otis H. Green opina también que fué una ficción “descartada por los historiadores” y que como Francisco de Carvajal la menciona en la carta que envió a Gonzalo <sup>(90)</sup> aconsejándole coronarse, es posible que de allí la tomara Pizarro y Orellana y, por ende, Tirso.

Los últimos cuatro versos de la obra merecen nuestra atención

*Lea historias el discreto  
que ellas su inocencia [la de Gonzalo] amparan  
y supla en esta tragedia,  
quien lo fuere nuestras faltas.*

Green se pregunta: “¿a qué historias se refiere Tirso?” <sup>(91)</sup>. Nuestra respuesta es semejante a la de él: en primer lugar, a la del Inca Garcilaso. El método seguido en el análisis de la pieza —comparar lo dicho por Tirso con lo del Inca— creemos que es suficiente prueba de la afirmación que repetidamente hacemos: la fuente del mercedario es, sin duda alguna, el Inca; y aún nos aventuramos a más: si hay trozos que parecen tomados de Zárate o de Diego Fernández, creemos que lo han sido a través del Inca (cualquiera que lo haya leído, recordará que gran parte de los *Comentarios* y las *Historias* contienen palabras textuales de estos dos autores y en menor medida, de Gómara); y en segundo término —como siempre— Pizarro y Orellana, quien a su vez muy posiblemente tuvo la mirada puesta sobre el Inca, por ser uno de los pocos comentaristas favorable a los Pizarros y que a la vez reunía la condición de ser bastante veraz. Por lo demás, releyendo a Pizarro y Orellana, dimos con una frase bastante similar a la de Tirso: “Gonçalo Pizarro... con fundamentos ciertos de *Historias* (legales en el crédito)... ha padecido injustamente...” (op. cit., pág. 395). No queremos

<sup>89</sup> Pizarro y Orellana dice: “...Gonçalo Pizarro dezía que á él por la cedula de su hermano el Marques le pertenecía el gobierno de aquel imperio, pues la Magestad Imperial se lo avia dado por dos vidas...” (op. cit., pág. 354).

<sup>90</sup> Esta carta figura en el Inca, op. cit., L. IV, Cap. XL, pág. 133.

<sup>91</sup> Op. cita., pág. 218.



afirmar nada, sino sólo sugerir que en su final, Tirso pudo haberse hecho eco —como otras veces— del sentir de la familia Pizarro.

LA LEALTAD  
CONTRA LA  
ENVIDIA

Llegamos así al tercer gran acto de la tragedia, la tercera comedia de la trilogía dedicada por entero a la figura de Hernando Pizarro, el que injustamente había sido recluído por más de veinte años en una cárcel; el hombre que con su valor y entereza había ganado el Cuzco otra vez para los Pizarros; la figura más discutida de la familia (<sup>92</sup>) y la que más odios se atrajo, hasta el punto de ser señalado como el causante de todas las disensiones entre Francisco Pizarro y Diego de Almagro (<sup>93</sup>). El trabajo de Tirso era difícil, pero las dos comedias anteriores habían probado sus recursos; una vez más saldría a la palestra a luchar por la heroica familia extremeña.

Como lo hemos hecho hasta aquí, pasemos revista, en primer lugar, a los hechos que constituyen la trama de la pieza.

1er. acto: La acción, en España. Allí ha llegado Hernando Pizarro y, en el momento en que se inicia la obra, hace gala de su valor en una lidia taurina. Uno de los espectadores interroga a otro acerca de la identidad de aquel caballero, verdadero “minotauro español” y la respuesta es ésta

<sup>92</sup> De todo el pueblo querido,  
de la fortuna amparado,  
de la plaza celebrado,  
de los cobardes temido...

(Jorn. I, Esc. XI, pág. 587 b).

Esta es la opinión de Tirso.

<sup>93</sup> “...porque él [H. P.] había sido principal causa de las discordias de los dos gobernadores, que si él no incitara al Marqués, su hermano, contra Almagro, nunca llegarán sus pasiones a lo que llegaron...” (GARCILASO, op. cit., t. III, pág. 234). Modernamente también se opina lo mismo: “Después de la conquista del inmenso reino de los Incas por Francisco Pizarro y Diego de Almagro, se repitió una vez más el triste espectáculo..., de surgir muy pronto, entre los antiguos compañeros... los celos y rencores, nacidos, en este caso, de la repartición muy desigual, de los frutos de la ruda lucha común y promovidos y fomentados por la astucia de Hernando Pizarro, el más inteligente, pero también el más mañoso y concienzudo de los hermanos Pizarro...” (ERNEST SCHAEFER, *El proceso de Hernando Pizarro*. Investigación y Progreso, 1931, V. 1, pág. 43).

El Marte Perulero.

El que ha dado a Carlos Quinto,  
un nuevo orbe, que dilata,  
y de mil leguas de plata  
le trae al César su quinto.

El más airoso soldado  
que Italia y que Flandes vió.

(Jorn. I, Esc. I, pág. 580 a).

Y después

—Extremadura le espera  
en estatuas venerar.

Este dicen que prendió  
al monarca Atabaliba,  
y de una suma excesiva  
de indios triunfante salió.

—Cuatro hermanos son, que igualo  
a los nueve héroes que dan  
renombre a la fama; Juan,  
Francisco, Hernando y Gonzalo;  
*pero el que ves sobre todos.*

(Jorn. I, Esc. I, pág. 580 a).

Más tarde, una conversación entre Hernando Pizarro y su amigo Alonso de Quintanilla da ocasión a Tirso para referirse a las acciones de Hernando en Europa y para comentar los sucesos del momento. La conversación es interrumpida por un incendio, en el que nuevamente Hernando puede demostrar su valentía, esta vez salvando a la hermana de Alonso Mercado de quien ha sido huésped durante ocho días. Isabel Mercado es la accidentada y esto aumenta la desazón de Hernando ya que se ha enamorado de ella aunque sin declararlo a nadie. Pasado el desagradable momento y recobrada la joven de su desmayo, Alonso Mercado agradece al héroe indiano y se marcha. Se acerca entonces a Hernando, Gonzalo de Vivero, joven pretendiente de Isabel que viene a preguntarle a cuál de las hermanas ama ya que

el amor que me abrasa,  
 me ha obligado a que recele  
 el riesgo que causar suele  
 un competidor, y en casa,  
 a esperanzas que de fuera,  
 marchitándolas en flor,  
 como es frecuencia el amor  
 distante se desespera.  
 Sólo un reparo procura  
 mi resolución honrada,  
 que es por medio de la espada,  
 probar con vos mi ventura...

(Jorn. I, Esc. IX, pág. 586 a).

Hernando, como hombre templado y caballero íntegro, no responde a ese desafío con la espada, sino con dos consejos: en ocasiones como la presente —dice— es necesario dominarse y ser “señor de sus acciones” para no estar vencido de antemano. El otro consejo: antes de sacar el acero se debe averiguar si hay suficientes razones para ello, porque si bien es verdad que él se inclina por una de las dos hermanas, ninguna de ellas le ha demostrado preferencia de que pueda alabarse y por lo cual Vivero pudiera certificar sus celos. Todavía le ofrece más Hernando para que el enamorado joven se tranquilice

os doy mi fe de buscar  
 color con que despejar  
 la casa (si agradecida  
 no profanada por mí)  
 o ausentándome mañana  
 a vuestra sospecha vana  
 satisfacer.

(Jorn. I, Esc. IX, pág. 586 b).

Todo esto con el gesto amplio del verdadero noble. Por eso, monologando, dirá Vivero

Este hombre juntó al valor  
la prudencia y el respeto:  
obligando en lo discreto  
da en lo valiente temor.

(Jorn. I, Esc. X, pág. 587 a).

Es decir, al que venía armado por los celos, lleno de rabia y de envidia contra el que consideraba un enemigo superior por muchos conceptos, a ése Tirso lo desarma con la calma y la reserva, con la discreción y bondad de que hace gala Hernando.

La escena siguiente muestra a las dos hermanas —Isabel y Francisca— en amable plática acerca de Hernando. Francisca declara a su hermana el amor que siente por él, e Isabel se muestra en desacuerdo por creer que en un hombre que tan pronto ha de marchar y tan lejos, no puede haber un sentimiento duradero. El diálogo es interrumpido por la llegada de Alonso Mercado con quien viene Pizarro a despedirse de las jóvenes, pues ha de partir al punto. Promete, sin embargo, volver al cabo de dos años y entonces una de las dos, como dice Mercado, ha de tener dichoso dueño.

Por la noche, el terrero del castillo de la Mota es escenario de una conversación entre Gonzalo Vivero y Hernando. El primero, por medio de un subterfugio, ha logrado enterarse de que Isabel es la amada de Hernando y, como no desea competir con él (así se lo dice) se da por vencido; le solicita, en cambio, poder acompañarlo al Perú. Los celos lo habían aconsejado mal, mas ha logrado comprender y valorar la grandeza de Pizarro y desea poder estar a su lado para compartir su gloria.

H. P.—Ya mi camarada os nombro.

G. V.—Con tal blasón seré asombro  
del nuevo mundo; esto es hecho . . .

(Jorn. I, Esc. XVIII, pág. 591 b).

El acto termina con la marcha de Hernando.

La segunda jornada nos lleva a América. Estamos frente al Cuzco sitiado por las fuerzas de los indígenas rebelados (94). Hernando, Gonzalo y Juan Pizarro son los adalides de los escasos soldados con que cuentan los españoles. Dice Hernando a sus tropas

Trescientos mil y más son los contrarios  
 menos somos nosotros de trescientos,  
 ya están, en ordinarios  
 asaltos semejantes, los alientos  
 de vuestro esfuerzo acostumbrado  
 a ejércitos vencer desbaratados.

(Jorn. II, Esc. I, pág. 592 b).

Juan Pizarro ha sido herido en la lucha  
 Un dardo arrojadizo en la cabeza  
 probar ha pretendido  
 si soy mortal. . .

(Jorn. II, Esc. III, pág. 592 b).

y a pesar de los consejos de sus hermanos

Fortaleza,  
 Don Juan, que no acompaña la cordura  
 no es fortaleza, llámase locura.  
 Retiráos porque os cure el cirujano.

(Jorn. II, Esc. III, pág. 593 a).

nada lo detiene

94 Un año ha que el gobierno  
 del Cuzco moderáis ¡Ojalá eterno  
 en vos se perpetuara! [se refiere a Hernando Pizarro]  
 Un año también ha, que el Indio ciego  
 ni en pérdida repara  
 ni sabe descansar, pues Troya al fuego  
 de su flechas, de noche, arrojadizas  
 ya la que fué ciudad, yace cenizas.

(Jorn. II, Esc. IV, pág. 593 b).

*El Inca rebelado*, de la sierra  
 que en los Andes el paso al viento cierra,  
*marcha con tres ejércitos, y en ellos*  
 cuando contar su multitud intenta  
*se pierde la aritmética en la cuenta.*

(Jorn. II, Esc. IV, pág. 593 b).

Juan.—¡oh, invicto Don Fernando!  
 ¡oh, Gonzalo, blasón de Extremadura!  
 mi espada, vuestros hechos envidiando,  
 os intenta imitar; mas; ¡qué locura  
 pretenderme igualar a los bizarros  
 alientos que hoy he visto en vuestro acero,  
 si de cuatro Pizarros  
 soy el menor hermano!

Fernando.— y el primero,  
 en el valor, de todos  
 laurel de España, triunfo de los Godos,

(Jorn. II, Esc. III, pág. 592 b).

Simultáneamente Gonzalo Vivero anuncia a Hernando que el Inca ha ocupado la fortaleza, instándolo a que desista de la lucha dada la superioridad numérica de los indígenas. Pizarro no acepta tal sugestión —“¿qué recelo el valor os descamina?”—; su razonamiento es éste

El Marqués don Francisco, que está en Lima,  
 me fió esta ciudad y está a mi cargo;  
 si después del peligro y sitio largo  
 que un año hemos sufrido,  
 el Inca ve, que de temor infame,  
 a Lima hemos huído,  
 ¿qué maravilla que después derrame  
 arrogancias, y haciéndose insolentes  
 los indios, se prevengan,  
 y el ánimo español en poco tengan,  
 con que añadiendo al daño inconvenientes  
 y haciéndose la empresa más terrible  
 restaurarla después nos sea imposible?

(Jorn. II, Esc. IV, pág. 593 b).

A los gritos de “¡Santiago! ¡Al asalto! ¡España cierra!” imaginamos que el combate arrecia. Y que es así y que los españoles resisten sin abatirse el empuje de los peruanos, lo sabemos por las exclamaciones del Inca que entrevé en cada español “muchos Mar-

tes” y que se halla presto a dudar de su “inclito padre el Sol” creyendo que contra él los españoles son “muchos soles /que eclipsan su claridad”. Además es evidente que la causa española tiene ayuda celestial pues, cuando poco después el Inca ordena incendiar las “pajizas casas” del Cuzco, la Virgen María “volando sobre las casas” las va apagando. Por si esto fuera poco

Un Viracocha del cielo  
con milagrosas señales  
llega atropellando nubes  
sobre un bruto que de nieve,  
es rayo en lo airoso y leve.

(Jorn. II, Esc. V, pág. 594 b).

De esta aparición huyen los indios en confuso tropel.

La alegría por la ayuda divina se ve empañada por la noticia de la muerte de Juan Pizarro. Las loas de Tirso a la muerte del menor de los Pizarros —inspiradas en el capítulo que a él dedica Pizarro y Orellana— nos parecen excesivas:

Juan, todo valor y celo,  
en el mundo no cabía,  
esta victoria le envía,  
por su embajador al cielo.  
Gué al católico vuelo,  
sin que envidie a Elías el carro,  
y en sus esferas, bizarro,  
muestre con lauros segundos  
que como acá nuevos mundos  
conquista cielos Pizarro.

(Jorn. II, Esc. VI, pág. 595 b).

dice Hernando, y luego

Ya en Indias más seguras,  
don Juan, (si malogrado  
al mundo) al cielo flor que se traspone,  
conquista luces puras  
que no altere el cuidado,  
la envidia eclipse, ni el pesar baldone.

(Jorn. II, Esc. X, pág. 598 b).

De igual modo Gonzalo:

Mi hermano, aunque difunto  
vivirá eternamente  
en el buril, pincel y en la memoria;  
heroico siempre asunto  
de historiador valiente,  
nos deja en testamento esta victoria,  
que supo en fin, su no imitado acierto  
dar vivo imperios y victorias muerto.

(Jorn. II, Esc. X, pág. 598 b).

Después de una graciosa escena en que varios españoles tratan de rescatar una petaca llena de "piezas de oro y plata" y de una conversación entre Hernando y Gonzalo, en que se busca destacar la lealtad de Hernando, Gonzalo Vivero llega con la noticia

Almagro y quinientos hombres,  
por que tu fama aniquile,  
deja el gobierno de Chile,  
y añadiendo alevos nombres  
a su bajo nacimiento,  
porque nos cree destrozados  
en los peligros pasados,  
toma con el Inga asiento  
y se conciertan los dos  
de echarnos de esta ciudad.

(Jorn. II ,Esc. XI, pág. 599 b).

Hernando se resiste a creer las palabras de Vivero, mas éste se las confirma al decirle que Almagro procede así pues

Dice que el Cuzco le toca,  
porque en la demarcación  
de su gobierno se encierra;  
apercíbete a la guerra,  
o teme tu perdición,  
porque con las cajas mudas  
nos asalta descuidados.

(Jorn. II, Esc. XI, pág. 599 b).



Hernando decide —antes que tomar las armas— satisfacer a Almagro con razones

y si éstas no les vencieren  
 las armas son las que adquieren  
 victorias contra traiciones.

(Jorn. II, Esc. XI, pág. 599 b).

Gonzalo no participa de esta opinión. Cree que contra Almagro la violencia es el mejor medio.

La escena siguiente nos presenta al Inca leyendo una carta de Almagro que le ha llevado Juan de Rada. En ella Almagro ofrece su ayuda a Manco Inca para que juntos saquen de la tierra a los Pizarros y pueda el Inca ser nuevamente coronado. Hace éste sus preparativos y, ante las duras palabras de la joven Piurisa que los incita a la lucha, le explica la alianza con Almagro. Sin embargo, esa alianza es sólo superficial; el Inca piensa aprovechar de este modo las disensiones de pizarristas y almagristas

Almagro es de nuestra parte  
 y ofreciéndonos favor,  
 marcha contra los Pizarros,  
 de estos orbés confusión;  
 déjale que asalte al Cuzco,  
 salga su competidor  
 vengativo, en su defensa  
 desbarátense los dos,  
 destrúyanse el uno al otro,  
 pues quedará el vencedor  
 tan flaco, que sin peligro  
 nos aplauda la ocasión.

(Jorn. II, Esc. XIV, pág. 601 b).

La conversación se ve interrumpida por la llegada de un indio que trae noticias de gran importancia para el Inca y los suyos: Almagro había llegado al Cuzco decidido a posesionarse de la ciudad; sin embargo, Fr. Francisco de Bobadilla actuando como mediador, había obtenido una tregua de tres días. A pesar de ello, Almagro aprovechándose de la situación, había atacado a Hernando Pizarro

por sorpresa, hallándolo desprevenido. Este se defendió con valor, pero, finalmente, como los -almagristas incendiaron su alojamiento, debió entregarse. Gonzalo por el contrario, había logrado huir <sup>(95)</sup>. Hernando quedaba prisionero de Almagro quien se proponía

. . . de la prisión  
saldrá a un teatro funesto  
sentenciado, ¡vil rigor!

(Jorn. II, Esc. XV, pág. 602 a).

Asimismo, el Adelantado pensaba deshacerse del Marqués y “partir los reinos” con el Inca casándose con una hermana de éste.

La escena siguiente nos permite enterarnos de que Hernando, aunque preso, no ha perdido su dominio de la situación y busca el medio de librarse del encierro. Para ello

. . . con Juan de Rada  
ahora a los dados juega.

(Jorn. II, Esc. XVI, pág. 602 b).

Rada le ha ganado cincuenta mil pesos, pero no podrá cobrarlos si matan a Hernando, pues solamente éste sabe dónde están. Rada se decide entonces a solicitar la clemencia de Almagro, confiado en su personal ascendiente. La fortuna era demasiado tentadora como para perderla

¿Cincuenta mil pesos de oro?  
¡Cuerpo de Dios! ¿es partida  
para no darle la vida?  
si me perdiese el decoro  
el Adelantado en esto,  
me obligará a algún desgarró,  
porque, en muriendo Pizarro,  
muere mi hacienda.

(Jorn. II, Esc. XVII, pág. 603 a).

<sup>95</sup> El realidad, Gonzalo no huye de primer intento sino más tarde. Y tampoco huyó solo; Alonso de Alvarado lo acompaña con muchos otros compañeros.

Es decir, que la estratagema de Hernando Pizarro para obtener su libertad había surtido el efecto buscado. Hernando se encuentra poco después libre. Su hermano Francisco llega al Cuzco y Almagro lo recibe amistosamente. Otra vez Fr. Francisco de Bobadilla será el juez a quien "sus diferencias remite". Cuando Hernando conoce el acuerdo a que se ha llegado con Almagro, conviene en ello pero agrega que aunque perdona, tarde olvida.

Guárdese Almagro, tarde olvido  
 las paces, que nunca rompo,  
 porque, en cayendo en mis manos  
 ha de pagarme uno y otro.

(Jorn. II, Esc. XX, pág. 604 a).

En el tercer acto nuevamente la acción se traslada a España. Allí Vivero relata a las hermanas Mercado los últimos acontecimientos

Don Fernando volvió a España  
 a desmentir enemigos  
 que, huyendo de sus castigos  
 en vano, de tanta hazaña  
 eclipsan el resplandor.  
 Hánle puesto muchos cargos; . . .  
 los que en el Pirú siguieron  
 a Almagro, a aquel desleal  
 contra la corona real  
 y los que le ennoblecieron . . .  
 persiguen a don Fernando,  
 que, como gobernador  
 del Cuzco fué ejecutor  
 de su muerte, y adulando  
 al César ¡ciegos engaños!  
 le puso en la Mota preso  
 y formándole proceso  
 crece el rigor con los años.  
 Renunció Carlos invicto  
 a España en su sucesor,  
 que a estar el Emperador

vivo, de tanto delito  
 como a Fernando levantan  
 averiguará verdades'  
 castigando falsedades  
 que, lisonjeras, encantan.

(Jorn. III, Esc. I, pág. 604 b).

Una conversación entre dos fingidos amigos de Hernando Pizarro, escuchada a hurtadillas por Isabel Mercado y Vivero, da ocasión a este último para hacer una completa defensa de las acciones de los Pizarros, contraponiéndolas a las de Almagro. El panegírico finaliza con un directo ataque a los "desleales e ingratos" que en la Corte trabajan en contra de Hernando Pizarro.

Pocas escenas después Alonso Mercado trae a Hernando (preso en la Mota de Medina de donde Mercado es alcalde), la dolorosa nueva de la muerte del Marqués. Relata también la persecución de Diego de Almagro el Mozo por Vaca de Castro y, finalmente, la muerte del joven. La contestación de Hernando es una verdadera loa de los trabajos y calidades de su hermano Francisco.

El gran Marqués don Francisco  
 la ambición y la soberbia  
 de un mestizo, de un bastardo  
 que a su padre Almagro hereda  
 la locura y la envidia  
 de otros traidores cabeza  
 le ha dado, sobre seguro,  
 en Lima, muerte violenta;

.....

Llore tal pérdida España  
 que mi hermano no cumpliera  
 con su valor, a morir  
 de otra suerte; su tragedia  
 eternizará su nombre.  
 Amaneció en él apenas  
 el uso de la razón,  
 cuando siguió las banderas

del Católico Fernando;  
 y en Nápoles, dando muestras  
 de la luz de sus hazañas,  
 fama añadió a su nobleza.  
 Contra el rebelde alemán  
 sirvió al siempre invicto César  
 oprimiendo victorioso  
 desatinos y blasfemias;  
 pasó después a las Indias  
 donde sacó verdaderas  
 las fábulas que de Alcides  
 hipérboles griegas cuentan;  
 pues si a los doce trabajos,  
 que ensalzan tantos poetas,  
 Hércules quedó divino,  
 para que los obscurezca  
 mi hermano, en aquellos orbes  
 no doce, infinitos prueba,  
 que crédito harán dudoso  
 cuando historias los refieran.  
 Con sólo trece soldados,  
 (imitación verdadera  
 de Cristo y sus doce alumnos),  
 rindió a su rey, a la Iglesia  
 la infinidad de gentiles,  
 que por naciones diversas  
 oprimidos del engaño  
 habitan más de mil leguas.  
 Rebeldes venció en Italia;  
 rindió luteranos belgas;  
 idólatras en las Indias  
 por él nuestra ley confiesan.  
 Faltaba oponerse agora  
 a la traidora insolencia  
 del padre y del hijo Almagros,  
 matáronle en la defensa  
 de su Rey, sus asechanzas,

porque faltando en la tierra  
nuevos mundos que conquiste  
juzgó su vida superflua  
el cielo, entre los mortales,  
por esa ocasión le lleva  
a los triunfos que le aguardan  
pisando glorioso estrellas.

(Jorn. III, Esc. IV, pág. 607 b y sig.).

Pero todavía Hernando debe oír algo más. Algo que no puede sobrellevar

Mercado.—Gonzalo Pizarro dicen  
que aquellos reinos altera,  
y que saliendo en campaña  
mató a Blasco Núñez Vela,  
primer Virrey del Pirú.  
Duda el rey inteligencias  
que tendréis como su hermano;  
y aunque de la lealtad vuestra  
consta a todos y despacha  
a aquellas partes su alteza  
al de la Gasca, varón  
de admirable industria.

Fern. — ¿Contra su rey, Don Gonzalo?  
¿Mi sangre, aleve en sus venas?  
¿no es posible que sea mía:  
mintió la naturaleza!  
¿Pizarro y traidor? . . .

(Jorn. III, Esc. IX, pág. 608 b).

Relata a continuación Mercado todas las peripecias por las que pasó Gonzalo en su lucha contra Blasco Núñez. En esta narración Fr. Gabriel presenta los hechos de igual forma que en la segunda comedia de la Trilogía. Pero Hernando después de oír que su hermano, con razón o sin ella, se ha levantado contra su rey, exclama

Tenga disculpa o no tenga  
 mi hermano el Marqués, que en todo  
 mereció alabanza eterna,  
 siempre que en las fundiciones  
 del oro, la Real Hacienda  
 de sus quintos acendrabá,  
 si por descuido, en la tierra  
 algún grano se caía,  
 con los labios, con la lengua  
 del suelo le levantaba  
 diciendo: "De esta manera  
 se han de venerar migajas  
 que pertenecen al César" (96).  
 ¿Contra el Virrey Don Gonzalo?  
 ¿Contra las Reales banderas?  
 ¿Contra su nombre y milicia?

(Jorn. III, Esc. IX, pág. 608 b y sig.).

A causa de todo esto, Hernando deberá ser severamente guardado; ya nadie podrá visitarlo o escribirle.

Una escena de muy otra índole nos es dable presenciar poco después. Isabel Mercado, desposada secretamente en la prisión con Hernando un año ha, se despide de él. Se avecina el momento de ser madre y para escapar al enojo de su hermano, va a refugiarse en un convento. Dos males, pues, se conjugan para Hernando en aquel instante

dos muertes me dió el rigor  
 con solo un golpe cruel,  
 vos en el alma, Isabel,

<sup>96</sup> El Inca Garcilaso dice esto mismo con palabras también semejantes: "Y muchas veces, hallándose en las fundiciones, se levantaba de su silla a alzar los granitos de oro y plata que caían de lo que saltava del cinzel con que cortavan los quintos reales, diciendo que con la boca, cuando no huviesse otra cosa, se havia de allegar la hazienda real" (op. cit., t. III, pág. 264).

y mi hermano en el honor.  
 Vos mi esposa, él agresor  
 contra la fe que he heredado.

(Jorn. III, Esc. VI, pág. 610 b).

Ya dijimos al comienzo que las dos hermanas — Isabel y Francisca— se hallaban enamoradas de Hernando. Como vimos, sólo una —Isabel— había logrado triunfar; mas Francisca, aunque sin correspondencia, mantenía vivo ese sentimiento y, arrastrada por él, concibe el plan de libertar a Pizarro. Para ello arroja en su celda un papel con una llave. Hernando, ni lee el billete ni utiliza la llave.

Lea en pedazos el viento  
 sospechosas persuaciones,  
 que quien escuchá razones  
 ya les da consentimiento;  
 no parezca el instrumento  
 de esta traición, pues le arrojó.

(Jorn. III, Esc. VIII, pág. 612 a).

Sus cavilaciones son interrumpidas por Alonso Mercado que ordena, a un mismo tiempo, obsequias y galas para el día siguiente. Ese contrasentido deja perplejo a Hernando, que piensa llegada la hora de su muerte. Sin embargo, la incógnita se despeja poco después, cuando Mercado explica así los hechos

Murió Gonzalo Pizarro  
 con lástima de las Indias,  
 a las manos del rigor  
 que ciego, tal vez castiga...

(Jorn. III, Esc. X, pág. 613 b).

Murió asimismo Isabel dejando como herencia

...un ángel, en una hija,  
 perla del nácar honesto  
 que mi casa ha de hacer rica...

(Jorn. III, Esc. X, pág. 614 a).



Aquí terminan las desdichas de Hernando pues Felipe II “prudente, santo”

conoce vuestras lealtades,  
 lo que os debe en las conquistas  
 prodigiosas, . . .  
 la fidelidad, prudencia  
 y valor que os eterniza  
 tanto . . .  
 libertad noble os concede  
 la hacienda que detenida  
 por su fisco y sus embargos  
 . . . . .  
 que os restituyan ordena . . .

(Jorn. III, Esc. X, pág. 614 a).

Aquí termina la comedia —el último acto de la Trilogía—, no sin antes anunciar Tirso, por boca de Alonso Mercado, que las bodas que Hernando no ha realizado con Isabel las cumplirá con Francisca Pizarro —su sobrina indiana—.

Este es, pues, en líneas muy generales, el argumento de la última comedia de la trilogía. Pasaremos revista, en primer término, al elemento histórico que ella encierra. Cuando la obra comienza, Hernando Pizarro se halla en España adonde efectivamente fué en 1534, llevando el quinto del rey y los donativos de los conquistadores. El rey recibió con muestras de grande aprecio a Pizarro y le concedió cuanto pidió para sí, sus hermanos y Almagro. Sólo en el segundo acto de la comedia Tirso menciona esas “medras”, sin olvidarse ninguna

A la corte española,  
 navegando dos mares,  
 te llevó la lealtad, no la codicia;  
 allí la Augusta bola  
 doraste con millares  
 de barras que logró nuestra milicia,  
 ¿qué premios adquiriste?

¿qué medras o qué cargos nos trajiste?  
 Un pedazo de grana  
 te satisfizo el pecho,  
 cuando la sangre es tanta, que has vertido  
 (ya herética, ya indiana)  
 que pudiera teñir a su despecho  
 cuantas Gracias a monarcas ha teñido.  
 Por cierto, ¡ilustre pago  
 la cruz, (sin encomienda) de Santiago!  
 ¿Necesitaba de ella  
 quien de la estirpe goda  
 puede al sol dar limpieza en la que crías?  
 Tu antigüedad, sin ella,  
 es tan inmemorial a España toda,  
 que en tí son siglos lo que en otros días.  
 ¿Qué calidad el César te acrecienta  
 si el hábito te ha dado y tú a él la renta?  
 Trujístele un dictado  
 a tu hermano: ¡gran cosa  
 darle por ser Marqués, este hemisferio.

.....

¡Marqués sin renta, bien podré decirlo,  
 es fantástico honor, Marqués de anillo!  
 Almagro sí que medra  
 (su agente tú en España)  
 dichas que compres caras algún día;  
 ese hijo de la piedra,  
 que más que ayuda engaña,  
 de Chile Adelantado y Señoría,  
 ¿él que arriesgó? Seguro despensero,  
 si las vidas nosotros, su dinero.

(Jorn. II, Esc. X, pág. 598 b y sig.).

Pero no estuvo Hernando en ningún momento en Medina del Campo —como en la comedia— sino en Calatayud, donde a la sazón se

encontraba la corte (<sup>97</sup>). La llegada de Pizarro causó no poco asombro en la Península (<sup>98</sup>). Venía cargado del oro peruano, hacía patente ante todos la magnitud de la conquista llevada a cabo, y la hazaña que representaba para los de su familia. Esos elogios que Tirso pone en boca de dos ciudadanos cualesquiera, procuran ser trasunto, sin duda, de la nombradía de Hernando en aquel momento. Los otros episodios caballerescos del acto, escapan a nuestro conocimiento. La relación con Isabel Mercado es verdadera, mas ya veremos luego hasta qué punto.

En la escena IX, Gonzalo Vivero se refiere con estos términos a las hazañas americanas de Hernando

Dicen que en el Occidente  
vuestro ánimo varonil  
mataba de mil en mil  
los indios, y que su gente  
temblando el nombre español,  
por deidad os adoraban,  
y que en fe desto os llamaban  
primogénito del Sol (<sup>99</sup>);  
que un ejército vencisteis  
vos solo . . .

(Jorn. I, Esc. IX, pág. 585 a).

Alude después a la prisión de Atahualpa y su fabuloso rescate en forma más o menos veraz. El resto del acto parece de una comedia de capa y espada, diferenciándose de éstas en que el lance amoroso

<sup>97</sup> "...acordóse de enviar a Hernando Pizarro a dar noticia a su majestad del próspero suceso que en su buena ventura había habido. Y porque entonces no se había hecho la fundición y ensaye, ni se sabía cierto lo que podría pertenecer a su majestad de todo el montón, trajo cien mil pesos de oro y veinte mil marcos de plata, para los cuales escogió las piezas más abultadas y vistosas, para que fuesen tenidas en más en España..." (ZARATE, op. cit., pág. 479; el Inca repite estas mismas palabras).

<sup>98</sup> "...en fin, trajeron casi todo aquel oro de Atabaliba, he hinchieron la Contratación de Sevilla de dinero, y todo el mundo de fama y deseo". (GÓMEZ, op. cit., pág. 27).

<sup>99</sup> Aquí alude al nombre de Viracocha que dieron los indígenas a los españoles.

no es aquí un fin sino tan sólo un medio: el de poner de manifiesto nuevamente la caballerosidad, hidalguía, buen tacto y sentido del honor que conforman la personalidad de Hernando.

Es de destacar, asimismo, que cuando Hernando pone en conocimiento de Alonso de Quintanilla las últimas victorias obtenidas por Carlos V —rendición de Nápoles y Milán, huída de Solimán, caída de Túnez, luchas contra los protestantes, prisión de Francisco I de Francia en Madrid, obediencia de Roma, etc.—, relata siempre acontecimientos exactos, y auténtica también es la referencia al desafío entre Carlos V y el rey de Francia.

Lo que a nosotros interesa, es decir, lo referente a América, hay que buscarlo a partir del segundo acto. Por de pronto, estamos en América con las fuerzas españolas sitiadas en el Cuzco. Primer dato que Tirso nos suministra

Trescientos mil y más son los contrarios  
menos somos nosotros de trescientos . . .

(Jorn. II, Esc. I, pág. 592 b).

En efecto, tal fué el “desequilibrio” que hubo entre ambos ejércitos. Unos pocos versos más adelante, agrega el mercedario

. . . ¿qué importa

que en el Cuzco imperial sitiados tengan  
trescientos mil a menos de trescientos?

*Mil nos caben por uno . . .*

(Jorn. II, Esc. II, pág. 592 b).

comparación esta última semejante a la que hace el Inca Garcilaso: “Luego que amaneció el día siguiente, salieron los indios, como solían, con gran ferocidad. . . avergonçados de que tan pocos españoles de tanta multitud de enemigos se huviessen defendido tantos días, *que para cada español había mil indios*” (op. cit., t. III, pág. 177).

La muerte de Juan Pizarro ha sido presentada por Tirso con mucha veracidad. En las primeras escenas del acto, se habla de la herida en la cabeza que un dardo indígena le causó. Juan, no obstante, sigue peleando —a pesar de las advertencias de Hernando— sin ceder y, al asaltar la fortaleza para recobrarla, una piedra lo hiere, esta

vez, mortalmente (<sup>100</sup>). Ya dijimos a ntes que los elogios que Tirso le tributa nos parecen excesivos.

En las escenas siguientes Tirso se esfuerza por demostrar la entereza y el valor de Hernando ante hechos tan desastrosos como la toma de la fortaleza por parte del Inca y el incendio de la población. Para él hay un solo camino antes que declararse vencido

¡Morir por la honra y por la fe primero!

El incendio con que los indios esperaban amedrentar a los españoles es apagado por mediación divina. Y lo dice Hernando "Dios nuestra empresa ayuda". Así es puesto que

Un Viracocha del cielo  
con milagrosas señales  
llega atropellando nubes  
sobre un bruto que, de nieve,  
es rayo en lo airoso y leve.

(Jorn. II, Esc. V, pág. 594 b).

Al apóstol Santiago se une después la Virgen María.

Todo el fuego  
que el Cuzco empezó a encender,  
ya ineficaces sus brasas,  
volando sobre las casas  
va apagando una mujer.

(Jorn. II, Esc. V, pág. 595 a).

Aquí también Tirso se atiene a lo que relataban los comentaristas: "... fué Nuestro Señor servido favorecer a sus fieles con la

<sup>100</sup> "Una noche de aquéllas, habiendo peleado todo el día los unos y los otros con mucho valor, se retiraron a sus puestos, donde Juan Pizarro, hermano del Marqués don Francisco Pizarro, que de días atrás andava herido y podía sufrir mal la celada que traía, se la quitó antes de tiempo, que luego que se la quitó llegó una piedra tirada con honda y le dió una mala herida en la cabeza, de que murió dentro de tres días;..." (GARCILASO, op. cit., t. III, pág. 185).

"... y en la toma della [la fortaleza] mataron a Juan Pizarro una noche, de una pedrada que le dieron en la cabeza; porque, a causa de otra herida que antes tenía, no se había podido poner la celada, la cual muerte fué gran pérdida en la tierra, porque era Juan Pizarro muy valiente y experimentado en las guerras de los indios, y bienquisto y amado de todos". (ZARATE, op. cit., pág. 486.)

presencia del bienaventurado Apóstol Santiago, patrón de España, que apareció visiblemente delante de los españoles, que los vieron ellos y los indios encima de un hermoso cavallo blanco, ambraçada una adarga y en ella su divisa de la orden militar, y en la mano derecha una espada que parecía relámpago según el resplandor que echava de sí" (GARCILASO, op. cit., t. III, pág. 177 (101). La aparición de la Virgen es asimismo exacta, pero no en todos sus detalles. La Virgen no se mostró —como Tirso la describe— "con una limeta de agua . . . rociando las llamas", sino ". . . con el niño Jesús en brazos, con grandísimo resplandor y hermosura y se puso delante dellos [los indios] . . . Los infieles . . . sentían que les caía en los ojos un polvo, ya como arena, ya como rocío, con que se les quitó la vista de los ojos . . ." (GARCILASO, op. cit. t. III, pág. 179). Pero estas apariciones divinas llenan en la comedia una finalidad bien precisa que el propio autor aclara más adelante.

*No habrá duda  
desde hoy, contra envidia tanta,  
de que esta conquista es santa,  
pues Dios nuestra empresa ayuda;  
que para que quede muda*

<sup>101</sup> Obsérvese la semejanza con la descripción que del apóstol hay en Tirso:

¡Oh, tú que bajas y subes  
y vestido de metal  
que cual plata resplandece  
y España en minas ofrece  
para nuestro fin fatal!  
¿quién eres que, todo luz,  
tan pasmoso estrago has hecho  
¿quién eres tú cuyo pecho  
rubí y grana honra la cruz?  
¿quién eres tú que estoy ciego  
y absorto de ver tu estrago?

(Iron. III, Esc. V, pág. 594 b).

La pregunta "¿Quién eres . . .?" también la hace el Inca Garcilaso: "¿Quién es aquel Viracocha que tiene la illapa en la mano? (illapa: relámpago)". Recuérdese que Tirso, unos versos antes, llamó también al Apóstol Viracocha (Jorn. II, Esc. V., pág. 594). Asimismo Pizarro y Orellana habla de la ayuda divina: ". . . de quanta importancia ha sido para la justificación de la conquista del Perú la blandura de Hernando Pizarro con Mango Inga, y el trato doble que él usó con los Españoles: por lo qual la Magestad de Dios, fué servido de defenderles con visibles milagros, y darles aquel imperio" (op. cia., pág. 268).

*la lengua del que se atreve  
 a decir, torpe y aleve  
 que injustamente poseemos  
 este imperio, ya tenemos  
 fe que lo contrario pruebe.  
 No ayuda a la tiranía  
 Dios, que a la inocencia ampara;  
 luego nuestra acción es clara,  
 pues su madre nos la envía.  
 Si arguyere la herejía  
 del holandés rebelado  
 contra esto, del cielo armado  
 Diego (asombrando sus ejes)  
 con llamas castiga herejes,  
 que es inquisidor soldado.*

(Jorn. II, Esc. VI, pág. 595 b).

Es decir, que el mercedario no pierde oportunidad para colocar a los Pizarros en la posición de héroes injustamente atacados por gentes "aleves y torpes". Es un conjunto de breves toques enderezados a la consecución de ese mismo fin. No un panegírico burdo, atacable por su arquitectura relumbrona, sino una obra casi indiscutible desde el punto de vista histórico, pero en la que la historia está finamente dirigida con vistas a un fin premeditado. Ya veremos después como el concepto de valor y honor en el héroe han sido destacados en esta misma forma.

La acción, un poco desmayada en estas últimas escenas, vuelve a cobrar vigor con el anuncio que trae el fiel Vivero:

Almagro y quinientos hombres,  
 porque tu fama aniquile  
 deja el gobierno de Chile,  
 y añadiendo aleves nombres  
 a su bajo nacimiento,  
 porque nos cree destrozados  
 en los peligros pasados,  
 toma con el Inga asiento  
 y se conciertan los dos

de echarnos de esta ciudad  
 .....

Dice que el Cuzco le toca,  
 porque en la demarcación  
 de su gobierno se encierra . . .

(Jorn. II, Esc. XI, pág. 599 b).

Como prueba del espíritu que animaba a Hernando, Tirso lo muestra contrario a tomarse una satisfacción por las armas.

No creas de su lealtad  
 que contra su Rey y Dios,  
 ejecute acción tan loca  
 .....

Yo sé que si llego a hablarle  
 le tengo de convencer.

No así Gonzalo

Déte poder [dice a Hernando]  
 y vuelve a España a premiarle;  
 que todo esto merecemos  
 pues dímos honra a un ingrato.

(Jorn. II, Esc. XI, pág. 599 b).

Mientras tanto el Inca ha recibido una carta de Almagro, concebida de este modo: "La amistad antigua que los dos hemos profesado, los desafueros que con Vuestra Alteza los Pizarros han hecho, el gobierno, que me pertenece, de esta provincia y el deseo de que vuestros indios os vean coronado, me saca de Chile, me guía al Cuzco, y me asegura la victoria contra nuestros enemigos. Aperciba Vuestra Alteza sus ejércitos, que yo avisaré a su tiempo, para que los dos en recíproca amistad poseamos este Imperio, muertos los que nos le estorban. . . De mi campo a 10 de mayo, año 1544" (Jorn. II, Esc. XII, pág. 600 a). Los hechos no habían ocurrido, en realidad, así y esta carta, invento de Tirso, que hace de Almagro un verdadero traidor, creemos que pudo ahorrársela el merce-



dario (<sup>102</sup>). Pero su empeño era exaltar la figura de Hernando y, naturalmente, el marcado contraste entre el leal y el traidor dejaba un saldo totalmente favorable para Pizarro. Tal carta no existió, o si la hubo no se conocen sus términos (<sup>103</sup>). Existió sí, un principio de entendimiento entre el Inca y el Adelantado, mas no llegaron a nada positivo por una corriente de mutua desconfianza que los separaba. Por lo demás, la fecha de la carta es igualmente inexacta. Estos hechos ocurrieron en 1536 y no en 1534 y no podía ser de otro modo, puesto que en ese último año Hernando se encontraba en España.

¿Cuál fué aquí la fuente de Tirso? Ni Zárate, ni Garcilaso, ni ningún otro. Esta vez tuvo que recurrir por fuerza a Pizarro y Orellana. Es allí donde se habla de una carta de Almagro al Inca y se dice de ella que fué "muy comedida". También encontró Tirso en los *Varones ilustres* la resistencia de Hernando a creer en la traición de Almagro: "Esta nueva traxeron los indios amigos de Hernando Pizarro, dando a entender que entre el Inga y don Diego de Almagro avia grande amistad, y que traían resolución de destruir a todos los españoles, que estaban en el Cuzco, *mas nunca se pudo persuadir a esto*" (op. cit., pág. 308). Más adelante veremos cómo el perfil todo del Hernando de Tirso salió de las páginas de esta obra.

Al hacer el resumen ya comentamos que ante la carta de Almagro, el Inca había trazado su propio plan.

A los Pizarros desterrar procuran  
Almagro y sus soldados.  
Ya véis, si los Pizarros son osados

<sup>102</sup> Parecería que Tirso hubiera querido imputar a Almagro la misma falta que más tarde se achacará a Gonzalo Pizarro: la de pensar en casarse con una india y levantarse con el Perú, en detrimento del rey. Con la diferencia de que Gonzalo se resistió —según Tirso— a esa idea, y aquí es el propio Almagro quien la sustenta.

<sup>103</sup> Zárate dice que "Almagro se carteo con el Inga, prometiéndole de perdonarle todo lo que había hecho si fuese su amigo y le favoreciese, porque aquella tierra del Cuzco era de su gobernación y que volvía a apoderarse della" (ZÁRATE, op. cit., pág. 486). El Inca dice: "Don Diego procuró ver y hablar al Inca para traerlo a su vando, porque se conocían de atrás. El Inca consintió el verse y hablarse, con propósito de prenderle y matarle, si pudiese, porque, alcanzado esto, le pareció que todavía podría esperar a matar los demás. Ellos se vieron y hablaron, mas ninguno salió con su intención..." (op. cit., t. III, pág. 195).

saldrán en su defensa,  
 pelearán unos y otros,  
 y, mientras cada cual victorias piensa,  
 con engañosa prevención nosotros,  
 después que se hayan entre sí asolado  
 las reliquias, que el miedo haya dejado,  
 por nosotros desechas, fácilmente  
 podrá la borla autorizar mi frente.  
 No del Marqués (que en Lima  
 ha un año que no sabe de su hermano)  
 el asombro os oprima;  
 socorrerá, si lo intenta, en vano,  
 pues tomados los pasos y los puertos  
 imitarán sus compañeros muertos.  
 Seiscientos españoles perecieron  
 que en diferentes tropas enviaba;  
 porque el riesgo del Cuzco adivinaba,  
 a vuestras manos bélicas murieron;  
 que, aunque valientes, locos,  
 ¿qué han de poder contra infinitos, pocos?  
 El Marqués, en efecto, desarmado  
 pues los soldados suyos ha perdido,  
 uno y otro español desbaratado,  
 Almagros y Pizarros, redimido  
 juzgo mi Imperio ya. . .

(Jorn. II, Esc. XIII, pág. 600 a).

Los acontecimientos, entre tanto, han continuado y un indio los relata al auditorio con estos versos.

Almagro, que a la ciudad  
 de tus padres fundación [el Cuzco]  
 marchó en fe que a su gobierno  
 blasona tener acción,  
 fué recibido de paz  
 de aquel Pizarro, que atroz  
 parca ha sido de tus indios,  
 de la envidia admiración.

Tocaban a acometerse,  
pero un fraile, que al candor  
de la nieve hurtó ropajes  
y al cielo veneración,  
su apellido Bobadilla,  
su ejercicio Redentor,  
la Madre Mejor, su madre,  
la Merced su religión,  
entrándose de por medio  
treguas puso entre los dos  
de tres días, que juraron,  
para que en su disensión  
fiasen el compromiso  
al Padre, porque ganó  
nombre de docto en la esfera  
y astrólogo superior.  
Aposentado en el Cuzco  
el Almagro, y sin temor  
el Pizarro de que hubiese  
en lo propuesto traición,  
a su confianza y sueño  
los ojos encomendó,  
esta vez, sólo desnudo  
que en todo un año, otra no;  
la seguridad dormía,  
mas velaba la ambición  
del Almagro, a su palabra  
y juramento agresor.  
Acometióle de noche,  
pero intrépido salió  
con un estoque y rodela  
el estremeño león;  
y aunque desnudo, de suerte  
a sus contrarios pasmó  
que se valieron del fuego  
(siempre es cobarde el traidor).  
Viéndose abrasar Pizarro

cuerdo las armas rindió  
 con su hermano y sus amigos  
 de dos daños el menor.  
 Huyó Gonzalo y Fernando  
 dicen que de la prisión  
 saldrá a un teatro funesto  
 sentenciado; ¡vil rigor!  
 Almagro, pues, determina,  
 siendo del Cuzco señor,  
 trazar que muera el Marqués  
 y, tenga justicia o no,  
 partir los reinos contigo  
 dándote jurisdicción  
 en los indios, que heredaste  
 y él, contra su Emperador  
 gobernar sus españoles,  
 porque tiene presunción  
 de hacerse rey de estas Indias,  
 sin admitir superior.  
 Para esto intenta casarse  
 con tu hermana, y que los dos  
 una sangre, se eternice  
 la paz en su sucesión,  
 sobrinos tuyos sus hijos.

(Jorn. II, Esc. XV, pág. 601 b y sigs.).

¿Cómo sucedieron los hechos en realidad?. Escuchemos al Inca que es el más explícito: "Hernando Piçarro, con parecer de los suyos, respondió que él no estava en aquella ciudad por su autoridad, sino por la del governador, que era su capitán general, en cuyas manos havia hecho pleito homenaje de no entregarla a otro sino a él; que no cumpliría con la ley de cavallero ni con la obligación militar si se la entregasse sin orden de su capitán y sin que le diessen por libre del juramento hecho. . . En estas demandas y respuestas anduvieron muchos días los unos y los otros, y llegaron muchas veces a las manos si no fuera por Diego de Alvarado. . . y al fin de muchas voces acabó que Hernando Piçarro escribiesse al Marqués, su hermano, lo que don Diego de Almagro pedía, y

que entretanto que el Marqués respondía estuviessen en sus alojamientos y tuviessen paz, sobre lo cual se assentaron treguas de ambas partes. Assi estuvieron algunos días. Mas la discordia, . . . despertó a los que tenía por ministros, y les incitó a que dixessen a Don Diego de Almagro que había hecho mal en poner piazos y consentimiento ajeno en lo que por voluntad y merced del Emperador era suyo... Almagro, que había menester pocas centellas para encender la pólvora que para este hecho en su ánimo tenía apercebida . . . aceptó . . . los incitativos que los malos compañeros le dieron . . . y se precipitó a executarlos. Y una noche de aquellas . . . fué con gente armada a la posada de Hernando Piçarro y Gonçalo Piçarro, que con las treguas puestas estaban descuidados, aunque muy poco antes había ido a ellos uno de los de Almagro y dícholes cómo iba Don Diego a prenderles, al cual respondió Hernando Piçarro que no era possible que, siendo Almagro cavallero, quebrantasse la palabra que en las treguas había dado . . ." (op. cit., t. III, págs. 201-202). Poco más o menos dicen Zárate (págs. 486-487) y Gómara (págs. 54-55). Esta vez Tirso no tuvo necesidad de modificar grandemente los acontecimientos, puesto que ellos eran favorables a su héroe. Se cuidó bien, eso sí, de destacar la valentía con que se batió Hernando hasta que el fuego lo obligó a entregarse.

El siguiente episodio ya no tiene tanto asidero histórico, sino que ha sido copiado de los *Varones ilustres* de Pizarro y Orellana. Nos referimos al ardid por medio del que Hernando obtiene su libertad: ha jugado a los dados con Juan de Rada y ha perdido, es decir, se propuso perder.

cincuenta mil pesos de oro  
me habéis ganado, ya veis  
que si hoy muero no podréis  
cobrarlos. Aunque no ignoro  
donde están, que nunca juego  
sin tener con qué pagar,  
deme la vida lugar  
que os satisfaga . . .

(Jorn. II, Esc. XVII, pág. 603 a).

Rada, acicateado por el deseo del oro, obtiene de Almagro la libertad de Hernando. El plan había dado el resultado esperado. Ahora bien, ¿es verídico este episodio? Tirso lo tomó de Pizarro y Orellana pero, éste ¿lo copió acaso de algún comentarista? Zárate afirma que Pizarro salió en libertad después de la entrevista entre el Marqués y Almagro, y no antes (pág. 490), Garcilaso lo mismo (t. III, págs. 216-220) y Gómara también (págs. 61-62). ¿Qué se propuso entonces Tirso al llevar a la escena ese episodio? Muy sencillo, poner de manifiesto la astucia de Hernando con la cual venció a sus enemigos, plenos de simpleza y, por otra parte, dar más vida y colorido a la acción matizándola con una escena que deja una amable sonrisa y aumenta la admiración hacia el héroe.

Siguiendo el curso histórico de los hechos, Tirso anuncia la llegada del Marqués Francisco Pizarro.

Vivero. — Amigo, a vista del Cuzco  
asoma en vuestro socorro  
el Marqués, hermano vuestro,  
escuchad los parches rancos.

.....  
Pacífico le apercibe  
Almagro, hospicio amoroso,  
ya temor, ya amistad sea  
que fé puede darse a todo,  
sus diferencias remite,  
al maestro religioso  
fray Francisco Bobadilla,  
árbitro juez de unos y otros.  
Todo esto concede Almagro,  
si bien algunos curiosos  
licen que engañaros quiere  
y que en cesando el estorbo  
del Marqués, cuando se vuelva,  
resucitará alborotos  
que ya por bien, ya por mal,  
le den el gobierno a el solo.

(Jorn. II, Esc. XX, pág. 604 a).

y así finaliza el acto. Con el tercero volvemos a España. Por las palabras de Isabel Mercado comprendemos que han transcurrido varios años desde los últimos acontecimientos (104).

¡Qué pueda tanto el exceso  
de la envidia y sus engaños!  
¡Al cabo de tantos años  
en este castillo preso  
quien dió a España, al Rey y a Dios  
un mundo!

(Jorn. III, Esc. I, pág. 604 a).

Por qué está otra vez en España Hernando y preso, es lo que se encarga de explicar su fiel compañero Vivero. No transcribimos el trozo, pues ya lo hicimos anteriormente (v. pág.

Cuáles fueron los acontecimientos que tuvieron lugar en el Cuzco después de la libertad de Hernando, ya lo explica en la escena siguiente el mismo Vivero.

¿Saben que el Marqués, su hermano,  
aquel Hércules indiano,  
en las conquistas gloriosas  
que han rendido al Occidente  
fué de los hombres milagro;  
y que Don Diego de Almagro  
puso en ellas solamente  
la industria y la granjería  
de una parte del dinero  
que, como su compañero  
entre otros dos le cabía,  
y que mientras arriesgaba  
don Francisco fama y vida,  
en tantos trances perdida,  
en Panamá descansaba  
don Diego? . . .  
Y si cuando Almagro entró

<sup>100</sup> Tirso da como simultánea la muerte de Gonzalo y la liberación de Hernando, siendo la verdad que Gonzalo murió en 1548 y Hernando salió del Castillo de La Mota en 1562.

en el Pirú, ya sin guerra,  
 preso el Inga, en paz la tierra,  
 del tesoro se llevó  
 la mitad, y en tal empresa  
 como absoluto señor,  
 con el ajeno sudor  
 se halló el manjar en la mesa.

.....

Cuando Don Fernando vino  
 a España de su camino,  
 ¿qué premio considerable  
 medró, sino el adquirirle  
 título de Adelantado  
 de Chile, con que elevado  
 quiso, después, destruirle?  
 Don Fernando, ¿no tenía  
 en el Cuzco justa acción  
 a aquella gobernación?  
 Don Francisco, ¿no le había  
 nombrado en ella? ¿No saben  
 que con su valor y acero  
 la defendió un año entero,  
 para que envidias le alaben,  
 de cuatrocientos mil hombres?  
 ¿No saben que, codicioso,  
 desleal, ciego, ambicioso,  
 y digno de infames nombres,  
 se concertó con el Inga  
 contra su Patria, ley,  
 su amistad, nación y rey,

.....

y que, prendiendo a traición,  
 mientras que treguas se dan,  
 a don Fernando, le quiso  
 dar garrote, y que, después  
 que vió en el Cuzco al Marqués  
 puso el pleito en compromiso



de jueces doctos y santos,  
pasando por la sentencia,  
y que si él, en la apariencia,  
después de debates tantos,  
confesó que no tenía  
al Cuzco acción ni derecho,  
y quedando satisfecho,  
partiendo la Hostia un día,  
que el Marqués y él comulgaron,  
juró Almagro: "Este Señor  
por perjurio, por traidor,  
como los que le negaron,  
me condene, si intentare  
contravenir al sosiego  
de estas paces?" Si Don Diego,  
aunque la pasión le ampare,  
contra tanto juramento  
convocó campo después,  
y, vuelto a Lima el Marqués,  
en bárbaro atrevimiento,  
quebró las leyes divinas,  
y a Don Fernando siguió  
y la batalla perdió  
que llaman de las Salinas,  
quedando confuso y preso,  
¿no mereció su malicia  
que, sin pasión, la justicia  
le fulminase proceso  
y como traidor muriese?

(Jorn. III, Esc. II, pág. 605 b y sigs.).

Analícemos estos versos. Las palabras que dice Almagro al comulgar no fueron tales ni las pronunció él solo. Cuando al llegar Hernando de regreso de su viaje a España, en 1534, Almagro se entera de que se le había concedido la gobernación de otras cien leguas de terreno, y considerando por esto que el Cuzco le pertenecía, quiso hacerse jurar gobernador. El Marqués se entrevistó entonces con Al-

magro y entre ambos todo se arregló. Fué cuando "... después desto, juraron en la Hostia consagrada, de no ser el uno contra el otro" (105). Del mismo modo es inexacto que Almagro siguiera a Hernando y provocara (como lo da a entender Tirso) la batalla de Las Salinas. Todo sucedió de muy otra forma: después de la entrevista de Pizarro y Almagro en Mala, y de que se hubiera acordado la libertad de Hernando y establecido que Almagro enviaría mensajeros a España que determinasen si el Cuzco le pertenecía o no, Francisco Pizarro requirió a Almagro se marchase del territorio de su gobernación a lo que éste no accedió. Pizarro se dirigió hacia Chíncha para echar de allí a sus contrincantes y Almagro se fué retirando también hacia el Cuzco, pero tratando de no pelear. A la ciudad en litigio se dirigen después Hernando y Gonzalo Pizarro por mandato del Marqués, y en los llanos de Las Salinas —cerca de la ciudad— tiene lugar la batalla. El posterior encarcelamiento y muerte de Almagro no fué justamente como dice Tirso "sin pasión", sino todo lo contrario. Ni fué tampoco "la justicia" quien le "fulminó" proceso. En lo que estamos de acuerdo con Tirso es en lo fulminante del proceso. Como vemos, las diferencias son grandes; y tenían que serlo porque en el hecho histórico Tirso no podía encontrar asidero para su defensa. Es indudable que aquí también el mercenario sigue a Pizarro y Orellana (106).

Esto con referencia a los hechos ocurridos en América. Pero ya tenemos a Hernando en España y prisionero, por añadidura. Ya vimos la explicación que Tirso —por medio de Gonzalo Vivero— daba de ello. Y en esto, fuerza es reconocerlo, no estuvo Tirso tan descaminado. Y como los frecuentes vaivenes del proceso no podían suministrarle trama para la comedia, Tirso agiliza la acción y le da interés por dos maneras: una, suscitando el dolor o despertando el honor herido de Pizarro con noticias de sus hermanos y otra, llegando a la intriga con los amoríos del héroe e Isabel Mercado. Claro está, que hilvanando una cosa con la otra, sin monotonía pero con

<sup>105</sup> ZÁRATE, op. cit., pág. 484. El Inca dice más o menos lo mismo: "Y de nuevo bolvieron ambos a jurar, en presencia del Santíssimo Sacramento, de no quebrantar esta confederación ni ser el uno contra el otro" (op. cit., t. III, pág. 158).

<sup>106</sup> A Diego de Almagro, dice Pizarro y Orellana "... lo sentenciaron a muerte las Iusticias, sin que en ello huviesse firma, ni vota de Hernando Pizarro..." (Op. cit., pág. 326).

continuidad. Ahora bien si para ello hay que forzar la cronología verdadera de los hechos, pues . . . no interesa. Las exigencias del drama lo justifican todo. Y encontraremos nosotros que este no es defecto que pueda imputársele a Tirso como muy grave.

Así pues, Alonso Mercado, alcalde de la fortaleza de la Mota de Medina, es esta vez el portavoz de Tirso, y lo que debe anunciar es la muerte del Marqués y la alteración del Perú a causa de las acciones de Gonzalo. Así como un momento antes Hernando entonaba loas a la muerte de Francisco, poco después se vuelve contra un hermano a quien la fama llama "traidor" y "aleve". El sentido estricto que él tiene del honor y de la lealtad debida a su rey, le hacen insoportable la idea de una traición en su familia.

H. P. — ¿Preso yo agora? ¿Quién viera  
a aquel bárbaro!

A. M. — ¿Fernando  
qué es de la cordura vuestra?

H. P. — ¿Sin honra, buscáis cordura?  
¿Sin fama, queréis prudencia?  
¿Sin crédito, áurea templanza?  
¿Sin opinión, hay paciencia?

.....  
añadiera el Rey prisiones,  
quitárame la cabeza,  
y no el honor don Gonzalo,  
que la verdad e inocencia  
en el leal, no da fruto  
si primero no se entierra.

(Jorn. III, Esc. IV, pág. 609 b).

Y es el mismo Mercado quien en la última escena de la comedia, será nuevamente el heraldo de la historia: esta vez es la muerte de Gonzalo y la de Isabel; mas no terminan allí las noticias: hay otra de suma importancia que Mercado se reservó para el final

Filipo, prudente, santo,  
a pesar de las malicias  
de vuestros perseguidores,  
cuando más os fiscalizan,

conoce vuestras lealtades,  
 lo que os debe en las conquistas  
 prodigiosas, que a sus plantas  
 le postra coronas Ingas;  
 la fidelidad, prudencia,  
 y valor, que os eterniza  
 tanto, que contra los tiempos  
 aras la fama os fabrica,  
 libertad noble os concede,  
 la hacienda, que detenida  
 por su fisco y sus embargos  
 creyó el engaño oprimirla,  
 que os restituyan ordena,  
 y la fortuna corrida,  
 confiesa que a vuestras plantas  
 es bien que su rueda os rinda.

(Jorn. III, Esc. X, pág. 614 a).

Esto en lo que hace al elemento histórico del presente acto.  
 Pero está el otro, el amoroso. Es en esta última parte de la comedia  
 cuando sabemos del desposorio secreto de Isabel y Hernando y del  
 alejamiento de ella al llegar el momento temido y esperado

Reliquias de vuestro amor  
 aposentan mis entrañas,  
 traslado de las hazañas  
 que en vos malogra el rigor . . .

(Jorn. III, Esc. VI, pág. 611 a).

se marcha, pues, Isabel a un convento en donde

podrá honestar el tormento  
 que es fuerza acabarme aquí . . .

(Jorn. III, Esc. VI, pág. 611 a).

Así aleja Tirso de la vida de Hernando a Isabel Mercado, quien  
 —según lo dice su hermano— muere en el convento dejando una  
 hija. ¿Existió en verdad tal relación entre Pizarro e Isabel Mercado?  
 Sí, pero fué muy distinta de lo que pretende Tirso. Por de pronto,

no parece que ambos se hubiesen casado; eso, sin embargo, es lo que afirma Pizarro y Orellana, y es indudable que de allí lo tomó el mercedario. Se echa de ver que Tirso buscó dar a esa unión una seriedad y nobleza que no tuvo en realidad. Y ello es la causa por la cual la Isabel Mercado de la comedia es una noble dama, hermana del gobernador de la fortaleza y que, secretamente, se ha unido al conquistador, arrastrada por una pasión que había nacido varios años antes, cuando Hernando fué su huésped. La verdad de estos sucesos se encuentra en un documento, una probanza de nobleza de Juan de Orellana Pizarro, documento que se conserva actualmente en la Biblioteca Nacional de Madrid, Sección de Órdenes Militares. Este Juan de Orellana Pizarro era nieto de Hernando puesto que su madre —Francisca Pizarro y Mercado— fué la hija que el conquistador hubo en Isabel Mercado. La probanza, por lo tanto, hace directa mención de Isabel en estos términos: “Saben que Isabel de Mercado fué hija legítima de Francisco Fernández de Mercado, tenida por noble e hidalga y limpia de sangre. Saben que la dicha Isabel, muerto su padre, fué recogida por una su tía llamada doña Francisca de Mercado, la cual, compelida por la pobreza y con la esperanza de remediarla, llevó a la fortaleza a su mencionada sobrina doña Isabel, la cual era hermosísima, y la entregó a Hernando Pizarro, hombre poderoso, confiada en que éste acabaría por hacerla su esposa. Que de esos amores, que tuvieron por teatro el Castillo de la Mota, en donde la joven vivió oculta durante algún tiempo, por temor de que sus deudos la matasen, en castigo de su deshonra, nacieron un niño que murió en tierna edad, y una niña llamada doña Francisca Pizarro Mercado, la cual, legitimada, casó años más tarde en Trujillo, con Hernando de Orellana, señor de Magasquilla. Que en 1551 vino de Indias a España, joven, hermosa y harto acaudalada, doña Francisca Pizarro Inga, hija del difunto Marqués don Francisco, el Conquistador del Perú, y sobrina del Hernando Pizarro. Que éste, de más de sesenta años de edad, casó con “la perulera”, no embargante la diferencia de edad que entre ambos existía, y abandonó la mujer que diez años antes le había sacrificado su juventud, su honra y su belleza, dando lugar a que ésta, amargada, optase por recogerse al Monasterio llamado de las Beatas Fajardas de Medina del Campo, de donde, años des-

pués, se trasladó al monasterio de Santa Clara, de Trujillo" (Apud R. Cúneo Vidal, op. cit., págs. 521-523).

Como vemos, la realidad es bastante desagradable y el cambio que Tirso realizó de los acontecimientos, se justifica. La actitud de Hernando para con la joven no hubiera podido mostrarse abiertamente al público. Su efecto habría sido deplorable. Tirso no es hombre de dejar cabos sueltos y es por ello que, al pasar, habla de la próxima llegada a España de Francisca Pizarro, con quien Hernando podrá unirse para continuar así la estirpe Pizarra. No podía olvidar esto por dos razones: porque el público sabía de ese matrimonio que escandalizó a no pocos —él un anciano de setenta años y ella una adolescente, amén de su sobrina— y luego, porque el que defendía en aquel momento los derechos de la familia era, precisamente, un descendiente de Hernando y Francisca. En la comedia, como decíamos, se desliza la sugestión poco antes del final. El que habla es Alonso Mercado.

El de la Gasca ha enviado  
a España a vuestra sobrina,  
del Marqués, hermano vuestro,  
única heredera e hija;  
su retrato hasta en el nombre,  
pues llamándose Francisca,  
mezcla, para nuevas famas,  
los Pizarros con los Ingas.  
El Rey casarla pretende  
con un Grande de Castilla,  
y para hacerlo, en su Corte  
la aguarda desde Sevilla.  
Licencia trae para veros,  
y hoy he tenido noticia  
que, en fe de lo que desea,  
mañana entrará en Medina.  
Amigo, pues que los hados  
quieren en una hora misma  
lloréis bodas y viudeces  
de vuestra Isabel querida,  
juntad segunda vez sangre,

añudad quebradas líneas,  
 dad a vuestro hermano nietos  
 porque eterno en ellos viva.

(Jorn. III, Esc. X, pág. 614 b).

Hemos analizado —y creemos que puntualizadamente— los hechos. Vayamos ahora al protagonista. Estamos en condiciones de afirmar que el Hernando Pizarro de la trilogía de Tirso ha sido construido a partir del Hernando de los *Varones ilustres*. Es más, las principales características del personaje las destacó Pizarro y Orellana con toda claridad. Para él, Hernando procuró imitar las virtudes de los reyes, lo que se pone de manifiesto “*Em la fe* por la que se vencieron y conquistaron esos Reinos; *Em la Esperança* con que se mantuvo en el Cuzco a pesar de la superioridad de los Indios; *En la Caridad* que demostró a sus amigos y enemigos; *En la virtud de la Prudencia* demostrada al sufrir la traición de Diego de Almagro; *La virtud de la Teplãça* pues nunca, a pesar de su bello porte, tuvo hijos fuera de matrimonio; *La fortaleza de coraçon* demostrada no sólo en la guerra sino también en la prisión; y al fin tuvo *la virtud de la Justicia*” (op. cit., pág. 263). Compárense estas afirmaciones con algunos trozos de la comedia en los que se observa, además, que a las virtudes cardinales asignadas por Pizarro y Orellana, Tirso agrega otra vez, el valor

y así en vuestro valor fundo  
 que sólo, ensalzando a España,  
 pudiera hacer tanta hazaña  
 un hombre del otro mundo.

(Jorn. I, Esc. VI, pág. 584 a).

Airosa es la bizzarria  
 que sabe para obligar,  
 del modo que en vos, juntar  
 al valor, la cortesía . . .

(Jorn. I, Esc. VI, pág. 584 b).

Este hombre juntó al valor  
la prudencia y el respeto;  
obligando en lo discreto  
da en lo valiente temor . . .

(Jorn. I, Esc. X, pág. 587 a)-

H. a J. P. — los ímpetus con tiento sazonados,  
pintan a las hazañas la obediencia,  
que no hay victorias donde no hay prudencia.

(Jorn. II, Esc. III, pág. 593 a)-

H. P. — . . . quien hace interesado  
cuando de su esfuerzo fía  
las hazañas, grangerías,  
mercader es, no soldádo.

. . . el generoso, el leal,  
el premio que ha de adquirir  
es la fama hasta morir,  
*y ésta estriba en pretender  
merecer, por merecer,  
servir sólo por servir.*

(Jorn. II, Esc. X, pág. 599 a)-

— No desbarata al discreto,  
que, como él, ilustre nace  
el peligro, tan en sí  
está el valiente extremeño,  
como si esto [su prisión] fuera sueño.

— ¡Notable valor!

No ví  
tan generosa templanza.

— Blasfemaré del rigor  
de Almagro.

— Nunca el valor  
dió a los labios la venganza.  
¿Quieres ver adónde llega  
su prudencia sosegada?



y cuando el otro interlocutor se entera que Pizarro juega a los dados, exclama

- ¿Y eso es prudencia  
o loca temeridad?  
—Prudencia, que quien segur  
por su crédito, su ley,  
da la vida por su rey,  
contra un bárbaro perjuo  
no es justo que se alborote.

(Jorn. II, Esc. XVI, pág. 602 b).

El episodio con Gonzalo Vivero en el primer acto; la entereza de Hernando ante la muerte de su hermano Juan (<sup>107</sup>); su incredulidad en lo de la traición de Almagro y su oposición a todo acto de violencia contra él; su actitud resignada en la prisión (<sup>108</sup>); el dolor ante la traición de su hermano Gonzalo, en fin, son otras tantas pinceladas que definen el carácter del héroe de Tirso por entero igual a aquel de Pizarro y Orellana y muy distinto de lo que la historia había transmitido (<sup>109</sup>).

<sup>107</sup> Esto mismo afirma Pizarro y Orellana: "...entereza y valor, con que llevó Hernando Pizarro la muerte de su hermano, sin dar lugar a que el sentimiento natural, y la sangre hiziesen su oficio; teniendo por dichosa vida la q se perdía por la patria." (Op. cit., pág. 301).

<sup>108</sup> "... prisión larga, y trabajos increíbles en ella padecidos por nuestro grā Español; porq fueron el crisol, donde a la llama del fuego de las caluñas y emulaciones, descubrió el oro finissimo de su paciencia, los quilates subidos de su constancia." (PIZARRO Y ORELLANA, op. cit., pág. 343).

<sup>109</sup> "... el más señalado y el que más influyó en los acontecimientos fué Hernando, no tanto por la preponderancia que le daba su legitimidad y mayoría, como por las grandes y encontradas calidades que hallaban en su persona. Desagradable en sus facciones, gentil y bizarro en la disposición de su cuerpo, de modales finos y urbanos, de amable y gracioso hablar, su valor era a toda prueba, su actividad infatigable, en cualquiera objeto, en cualquiera acontecimiento, por inesperado que fuese, veía con presteza de águila lo que convenía hacer, y con la misma presteza lo ejecutaba. No había cuando estaba en España cortesano más flexible, más artero, más liberal; no había en América español más altivo, más soberbio ni más ambicioso. No miraba él la Corte sino como instrumento de sus miras; no consideraba los hombres sino como siervos de su interés o como víctimas de sus resentimientos. Templado y humano con los indios, odioso y temible a los castellanos, astuto, disimulado y falso, incierto en sus amistades, implacable en sus venganzas, eclipsaba con sus grandes calidades las de su hermano el gobernador, a cuya elevación y dignidad lo sacrificaba todo, y parecía el mal genio destinado a viciar la empresa con el veneno de su malicia y con la impetuosidad de sus pasiones" (QUINTANA, *Vida de Francisco Pizarro*, col. Austral, Bs. As., 1943, pág. 41).

Hemos llegado así al final de la Trilogía. Tirso ha cumplido con la tarea asignada, y lo ha hecho con todos los materiales a su alcance. Que conocía la realidad histórica es innegable, pero que la modificó cuando lo necesitó, también es indubitable. Que esa realidad la tomó él de los comentaristas —especialmente del Inca y en menor grado de Zárate— creemos haberlo demostrado suficientemente y que su otro apoyo fundamental fué la obra de Pizarro y Orellana *Varones ilustres*, se trasluce más que en ninguna de las tres comedias en esta última. La dosis en que debió mezclar lo real con lo imaginado, se la dió a Tirso su propio buen sentido que no se dejó arrastrar nunca por las exageraciones. Allí donde los hechos no eran favorables a sus defendidos, Tirso como buen abogado, les da un giro distinto, mas nunca excesivo. En el fondo hay siempre un asidero histórico.

Dentro del teatro del mercedario, la Trilogía no es precisamente lo que pueda recordarse más, ni con mayor agrado. Sus tres partes son de valor dispar, y la que encierra mayor interés es, sin duda, *Amazonas en las Indias*. La primera es muy débil y la tercera excesivamente convencional.

Ahora bien, un último problema nos resta en lo que a ella concierne, y es éste: ¿Hay en la Trilogía una visión de América? Es preciso tener en cuenta, para dar la respuesta, que el propósito del autor al escribirla era el de destacar las cualidades de tres hombres y de sus hechos; por lo tanto, el lugar en que se movieran, era de secundaria importancia. Había «a priori» un interés en los «agonistas» que borraba el medio ambiente. Lógicamente, como los sucesos habían ocurrido en el Perú, Tirso con su proclividad acostumbrada, crea la atmósfera correspondiente con nombres de animales y plantas, nombres geográficos y de cosas, destaca ciertas costumbres y peculiaridades de los indígenas, inserta un vocabulario americano. Pero de esto a una visión de América, hay mucha diferencia.

ANGELA B. DELLEPIANE DE MARTINO

## VOCES NÁUTICAS EN TIERRA FIRME

La conquista y colonización de América fué obra de hombres de mar, o bien de hombres que, aunque de procedencia mediterránea, llegaban aquí al cabo de largas y asendereadas travesías. Por fuerza el habla de esos primeros pobladores estaría plagada de voces y giros marinescos. Una vez en Tierra Firme, referirían esas voces a acciones u objetos que nada tenían de marinos, aunque guardaran similitud con sus acepciones primigenias. Muchos viajeros nos han dejado por escrito sus impresiones del mar y la vida marinera. Eugenio de Salazar (*Carta al Licenciado Miranda de Ron, Bibl. Aut. Esp.*, LXII, pág. 291) y Fray Antonio de Guevara (*Libro de los inventores del arte de marear* 1895), son los ejemplos más a mano, pero no los únicos. El primero nos refiere en tono risueño la impronta de la jerga marinera en su habla de todos los días.

Un ejemplo de este desplazamiento significativo: El verbo *bojar* significa propiamente “medir el perímetro de una isla, cabo o porción saliente de la costa”. A ese perímetro se denomina *boj* o *bojeo*. Con ese sentido lo encontramos en varios autores: “La verdad de eso no está averiguada hoy día, ni se halla quien haya *bojado* aquella tierra” (Joseph de Acosta, *Historia natural y moral de las Indias*, L. III, Cap. II). En esta misma obra encuentro más adelante la misma voz, ya operada la traslación semántica, puesto que al referirse al cerro de Potosí dice que: “. . . tiene de *boj* y contorno una legua por su falda. . .” (Ibidem, L. IV, Cap. VI).

• Numerosos filólogos han puntualizado la filiación náutica de algunos vocablos. Cuervo, Gagini, José de Armas, etc., citan voces marinas internadas en tierra firme. Modernamente ha vuelto a insis-

tirse sobre este tópico y Juan Corominas (*Rasgos semánticos nacionales*, AILC, I, 1941) y B. E. Vidal de Battini (*El habla rural de San Luis*, BDH, VII y *Fil.* I, 1949), han dado en el hito en lo que respecta a ciertas hablas regionales.

Las apuntaciones que siguen no pasan de ser un precario aporte a la dilucidación de este aspecto lexicográfico. Ha dificultado mi tarea la enorme extensión geográfica del español y su consecuencia: la variedad de los usos regionales de ciertas palabras o expresiones. Los vocabularios regionales no son siempre precisos y completos. Intenté suplir esta deficiencia acudiendo a la literatura, especialmente a los escritores costumbristas que intentan reproducir tal cual el habla popular.

También me esforcé en evitar lo que podía nombrarse "el espejismo de las hipótesis". Muchas veces nuestros supuestos cobran insensiblemente fuerza de asertos y creemos ver por doquier casos corroboradores. Se ha visto encasillar entre las voces náuticas algunas generales (*botar*) o pertenecientes a otras lenguas profesionales ("*zuncho*"). Con criterio semejante se ha circunscrito a América la vigencia de ciertos vocablos, sin advertir su uso corriente en España, o al menos, en algunas regiones peninsulares.

Teniendo en cuenta estos escollos he clasificado los términos náuticos allegados de la siguiente manera:

A. — Términos netamente marinos que han tomado en América un uso terrestre. En estos ejemplos es indudable la influencia del habla de los descubridores y colonizadores plagada de términos marinos.

B. — Términos originariamente marinos que han cundido en la lengua general tanto en España como en América.

Dentro de esta subdivisión se planteó el problema de si estas voces cuando pasaron a América ya habían perdido en la península referencia marinera, o bien si se adoptaron en la lengua general de España y de América independientemente. En cada caso trataré de dilucidar esta difícil cuestión.

## A

## ABARROTAR, ABARROTE

En su primitiva acepción náutica, *abarrotar* es “apretar, asegurar la estiba, llenando sus huecos con efectos a propósito” y también “cargar un buque aprovechando hasta los sitios más pequeños de su bodega y cámara”. De allí se formó el sustantivo *abarrote*: “fardo pequeño o pieza de poco bulto que sirve para abarrotar” (José de Lorenzo, Gonzalo de Murga y Martín Ferreiro, *Diccionario Marítimo Español*, Madrid, 1864). Figuradamente *abarrotar* ha pasado a significar también “atestar de géneros u otra cosa una tienda, un almacén, etc.” (*Dicc. Acad.*).

Apoyándose en tales acepciones, ambas voces han adquirido significación peculiar en varios países americanos. *Abarrotarse* “en la Argentina es despreciarse un artículo a causa de su excesiva abundancia” (Segovia). Poco y nada se oye ya esta voz en la región rioplatense, algo más en el Norte. Con el mismo sentido corre en el Perú, de atenernos al testimonio de J. de Arona, corroborado parcialmente por el *Diccionario de Arequipeñismos* de M. A. Ugarte. En Chile es “monopolizar un género de comercio” (J. T. Medina). En Venezuela tiene un sentido comercial más estricto: “abastecer una plaza mercantil con determinados efectos, de suerte que cese la demanda” (L. Alvarado). En Méjico es “monopolizar, acaparar, hacerse dueño en el mercado de la existencia total de una mercadería para encarecerla” (Santamaría). En Santo Domingo es casi sinónimo de *atestar* (Henríquez Ureña).

La voz *abarrote* atravesó distintas significaciones. Se empezó a llamar *abarrotos* a ciertas mercancías especiales. En Méjico se denominan así “muchos y muy diversos artículos de comercio, nacionales o extranjeros, como caldos, cacao, almendras, conservas, etc.” (García Icazbalceta). De allí se llamó *tienda de abarrotos* al comercio que en España se llama ‘tienda de ultramarinos’ y en la Argentina ‘almacén’.

El *abarrotero* es el especiero que comercia en *abarrotos*. Esta

voz se oye desde Nuevo Méjico (EE. UU.) hasta Centroamérica. Mr. Ellijah Clarence Hills en su estudio sobre *El español de Nuevo Méjico*, BDH, IV, págs. 1-73, da *abarrotos* como traducción de "groceries" y *abarrotero* de "grocer".

Había preguntado si era bueno o no al *abarrotero* que aun tenía abierta su tienda.

M. GUTIÉRREZ NÁJERA, *Historia de un peso falso*, Biblioteca de la Univ. Autón. de México, México, 1940, pág. 36.

Por un *abarrotero* judío supo que...

M. A. ASTURIAS, *El señor Presidente*, cap. XL.

En Ecuador (Mateus), Perú, Bolivia y el norte Argentino (Ciro Bayo) se llaman *abarrotos* tanto a los comestibles como al sitio donde se venden.

En la jerga de los jugadores *abarrotar* es —según explica Tobías Garzón— "en el juego de *malilla*, matar con una carta que no es la mayor que se tiene del mismo palo, reservando ésta para hacer después otra baza y llevarse en ella cartas de más valor". En el Perú, Ricardo Palma menciona esta *malilla abarrotada* en dos *Tradiciones peruanas*:

Una sala donde no sólo se jugaba la clásica *malilla abarrotada*...

I, pág. 254.

...armábanse cuatro o cinco mesas de *malilla abarrotada*.

IV, pág. 321.

## AGUADA

En la lengua marinera se llamaba *aguada* a la "provisión de agua dulce que llevan los buques para su consumo" y también al "sitio oportuno en tierra para coger agua potable y conducirla a bordo". A la operación de acarreo de agua potable al buque se llamaba *hacer aguada* (*Dicc. Mar.*).

...porque temen que pongan en arma la tierra, y les impida aquel retiro de cualquier tormenta y el *hacer aguada* y tomar algún refresco.

*La vida de Estebanillo González*, Clás. Cast., I, pág. 93.

...salidos de la mar del Norte fueron a no sé qué isla donde *hicieron aguada* y se reformaron.

JOSEPH DE ACOSTA, *Historia natural y moral de las Indias*, L. III, Cap. II.

En América el vocablo se ha extendido a Tierra Firme. Así en la Argentina y en la región rioplatense se oye corrientemente en el sentido señalado por Garzón: "En los campos, depresión natural del terreno, excavación o represa artificial, donde se depositan aguas potables para los animales". Los ejemplos abundan en la literatura rioplatense.

Las tropas que salen de las campañas de Buenos Aires sólo se componen de seiscientos o setecientas mulas, por la escasez de las *aguadas*, en que no pueden beber muchas juntas.

CONCOLORCORVO, *Lazarillo de ciegos caminantes*, Cap. VI.

Un baqueano encuentra una sendita que hace cruz con el camino que lleva: él sabe a qué *aguada* remota conduce.

D. F. SARMIENTO, *Facundo*, Clás. Arg., pág. 74.

Tiene una *aguadita* que se seca cuando el año no es lluvioso.

L. V. MANSILLA, *Una excursión a los indios ranqueles*, Cap. IX.

...nos dieron permiso para echar la tropa en un potrerito pastoso provisto de *aguada*.

R. GÜIRALDES, *Don Segundo Sombra*, Cap. VIII.

...los dispersos ganados que, lentos y silenciosos, bajaban a las *aguadas*...

C. REYLES, *El terruño*, Cap. XVI.

En Chile corre también con esta acepción de "abrevadero" (Román y Medina). Agrega Román: "Llamamos en Santiago *Zanjón de la Aguada* una grande acequia que corre al sur de la ciudad porque servía de abrevadero a las recuas y hatos que llegaban por esa parte".

En Venezuela, aunque no está registrado por Alvarado, encuentro en *El forastero*, novela de Rómulo Gallegos (ed. Peuser, pág. 258), un lugar llamado *Aguada podrida*, llamado así por ser una "aguada de emanaciones sulfurosas". Una extensa nota dedica a esta voz Santamaría en su vocabulario de Tabasco. Allí llámase *aguada* a los depósitos *naturales* de agua formados por arroyos o por "ojos de agua".

También significa "abrevadero" en Costa Rica; Gagini puntualiza su origen marineró.

## ALBORTANTE

*Albortante* o *arbotante* es en la nomenclatura del buque "todo trozo o pieza de madera o hierro que sale del cuerpo principal del buque o de otro objeto a que está hecho firme para sostener cualquier cosa" (*Dicc. Marít.*). La acepción que esta voz tiene en arquitectura o las que ha tomado posteriormente en los buques de casco metálico no conciernen a este trabajo.

No ha cundido mucho fuera de las lenguas profesionales. En América sólo la he hallado en Méjico con la significación de "candelero sin pie, de una o más luces que comúnmente se fija en la pared. Dase asimismo tal nombre a los brazos de un candelero o de una lámpara" (García Icazbalceta). Añade el filólogo mejicano: "Así como el *albortante* marino es una pieza horizontal que avanza fuera de la nave para sostener cualquier cosa, del mismo modo el brazo del candelero sale del pie de éste, de la lámpara o de la pared, para sostener una luz".

Confirman esta acepción los siguientes pasajes:

El queso... seguía diseminado en la sala sobre los sillones, en la moldura de los cuadros, en los *albortantes* de los candelabros.

J. T. DE CUÉLLAR, *Baile y cochino*, Cap. I.

Ardían las seis velas de los *albortantes* de plata ante la sagrada imagen.

RAFAEL DELGADO, *La misa de madrugada*, Univ. Autón. de Méjico, pág. 107.

## ANCHETA

Llamábase *ancheta* a "la porción corta de mercaderías que algún particular enviaba a América por vía marítima" (*Dicc. Marít.*). En América (y principalmente en Méjico), prevalece el sentido general de carga, sin parar mientes en los medios de transportarla. Así he hallado en varias narraciones mejicanas la voz *ancheta* con la acepción que Santamaría registra para Tabasco: "Porción corta



de mercaderías que una persona lleva a vender a cualquier parte". De aquí se ha formado la voz *anchetero* "buhonero, negociante con *anchetas*" (Ramos y Duarte).

... anhelaba también por entregarle su *ancheta* y romper de una vez todas las conexiones que me había acarreado su amistad.

F. DE LIZARDI, *El Periquillo Sarniento*, Iª Parte, Cap. XXI.

... tenía Manuel su *ancheta* de pañitos, mascadas, géneros blancos y otros efectos de lencería.

L. INCLÁN, *Astucia*, México, 1908, I, pág. 242.

... no habiendo quien me comprara, iba la *ancheta* cuesta abajo.

Ibidem, pág. 303.

En este ejemplo con la voz *ancheta* no se designa precisamente la carga, sino más bien la negociación o renta que con ella debe realizarse. Así se explica que suela usarse *ancheta* por "buen negocio" y también, con irónica antífrasis, por "mal negocio". En Tabasco: ¡buena *ancheta*! se dice por negocio o asunto inconveniente (Santamaría). Alejándose más aún del sentido originario: "No es mala *ancheta* o vaya una *ancheta* se dice de las cosas estorbosas o de los encargos molestos" (García Icazbalceta).

Con ambas acepciones de fiasco o ganga comercial corre la voz por varios países americanos. Así en Cuba es "cosa o negocio pequeño, malo" (Pichardo). En Venezuela es "utilidad, ganancia" y también "majadería, importunidad" (L. Alvarado). En Ecuador y Perú significa "buen negocio", aunque tampoco puede descartarse su uso irónico.

En la región rioplatense ya poco y nada se oye; pero, según Granada, significó alguna vez: "Acción o dicho simple, desairado, de ninguna oportunidad e importancia. Úsase en expresiones como la siguiente: ¡Qué *ancheta*! ¡Vaya una *ancheta*! ¡Gran *ancheta*! ridiculizando a quien se ufana de haber ejecutado o propuesto una cosa a que se atribuye mérito e importancia y que en realidad de verdad no vale la pena". Un tanto insólita me parece la acepción de "satisfacción en la manera de proceder" que trae Segovia.

## AÑDARIVEL

Define esta voz García de Palacio en su *Instrucción náutica*: “*Andarivel* es un cabo que se afixa desde el árbol mayor al trinquete, encima de la puente, o xareta, quando la nao penexa, para que la gente vaya asida desde popa a proa”. Añade el *Diccionario marítimo* de 1864: “El que sirve para colgar ropa a secar y las banderas de los engalanados. En los arsenales, el cabo hecho firme por sus chicotes en dos puntos y por el cual se palmea un marinero que de este modo traslada una barquilla o lancha con gente o efectos de uno a otro de dichos puntos”.

Sus acepciones de Tierra Firme guardan cierta analogía con alguna de éstas.

En España, en alguna región costera (en Santander, por ejemplo) suele usarse metafóricamente por “adornos” o “arrequives”.

Está con todos sus *andariveles* domingueros.

J. M. PEREDA, *Sotileza*, Ob. comp., XI. pág. 298.

Con el mismo sentido corre en Santo Domingo (Henríquez Ureña).

En Cuba es una “especie de balsa, batea o pasacaballo en que se transporta la gente, animales y carruajes de una orilla a otra de los ríos, tirando de una cuerda hecha firme en ambas” (Pichardo). Muy similar al sentido que le dan los vocabularios chilenos: “mecanismo empleado para pasar ríos y hondonadas que no tienen puente y consiste en una cesta o cajón que, pendiente de dos argollas, corre por una cuerda que se ata en los dos extremos de la distancia que se quiere salvar” (Román).

Algo más peculiar es la acepción rioplatense: “Especie de cerco formado por una cuerda o alambre sujeto en postes clavados a distancias que se ponía en las canchas de carreras para evitar el contacto de caballos y jinetes” (Segovia). Se da con frecuencia en la literatura rural:

En medio del callejón del que habían elegido un trecho bien parejo, clareaban los *andariveles* emparejados a pala ancha.

R. GÜTRALDES, *Don Segundo Sombra*, Cap. XX.

La fundación del hipódromo que acabó con las canchas derechas y de *andarivel*...

R. J. PAYRÓ, *Divertidas aventuras de un nieto de Juan Moreira*, Cap. I.

Corremos con *andarivel*...

C. REYLES, *El gaucho Florido*, Cap. IV.

## ANDULLO

En los buques llamábase *andullo* al "pallette o tejido que se pone en las jaretas y a los motones para evitar el roce" y también al "motón colocado en el extremo de los masteleros de gavia para el paso de los ostagas" (*Dicc. Marít.*).

En ~~En~~ ~~la~~ ~~lengua~~ ~~de~~ ~~los~~ ~~indios~~ ~~de~~ ~~la~~ ~~voz~~ ~~andullo~~ ~~o~~ ~~gamaullo~~ con diversos sentidos y no es improbable su origen náutico. Los primeros conquistadores no encontraron mejor término de referencia que los *andullos* de sus buques para designar a las pastas de tabaco que mascaban los indígenas de las Antillas.

La nueva denominación parece haberse originado en Cuba, donde aún se encuentra con el significado de "hojas de tabaco prensadas y aforradas con yagua en forma cilíndrica y punta cónica, de otra manera como "breva" (Pichardo y Macías). Más detalles se encuentran en el *Léxico tabacalero cubano* de J. Perdomo.

En Santo Domingo significa "hoja larga de tabaco arrollada" (Henríquez Ureña).

En Puerto Rico su acepción difiere un tanto, pues, según Malaret, llámase *andullo* al "tamarindo maduro, sin la cáscara, envuelto en hojas secas de plátano". Como se ve, más que la materia, parece contar en la denominación la idea de prensar o embutir dentro de algo.

En Méjico se usa como en Cuba, de donde provienen tanto la mercancía como su denominación (Santamaría). En Venezuela es también: "Tabaco de mascar elaborado en garrapiña y doblemente ambirado, encerrado en los cañutos de caña hueca por otro nombre carrizo" (Díaz, *El agricultor venezolano*, apud L. Alvarado, *Glosarios del bajo español de Venezuela*, Caracas, 1929, pág. 21).

Es posible que en un tiempo se usara también en Ecuador y Perú. Hoy nadie ha oído por allí esta voz. Pero en el Norte argentino se conoce con acepción parecida a la antillana: "mazo de hojas de tabaco superpuestas longitudinalmente y de modo que los troncos van de un solo lado" (Garzón). Este autor la da como propia de la provincia de Tucumán; pero Lafone Quevedo registra *andullu* entre sus catamarqueñismos y lo mismo Solá en su *Diccionario de regionalismos de Salta*, Buenos Aires, 1950.

## ARRANCHAR

En marina tiene este verbo varias acepciones: "Cazar mucho una vela o escota, ceñir mucho el aparejo", es una de ellas. Seguramente de aquí deriva el frecuente empleo de este verbo en el Perú, que —según Arona— "no hay por donde disculparlo". Se usa allí ese verbo con el sentido de "arrebatar una cosa con viveza".

Resulta de las declaraciones todas, que los cuadrilleros aseguraban que el arzobispo les había dado la comisión de *arranchar* postizos y que no fué culpa de los *arranchadores* el que junto con los postizos, desaparecieran sortijitas. . .

R. PALMA, *Tradiciones Peruanas*, IV, pág. 52.

El sentido peruano no coincide con el marino, pero en ambos se hace referencia a un "tironeo violento o forcejeo" de algo. En Santo Domingo *arrachar* es 'quitar' (Henríquez Ureña).

Esta voz ha llegado a confundirse con *arranchar* (rancho). Como tal significa reunirse varias personas a comer juntas o detenerse a descansar en una playa, establecerse, alojarse, amancebarse, etc. Así se da en Méjico (G. Icazbalceta); en Colombia *arrancharse* (Cuervo, *Apuntaciones*, § 921); en Venezuela (L. Alvarado y R. Gallegos, *Doña Bárbara*, ed. Peuser, pág. 30). Menos frecuentemente lo he hallado sin aprotética como en B. Díaz del Castillo, *Conquista de la Nueva España*, México, 1944, II, pág. 377 y en J. Buitrago, *Pescadores del Magdalena*, Bogotá, 1938, pág. 143 y B. E. Vidal de Battini, *Voces marinas*. . . , *Fil.* I, 1949, pág. 127.

El mismo origen parece tener la curiosa acepción cubana: "buscar o perseguir y atacar a los negros cimarrones en sus ranchos o guaridas" (Pichardo).

## ATRACAR

Significa "arrimar una embarcación a tierra o a otra embarcación". En Tierra Firme ha cundido con sentidos similares y se usa por "arrimar, aproximar", etc.

Ello es lo que hay que hacer pa *atracarse* a ese colegio en que enseñan esos latines.

J. M. PEREDA, *Scitileza*, O. Comp., XI, pág. 164.

En Andalucía *atracar* es "acertar una pedrada, un tiro o un golpe". Alcalá Venceslada transcribe el siguiente ejemplo: "le tiré una piedra, le *atracué* y está achocao".

La generalización de este verbo es aún mucho mayor en América. En la Argentina no sólo se *atraca* el automóvil a la acera (ver Corominas, *AILC*, I, 1941, pág. 12), sino que *atracarse* es "acercarse con buena o mala intención" (Ciro Bayo). Anoté una vez esta frase oída en un andén ferroviario de Buenos Aires: "Voy a ver si me le *atraco* a esa mina que ahí viene". Su uso frecuente en San Luis es señalado por la señora de Battini en su estudio sobre *El habla rural de San Luis*. En la lengua gauchesca se usa corrientemente este verbo, así como el sustantivo *atracada*.

... *atráquese* a la derecha, a ver si se enderieza.

GÚIRALDES, *Don Segundo Sombra*, Cap. IV.

Con los vivos me *atraco* ande quiera y como quiera.

C. REYLES, *El gaucho Florido*, Cap. IX.

En la última *atracada* creo que se me jué la mano.

IBIDEM, Cap. XI.

un sobeo en tres dobleses

se le *atraca*

y queda como una estaca

ASCASUMI, *Troves de P. Lucero*.

Yo me le empecé a *atracar*  
y como con poca gana  
le dije...

HERNÁNDEZ, M. *Fierro*, I, 741.

nos manda aquí a la frontera  
gringada que ni siquiera  
se sabe *atracar* a un pingo.

HERNÁNDEZ, M. *Fierro*, I, 890.

En Chile se usa corrientemente por "arrimar, acercar, aproximar". Román puntualiza su origen marino: "El marino al bajar a tierra no puede olvidar sus términos peculiares y los emplea a cada triquitraque". La voz *atración*, además de la acepción académica, se usa en Chile por 'empellón' y 'empujón' y de ahí también 'lucha, contienda' (Román y J. T. Medina).

Saludó... y se *atraco* a un boldo desenganchado.

LAUTARO YANKAS, *Rotos*, Zig-zag, Santiago, 1945, pág. 26.

Tanto Román en Chile como Arona en el Perú señalan una nueva acepción americana del vocablo: "adherirse a la opinión de alguno". El último explica: "es sin duda imagen tomada de los muelles o embarcaderos donde los botes *atracan*". En Perú se dan también los sentidos corrientes de *atracar*. He oído en Cuzco: "*atracar* el carro a la acera", pero no es tan frecuente como *cuadrar*.

En Venezuela se usa *atración*, como en Chile, con el sentido de 'riña' especialmente de palabras (Alvarado).

En Méjico *atracarse* es "defenderse, hacerse fuerte" (Ramos y Duarte), y además: "reñir, pelear, luchar o contener de obra o de palabra con mucha saña y muy de cerca". En este mismo sentido se oye en Cuba (Pichardo) y en Honduras (Membreño).

En Santo Domingo además de las antedichas, Patín Maceo aduce otras acepciones: "apurar, apretar, instar, apremiar a uno para que haga una cosa". Ejemplos: "Después de mucho *atracarla* obtuve que me pegara. Tuvimos que *atracar* porque se nos venía la noche". En la novela *Eusebio Sapote* de Enrique Aguiar (pág. 60) se llama "*atracador* de una mujer" al atropellador.

## BALDE

En España llámase 'cubo' a lo que en la mayor parte de América *balde*: "Vaso de madera, metal u otra materia, por lo general en figura de cono, con asa en la circunferencia mayor, que es la de encima y fondo en la menor" (*Dicc. Acad.*). El término *balde* tiene un uso más circunscrito: "Cubo de cuero, lona o madera, más ancho por el fondo que por la boca, usado en las embarcaciones para coger o sacar el agua" (*Dicc. Marít.*).

Y del cabo del *balde* no se trata...

LOPE DE VEGA, *La Dragontea*, est. 372.

Esta diferenciación no es absoluta, ya que —según señala el *Diccionario Enciclopédico Hispanoamericano*— "en Andalucía y otros puntos, especialmente en los puertos de mar, se suele dar este nombre a los cubos que se usan en las casas".

...un *balde* a medio llenar de macizo.

J. M. PEREDA, *Sotileza*, Ob. comp., XI, pág. 163.

También en Pontevedra y otros lugares gallegos es "silla para acarrear agua" (Cuveiro Piñol).

En América 'cubo' ha sido casi desalojado por completo y sustituido por *balde*. También ha cundido *baldear* que originariamente significaba "regar las cubiertas de los buques".

Ambas voces son corrientes en la región rioplatense. Registranlas Segovia y Garzón:

...por haberme bañado el rostro con un *balde*.

R. GÜERALDES, *Don Segundo Sombra*, Cap. VIII.

...le echó un *balde* de agua sobre el lomo.

C. REYLES, *El Gaucho Florido*, Cap. III.

• En Chile también es frecuente este uso de *balde*: "cubo para acarrear agua, generalmente de metal" (J. T. Medina). Lo mismo sucede en Perú.

...una pila donde llenaban de agua sus cántaros y baldes algunas mujeres.

CIRO ALBERGÍA, *El mundo es ancho y ajeno*, Ercilla, 1949, pág. 93.

y en Ecuador:

...baldes repletos de...

J. ICAZA, *Huastipungo*, Ed. Pingüino, pág. 60.

En Venezuela lo encuentro nombrado en el cuento *¡Agua va!* de Nicanor Bolet Peraza.

En Méjico —como explica Santamaría para Tabasco— esta voz de marina se ha hecho genérica.

No había más que un balde.

R. MUÑOZ, *Se llevarán el cañón para Bachimba*, pág. 42.

En Cuba pasa algo curioso. En el Oeste es casi desconocida esta voz. En cambio, en Santiago y la región oriental se usa corrientemente balde en vez de 'cubo'.

En Santo Domingo están bastante generalizados el nombre y el verbo.

Mientras se baldeaban los pisos

E. AGUIAR, *Eusebio Sapoté*, Bogotá, 1938, pág. 207.

## BEQUE

"La obra exterior de proa que se compone de las perchas, enjaretado y tajamar y el remate o voluta de este último". Madero taladrado longitudinalmente por su centro y colocado a uno y otro lado del tajamar en las perchas de proa, que sirve de lugar excusado a la tripulación y guarnición del bajel" (*Dicc. Marít.*).

En Colombia, Cuervo (*Apunt.*, § 530) la registra entre las voces de procedencia náutica en el sentido de bacín. "Aunque hace largos años que no la oímos", agrega. No he hallado de esta voz ninguna cita literaria. Ramos y Duarte (Méjico) la trae con el sentido de cárcel.



## BONANZA

De la acepción náutica y corriente "tiempo tranquilo o sereno en el mar" ha tomado en la lengua minera un valor especialísimo que registra el *Diccionario Académico*: "zona de metal muy rica".

En la zona minera de Cuyo su uso ha sido rastreado por Juan Corominas (*AILEC*, I, 1941, pág. 26) quien transcribe la siguiente cita de Chile: "Creen los mineros (de Coquimbo y Atacama) que en vísperas de un *alcance* o *bonanza* en una mina se oye trabajar a los Huecúes [especie de duendes]" (J. Vicuña Cifuentes, *Mitos y Supersticiones*, Sgo. de Chile, 1915, pág. 336).

En Perú corre con acepción similar:

...una veta de plata que llaman *bonanza*.

VENTURA GARCÍA CALDERÓN, *Un soñador*, en *La venganza del cóndor*, Madrid, 1924, pág. 18.

Acerca de su empleo en Méjico nos informa J. García Icazbalceta: "En las minas, acumulación anormal y extensa de mineral de alta ley en la masa del criadero que le contiene. A la ausencia de mineral útil en la mina, se le llama *borrasca* por comparación".

Luego que en alguna parte se descubren una o dos minas ricas, se dice estar aquel pueblo en *bonanza*, y es precisamente cuando está peor.

FERNÁNDEZ DE LIZARDI, *El Periquillo Sarniento*, IIª parte, Cap. XI.

...en una mina de *bonanza* o escasean los artesanos o si hay algunos, se hacen pagar con exorbitancia su trabajo.

IBIDEM.

Gana de embustes, prenda mía, ya lo sé todo, la mina borrascosa, la *bonanza*, los alemanes, que vas a comprar una hacienda, que...

LUIS G. INCLÁN, *Astucia*, Univ. Autón. de Méx., 1945, pág. 55.

## BOTALÓN

Explica el *Diccionario Marítimo*: "Palo redondo de dimensiones proporcionadas, herrado y aparejado convenientemente, el cual se saca hacia afuera, ya de las vergas, para marear las velas

llamadas alas, ya del costado mismo del buque, para largar las denominadas rastreras, amarrar embarcaciones menores, desatracarse de otras mayores, etc.”

No le amuréis al *botalón*.

EUGENIO DE SALAZAR, *Carta*, Bibl. Aut. Esp., LXII, pág. 291.

En ese instante la *Beagle* se desarboló cayendo al agua los masteleros y el *botalón*.

H. R. RATTO, *Jarcia Trozada*. Bs. As., 1930, pág. 108.

En Colombia esta voz ha pasado a significar algo distinto: “un palo clavado en el suelo en el cual puede asegurarse una caballería o res vacuna” (Cuervo, *Apunt.*, § 530). Posiblemente al principio sólo se designaba así a un palo clavado en tierra para amarrar los botes, como se hace aún hoy en ciertas zonas ribereñas.

Saltó a tierra y dejó que la canoa continuara su rumbo. Así creería el dueño que la corriente la había zafado del *botalón*.

JAIME BUITRAGO, *Pescadores del Magdalena*, Bogotá, 1938, pág. 137.

Abundan en las letras colombianas los ejemplos de la acepción rural señalada por Cuervo.

Como quien sortea un toro en torno de un *botalón* o bramadero...

LUIS S. DE SILVESTRE, *Tránsito*, Ed. Samper Ortega, pág. 94.

Agachando la maculada cerviz en torno de la horqueta del *botalón*...

J. E. RIVERA, *La vorágine*, Ed. Losada, pág. 40.

En Venezuela es también: “jalón, piqueta, picota, posta” (Alvarado).

Manoseando las vacas pegadas a los *botalones*.

R. GALLEGOS, *Doña Bárbara*, Ed. Peuser, pág. 215.

Colgando de un *botalón* el costillar y los cuatro cuartos de terneras.

R. GALLEGOS, *La trepadora*, Ed. Peuser, pág. 98.

Pues, ahora mi dotor, tiene Ud. que cabrestear hasta el *botalón*..

D. MENDOZA, *Un llanero en la capital*, en *Antol. de cost. venez. del siglo XIX*, Caracas, 1940, pág. 60.

Montado frente al *botalón*.

M. PICÓN SALAS, *Los hombres de guerra*, en *Antol. del mod. cuento venez.*, Caracas, 1940, I, pág. 307.

## BROMA

Según el *Diccionario Académico* es “un molusco acéfalo que se introduce en las maderas bañadas por las aguas del mar y en ellas se desarrolla y vive hasta destruirlas completamente”.

Constituyó una temida plaga en tiempos de los cascos de madera: “*Broma*, es un género de gusano que horada la tabla, como la carcoma el madero” (D. García de Palacio, *Instrucción náutica*).

Y pues estando el navío surto y quieto cría más *broma* que si navega.

IBIDEM, libro I, pág. 6.

Los navíos si más aguardaran se comerían de *broma*.

BERNAL DÍAZ DEL CASTILLO, *Historia de la Conquista de Nueva España*, México, 1944, II, pág. 105.

En Méjico, en especial en Tabasco (Santamaría, *El provincialismo tabasqueño*, s. v.) la denominación se ha extendido. Se llama así a un “insecto o especie de gusanillo de medio centímetro apenas... tiene la propiedad de perforar y prefiere las maderas húmedas, embarcaciones. También se llama así por antonomasia la perforación o roedura producida por el insecto en la madera y así se dice: *este cayuo tiene broma*, aun cuando un solo insecto no habite ya en él”.

Además se denomina *broma* o *mancha* a una “enfermedad padecida por el cacao, producida por un insecto que perfora el tallo o el fruto mismo de la planta, pero nunca sus raíces”. Santamaría cita trozos de *Cultura y beneficio de cacaotero* de Leandro Martínez Chabilé, México, 1912.

## CARAMANCHEL

*Caramanchel* o *carabanchel* es “cubichete de madera como de una vara o más de alto, que suele haber en los buques sobre las bocas de las escotillas, para que no entren abajo la lluvia y el frío; generalmente tiene una puerta que se abre a un lado y una tapa es

de corredera o gira sobre goznes y se echa para arriba; es mueble que se quita en los climas cálidos por innecesario" (*Dicc. Marít.*).

En América esta voz ha pasado a tierra firme. Toro y Gisbert dice haberla oído en Andalucía.

En Costa Rica significa "camaranchón, desván, bohardilla, zaquizamí" (Gagini). En Colombia, Cuervo (*Apunt.*, § 530) señala la procedencia marítima de este vocablo que allí significa "turgurio, chiribitil".

También por metátesis *camaranchel*, cf. Sundheim.

Al fin se colocó en el *caramanchel* o ventorro de Eústaquio Sanforino.

JAIMÉ BUITRAGO, *Pescadores del Magdalena*, Bogotá, 1938, pág. 11.

En Venezuela es "balumba o montón de cosas" (L. Alvarado). En el Perú lo encuentro usado en forma figurada y burlesca.

...de cada azotaina que se daba en el *caramanchel* de popa sacaba del purgatorio su celestín de ánimas benditas.

R. PALMA, *Tradiciones Peruanas*, Espasa-Calpe, III, pág. 421.

En Ecuador es "casucha de mala muerte levantada por lo general en el campo" (Cornejo).

En la sierra peruana he oído designar con esta voz a un toldo que se arma en las plazas públicas en las fiestas populares, para comercio o juego de azar. También se oye en Bolivia y en el norte argentino, donde Ciro Bayo lo ha recogido como "figón o chichera donde se organiza una juerga".

En Chile úsase en el significado de "puesto público para gente pobre donde se venden bebidas o baratijas" (Román).

## CERRAZÓN

Aunque muy generalizada, esta voz tiene origen marino. "Oscuridad grande que a veces se observa cubriéndose el cielo de nubes densas y negras" (*Dicc. Marít.*). Hablando de un nublado. dice

Las Casas (*Historia de las Indias*, I, Cap. 7): "... a que llaman los marinos *cerrazón*".

En América se oye con frecuencia con ligeras variantes de sentido. En la región rioplatense y también en el interior de la Argentina *cerrazón* significa 'neblina', 'niebla'. En San Luis apunta su uso B. E. Vidal de Battini, *Voces marinas en el habla rural de San Luis, Fil.*, I, 1949, pág. 123.

Ya saben, pues; vámonos  
pero no se me retiren  
de atrás, por la *cerrazón*  
que nos viene de perilla.

H. ASCASUBI, *S. Vega*, v. 7806-9.

Los balidos formaban como una *cerrazón* de angustia en el aire.

R. GÜERALDES, *Don Segunda Sombra*, Cap. XVI.

Así como una *cerrazón* de misterios la envolvía.

C. REYLES, *El gaucho Florido*, Cap. XI.

En el Perú, aunque su uso no es habitual en el habla corriente, su sentido es más próximo al originario, pues casi siempre implica tormenta o amenaza de lluvia.

...la *cerrazón* mujío y se perdió entre los pajonaes.

C. VALLEJO, *Fabla salvaje*, V.

De Colombia también he allegado algún ejemplo:

...bajo la hopalanda de *cerrazones* apretadas como el neme.

J. BUTRAGO, *Pescadores del Magdalena*, Bogotá, 1938, pág. 40.

Victorio no pudo ver siquiera en la *cerrazón* la silueta de la canoa y su piloto.

IBIDEM, pág. 99.

En Venezuela:

Un sol temprano se deslizaba a través de las *cerrazones* de levante con un reflejo empañado.

J. ROSALES, *El mutilo*, en *Antol. del mod. cuento venez.*, Caracas, 1940, pág. 147.

## CIAR

Su acepción es netamente marinera. “*Ciar*, es cuando se rema hacia atrás, reculando. *Ciar*, se dize también quando quieren detener, y que no pase el tal navío, calando los remos al agua, remando al contrario y así lo detienen y reparan”. (Diego García de Palacio, *Instrucción náutica*, México, 1587).

...quan mucho corre tu barca  
*ciará* quando bien la remes.

JUAN DE MENA, *Goplas contra los pecados mortales*, Ed. Foulché-Delbosc, *Cancionero Castellano del s. XV*, I, pág. 128.

En los *Refranes glosados* de Sebastián de Orozco se descompone ingeniosamente la voz abogacía:

Así que por esta vía,  
 hacen como marineros:  
 uno boga y otro *cía*  
 y todos cogen dineros.

BAE, II, pág. 703.

En gallego ya se ha extendido su significación “*cear*, *cenar*, *ciar*, *cejar*, hacerse atrás el ganado cuando trabaja y conviene” (Cunveiro Piñol).

En América no he visto este verbo con frecuencia fuera de su acepción náutica, pero según Coromiras (*AILC*, I, 1941, pág. 13, n.) se usa en la región de Mendoza y otras provincias andinas. Transcribe una cita de V. Montagne, *Cuentos cuyanos*:

“Un muchacho *ciaba* con vivacidad el gigantesco maderamen”.

## CHICOTE

Llámase a bordo *chicote* al “extremo o remate o punta de cuerda o pedazo pequeño separado de ella” (*Dicc. Marít.*). Como es de suponer, estos *chicotes* solían empuñarse a veces para zurrar a alguien. Su sentido llegó así a confundirse con el de “látigo o zu-

riago". De ahí se derivó el sustantivo *chicotazo*, el verbo *chicotear*, *chicotillo* y otras.

... algunos *chicotazos* y bofetones...

J. M. PEREDA, *Sotileza*, Ob. Comp., XI, pág. 202.

Prevalciendo su sentido de extremo o remate, la voz *chicote* ha abarcado por extensión otras acepciones. Así en Andalucía es "cabo o punta de cigarro puro, ya fumado" (Alcalá Venceslada) y en Galicia, además de designar "moca o palo corto, se aplica a un cigarro puro malo" (Cuveiro Piñol).

En América su uso es mucho más frecuente que en España. En la región rioplatense tanto *chicote* como sus derivados, son de lo más corrientes, especialmente en el habla campera.

Además de mucha pujanza, son tan diestros en el manejo del *chicote*...

CONCOLORCORVO, *Lazarillo de ciegos caminantes*, Bs. As., 1942, pág. 161.

Es preciso... estar con el *chicote* en la mano para que respeten la autoridad.

SARMIENTO, *Facundo*, Cap. XIII.

Sufrí en la planta de los pies el *chicotazo* del suelo.

R. GÜRALDES, *Don Segundo Sombra*, Cap. VI.

... concluyó *chicoteando* el dedo índice contra el pulgar.

C. REYLES, *El gaucho Florido*, Cap. II.

... y de miedo del *chicote*  
se le apretó hasta el cogote  
sin pararse a rontestar...

J. HERNÁNDEZ, Martín Flerro, II, v. 2238.

E. Tiscornia señala este uso argentino —y americano— de *chicote* como una "particularización del náutico". Ya habían registrado la voz Granada, Garzón, Segovia y Ciro Bayo.

En Chile significa lo mismo. Lenz le adjudica una falsa etimología. Se ha formado la voz *chicotera*.

Cambiemos, hombre de Dios; toma tú los hábitos y dame a mi la manta y la *chicotera*.

E. BARRIOS, *Gran señor y rajadiablos*, Santiago, 1949, pág. 15.

Barrera los ladrones a *chicotazos*.

IBIDEM, pág. 98.

También en el Perú:

Cada muchacho tenía seis bien sonados *chicotazos*.

R. PALMA, *Tradiciones peruanas*, II, pág. 202.

En la montaña peruana denominase *chicotillo* a un áspid que ataca o se defiende dando zurriagazos con su propio cuerpo.

En el Ecuador corre también con el sentido de látigo (Mateus). En Colombia significa, además, "punta de cigarro" como en Andalucía (Cuervo, *Apunt.*, § 530; Sundheim).

El maestro Portobela... fumaba *chicotes* en churumbela.

M. POMBO, *La niña Agueda*, en *Cuadros de costumbres*, Ed. Samper-Ortega.

Al fin se dormía, el *chicote* en la boca...

A. CASTRO, *Amo y Señor*, en *Varios cuentistas antioqueños*, Ed. Samper-Ortega, pág. 124.

Idéntica acepción en Venezuela.

José Manuel hunde los carrillos succionando el *chicote*.

G. A. BRACHO MONTELL, *Odio*, en *Antol. del mod. cuento venez.*, II, pág. 78.

Esta última acepción es corriente también en Méjico. G. Icazbalceta corrige la acepción "cigarro, puro" que da la Academia alegando que sólo significa "punta de cigarro, no el cigarro entero". Además tiene vigencia allí la acepción corriente de látigo.

Les tronó el *chicote* y partieron como rayo.

L. INCLÁN, *Astucia*, México, 1908, I, pág. 77.

...ese bribón que me acaba de tirar un *chicotazo*...

IBIDEM, pág. 277.

...el pobre cochero *chicoteando* las mulas.

IBIDEM, pág. 307.

Es también frecuente en Costa Rica (Gagini), en Honduras (Membreño), en Nuevo Méjico (Hills), en Santo Domingo (H. Ureña) y en Puerto Rico (Malaret). En Cuba es voz muy usada como sinónimo de *rebenque* (Pichardo).



## CHINCHORRO

Dice de esta voz el *Diccionario Marítimo*: "Red a modo de barredera, semejante a la jábega, aunque menor". También designaba al pescador que lo utilizaba, según puede inferirse del siguiente pasaje:

... que se quedasen en la villa, y con dos *chinchorros* que tuviesen cargo de pescar, que en aquel puerto siempre había pescado aunque no mucho.

B. DÍAZ DEL CASTILLO, *Conquista de Nueva España*, México, 1944, I, pág. 222.

En América este sentido ha trascendido a otros objetos. En Colombia se llama así a una hamaca de red y Cuervo (*Apunt.*, § 519) justifica este nuevo uso.

A un lado de mi *chinchorro*, en su angosto catrecillo de viaje, Alicia dormía con su agitada respiración.

J. E. RIVERA, *La Vorágine*, Cap. I.

En Venezuela corre pareja acepción. Un refrán asegura que las tres cosas que hacen feliz a un llanero son "mascada, tapara y *chinchorro*". Llámase también *chinchorro* a un "arbusto desparramado, de tallos rectos, cilíndricos, poco espinosos" (L. Alvarado).

Tumbado en su *chinchorro* pasábase días consecutivos...

R. GALLEGOS, *Doña Bárbara*, Ed. Peuser, pág. 35.

En esto intervino el enfermo desde su *chinchorro*.

R. GALLEGOS, *Cantaclaro*, Ed. Peuser, pág. 22.

En Costa Rica significa "grupo de casuchas o cuartos de alquiler con un patio común" (Gagini).

En Méjico llámase *chinchorro* a una "recua" (G. Icazbalceta) y también a una "manada de ovejas de menos de cien cabezas" (Ramos y Duarte).

Un *chinchorro* de mulas de lazo...

M. PATNO, *Los bandidos de Río Frio*, 1ª Parte, Cap. VII.

Escoge diez o doce con que pares tu *chinchorro* a todo tu gusto.

L. INCLÁN, *Astucia*, I, pág. 88.

Se usa también figuradamente:

Quiero ver como se conduce el pueblo ahora que tan lo han amenazado los esbirros del Presidente Cárdenas; quiero ver si ahora que lo están matando de hambre, se resuelve a dejar de ser *chinchorro* como se resolvió un día contra Porfirio Díaz.

M. AZUELA, *Nueva Burguesía*, Ed. Club del Libro, pág. 39.

En Santo Domingo su uso data de muy antiguo. Henríquez Ureña remite al entremés de Cristóbal de Llerena de 1598. Significa además "tenducho, taller de poca importancia, oficina humilde" (M. A. Patín Maceo). En Puerto Rico también se dan estas dos acepciones (Malaret).

## DESGUAZAR

*Desguazar* es "deshacer a pedazos con el hacha y otros instrumentos el todo o una parte del buque, sea tablón o tablones, ligazones, etc." (*Dicc. Marít.*).

En algunas regiones de América su uso se ha extendido. Así en Venezuela significa 'destruir', 'despedazar'.

Están todos borrachos. Sube que te van a *desguazar* todo el conuco.

C. F. LÓPEZ, *Madrugada*, en *Antol. del mod. cuento venez.*, pág. 289.

Porque del *desguace* del matorral tupío, ya pué está saliendo la mapanare.

R. GALLEGOS, *El forastero*, ed. Peuser, pág. 219.

Julio Calcaño (*El castellano en Venezuela*, § 499) insinúa una supervivencia del verbo anticuado *desguycar*, *desguycarse* y cita una cuaderna vía del *Libro de Alexandre*, c. 1396, ed. Willis:

...cavalleros yrcanos que Darío guardauan,  
estos eran muchos que juntos hy estauan

vieron de Nycanor que grant danno tomauan,  
por puro despecho non se *desguycauan*.

No me parece fundada esta vinculación entre *desguyçar* y *desguazar*, verbos distintos por su estructura y significado. Por mi parte, he vuelto a encontrar este verbo en fecha posterior y con sentido más claramente similar al americano:

Todos muy listos andaban  
aguzando bien los dientes,  
y tres pollos *desguaçaban*  
que bien rellenos estaban.

SEBASTIÁN DE OROZCO, *Cancionero*, Biblióf. Andal., 1874, pág. 210.

F. Cascales (*Cartas Filológicas*, Cl. Cast., I, pág. 100) cita *desguazo* con sentido poco claro.

Sin embargo, lo más probable es que el uso americano provenga directamente del náutico. En Costa Rica es frecuente por "romper, despedazar con violencia alguna cosa en su totalidad de modo que no quede nada entero" (Gagini).

En Cuba se oye corrientemente. Pichardo señala su origen marinero. He oído en La Habana *desguase* [sic] por alboroto o jerga desbocada y llamar *desguasada* a una persona abandonada o de no muy ordenado vivir.

En Santo Domingo tanto *desguanzar* como *desguazar* significan lo mismo: 'descomponer, despedazar' (H. Ureña).

## DERROTERO

Es la "línea trazada en la carta de marear para gobierno de los pilotos en los viajes" y también "el libro que contiene la situación geográfica de los puntos de una costa o costas y mares adyacentes o intermedios con todas las noticias necesarias para facilitar y asegurar la navegación" (*Dicc. Marít.*).

Figuradamente esta significación se ha extendido por todo el español, pero en ciertas regiones de América ha cobrado un valor peculiar. En el Perú se llama *derrotero* la ruta que debe seguirse

para hallar un "entierro" o tesoro escondido por los aborígenes o por los conquistadores. Es casi un término técnico.

Y lo particular es que todo solicitante posee un *derrotero* con el que, a ojos cerrados, puede determinar el sitio del "tapado".

R. PALMA, *Tradiciones peruanas*, V, pág. 365.

Esta acepción cundió también en el Norte argentino.

...los indios se apresuraron a ocultarlo en entierros especiales, cuyos *derroteros* han venido legándose de padres a hijos.

R. J. PAIBÓ, *El falso Inca*, cap. V.

En Chile significa algo parecido: "Noticias más o menos vagas que se tienen de la existencia de algún rico mineral y el camino que puede seguirse para su descubrimiento" (Medina). J. Corominas cita en sus *Rasgos semánticos nacionales*, AILC, I, 1941, pág. 27, un pasaje de los *Cuentos cuyanos* de J. Vicuña Cifuentes, donde se emplea en este sentido.

También se usa con la significación más genérica de 'pistas' o indicios de algún paradero.

Me acaban de ofrecer *derroteros* de sumo valor que les urge conocer a ustedes.

E. BARRIOS, *Gran señor y rajadiablos*, Santiago, 1949, pág. 239.

En Mendoza significa el tesoro mismo (J. Corominas).

## EMPATAR

*Empatar* o *empatillar* es "sujetar o unir el anzuelo a un pedazo de alambre o al cordel por medio de varias vueltas redondas y fallidas dadas con otro alambre o cordel más delgado" (*Dicc. Marít.*).

Esta acepción náutica explica su uso extensivo en algunos países americanos donde significa "empalmar, juntar una cosa con otra".

También en Andalucía, según Toro y Gisbert, corre con pareja acepción.

Así en Colombia úsase corrientemente. Cuervo (*Apunt.*, § 530) señala su procedencia náutica. *Empate* es allí el mango de la pluma.

En Venezuela se da a cada paso (Alvarado).

El freno que contaba más *empates* que una votación secreta.

NICANOR BOLET PERAZ, *De Caracas a la Guayra*, en *Antol. de costumb. venez.*, siglo XIX, Caracas, 1940, pág. 156.

... *empatando* las noches con las noches en una sola paramda.

R. GALLEGOS, *Doña Bárbara*, ed. Peuser, pág. 259.

También corre este vocablo en Costa Rica (Gagini). En Méjico se ha transformado, además, en el sustantivo *empataadura*. En Cuba *empatar* es "unir, ingerir, juntar perfectamente dos cosas de hilo, cordel, tejido, etc., de manera que parezca una sola, o que no se conozca la añadidura" (Pichardo). Lo mismo vale para Puerto Rico (Malaret).

## EMPAVESAR

Es "engalanar una embarcación con empavesada y con banderas y gallardetes". *Empavesada* es la faja de lona o paño azul o encarnado, con franjas blancas que sirve para adornar las bordas y las cofas de los buques en ciertas solemnidades" (*Dicc. Marít.*).

En América tal verbo ha trascendido ampliamente su sentido originario. En la Argentina fué frecuente, pero hoy casi no se oye:

Un pulpero iza una bandera para llamar la atención: velo el vecino, y, temeroso de ser tachado de tardo por el gobierno, iza la suya, izanla los del frente, izanla en toda la calle, pasa a otras y en un momento queda *empavesada* Buenos Aires.

SARMIENTO, *Facundo*, Clás. Arg., pág. 215.

Las calles circunvecinas están *empavesadas*, alfombradas, tapizadas, decoradas.

IBIDEM, pág. 373.

En el Perú tal acepción es casi desconocida, en cambio he oído llamar *empavesada* a la persona acicalada, emperifollada.

En Ecuador, Mateus (*El provincialismo ecuatoriano*) aclara que "no son embarcaciones los edificios públicos para que la policía ordene que se *empavesen* y los periodistas refieran que se han *empavesado* con motivo de tal o cual solemnidad".

En Venezuela aplícase tanto a personas como a objetos.

Detrás de nosotros venían dos jóvenes *empavesados* y olorosos.

LUIS DELGADO CORREA, *Un día festivo en Caracas*, en *Antol. de cost. venez.* s. XIX, Caracas, 1940, pág. 46.

Las columnillas debían estar muy torneaditas, doradas con esmero y *empavesadas* con hojillas trabajadas por las monjas.

GONZALO PICÓN FABRES, *La octavita de corpus de San Juan*, en *Antol. de costum. venez.*, siglo XIX, Caracas, 1940, pág. 296.

En Méjico *empavesarse* es adornarse, emperejilarse (Ramos y Duarte).

## ESTERO

La voz *estero* significa originariamente lo mismo que en latín "aestuarium": "terreno inmediato a la orilla de una ría por el cual se extienden las aguas de las mareas" (*Dicc. Acad.*).

¡Oh el prudente! ¡Qué tranquilo costea las puntas y los *esteros*!

GRACIÁN, *El discreto*, pág. 78.

Liberalmente de los pescadores  
al deseo el *estero* corresponde.

GÓNGORA, *Soledad* II, vs. 81-82.

En América de muy antiguo se denominó también *esteros* a bañados o acequias alejados del mar. A este respecto resulta significativa una especificación del Inca Garcilaso.

El indio barquero mete la cabeza, y se echa a nado y lleva sobre sí nadando la balsa y la carga hasta pasar el río o la bahía o el *estero de mar*.

*Comentarios reales*, ed. Rosenblat, I, pág. 64.

En efecto, en América los nuevos accidentes geográficos provocaron algunas impropiedades en su nomenclatura. Así no se sabía

cómo nombrar los canales sobre que estaba edificada la ciudad de Méjico.

...unos soldados decían que era mejor sitio y acequias y zanjas para hacer los bergantines en Apocingo, junto a Chalco, que en la zanja y estero de Tezcuco.

B. DÍAZ DEL CASTELLO, *Conquista de Nueva España*, México, 1940, vol. II, pág. 141.

Hoy es corriente tal sentido extensivo en casi toda América, como puede verse en la toponimia. En la Argentina ya ha perdido completamente de vista su peculiaridad de “cercano al mar”, tan importante en su acepción primitiva (Granada, Garzón, Corominas —para Cuyo—; B. E. Vidal de Battini —para San Luis— y Lugones, *Glosario a sus Romances de Río Seco*).

Cansado de contemplar desde mi reducto de Tuyuti todos los días la misma cosa, las mismas trincheras paraguayas, los mismos bosques, los mismos esteros.

L. V. MANSILLA, *Una excursión a los indios ranqueles*, cap. X.

En Chile *estero* es arroyo, riachuelo. En el sur su significado se aproxima al originario: “brazo de mar que se interna en la tierra” (J. T. Medina).

Y a no meterse en el estero ¿entienden?, que viene en crecida.

E. BARRIOS, *Gran señor y rajadiablos*, Santiago, 1949, pág. 36.

En Colombia es también bañado o riacho.

Y de todas partes del pajonal y del espacio, del estero y de la palmera, nacía un hálito jubiloso.

J. E. RIVERA, *La vorágine*, Ed. Losada, pág. 20.

En Venezuela es “aguazar que se forma en la zona de los pastos y más especialmente en el bajo llano en la época de las lluvias” (Alvarado). Figuradamente es dice “estar en el estero” o más precisamente “estar en el estero de Camaguán” al hecho de hallarse en una situación difícil o embarazosa.

Joaquín Crespo fué el muchachito que llevaba a bañar los caballos al estero.

M. PICÓN SALAS, *Los hombres de la guerra*, en *Antol del mod. cuento v'nos.*, II, pág. 307.

Bajo el sol ardoroso se rajaban como fauces sedientas las terroreras de los esteros.

R. GALLEGOS, *Doña Bárbara*, ed. Peuser, pág. 183.

Ya el estero está lleno, porque el invierno se ha metido con fuerza.

IBIDEM, pág. 218.

## GAZA

“Especie de ojo, círculo u óvalo que se forma en un cabo, doblándolo y uniéndolo con costura o con ligada por un punto que deje libre dicho ojo y que viene a ser como el nudo del lazo (*Dicc. Marít.*).

Esta semejanza también ha sido percibida en algunos puntos de América. En España casi no se conoce esta voz fuera de la lengua marinera.

En Méjico es “la corrediza que se forma con la reata para arrojarla sobre lo que se ha de lazar” (García Ocazbalceta).

La *gaza* deberá tener de cuatro a seis pulgadas de largo, pues si fuere más largo se chispa fácilmente al palear o manganear; y si es muy chica no corre la reata con franqueza y se queda amarrada principalmente cuando sólo se ha lazado un pie o mano.

L. INCLÁN, *Libro de las charrerías*, México, 1940, pág. 41.

Le metió Pepe una zancadilla y le lazó un pie con la *gaza* de la reata la que estiró inmediatamente el charro.

L. INCLÁN, *Astucia*, México, 1908, I, pág. 430.

Con el mismo significado corre esta voz en Costa Rica; Gagini señala su procedencia marítima. Es también frecuente en Cuba (Pichardo).

## OBENQUE

Asistimos aquí a una errónea generalización de una voz náutica.

“*Hobenques* son unos cabos gruesos que se atan debajo la



gavia a las mesas de guarnición, en cadenas de hierro" (García de Palacio, *Instrucción náutica*).

"Asiéndose a los *obenques*" se lee en la carta de Eugenio de Salazar.

En la isla de Santo Domingo se usa equivocadamente *obenque* por *escobén* (Patín Maceo) cuya significación propia es muy otra: "cualquiera de los agujeros a uno y a otro lado de la rodá de un buque por donde pasan los cables o cadenas" (*Dicc. Marít.*). Así se explica que su uso se haya extendido a la lengua corriente con el significado de "ojo", de donde ha salido el conocido verbo *obenquear* "atisbar, mirar, fisgonear".

En la jerga de los tahures se llama *obenque* al mirón y más precisamente al que da mala suerte con la vista (Patín Maceo y H. Ureña).

Nadie lo vió nunca conversar con Sico Escarramán, el crupier de la taberna, ni con los dos tarugos de servicio que estaban de *ovenques* [sic].

E. AGUILAR, *Eusebio Sapote*, Bogotá, 1938, pág. 51.

Eusebio les había recomendado a dos amigos que en calidad de *ovenques* entraban en sus combinaciones.

IBIDEM, pág. 76.

## RABIZA

*Rabiza* es, entre otras cosas "el tejido o trenza que se hace al extremo de un cabo para que no se descolche. Por lo general, esta labor va disminuyendo de grueso hasta acabar en punta, más o menos perfecta o aguda; y de aquí por semejanza el llamar *rabiza* toda cosa que remata en igual figura, como el de la boza de esta clase, etc." (*Dicc. Marít.*).

Precisamente esta semejanza ha ocasionado una extensión aún mayor de dicho vocablo. Los pescadores llaman así a la punta de la caña de pescar. En Galicia denominase *rabiza* a lo mismo que en portugués *rabiça* a la "rabela o manera del arado, especie de rabo

por donde se agarra para guiarlo cuando se ara" (Cuveiro Piñol). También en León según M<sup>a</sup> C. Casado, *Cabrera Alta*, pág. 122; En cambio es sólo "extremo del rabo" para Alonso Garrote, *Dialecto vulgar leonés*, pág. 301.

En Andalucía *rabiza* es la punta de la tralla de los látigos y también "el final de la serie de cinco lazos para cazar" (Alcalá Venceslada). En la región de Santander se usa el verbo *rapizar* por mover el animal la cola (G. Adriano García Lomas, *El lenguaje popular en las montañas de Santander*, Santander, 1949).

No alcanzo a ver claro la relación que pueda tener con las precedentes la acepción de *rabiza* o *rabiça* registrada en el *Vocabulario de germanía* de Juan Hidalgo: "muger de la mancebía, de las tenidas en poco".

En América la voz *rabiza* abarca nuevas acepciones que guardan cierta semejanza con el sentido marítimo. En Puerto Rico es "trecilla de correa que pende de uno de los extremos de la fusta" lo mismo que en Andalucía (Malaret).

En Santo Domingo es "cualquier punta o extremo" (H. Urefia) y, entre otros, el "extremo de una hilera o fila de personas" (Patín Maceo). *Ponerse en la rabiza* significa en Santo Domingo lo que en otras partes "ponerse en la cola". Es también "la parte inferior y más estrecha de la cola de un cometa o de una chichigua" (cometa pequeña) según Patín Maceo.

## RASQUETA

Una *rasqueta* es una "planchuela de hierro de cantos afilados y con mango de madera que se usa para raer y limpiar los palos, cubiertas y costados de las embarcaciones (*Dicc. Acad.*).

En América la voz *rasqueta* ha desplazado a *almohaza* y el verbo *rasquetear* a *almohazar*. *Almohaza* es un "instrumento que se compone de una chapa de hierro con cuatro o cinco serrezuelas de dientes menudos y romos y sirve para limpiar las caballerías". La 14<sup>a</sup> edición del *Diccionario académico* ha terminado por añadir al sentido náutico el americano de *almohaza*.

Su uso es comunísimo en toda América. En la región rioplatense la voz almohaza apenas si se conoce, y menos el verbo almohazar. Granada y Garzón registran esta palabra y Segovia explica su procedencia: "se llama así por su gran semejanza con la *rasqueta* que se usa para raer y limpiar los buques".

Yo mismo le daba de comer, lo bañaba, lo *rasqueteaba* . . .

ROBERTO PAYRÓ, *El casamiento de Laucho*, IX.

. . .refregaba después enérgicamente con una *rasqueta* de cuerno.

C. REYLES, *El terruño*, IV.

En Chile la señalan Román y J. T. Medina.

En la región serrana del Perú (Cuzco y alrededores) he oído esta voz con acepción ligeramente distinta, sin excluir la de almohaza, frecuentísima. Llámase así a una especie de espátula larga de hierro que usan los zapateros a manera de lima para pulir la planta interna de los zapatos que fabrican. En Cuzco al picado de viruelas se lo suele motejar despectivamente: *rasqueta uya* (*uya* es 'cara' en quechua).

En el resto de América acontece lo mismo con variantes ligeras. Regístranlo para Venezuela, L. Alvarado y J. Calcaño; para Méjico, Ramos y Duarte; para Costa Rica, Gagini; para Santo Domingo, H. Ureña y Patín Maceo y para Cuba, Pichardo.

## REBENQUE

Covarrubias dice de esta voz en su *Tesoro*: "açote, quasi remenque, por ser para los remeros". El *Dicc. Marít.* aclara: "Látigo de cuero o de cáñamo embreado con que se castigaba a los galearotes".

A esto llegó un bellaco de un cómitre y dándome con un *rebenque* me dijo: ¿Qué habla el perro entre dientes?

V. ESPINEL, *Marcos de Obregón*, Clás. Cast., II, pág. 120.

Desnudo de medio arriba como nadador de *rebenque* . . .

QUEVEDO, *Los sueños*, Clás. Cast., XI, pág. 84.

Los castigos que se entienden bajo el nombre de cañón se darán solamente con *rebenque* o mogel de menor grueso.

*Ordenanzas navales argentinas de 1817*, apud. H. R. RATTO, *Jarcia trocada*, Bs. As., 1930.

En América ha perdido de vista su acepción exclusivamente náutica y ha pasado a significar un tipo de látigo o azote. En la Argentina (y también en la Banda Oriental) es la "fusta como de medio metro, compuesta de cabo y azotera, ésta de cuero, aquél de madera, que usa el jinete criollo" (J. Hernández, *Martín Fierro*). Lo registran Granada, Garzón, Segovia y Ciro Bayo. Rara es la obra que trate de cosas del campo que no traiga esta voz.

Uno busca un pellón blando  
éste un lazo, otro un *rebenque*...

J. HERNÁNDEZ, *Martín Fierro*, I, v. 160.

...de indios un nubarrón  
por juntito a la tapera  
a *rebenque* y a talón  
quiso pasar apurado.

ASCASUBI, *Santos Vega*, v. 4280 y sigs.

(Los caballos) no tardan en caer postrados, sin que haya espuela ni *rebenque* que los haga levantar.

L. V. MANSILLA, *Una excursión a los indios ranqueles*, cap. IV.

Contreras venía a dos *rebenques* lonja y lonja.

R. J. PAYRÓ, *El casamiento de Laucha*, cap. X.

La blusa corta se levantaba un poco sobre un "cabo de güeso", del cual pendía el *rebenque* toscó y ennegrecido por el uso.

R. GÜIRALDES, *Don Segundo Sombra*, cap. II.

Después de atarle el pesado *rebenque* y tirar éste al suelo, fué a sentarse junto al capataz.

C. REYLES, *El gaucho Florido*, cap. II.

En Chile es más o menos lo mismo: "Látigo recio de jinete" (J. T. Medina). Román registra una acepción curiosa: "En algunas partes de Chile se llama *rebenque* al individuo andariego y libre en sus costumbres".

En Perú se usa casi indistintamente por látigo o zurriago:

El propietario... hizo una mañana pasear por el patio de la hacienda, caballero en un burro y acompañado de *rebenque*, al bueno del capellán.

R. PALMA, *Un virrey y un arzobispo*, en *Trad. peruanas*, I, pág. 291.

...el potro rezumante que no puede correr porque lleva atada una pata, que camina a saltos bajo el implacable *rebenque*.

V. GARCÍA CALDERÓN, *A la criollito* (cuento), en *La venganza del cóndor*, Madrid, 1924, pág. 142.

En Colombia encuentro la voz *berrenque* entre los pescadores del río Magdalena; creo que se trata de una metátesis. J. Buitrago en el vocabulario de su *Pescadores del Magdalena* aclara: "látigo formado por un viril".

Curioso es el sentido que esta voz ha tomado en Cuba: "incomodo, mal humor, fastidio", p. ej., Fulano tiene *rebenque*. De allí que se llame *rebenque* al porfiado, testarudo, terco. Más explicable es que se llame *tasajo rebenque* "al de peor calidad, abundante de nervios y atocinado" (Pichardo).

## SINGAR

En marina este verbo se usaba antiguamente por *singlar*: "hacer caminar a un bote, canoa o embarcación por medio de un remo que se coloca en el centro de la popa, moviéndolo alternativamente a uno y otro lado" (*Dicc. Marít.*).

Les parece que el navío *ha singlado*.

EUGENIO DE SALAZAR, Carta.

En las Antillas esta voz ha pasado a significar "copular". Se usa corrientemente, aunque no puedan aducirse citas literarias (Pichardo, H. Ureña).

## SOCAR

*Socar*, *asocar* o *azocar* es "apretar bien un nudo, una trinca, etc." (*Dicc. Marít.*).

En Costa Rica su uso es frecuente como sinónimo de apretar en el sentido más general. Además *socarse* es emborracharse y *soca*, borrachera (Gagini).

La misma acepción corre en Méjico (Santamaría) y en Cuba, con ligeras variantes: "asōcār es apretar con fuerza extremosamente cualquier cosa, y en tal concepto se dice, dese por cosa, *tabaco asocado* al que se ha torcido muy apretado, comprimida la tripa con la capa a punto tal que le impida arder" (Macías).

## SUCUCHO

*Sucucho* o *socucho* o *zocucho* designa en el buque a "cualquier rincón estrecho que por construcción resulta en la parte más cerrada de las ligazones" y más precisamente "hueco que queda entre bao y bao y una tabla horizontal clavada en la cara inferior de éstos a un mamparo o a la murada; regularmente está en los camarotes y sirve para guardar objetos de poco bulto" (*Dicc. Marít.*).

Se usa con significación similar en casi todos los países de América.

Mucho se ha debatido sobre su origen. Lafone Quevedo señala que procede del quechua *cuchuc*, rincón de casa. Lenz, que al principio patrocinó esta hipótesis, posteriormente le puso reparos y buscó posibles raíces latinas. La presencia de la voz en gallego (registrada por Cuveiro Piñol) desplaza el problema sin resolverlo. Tampoco lo resuelve J. Corominas en su erudito opúsculo *Indiarrománica* (RFH, VI, 1944, págs. 214-215).

En la Argentina su uso es frecuente con el sentido de 'cuchitril', 'zaquizamí', 'rincón', 'escondrijo', etc. La registran todos los vocabularios generales (Granada, Segovia, Garzón, C. Bayo) y algunos regionales. Se oye con más frecuencia en el Norte, si bien B. E. Vidal de Battini puntualiza también su uso en el habla rural de San Luis. (*Voces marinas en el habla rural de S. Luis, Fil, I, 1949, 2, pág. 128.*)

En Chile registran esta voz Zorobabel Rodríguez y J. T. Medina. De ella se ha ocupado Amunátegui Reyes en sus *Observaciones y enmiendas a un Diccionario*, III, págs. 104-109. En la jerga de los delincuentes, *sucuchos* son 'sacos' (Vicuña Cifuentes, *Coa, jerga de los delincuentes chilenos*, (Bs. As., 1910, pág. 135).

He oído esta voz frecuentemente en el Perú, tanto en la costa (Lima) como en la sierra (Cuzco y sus alrededores). Por allí casi nadie duda de estar en presencia de un quechuísmo neto.

Cuervo (*Apunt.*, § 530) registra su empleo en Colombia y puntualiza su origen marítimo. En Venezuela, según Rivodó (*Voces nuevas de la lengua castellana*, París, 1889, I, pág. 122), indica también la *cárcel* "en estilo jocoso".

También se usa en Costa Rica (Gagini); en Cuba con el sentido de escondrijo o guarida (Pichardo) y en Puerto Rico (Malaret).

En Méjico lo registran Ramos y Duarte y Henríquez Ureña (*BDH*, IV, pág. 290).

En estos *socuchos* juegan los pillos, cuchareros y demás gentes de la última broza.

F. DE LIZARDI, *El Pequeño Sarniento*, Iª Parte, cap. XVI.

En el vocabulario final Lizardi explica: "*Sucucho-Socucho*: pieza larga y muy angosta que no pudiendo habitarse por no prestar comodidad para amueblarse convenientemente, sólo sirve como de bodega o prisión provisional".

## TAJAMAR

Prolijamente define esta voz el *Diccionario Marítimo*: "Tablón grueso . . . que se adapta fuertemente a la roda por su cara exterior o de proa y aún se asegura más con las curvas bandas; en él rematan las perchas y en su extremo superior se coloca el figurón; por el corte airoso que se da a su cara exterior agracia la proa y sirve para hender o dividir el agua cuando el buque marcha". "Cualquier obra hidráulica saliente, más o menos aguda, pero con el objeto de cortar las aguas en su corriente; como el de los estribos de un puente".

En la Argentina ha tomado un sentido ligeramente distinto. Dice Garzón: "Represa artificial . . . donde se deposita el agua que viene de un río o arroyo . . . Sirve para regar, dar de beber a los

animales en tiempo de seca, etc.". Garzón da nombres: el *Tajamar de Santa Catalina* y *de Alta Gracia* (Córdoba). Su uso se ha generalizado aún más porque añade: "Represa hecha para bebida de animales. . . adonde se detienen las aguas llovedizas. . .". J. Corominas, *AJLC*, I, 1941, pág. 25, cita el *Tajamar de la Alameda* en Mendoza y B. E. Vidal de Battini hace referencia a su uso en San Luis. Como se ve, su empleo no podía ser más mediterráneo.

En la campiña uruguaya corre con la segunda acepción de Garzón:

Aparecieron las aguadas o *tajamares* donde, por la división, quedaba el campo sin ellas.

C. REYLES, *El gaucho Florido*, cap. III.

En Chile se usa por malecón o dique (J. T. Medina). Según Zorobabel Rodríguez en Santiago se llama así desde la época colonial "la muralla de ladrillos que defiende a la ciudad de las inundaciones que la amenazaban en las crecidas del Mapocho". El *Diccionario de Autoridades* trae una cita de la *Historia* de Oviedo referente a Chile. También en A. Central (Malaret).

En Lima ya no se conoce ningún *tajamar*. Pero Ricardo Palma nos habla de un *Tajamar de los Alguaciles* (*Tradiciones peruanas*, II, pág. 287).

En Venezuela encuentro usada la voz aplicada a un malecón de Macuto, balneario cercano a Caracas (R. Gallegos, *La Trepadora*, Ed. Peuser, pág. 264). También se oye en Costa Rica (Gagini).

## TOLETE

"Cabilla de hierro o de bronce o palito redondo de madera dura, que se introduce y ajusta en un barreno hecho a propósito en la regala de los botes y demás embarcaciones menores o de remos, para que encapillado en el estrobo de éstos, les sirva de punto de apoyo en la acción de bogar" (*Dicc. Marít.*).

En América tal voz se ha generalizado. Así en Colombia llámase de este modo a cualquier "palo corto y tosco" y a un trozo



viene de un río o arroyo. . . Sirve para regar, dar de beber a los en general (Cuervo, *Apunt.*, § 530). En sentido figurado se llama *tolete* a la persona de escasa vicacidad (Restrepo).

En Venezuela denominase *tolete* al *mayal* o sea al “palo del cual tira la caballería que mueve los molinos de aceite, tahonas y malacates” o al “instrumento con que se desgrana el centeno dando golpes sobre él”. L. Alvarado aduce una cita de *El agricultor venezolano*, de Díaz. Con la acepción figurada de “trozo” la encuentra también en el siguiente pasaje:

Y tan buena me pareció esa manera de hablar en *toletes* del mismo tamaño y sacándole puntas iguales. . . (se está refiriendo a los versos).

R. GALLEGOS, *Cantaclaro*, Ed. Peuser, pág. 71.

En Puerto Rico equivale al arma llamada *macana* (Malaret). En Cuba es “sinónimo de garrote, pero más corto, cilíndrico” (Pichardo). Lo mismo en Santo Domingo (H. Ureña y Patín Maceo).

En estas últimas islas se llama también familiarmente *tolete* al peso o dólar. Se ha efectuado la misma generalización humorística que en la región rioplatense ha adjudicado a la palabra *mango* inesperadas acepciones.

## TRINQUETE

“*Trinquete* es el mástil de proa” —según Diego García de Palacio (*Instrucción náutica*, México, 1578). Además es la “verga mayor que se cruza sobre el palo de proa, la vela que se larga de ella, etc.” (*Dicc. Marít.*).

. . . los flacos *trinquetes* con la su mezana  
vi levantarse de no buena gana.

J. DE MENA, *El laberinto*, copla 165.

Levantadas las áncoras despliéganse  
las velas blancas en quien hace empleo  
un viento alegre, al sol del cual navegan  
alargado el *trinquete*, asido el trece.

LOPEZ DE VEGA, *La Dragontea*, est. 117.

En América corre la voz con diversos sentidos figurados. En la Argentina era "persona muy alta, sea hombre o mujer" (Garzón). "Persona muy alta, varal" (Segovia).

Lo mismo pasa en Perú a juzgar por el siguiente pasaje:

... más tremendo enemigo que aquel morazo como un *trinquete*...

R. PALMA, *Tradiciones peruanas*, V. pág. 271.

Muy curiosa es la acepción ecuatoriana de 'cuchitril' o 'chiribitil' que trae J. Cornejo (*Fuera del diccionario*, Quito, 1938), pág. 318).

En Colombia lo encuentro con significación de un palo clavado en tierra para amarrar los botes.

Saltaron a tierra y amarraron la canoa de un *trinquete* de hierro clavado en un pedregal.

J. BUTRAGO, *Pescadores del Magdalena*, Bogotá, 1938, pág. 51.

Más adelante vuelvo a topar con otro *trinquete* con el sentido de una "especie de percha para colgar las redes".

En un *trinquete* del corredor colgó la atarraya, para pescar en los ratos de ocio.

IBIDEM, pág. 177.

En Puerto Rico *estar uno de trinquete* es "estar bien ataviado, lujoso" (Malaret), pero podemos estar ante una expresión emparentada con el cubano 'estar a la trinca'.

En Cuba se usa *trinquetada* como "suceso trabajoso, con peligros y dilatado..." (Pichardo). La misma voz en el mar significa "la navegación que se hace con sólo el trinquete", es decir, trabajosamente.

## ZAFACOCA

"Desmoche, dispersión, descalabro causado por el tiempo o por el enemigo" (*Dicc. Marít.*).

En América ha pasado a significar 'riña' o 'trifulca' y llega a confundirse con las acepciones figuradas de *zafarrancho*. En la

Argentina mencionan esta voz Segovia y Ciro Bayo. El primero le adjudica una etimología popular: zafar la coca (cabeza). Hoy día ha caído en desuso, pero solía usarse en la campaña.

Carolina comprendió que estábamos más fregados que unos atorran-tes, que nos iban a vender la pulpería para cobrarse, que no nos quedaba ni un cobre, y un día armó una *zafacoca*.

R. J. PATRÓ, *El casamiento de Laucha*, cap. X.

En Chile también se encuentra. Román le da los siguientes sinónimos: zacapela, chamusquina, pelotera, bronca, sanfrancia.

Cuervo la cita entre las voces marineras que se usan en Colombia (*Apunt.*, § 530).

Poco se oye ya en Costa Rica, según Gagini. Sin embargo, en otro tiempo era corriente, aunque con sentido un tanto distinto del que ha cundido en otras zonas: "desasosiego, agitación, prisa". También en Honduras (Membreño).

En Méjico *safacoca* [sic] significa, además de "pendencia, alboroto" (Ramos y Duarte), 'paliza', 'tunda' o 'azotaina', según lo he hallado en los siguientes pasajes:

Me dieron una *zafacoca* de cintarazos que por poco me matan.

F. DE LEZARDI, *El Periquillo Sarniento*, 2ª Parte, cap. XX.

A calzón quitado, me dió una *zafacoca* tan de primera, que en ocho días no pude sentarme.

L. INCLÁN, *Astucia*, II, pág. 16.

También en Cuba significa "pendencia, desmoche, pleito entre muchos y en desorden" (Pichardo); el mismo sentido tiene en Santo Domingo (Henríquez Ureña).

(Continúa)

DELFIN LEOCADIO GARASA.

## RESEÑAS

*Selected Writings of Edward Sapir in Language, Culture and Personality.* Edited by David G. Mandelbaum. Berkeley and Los Angeles. University of California Press. 1951. xv + 617 págs.

Catorce años han pasado ya desde la muerte de Edward Sapir y su obra no es todavía bien conocida en el mundo hispánico. Esto obedece indudablemente al hecho de que, a excepción de su único libro, *Language*, publicado en 1921, lo restante de su producción, muy numerosa, se encuentra diseminado en revistas y boletines, algunos poco accesibles, bajo la forma de artículos y monografías. Es evidente entonces la importancia y la utilidad de este libro, editado por uno de los discípulos de Sapir en Yale, el antropólogo David G. Mandelbaum: en un solo volumen han sido reunidos cincuenta y dos trabajos (artículos y extractos) sobre temas de lingüística y antropología cultural que representan lo fundamental y característico del pensamiento de Sapir y de sus métodos de investigación. La primera parte, *Language*, comprende veinticuatro estudios sobre lenguas americanas y sobre diversos asuntos de lingüística general e indoeuropea. Una larga monografía y algunos artículos breves exponen el otro importante aspecto de la labor científica de Sapir, sus estudios de etnología y antropología, y junto con unas pocas páginas que nos muestran una faz menos conocida de su obra, la que se refiere a temas de música y literatura, constituyen la segunda parte bajo el título de *Culture*. La tercera, *The Interplay of Culture and Personality*, se compone de algunos estudios sobre la personalidad, particularmente en sus relaciones con la cultura; sobre el papel de la psiquiatría en las investigaciones antro-

pológicas. Finalmente, cierra la obra una completa bibliografía de todos los escritos, científicos y literarios, del lingüista norteamericano.

Nos permite, pues, este volumen obtener una visión general muy completa de la producción científica de Sapir en los dos campos en los que tan considerables y fecundos fueron sus aportes: el de la lengua y el de la cultura. Abarcando estudios de diversas épocas, desde el temprano *Song Recitative in Paiute Mythology*, escrito en 1910, hasta los dos breves trabajos que con el título de *From Sapir's Desk* publicó Sturtevant algunos meses después de su muerte, nos ofrece la posibilidad de seguir paso a paso su labor y las sucesivas apariciones de nuevos intereses en la medida en que se extendía el campo de sus conocimientos; de extraer, finalmente, de todo esto las características generales de su obra y los rasgos fundamentales de su personalidad científica, que intentaré presentar a lo largo de esta reseña (1).

Por otra parte, mucho ha avanzado la lingüística desde la aparición de *Language*, la obra que nos ofreció en 1921 la sistematización de sus ideas en el campo del lenguaje. Nuevas teorías, innovaciones de principios y de métodos, se han venido imponiendo lenta pero firmemente —por obra, sobre todo, de las escuelas de Praga y Copenhague— a partir de la tercera década del siglo. Todos estos progresos han venido a modificar y ampliar en muchos aspectos las ideas expuestas en el libro de 1921 y ello se refleja en algunos de estos estudios posteriores a esa fecha, donde se ponen de manifiesto la evolución experimentada por su doctrina y las modificaciones introducidas a medida que las nuevas ideas entraban a formar parte de ella. Esto ocurre, por ejemplo, en el artículo inicial, *Language*, escrito en 1933 para la *Encyclopaedia of the Social Sciences*: en forma naturalmente muy abreviada figuran aquí los conceptos fundamentales de su libro y abarca, como

<sup>1</sup> En ella, dado el carácter de esta revista, me ocuparé principalmente de los trabajos lingüísticos que componen la primera parte del libro, limitándome, por razones de espacio, a señalar sólo aquello que, a mi juicio, es lo más importante y digno de ser destacado entre lo mucho que enseñan o sugieren dichos estudios.

éste, todo el campo del lenguaje: pero, además de tratar nuevos problemas, objeto del interés de Sapir después de 1921 (el de una lengua internacional, entre otros), también en algunos puntos va más allá de los resultados alcanzados entonces, incorporando algunas de las nuevas teorías surgidas en los doce años que median entre uno y otro trabajo. Con esto quiero referirme, sobre todo, a su discusión sobre la estructura fonemática de las lenguas, donde es expuesta con toda precisión la nueva noción de "fonema" (pág. 8). No es que Sapir se limitara a adoptar estos resultados y añadirlos a su concepción general de los hechos del lenguaje, sino que, por el contrario, recorrió en gran parte solo el camino que llevaría a ellos, de modo que no se debe vacilar en considerarlo un precursor en muchos aspectos. Esto se ve claramente en su famoso estudio *Sound Patterns in Language*: el análisis de las diferencias que existen entre un sonido lingüístico y otro idéntico o similar no lingüístico lo lleva a formular el concepto de "sound-pattern" (molde, patrón fonético), con el que quiere significar la configuración interna del sistema de sonidos de una lengua, su intuitiva colocación uno con referencia a otro (págs. 33 y sigs.). La idea primordial de la doctrina fonológica, que es la de una fundamental distinción entre sonidos y fonemas, está determinada con toda exactitud; el problema del estudio de los sonidos de una lengua está encarado desde el mismo ángulo que en los trabajos de la escuela de Praga, y las conclusiones obtenidas son, en lo sustancial, las mismas que expondrían los fonólogos en el Congreso de La Haya de 1928, tres años después de la aparición de este estudio. Que Sapir llegara a ellas espontáneamente, a partir de su propia experiencia lingüística e independientemente de la labor de otros investigadores, parece demostrarlo el hecho de que el término "fonema", fijado en su sentido actual por B. de Courtenay y utilizado también, aunque con otro significado, por F. de Saussure (los dos reconocidos precursores de la fonología), parece serle todavía desconocido, pues no lo emplea para designar lo que él denomina "sonido fundamental". Ocho años después, en el artículo enciclopédico *Language*, según hemos visto, y particularmente en el estudio *The Psychological*

*Reality of Phonemes*, maneja ya Sapir la terminología de la escuela fonológica, manifestando claramente su conocimiento y su aceptación de las nuevas nociones introducidas por ella (<sup>2</sup>).

Los problemas fonéticos en general reclamaron su atención en diversas oportunidades. Otro de los estudios incluidos aquí, *A Study in Phonetic Symbolism* (1929), registra una serie de interesantes "tests" realizados con el objeto de establecer si al lado del carácter simbólico del lenguaje como sistema convencional de signos no existe también otra especie de simbolismo en que la relación entre significado y significante no sea tan esencialmente arbitraria, que podría recibir el nombre de simbolismo "expresivo". Los resultados obtenidos en tales experiencias —que aún continuaban al publicarse ese estudio— parecen demostrar en gran número de individuos la tendencia a atribuir a algunos contrastes especiales de sonidos un valor simbólico; a sentir ciertas diferencias fonéticas (la vocal *a* sugiere amplitud; la *i*, pequeñez) como expresivas de diferencias de significado (pág. 61 y sigs.). Aunque Sapir omita recordarlo en apoyo de su teoría, es evidente que se trata del mismo sentimiento que lleva a "pintar" fonéticamente, que da origen a las onomatopeyas y que, sobre todo en poesía, puede adquirir una relativa importancia, aunque siempre subordinado a la función esencial del lenguaje, la representativa. De estos experimentos podemos decir lo mismo que dice Bühler de los análogos de H. Werner: que se trata de afirmaciones en el dominio de la *parole* y no en el de la *langue*. Pues es indudable que siempre que se use el lenguaje como medio de representación y que, al mismo tiempo, con los recursos vocales se tenga la sensación de "pintar", de imitar la reali-

<sup>2</sup> El objeto de este artículo no es, sin embargo, discutir estas nociones en el terreno abstracto de la teoría lingüística, sino demostrar cómo la estructura fonemática de las lenguas puede comprobarse en el terreno concreto del habla. Experiencias con lenguas no escritas le permitieron verificar prácticamente que "el hablante y el oyente corrientes emiten y perciben sonidos, pero lo que ellos mismos creen pronunciar y oír son «fonemas»" (pág. 47). Que es lo mismo que afirma Trubetzkoy en un estudio publicado también en 1933: "La fonética persigue lo que se pronuncia en realidad al hablar una lengua, y la fonología lo que uno cree pronunciar." (*La phonologie actuelle*, en el volumen colectivo *Psychologie du langage*; París, 1933, pág. 232).

dad, esto ocurre al margen del sistema de la lengua y a pesar de él, en tanto lo permitan su sintaxis, su léxico y su fonología (<sup>3</sup>).

En muchas otras ocasiones alude Sapir al carácter simbólico del lenguaje. La primera de sus cualidades psíquicas es precisamente el ser "percibido como un perfecto sistema simbólico, en un medio perfectamente homogéneo, para el manejo de todas las relaciones y significados de que una cultura dada es capaz" (pág. 10). Y acabamos de ver que al lado de este simbolismo representativo hay también un simbolismo expresivo. Pero carácter simbólico tienen asimismo las más diversas formas sociales y culturales de las sociedades primitivas y modernas. Por tanto la lengua, como sistema de símbolos, es sólo uno de los muchos aspectos de la cultura que pueden englobarse con el nombre general de simbolismos. (*Symbolism*, 1934, págs. 564-568); es una parte de la cultura, un sistema simbólico básico que refleja todos sus otros aspectos: "El contenido de toda cultura es expresable en su lengua" (pág. 10). Constantemente, a lo largo de estos estudios, surgen observaciones sobre la función simbólica del lenguaje en el plano social. Con ellas ha de conectarse el planteo de uno de los problemas lingüísticos que más interesó a Sapir, sobre todo a partir de 1925: el de la posibilidad y legitimidad de una lengua internacional. Pues si el lenguaje es un conjunto de símbolos que reflejan el total ambiente, físico y social, en que está colocado un grupo de hombres (<sup>4</sup>); si puede servir de símbolo a distinciones sociales y sentimentales (pág.

<sup>3</sup> La idea de una correspondencia natural entre sonido y significado interesó ya mucho en la Antigüedad, dando origen, según sabemos, a las más fantásticas disquisiciones. Modernamente entre los lingüistas, Jespersen, por ejemplo, atribuyó una especial importancia al simbolismo fonético: "... hay palabras que, instintivamente, nos parecen adecuadas para expresar las ideas que representan y otras cuyos sonidos son sentidos como más o menos incongruentes con su significación" (*Language*, London, 1934, pág. 398). Jespersen también, lo mismo que Sapir, se refirió a la vocal *i* como especialmente apropiada para denotar lo que es pequeño, débil, insignificante; lo que por supuesto no implica de ningún modo que esta cualidad siempre sea expresada por palabras que contengan dicha vocal, ni que ésta no se encuentre también en palabras que expresen la cualidad contraria.

<sup>4</sup> Esto se refiere sólo al vocabulario; pero se descarta toda correlación entre ambiente y sistema fonético, entre grado o forma de la cultura y forma de la lengua (págs. 95 y sigs. y 432 y sigs.).



15); si las diferencias entre las lenguas han sido siempre importantes símbolos de diferencia cultural (pág. 29); finalmente, si desde tiempos relativamente recientes —y aunque sea histórica y antropológicamente erróneo— se ha tendido a identificar raza, nación, cultura y lengua, con lo que cada lengua ha venido a convertirse también en símbolo de la identidad de una unidad política y nacional (pág. 30), hemos de enfrentarnos ineludiblemente con el hecho de que si bien es verdad que una lengua artificialmente construida no puede ser interpretada como el símbolo de ningún localismo o nacionalidad —lo que sin duda favorece su aceptación—, también es cierto que ha de luchar con la dificultad de no ser sentida como símbolo de un pueblo o de una cultura; con el hecho de que su aprendizaje carece de significación simbólica. En consecuencia, su valor será siempre puramente instrumental, y de ahí la actitud indiferente u hostil con que la mayoría enfrenta su posibilidad. Pero para Sapir esta oposición —que califica de “simbólica”— a la lengua internacional debe ser superada por la consideración de su necesidad lógica y sus ventajas prácticas. Sostiene además que, para desempeñar el papel de lengua internacional, una lengua artificial debe tener necesariamente gran superioridad sobre cualquiera de las nacionales que pudiera ser elevada a esa categoría: ninguna de éstas es todo lo simple, regular, lógica y aún rica y creadora que puede serlo una lengua en la que se han evitado metódicamente todos los errores y defectos de las naturales (*The Function of an International Auxiliary Language*, 1931, págs. 110-121). Para conseguir este fin la Internacional Auxiliary Language Association emprendió —bajo el impulso y la inspiración de Sapir y con la colaboración de otros destacados lingüistas como Jespersen y Van Wijk— una serie de cuidadosas investigaciones tendientes a establecer los principios constitutivos de una lengua que satisficiera estos requerimientos y respondiese a todas las exigencias de un pensamiento bien llevado. Era necesario entonces empezar por poner al desnudo las estructuras lógicas que se encuentran inadecuadamente simbolizadas en nuestras lenguas actuales, a fin de que el problema de simbolizar correctamente el pensamiento pudiera ser examinado a fondo. Este es el propósito del trabajo de Sapir, *Grading: A Study in Semantics*, que

puede ser considerado como un primer intento de exploración en "el campo lamentablemente descuidado de las congruencias e incongruencias del sentido lógico y psicológico con la forma lingüística" (pág. 149). Pensado como parte de una obra general sobre el lenguaje emprendida en colaboración con W. E. Collinson y A. V. Morris e interrumpida a poco de iniciarse los trabajos, fué publicado este estudio con carácter póstumo en 1944 (5).

Los artículos que he nombrado y otros de menor interés constituyen, bajo el título *The Nature of Language*, el grupo de escritos sobre temas de lingüística general que han sido recogidos en este volumen. No está en ellos lo más valioso de la obra sapiriana. Por importante que sea su contribución a la lingüística en el plano de los estudios teóricos más lo es por lo nuevo que en ellos aparece, por los problemas que plantea o vuelve a plantear con algún enfoque original, por los caminos que abre a la investigación, que por una visión realmente profunda de los hechos o el tratamiento exhaustivo de los problemas (6). En general, en todos estos estudios sobre la naturaleza del lenguaje, muy breves en su mayoría, se echa de menos un análisis algo más profundo de los conceptos, un tratamiento realmente a fondo de las cuestiones. Naturalmente que esto no ha de entenderse como un reproche: Sapir no es un teórico del lenguaje sino, ante todo, un empírico, siempre más seguro y eficaz en el terreno de la experiencia directa que en el de la pura

<sup>5</sup> Como resultado final de todos los esfuerzos realizados por la IALA durante más de veinticinco años, han aparecido en Nueva York, en 1951, la gramática de la nueva lengua internacional Interlingua y el diccionario Interlingua - inglés. Sobre ellos puede verse la reseña de Martinet en *Word*, VIII, 1952, págs. 163-167.

<sup>6</sup> Señalaré sólo dos ejemplos de lo que acabo de afirmar: 1º El lenguaje, como hemos visto, es calificado de simbólico una y otra vez. Pero recordemos que F. de Saussure no admitía la palabra "símbolo" para designar al signo lingüístico; se trata, indudablemente, de una designación discutible. Sapir, sin embargo, la adopta sin darnos ningún indicio de haberla sometido previamente a un examen a fondo para dilucidar si es o no adecuada; da por sentado que una lengua es un sistema de símbolos sin aclarar qué razones lo llevaron a adoptar este criterio. 2º Una teoría tan interesante como la de posibles intercambios fonéticos entre dos lenguas contiguas no emparentadas es apenas sugerida en varias ocasiones y señalada a futuras investigaciones, limitándose Sapir a indicar como su posible causa fenómenos de bilingüismo.

teoría. A juzgar por lo que nos permiten conocer los estudios que vienen a continuación —sobre lenguas americanas, indoeuropeas y semíticas—, su actividad parece moverse dentro del siguiente círculo: a partir de investigaciones lingüísticas hechas directamente “sobre el terreno”, con lenguas vivas en su mayoría no fijadas por la escritura, deduce sus principios teóricos; éstos cuentan así con la firme base que les otorga el haber sido comprobados experimentalmente, y pueden a su vez ser aplicados a la investigación de otras lenguas, donde llegan con frecuencia a ofrecer una solución hasta entonces vanamente buscada, a iluminar con una luz novedosa muchos puntos particularmente oscuros. Mencionaré sólo un ejemplo de los que en este libro ilustran el proceso a que acabo de referirme. Se trata de un trabajo que, tal vez mejor que ningún otro, nos permite valorar la amplitud y la solidez de sus conocimientos lingüísticos y apreciar los rasgos característicos de sus procedimientos: *Glottalized Continuants in Navaho, Nootka, and Kwakiutl (with a note on Indo-European)* (1938) se propone desentrañar cuál pudo ser el origen, en tres distintas lenguas americanas, de fonemas tan singulares y poco frecuentes como son las consonantes fricativas sonoras glotalizadas *y*, *w*, *m*, *n*, *ŋ*, *l*. A partir de gran cantidad de ejemplos escogidos entre el material que le proporcionaron sus propios estudios sobre estas lenguas y los de Boas sobre el kwakiutl y con un método preciso y objetivo que puede calificarse de modelo para este tipo de investigaciones, va derivando sus consecuencias, todas de la mayor importancia para el conocimiento histórico y descriptivo de estas lenguas. Recordaré sólo la más importante, común a todos los casos considerados: “un fonema consonántico relativamente débil, en lugar de desaparecer enteramente cuando está agrupado con una consonante sonora, es absorbido por ésta, de modo que aparece un nuevo fonema consonántico”. Estos nuevos fonemas, caracterizados por una cualidad glotal, vienen a encontrarse en la misma situación que las vocales nasalizadas de otras lenguas: se trata también en ellas de un caso de absorción (el de la *m* o *n* por parte de la vocal que la precedía) cuyo resultado es una clase de vocales que no existía antes en el sistema. De este modo, yendo más allá del caso particular de estas tres lenguas, nos

encontramos con el siguiente principio general: "Categorías fonéticas enteramente nuevas, tales como nasalización, glotalización, aspiración... pueden surgir como productos de una absorción" (pág. 244). Finalmente, los resultados así obtenidos son aplicados a otro campo de la lingüística, el indoeuropeo, donde sirven para aclarar algunos puntos de la fonología prehistórica del griego. Tres años después de la aparición de los *Études indo-européennes* de Kurylowicz —donde éste desarrolla y resume su doctrina sobre las consonantes laríngeas indoeuropeas— Sapir expone aquí sus puntos de vista respecto a esta teoría. De acuerdo con ella en lo esencial, se opone a algunos de los casos en que se ha hablado de "pérdidas" de fonemas, prefiriendo postular la posibilidad de que se trate de fenómenos de absorción semejantes a los observados en las lenguas americanas; vale decir que en muchas ocasiones nada nos da derecho a suponer que la laríngea haya desaparecido sin dejar rastros. Con esta nueva teoría de la absorción de las laríngeas, aplicada al griego, consigue explicar muchas palabras de esta lengua que presentaban hasta ahora una etimología dudosa; la historia griega de *ie. w, y, r*, recibe nueva luz y desaparecen muchos problemas considerados poco menos que insolubles (<sup>7</sup>).

El campo de las experiencias de Sapir, del que partió para elaborar su teoría y en el que volvió una y otra vez a comprobar la validez de sus principios, es sobre todo, según hemos visto, el de las lenguas indígenas americanas. Seis estudios reunidos en estos *Selected Writings* representan sólo una mínima parte de la numerosa serie de trabajos sobre estas lenguas que fueron apareciendo a lo largo de treinta y tres años dedicados a la investigación. Poseía ya Sapir una sólida formación lingüística, con firmes conocimientos del semita y del indoeuropeo, cuando las enseñanzas de su maestro Franz Boas despertaron su entusiasmo por el estudio de las lenguas indígenas. Esto trajo la importante consecuencia de que, por el hecho de dedicar preferentemente su atención a las lenguas de culturas primitivas, surgiera en él un gran interés por investigar tam-

<sup>7</sup> Es importante destacar que, frente a la teoría de Kurylowicz que postulaba la retención de laríngeas (al menos una) sólo en hitita, Sapir parece demostrar la retención de los "schwas" también en otras lenguas.

bién los problemas culturales de toda índole que estos pueblos ofrecen, derivándose así una orientación antropológica que lo condujo a un dominio igual del campo de la antropología que del de la lingüística. En repetidas ocasiones no vaciló Sapir en señalar el estrecho vínculo que liga los estudios lingüísticos con los etnológicos. Así, en *The Status of Linguistics as a Science*, 1929, por ejemplo, sienta el siguiente principio: "Es particularmente importante que los lingüistas . . . se den cuenta de lo que su ciencia puede significar para la interpretación de la conducta humana en general. Sea o no de su gusto deben preocuparse cada vez más de los muchos problemas antropológicos, sociológicos y psicológicos que invaden el campo del lenguaje" (pág. 166). El no estudiar las lenguas como realidades totalmente independientes sino más bien —en gran número de casos— con vistas a aislar su contenido cultural, permite relacionar los frutos de la lingüística con los de las otras ciencias sociales. En varios de estos artículos emplea Sapir, con muy buen resultado, el método de inferir antecedentes culturales partiendo del estudio de peculiaridades lingüísticas. Tal es el procedimiento seguido en *Internal Linguistic Evidence Suggestive of the Northern Origin of the Navaho*, 1936, cuyo propósito es el de "mostrar que hay testimonios tangibles en el navajo mismo sobre el origen secundario de elementos aparentemente fundamentales de la cultura navaja, tales como la agricultura, y que estos testimonios parecen señalar una temprana asociación de la cultura de estos pueblos con un medio ambiente más septentrional que el suyo actual" (pág. 213). El análisis lingüístico de cuatro grupos de palabras navajas que tienen connotaciones culturales, acompañado de una minuciosa comparación con otras lenguas atabascas, permiten liberar la lengua y la cultura navajas de su actual ambiente sudoccidental y establecer que el centro geográfico del navajo y del apache está en el norte. En otro de estos estudios, *Central and North American Languages* <sup>(3)</sup>, la distribución de las lenguas de México y América Central parece indicar con suficiente claridad que, al producirse la conquista en

<sup>3</sup> En este artículo, escrito para la *Encyclopaedia Britannica* en 1929, se encuentra la famosa clasificación hecha por Sapir de las lenguas indígenas norteamericanas que reduce a seis grandes grupos las cincuenta y cinco familias lingüísticas de la clasificación de Powell (págs. 169-178).

esas regiones, diversos pueblos procedentes del norte se desplazaban hacia el sur. No puede dudarse de que el intrincado problema que plantean tales movimientos étnicos y culturales puede ser resuelto en gran parte con ayuda de las investigaciones que se realicen en el terreno lingüístico.

En suma, tales trabajos no pueden menos que iluminarnos sobre la importancia que le es dado alcanzar a este tipo de estudios en el campo de la historia de la cultura, sobre todo tratándose de lenguas como las americanas, donde es tanto todavía lo que falta investigar, y cuyo valor para establecer reconstrucciones culturales debe aumentar necesariamente a medida que lo hagan los conocimientos que sobre ellas tenemos en la actualidad. Pero por valioso que sea el estudio de estas lenguas para la antropología cultural, lo es más aún para la lingüística, y tan apreciadas, como las consecuencias culturales que de él pueden derivarse, son las contribuciones que aporta a la teoría y al método de la lingüística descriptiva. Hay que tener presente que estas lenguas indígenas no están fijadas por escrito y no nos proporcionan ningún material registrado del pasado remoto. Si a esto se añade el hecho de que sus estructuras son a menudo muy diferentes de las de las lenguas que nos son más familiares, se comprenderá fácilmente que su estudio —y en esto lleva ventaja al de las familias indoeuropea o semita, sobre todo en sus ramas más conocidas— resulte siempre tan fecundo para plantear nuevos problemas de lingüística general.

EMMA GREGORES.

FERNANDO DE HERRERA, *Rimas inéditas*. Editadas por José Manuel Blecu. Consejo Superior de Investigaciones Científicas. Instituto "Antonio de Nebrija", *RFE*, Anejo XXXIX, 1948, 254 págs.

Por una serie de contratiempos, no había sido posible hasta ahora reproducir íntegramente el ms. 10.159 de la Biblioteca Nacional de Madrid en el que se encuentran poemas inéditos de Herrera, Arguijo y Rioja. Blecu en la *Introducción* a su edición de

Herrera ofrece claramente la historia del manuscrito, al que se acercaron primero Gallardo y después Rayón, Guzmán y La Barrera. La presente publicación ofrece más de cuarenta poemas inéditos de Herrera y variantes de los ya conocidos; el ms., además, presenta una visión más completa de Arguijo y Rioja. Bastarían las precedentes indicaciones sumarias para asegurar el interés del trabajo de Blecua, quien agregó a los textos una atenta introducción. En efecto, a la breve historia del manuscrito, en la *Introducción*, siguen dos amplios párrafos dedicados a "Los poemas inéditos de Herrera" y a "Las variantes"; termina el libro un *Apéndice* con el índice de los poemas de Herrera, Arguijo y Rioja copiados en el manuscrito (están indicadas oportunamente las relaciones entre las varias ediciones de Herrera, Pacheco, Rivadeneyra, Gallardo; de Arguijo se confrontan las ediciones de A. de Castro, Rivadeneyra, Gallardo; de Rioja, la de Herrera). A la historia del ms. se agrega, en el párrafo "Los poemas inéditos de Herrera" una breve historia de las publicaciones herrerianas (págs. 10-11) con los juicios al respecto y, en particular, para la edición de Pacheco de Coster, Duarte, Rioja, Quevedo. Puede decirse que ahora con esta edición, que completa la de García de Diego, resulta fácil acercarse a una visión total de la poesía de Herrera.

En las páginas concernientes al manuscrito podemos anotar algunos datos interesantes: colección de 1578, anterior a las ediciones conocidas. Blecua transcribe la papeleta de Gallardo sobre el ms. "...cuatro letras distintas: la de las poesías de Arguijo y Rioja, una; la de Herrera, que es de su tiempo, otra; la de la Tragedia (sin nombre de autor), otra; la de los Indizes, que llama Registros, otra" (pág. 9). Pero para el editor actual "las copias de los poemas de Herrera, Arguijo y Rioja, debieron de hacerse en Sevilla, o por algún sevillano. De ahí la ortografía y ciertos detalles fonéticos que aparecen" (pág. 9). Un examen más detenido merece el párrafo sobre "Los poemas inéditos de Herrera". Aparte de la historia de las publicaciones (págs. 10-11 cit.), Blecua estudia la colección de 1578, que hasta ahora es la más antigua que se conoce y anterior en cinco años a la del mismo Herrera. Esta colección contiene 130 poemas, de los cuales 46 son inéditos y los restantes son versiones muy libres de los poemas publicados. Acla-

rados estos puntos (perfectamente aceptables) Blecua pasa a describir y analizar los temas poéticos de la colección, es decir, a darnos una visión de los caracteres de la poesía y el sentimiento poético de Herrera. Limitándonos a seguir las afirmaciones de Blecua encontramos (pág. 12), después de una enumeración de los "temas" (de la red del cabello de la amada, de los rayos de su luz, los dolores de la ausencia o las quejas por el olvido de las promesas... del *Carpe diem*... de la mariposa... de Faetón), una interpretación del soneto IV ("Presa soy de vos solo y por vos muero") que nos presentará la oportunidad de plantear el problema de aquel amor de Herrera, equivocadamente llamado platónico. Según la interpretación de Blecua volveríamos a una lectura poética basada casi completamente en el examen de los temas más expuestos a la crítica.

Queremos aún recoger, en las palabras de Blecua, ciertos tonos ambiguos: "Pero todos estos poemas inéditos no despertarán, sin embargo, tanta curiosidad como las cuatro églogas" (pág. 15) ("contenido autobiográfico", "expresiones garcilasistas" aumentan el valor de tales aseveraciones). Pág. 16: "encontramos en ella [la égloga] una emoción llena de autenticidad y afecto, que en algún momento recuerda expresiones garcilasistas": donde se da por admitido (lo que no nos parece justo) que los sonetos interesan menos, aún en el orden estético. Blecua lo dice explícitamente, aunque la "belleza" figura al margen casi como una concesión: pág. 16: "La égloga primera es la que ofrece más interés, precisamente por su contenido autobiográfico y su belleza". Es indudable que son los esquemas académicos los que llevan a Blecua a semejantes declaraciones: podemos ver otro ejemplo de esa actitud en las continuas citas de fragmentos de Herrera en que el poeta sevillano se abandona mayormente a aquella "tradición clásica y renacentista" que llevaría a hablar sólo de paisajes, de ninfas y de la famosa "cristalinidad" tan apresuradamente aplicada a Garcilaso. De todos modos esperamos que Blecua aclare su posición, en general y en los casos como el del problema de las relaciones entre sonetos y églogas —cf. pág. 15 cit.— y entre Herrera y Garcilaso.

El párrafo sobre "Las variantes" es verdaderamente interesante. Algunos cuidadosos y agudos análisis de Blecua (por ej. en la



pág. 22, donde establece las relaciones entre los tres textos y las probabilidades de una formación basada en textos diversamente limados) son excesivos; nos parece indudable que Blecua evitaría, en otros casos, conclusiones poco decisivas si aclarara, en un estudio que nos promete (pág. 21), su posición teórica. En efecto, no llegamos a admitir la posibilidad de afirmaciones como las de la pág. 23, a propósito del soneto "Huye a priessa medroso el horror frío" de H. y P.; "Huye mi pensamiento el horror frío" de B. Nos parece evidente que *huyo* y *espero* en un "plano personal" pueden muy bien ser expresiones intensas. Las repeticiones de *contra* pueden indicar muy bien intensidad, cuya violencia sería, justamente en este sentido, perfectamente legítima. En las págs. 24 y 25 Blecua no tiene en cuenta, como debiera, los valores indudables y generales de la aliteración, la cual no vemos por qué no puede valer, aunque fuera sólo como cultismo. En la pág. 32 no se comprende por qué razón "errantes lumbres" es considerado superior a "errantes formas" y "llamas de oro" a "luces de oro"; aún el aumento de valor cromático, que podría justificar un juicio unilateral, se vuelve inconsistente si recordamos que "lumbres" es "fórmula más corriente y desgastada", como apuntaba el mismo Blecua, para "llama gloriosa" (págs. 31-32).

No intentamos enjuiciar la importancia de este libro, de una valía indiscutible. Blecua, benemérito estudioso de la literatura española de la Edad de Oro, nos tiene acostumbrado ya al fruto logrado de su trabajo infatigable, en el que el presente libro es un jalón más. Si nos hemos permitido algunas observaciones ha sido porque consideramos necesario y urgente ir deslindando campos y noticias que lleven a una recapitulación de lo fragmentario, en vista sólo al logro (como el mismo Blecua dice, pág. 12) de allanar el camino "al futuro investigador de la lengua poética de Herrera". Para este estudio el presente libro es una aportación importantísima.

ORESTES FRATTONI.

GONZALO ZALDUMBIDE, *Cuatro Clásicos Americanos*. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1951. 269 págs.

Este volumen que nos ofrece Cultura Hispánica es de crítica literaria realizada por el Sr. Gonzalo Zaldumbide en forma digna y como resultado de un acercamiento real a la personalidad de los autores analizados y de sus obras. Cada uno de los cuatro estudios que componen el tomo, evidencia la prolijidad de ese acercamiento (1).

El autor recoge cuatro trabajos referentes a otras tantas figuras literarias: el uruguayo Rodó, y los ecuatorianos *Montalvo*, *Villarreal* y *Aguirre*. El propósito perseguido, según creemos, es el de unir en un mismo volumen cuatro valores auténticamente americanos pero plenos a la vez de hispanidad. "Cuatro clásicos americanos" cuyo dominio de la lengua española es absoluto y cuyo mérito más positivo es el de haber tratado de renovar la tradición castiza.

De los cuatro estudios, el más extenso es el dedicado a Rodó, concebido en 1917 (2) como salutación al maestro pero convertido, por obra de la inesperada muerte del escritor, en una "consagración póstuma". Ha sido dividido en cinco capítulos en los que se analiza *Su aparición en el Continente*; *Circunvalación de su obra*; *Análisis de sus libros*; *Su estilo* y *Su contenido espiritual*. Zaldumbide destaca con todo acierto y con muy seguros trazos, la calidad de escritor "excepcional por lo armonioso y cabal, por su congénita madurez" que hacen de Rodó uno de los más puros valores de las letras hispanoamericanas. Nos lo muestra como un producto íntegro de su época, con un afán siempre renovado de universalidad; un escritor en el que se dió la estupenda conjunción de la cultura europea vivificada por la savia americana.

Otro aspecto, a veces soslayado por la crítica, es el del clasicismo de Rodó, del que Zaldumbide afirma que es en el uruguayo

<sup>1</sup> El presente trabajo fué publicado por la Academia Argentina de Letras bajo el título *Cuatro grandes clásicos americanos* en su Serie de Estudios Académicos. Vol. III. Buenos Aires, 1947.

<sup>2</sup> *José Enrique Rodó*. París, 1918.

una fuerza que "actualiza, vivifica y vuelve imprescindibles las condiciones que aseguraron la perennidad del ejemplo antiguo". Y, con toda razón, nuestro crítico destaca que esa "postura rodoana", ese estar abierto a todos los influjos —los de la patria y los de fuera— donde se siente con mayor pujanza, es en su galería de retratos americanos. Otra nota particularmente bien estudiada es el *sosiego*, ecuanimidad y equilibrio que se palpa a poco que se lea la obra de Rodó, cualidades las tres que resultaron de una ardua lucha interior, de la resolución de un problema interno, hasta llegar al "acuerdo con su verdad íntima". Por eso podrá afirmar Zaldumbide que la *nota dominante* de la madurez rodoana será "una singular emoción intelectual" que ha de cubrir su lirismo de un *velo impersonal*.

Los libros analizados son: *El que vendrá*, el *Prólogo a Darío*, *Ariel*, *Motivos del Proteo*, *El Mirador de Próspero*, y en todos estos análisis siempre idéntica justeza de conceptos y de ponderables valoraciones, como en el resto del cariñoso acercamiento a Rodó.

El estudio sobre *Montalvo* comprende seis capítulos. Después de una biografía escueta, en la que se ha buscado tan sólo el hecho que ha tenido repercusión directa sobre la obra e ideas, se nos hacen contemplar las sucesivas etapas por las que hubo de pasar la personalidad de Montalvo: el viajero romántico; el luchador político; el ensayista y escritor "afilosofado"; el imitador de Cervantes; el libelista y caricaturista; el polemista; el cronista; el moralista grave y, por sobre todo y siempre, el "hablista y prosador insigne". Escritor frecuentemente mal comprendido, o comprendido tan sólo a medias, como todo precursor, el estudio de Zaldumbide pormenoriza acerca de Montalvo uno de sus valores que es necesario tener más presente: su casticismo, a la manera de un español del gran siglo, su prosa casi "cervantina" en algunos pasajes de su olvidada obra (<sup>3</sup>).

*Fr. Gaspar de Villarreal* es para Zaldumbide "uno de los escritores más importantes, más singulares y más amenos de cuantos produjo la América colonial". Es un verdadero "conteur" de perso-

<sup>3</sup> El apartado VI de este estudio, *Los Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, apareció como artículo en el *BAAL*, 1947, XVI, n.º 61, págs. 651-658.

nálisis obra, realizada por una "originalidad incommunicable". Zaldumbide establece en su *Post Scriptum* y sin dejar ya lugar a dudas, que el nacimiento de Villarreal tuvo lugar en Quito. Para él dos son los méritos de Fr. Gaspar: como escritor —claro, fecundo, aunque excesivamente prolijo, mas pleno de sugerencias—; y como orador. Tanta fué su fama en este sentido que a esas dotes oratorias les debió su nombramiento de predicador de la capilla real en la metrópoli española. Consigna más adelante Zaldumbide las opiniones de J. T. Medina y Eyzaguirre, afirmando que no supieron gustar la gracia ingenua y la fuerza toda del agustino.

El P. J. B. Aguirre nos es presentado como "el mejor poeta de nuestro siglo XVIII". Conocido tan sólo fragmentariamente —y los fragmentos no son precisamente lo más destacable de su obra— este poeta ecuatoriano necesitaba un estudio tan imparcial pero a la vez tan justo y mesurado como el que cierra el tomito de *Cuatro clásicos americanos*. Las estrofas de la "Carta a Lizardo" que leemos tan desprevenidos como Zaldumbide quiere, nos traen esa música que "flota sobre las rimas como un halo de pensamiento". Asistimos al "movimiento dramático" de la poesía del P. Aguirre y nos subyuga la "majestad bíblica" que por momentos levanta el verso y lo vuelve dominante. No son meras frases del crítico; es la realidad de una obra de gran riqueza imaginativa y de movimiento. Mas, junto a estas muestras de lírica pura, Aguirre tuvo también una vena cómica que lo llevó a burlarse de su Quito, de los médicos y de los críticos. Sin embargo, esos epigramas son más bien fríos y vulgares. "Más fino, más donairoso que en la sátira, es sin duda en el discreto y rendimiento madrigalizante". Dos composiciones son las que hicieron la fama del P. Aguirre: un ditirámico elogio a Guayaquil y una burlesca descripción de Quito en epístola jocosera, y un poema inconcluso sobre la vida de San Ignacio. Zaldumbide establece, con toda lógica, la oportunidad en que ambas piezas fueron realizadas y el porqué de su tono. Demuestra —después de pasar prolija revista— que los pareceres de críticos como Mera, Molestina, Menéndez Pelayo, etc., carecieron de fundamento por incomprensión total de la personalidad del fraile y de sus escritos. La bio-

*grafía* es completa y prolija del mismo modo que los datos referentes a los *Manuscritos* y a su *hallazgo* por J. M. Gutiérrez. Completa este útil trabajo una *Nota bibliográfica* del P. A. Espinosa Polit, S. I.

ÁNGELA BLANCA DELLEPIANE DE MARTINO.

JOSÉ SIMÓN DÍAZ, *Bibliografía de la Literatura Hispánica*. Dirección y prólogo de J. de Entrambasaguas. Tomo I. C. S. I. C. XXXII — 672 págs. Tomo II: Madrid. Idem. 1951, XII — 387 págs. Tomo III: Madrid. Idem. 1953. XIII — 1272 págs.

Por propia experiencia saben los estudiosos —y aún los investigadores de un tema concreto— las dificultades que representaba, en sus trabajos sobre literatura española, la falta de una bibliografía de la misma. Como primer —y casi único— instrumento disponíamos de las indicaciones de algunos textos —Fitzmaurice-Kelly, Ticknor, Hurtado y González Palencia, sobre todo— y de revistas de reconocido prestigio. Útiles medios, sin duda, pero muy limitados. ¡Cuánto tiempo perdido en comprobar las referencias, inexactas muchas veces, y el escaso valor de los trabajos, por no incluir reseñas o críticas sobre ellos! Las revistas permiten al lector seguir la marcha general de los estudios sobre literatura española; pero el considerable número de tomos publicados constituye también un obstáculo para la rápida consulta.

La empresa de recoger las papeletas bibliográficas —aunque sólo fuesen las más importantes— de nuestra literatura parecía exigir un trabajo de equipo o largos e incansables años de esfuerzo personal. Empresa difícil, expuesta al desaliento, oscura, y que obliga a ofrecer múltiples posibilidades a la investigación a costa de renunciaciones propias. La urgente necesidad, sentida por todos, de disponer de un corpus bibliográfico ha movido a dos profesores a emprender tan ardua tarea. Con escasa diferencia de tiempo, han visto la luz el *Manual de Bibliografía de la literatura española*, de Homero Serís

(1ª parte. Centro de Estudios Hispánicos, Syracuse University; Syracuse, Nueva York, 1948) y la *Bibliografía de la literatura hispánica*.

El Consejo Superior de Investigaciones, después de una larga etapa de dudas, confió la realización de ese corpus a José Simón Díaz, bibliotecario y catedrático de Literatura y Lengua españolas. En breve plazo —si tenemos en cuenta la amplitud del tema y los medios precisos para desarrollarlo—, Simón ha publicado ya tres tomos de su obra, aparte de numerosos estudios bibliográficos y críticos sobre asuntos relacionados con nuestra literatura.

*Tema y límites de la obra.* — El título revela ya los límites de la *Bibliografía*. La unidad de conceptos y sentimientos del mundo hispánico ha impreso en su literatura unas líneas generales comunes, aunque no isócronas siempre. *Bibliografía de la literatura hispánica*, porque no sólo las múltiples manifestaciones de España, sino también las de, en otros tiempos, provincias del Imperio: Filipinas y América del Sur. Las ventajas de abarcar tan amplio campo resultan evidentes: muchos aspectos de la literatura hispanoamericana —lenguaje barroco, por ejemplo— quedarían incompletos sin su referencia al punto y al momento de origen; algunas líneas de la española —épica culta, modernismo— no encontrarían justa comprensión, desarraigadas del marco geográfico e históricoliterario en que se mueven sus héroes y se desarrollan sus hazañas.

Simón Díaz adopta así una actitud clara en el debatido problema de la integración de la literatura española y de la hispanoamericana en una superior unidad: la hispánica. Algunos críticos —Menéndez Pelayo, Groussac, Carlos Roxlo, Cejador, Salcedo, etc.—, defendieron la dependencia de la literatura de América del Sur a la española. Conviene recordar las palabras de Menéndez Pelayo, no tan rigurosas como ciertos historiadores de allá han creído: “Nosotros también debemos contar como timbre de grandeza propia y como algo cuyos esplendores reflejan sobre nuestra propia casa, y en parte nos consuelan de nuestro abatimiento político y del secundario puesto que ocupamos en la dirección de los negocios del mundo, la consideración de los cincuenta millones de hombres que, en uno y otro hemisferio, hablan nuestra lengua, y cuya historia y cuya

literatura no podemos menos de considerar como parte de la nuestra" (*Historia de la poesía hispanoamericana*, I; Madrid, librería de Victoriano Suárez, 1911, pág. 12). En su antología, Menéndez Pelayo dió "entrada oficial" a la *poesía castellana del otro lado de los mares* en el tesoro de la literatura española, "al cual hace mucho tiempo que debiera estar incorporada" (*ob. cit.*, pág. 13). Los partidarios de una separación absoluta entre ambas literaturas —Luis Alberto Sánchez, por ejemplo— afirmaban y afirman que la comunidad de lengua y de raza no constituían ni constituyen motivos suficientes para la integración hispánica: "Son muchos los ensayos de sistematización de la literatura americana. Casi todos tienen en vista un hecho principal: la literatura de América latina o Indamérica es sólo una provincia de la española, porque usan el mismo idioma. Con tal concepto, las letras estadounidenses deberían insertarse en las inglesas; las belgas, en las francesas, y las del Brasil corresponderían a Portugal" (*Nueva historia de la literatura americana*, Buenos Aires, Editorial Americalee, 1944, pág. 11). Pero el mismo Alberto Sánchez adopta más tarde una actitud conciliadora: "Aunque, en realidad, no existe todavía una completa cultura americana, nadie podrá desmentir el hecho de que América pose una personalidad inconfundible. Por consiguiente es posible estudiarla como tal, como individualidad, relacionándola, desde luego, con sus antecedentes indohispanos y con sus afluentes anglofrancogermánicos" (*ob. cit.*, pág. 12). Ningún español se atreve a afirmar que la comunidad lingüística y racial —adulterada en muchas naciones— sirve para que, hoy día, la literatura argentina se estudie subordinada a la española. Ese criterio vale para otras épocas y vale por la comunidad de sentimiento y de pensamiento entre Hispanoamérica—suena mal América Latina; también es latina Italia y, un poco más allá, Rumania— y España. Arturo Torres-Río, propugnador de una literatura hispanoamericana independiente, afirma: "Cualquiera que fuese la influencia que las primitivas culturas aborígenes pudieran haber tenido sobre la vida española en general, el pensamiento colonial fué totalmente español, y cada vez más español con el transcurso del tiempo" (*La gran literatura iberoamericana*; Buenos Aires, Emecé Editores. S. A., 1945, pág. 46).

La *Bibliografía* comprende desde las primeras a las últimas manifestaciones literarias. En cada época, las fichas quedan agrupadas respetando los límites geográficos; así se mantiene el sistema de coordenadas —espacio, tiempo— fundamental en la creación, y la literatura hispánica se presenta con una fisonomía bien diferenciada.

*Plan.* — En el plan general de la obra, Simón ha dispuesto los distintos volúmenes en dos grandes apartados: primero y segundo, con cédulas agrupadas por materias; tercero y restantes, por autores. El tomo primero reúne los trabajos de carácter históricocrítico; el segundo, los bibliográficos; ambos catalogan las fuentes generales, intento provisional, superado después en los demás. El tercero sigue análoga distribución: antes de enumerar los manuscritos, ediciones, traducciones y estudios sobre los escritores, incluye las historias de la literatura, colecciones de textos, antologías, etc., sobre el período.

*Método de trabajo.* — Las cédulas de impresos han sido re-dactadas, en general, según las instrucciones vigentes en las bibliotecas españolas. Abundantes ilustraciones gráficas contribuyen al mejor conocimiento de la obra. Indudable acierto ha constituido prescindir de abreviaturas y siglas en el título de las revistas: una errata, siempre posible, supone mucho tiempo perdido y, en último término, la inutilización de la ficha.

Todas estas notas, además de ciertas particularidades (*ex-libris*, procedencia, encuadernación valiosa, etc.) sirven para caracterizar un libro. Pero, una vez conseguido esto, el lector no sabe, en muchos casos, adónde dirigirse para encontrarlo. Simón Díaz ha resuelto, casi siempre, este problema —enorme problema— indicando un lugar de consulta. En otras circunstancias, asaltan al lector dudas acerca de la bondad de la obra: para orientación del principiante ha añadido Simón, en muchas papeletas, críticas extrañas o propias y descripciones objetivas del contenido.

*Contenido.* — De la *Bibliografía de la literatura hispánica* han aparecido ya tres volúmenes. El primero, prologado por Joaquín de Entrambasaguas, cuenta con 4.506 fichas —algunas ocupan varias páginas—, distribuidas según los siguientes conceptos:



historias de la literatura (Península Ibérica, América); colecciones de textos (Península Ibérica, América, Filipinas); antologías (Península Ibérica, América, Filipinas); colecciones folklóricas (Península Ibérica, América, judíos sefardíes); monografías generales (Península Ibérica, América, judíos sefardíes); monografías especiales (los mismos conceptos y Filipinas) y relaciones con las demás literaturas (influencias mutuas, influencia de otras literaturas en la castellana, y España y la literatura castellana en las extranjeras). Las papeletas correspondientes a las literaturas catalana, gallega y vasca aparecen distribuidas según los mismos conceptos. Cierra el volumen un triple índice: de autores y de obras anónimas, de bibliotecas y general.

Las papeletas del segundo tomo suman 2.124, clasificadas del siguiente modo: bibliografías de bibliografías (Península Ibérica, América); bibliografías generales de literatura (castellana, con dos apartados: Península, América y catalana) y de literatura y otras materias (castellana, con los dos apartados anteriores y el de judíos sefardíes) y catalana; biobibliografías especiales por temas (castellana: Península, América, Filipinas; catalana y vasca); por lugares (Península Baleares, Canarias, Marruecos, América, Filipinas y extranjero); por características personales (anónimos, seudónimos, etc.; órdenes religiosas); índices de publicaciones periódicas e historia de la Imprenta, con catálogo de los de bibliotecas dispersas. Índices: de autores, de lugares, de materias, de bibliotecas y general.

El volumen tercero, con 6.778 papeletas, está consagrado a la literatura medieval castellana. Los autores aparecen clasificados por orden cronológico, y, en cada siglo, según los distintos géneros literarios; caso de haber cultivado más de uno, figuran en aquél en que más destacaron.

*Crítica.* — Expuestos brevemente los límites, plan, realización y contenido de la *Bibliografía*, resulta innecesario ponderar su valor en el campo de nuestros estudios literarios. En pocos casos como en éste las palabras de elogio estarán más justificadas en la crítica laudatoria: por la paciencia, esfuerzo diligente y escrupuloso, visión clara y sistemática, inmediata y segura utilidad de la obra. Simón Díaz ha iluminado provincias tan difíciles de la literatura medieval

castellana como las de las crónicas, cancioneros, romanceros y libros de caballerías. De todos son conocidas las dificultades que supone el estudio de un poeta del XV, distribuidas sus composiciones en cancioneros mal descritos; ahora, si no resuelto el problema, parece abordable, gracias a la reproducción del título y de los dos primeros versos de todas las poesías de esos repertorios. Aunque el primer volumen será superado —ya lo ha sido— en muchos aspectos por los siguientes, echamos de menos en él algunas subdivisiones o referencias en el índice. Por jemplo: si el lector desea consultar un volumen de libros de caballerías en general, no encuentra en el índice la papeleta necesaria, ni en las colecciones de textos una subdivisión dedicada a ese concepto. De haber introducido esas subdivisiones, el volumen habría aumentado extraordinariamente de tamaño; tal vez hubiese sido más fácil la referencia en el índice. En el apartado de monografías especiales, la agrupación de las papeletas por conceptos amplios —por ejemplo, métrica— habría facilitado la búsqueda; en último término, un índice habría cumplido parecido servicio.

Nadie puede ignorar —el autor, mucho menos— que en trabajos de este género siempre escapan a los propósitos y laboriosidad del erudito y bibliófilo abundantes papeletas. Resulta humanamente imposible catalogar todas las referencias y acertar en su-distribución. Pero, aun así, Simón Díaz ha sabido sortear con fortuna esas dificultades. Hemos repasado, con especial interés, el volumen tercero, y las omisiones, raras siempre, en ningún caso representan incompleta visión de un autor o de una obra. El generoso esfuerzo de Simón merece la gratitud de todos los hispanohablantes, y tal vez la mejor manera de expresar ese agradecimiento común sea añadir, en modesta suma, unas papeletas a su extraordinario corpus bibliográfico.

*Poema de Cid.* — Pablo Schostakovsky, *El "Poema del Cid" y el "Canto de la incursión de Igor"*; Logos, Buenos Aires, 1942, I, núm. 2, págs. 321-326; G. T. Northup, *The "Poem of the Cid" viewed as a novel*; PhQ, XXI, 1942, págs. 17-22.

*Poema del Cid, Berceo, Alexandre y Fernán González.* — J. B. de Forest, *Old French Borrowed words in the Old Spanish*

*of the Twelfth and Thirteenth Centuries with special reference to the Cid, Berceo's Poems, the Alexandre and Fernán González;* RRQ, VII, 1916, págs. 369-413.

Alfonso X. — H. A. van Scoy, *Alfonso X as a Lexicographer;* HR, VIII, 1940, págs. 277-294.

*Primera Crónica General.* — Dorothy Donald, *Suetonius in the Primera Crónica General through the Speculum Historiale;* HR, XI, 1943, págs. 95-115.

*Primera Partida.* — J. H. A. Herriot, *A thirteenth century manuscript of the Primera Partida;* Speculum, XIII, 1938, págs. 278-294.

*Calila y Dimna.* — Günther Dietrich, *Beiträge zur arabisch-spanischen Uebersetzungskunst im 13. Jh. Syntaktisches zu Kalila wa Dimna;* Kirchhain, G. Zahn, 1937. Reseña: Eva Seifert, VoxR, IV, 1939, págs. 193-198.

*Auto de los Reyes Magos.* — J. D. M. Ford, *Old Spanish Readings;* Boston, Ginn and Co., 1906 (sigue en su edición a Menéndez Pidal); A. M. Espinosa, *Notes on the Versification of "El Misterio de los Reyes Magos";* RRQ, VI, 1915, págs. 378-401; con edición; F. Giner de los Ríos, *El auto de los Reyes Magos;* Tierra Nueva. Revista de Letras Universitarias, México, D. F., I, julio-octubre, 1940, núms. 4-5, págs. 242-251; A. M. Espinosa, *Synalepha in Old Spanish Poetry: a reply to Mr. Lang;* RRQ, VIII, 1917, págs. 88-98; A. Mussafia, *Zum altspanischen Dreikönigspiel;* Jahrbuch für romanische und englische Literatur, VI, 1865, págs. 220-222.

Alfonso XI. — Ángel de los Ríos y Ríos, *Nota presentada a la Real Academia de la Historia sobre el autor de la Crónica y Poema de Alfonso XI;* Madrid. 1866.

*Cifar.* — Amado Alonso, *Maestría antigua en la prosa;* Sur, Buenos Aires, 1945, núm. 133, págs. 140-143.

*Don Juan Manuel.* — Ángel Benito y Durán, *El hombre en sus pasiones y en su ordenación hacia el último fin, según el In-*

fante don Juan Manuel en el "Libro del Conde Lucanor"; Ciudad Real, Publicaciones del Instituto de Estudios Manchegos, 1948; A. R. Nykl, *Arabic Phrases in "El Conde Lucanor"*; HR, X, 1942, págs. 12-17.

*Danza de la Muerte.* — H. R. Lang, *Spanish "meldar"*; RRQ, III, 1942, págs. 416-417.

*Pero Guillén.* — H. R. Lang, *A propos de "Caçafaton" in the Rhyme-Dictionary of Pero Guillén*; RHi, XVI, 1907, págs. 12-25.

*Jorge Manrique.* — Jorge Martínez Villada, *Jorge Manrique*; *Revista de la Universidad Nacional de Córdoba*, XXXIX, núms. 3-4, 1952; María Rosa Lida, *Una copla de Jorge Manrique y la tradición de Filón en la literatura española*; RFH, IV, 1942, págs. 151-171; F. Dorseiff, *Das Geheimnis der Form von Manrique Coplas und Villon Ballade*; ZFSp, LXIV, 1941, págs. 171-174.

*Juan de Mena.* — E. Buceta, *La crítica de la oscuridad sobre poetas anteriores a Góngora*; RFE, VIII, 1921, págs. 178-180.

*Enrique de Villena.* — S. M. Waxman, *Chapter on magic Spanish-Literature*; RHi, XXXVIII, 1916, págs. 378-438; M. Schiff, *La première traduction espagnole de la Divine Comédie*; Homenaje a Menéndez Pelayo, Madrid, 1898, I, págs. 269-307.

*J. Rodríguez del Padrón.* — P. J. Pidal, *Vida del trovador J. Rodríguez del Padrón*; en *Estudios Literarios*, 1890, II, págs. 7-37; A. López, *Juan Rodríguez del Padrón. Rectificaciones históricas*; *Faro de Vigo*, 21 de agosto de 1934.

*Juan del Encina.* — R. M. Macandrew, *Notes on Juan del Encina's Eglogas trobadas de Virgilio*; MLR, XXIV, 1929, págs. 454-458; Gilbert Chase, *Juan del Encina. Poet and Musician*; *Music and Letters*, XX, número 4 de octubre 1939.

*Fernando de Rojas.* — J. L. Heller y R. Grismer, *Seneca in the Celestinesque novel*; HR, XII, 1944, págs. 29-48; B. Croce, *Studi su poesie antiche e moderne. XIV Antica poesia spagnuola. I. La Celestina*; *La Critica, Napoli*, XXXVII, 1939, págs. 81-91;

P. Verdevoye, *La Celestine et l'adaptation de P. Achard*; BHi, XLV, 1943, págs. 1998-201; R. Espinosa Maeso, *Dos notas para la Celestina*; BAE, XIII, 1926, págs. 1798-1985; R.E. House, M. Mulroney e I. G. Probst, *Notes on the Authorship of the Celestina*; PhQ, III, 1942, págs. 981-91; E. Martinenche, *Quatenus Tragicomoedia de Calisto y Melibea vulga Celestina dicta ad informandum hispaniense theatrum valuerit*, Nîmes, 1900; E. Martinenche, *Quelques notes sur "La Celestina"*, BHi, 1902, págs. 195-103; A. Bonilla y San Martín, *Algunas consideraciones acerca de la tragicomedia de Calisto y Melibea y sus autores*; *Anales de la Literatura Española*, Madrid, 1904, págs. 7-24; K. Haebler, *Bemerkungen zur Celestina*; RHi, IX, 1902 págs. 139-170.

Merlín. — Pedro Bohigas, *La visión de Alfonso X y las "Profecías de Merlín"*; RFE, XXXV, 1941, págs. 383-398.

Tristán de Leonís. — G. T. Northup, *The Italian Origin of the Spanish prose Tristán versions*, RRQ, III, 1912, págs. 194-222.

ALFREDO CARBALLO PICAZO.

Universidad de Madrid.

*Antología de elogios de la lengua española*. Nota preliminar y selección de GERMÁN BLEIBERG. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1951. 472 págs.

En un cuidadoso volumen nos presenta Germán Bleiberg su antología. Como obra de divulgación cumple su fin; a través de los fragmentos escogidos con esmero entre los poetas, historiadores, filósofos y oradores, etc., más destacados y representativos de cada época, se tiene una visión clara y precisa del estado lingüístico, de las preocupaciones filológicas y del concepto que de la lengua *española* han tenido algunos *españoles* ilustres en los distintos períodos históricos.

El prólogo, breve pero sustancioso, delinea a grandes rasgos las características de las distintas épocas que el libro abarca. Lo ha

dividido en tres partes: la primera dedicada al Renacimiento, la segunda al siglo XVIII y al XIX la tercera.

En cada sección los trozos seleccionados están precedidos de una breve nota biográfica del autor que los sitúa dentro de su época; señala además en cada caso la obra de donde el texto procede y la edición usada.

Comienza el período renacentista con el elogio que de la lengua española hizo Nebrija en su gramática, la primera en lengua vulgar, dedicada a Isabel de Castilla. Acertada es la elección de este humanista como pórtico de una época en que se luchaba para imponer el castellano frente al latín a fin de que se transformara en lengua imperial como éste lo fué en otra época. La gloria del Imperio español fué compartida por la lengua de Castilla que se convirtió en el lazo espiritual de todos los españoles por encima de las diferencias dialectales.

Es la Edad de Oro rica en elogios de la lengua como se puede advertir en esta antología; la lectura de los seleccionados para el siglo XVIII nos indica la tendencia a fijar y perfeccionar el idioma por medio de la Real Academia de la Lengua. Se lucha por evitar los galicismos que afean la lengua y la alejan de los modelos del siglo de oro; la decadencia se acentúa: "Quién creyera que la lengua tenida universalmente por la más hermosa de todas las vivas dos siglos ha, sea hoy una de las menos apreciables. Tal es la prisa que se han dado en echarla a perder los españoles" (pág. 289). Así se lamenta José Cadalso, uno de los escritores más característicos de este siglo que Bleiberg, con todo acierto, ha incluido en su antología conjuntamente con un trozo de las *Exequias de la Lengua Castellana* de Juan Pablo Forner, obra clave del espíritu de este siglo. "Cuando se representa en mi imaginación la grandeza a que llegó la lengua de mi patria en su mejor edad y veo el miserable y lamentable estado a la que la han reducido la vana inconsideración, la barbarie y la ignorancia temeraria y audaz de los escritores de estos últimos tiempos. . . , prorrumpiría en expresiones no del todo dignas del decoro de los que me escuchan, pero muy correspondientes al furioso atrevimiento de los corruptores" (pág. 303).

En el siglo XIX continúa el mismo panorama desolado; la afectación, el artificio y la corrupción se han enseñoreado del lenguaje.

Los discursos académicos que componen esta última parte de la antología encierran una amarga crítica por tal estado de cosas pero se deja vislumbrar la esperanza de un resurgimiento basado en la labor rectora de la Academia .

“Nosotros, como academia, somos instituto de conservación y estabilidad. Dejemos a la espontaneidad de los individuos y a las genialidades de la inspiración personal las innovaciones y reduzcámonos en cuerpo a conservar incólume un habla que puede admitir el progreso moderno sin perder su natural antiguo” (Emilio Castelar, pág. 448).

En lo que se refiere al Renacimiento cuenta esta antología con un antecedente en *Las Apologías de la Lengua Castellana del Siglo de Oro*, seleccionada y prologada por José Francisco Pastor y publicada en Madrid, 1929. Coinciden ambos autores en la selección de textos; solamente dos nuevas figuras añade Bleiberg a su colección: Gonzalo Correas y José Pellicer de Ossau y Tovar.

Difieren las antologías en su grafía; en la edición de J. F. Pastor se han reproducido los textos con la ortografía y puntuación original, en la de Bleiberg se han modernizado los textos traduciéndolos a la ortografía y puntuación actual. Se justifica esta modificación desde el momento que Bleiberg en su nota preliminar aclara que no es este un libro erudito.

Esta obra excluye testimonios de autores extranjeros que el autor proyecta publicar en un segundo volumen en el que se incluirán también los textos de escritores contemporáneos a partir de Menéndez Pelayo.

La presente edición es de indudable valor pues en su género es única ya que la selección de J. F. Pastor es difícil de hallar y porque completa a ésta extendiendo su compilación hasta fines del siglo XIX.

NÉLIDA H. ESPINOSA.

JULES HORRENT, *La Chanson de Roland dans les littératures française et espagnole au Moyen Âge*. Bibliothèque de la Faculté de Philosophie et Lettres de l'Université de Liège; 1951. Fasc. CXX, 541 págs.

Otro libro sobre el *Roland* que no significa la aportación de nuevos documentos, por lo menos, no de documentos fundamentales. Trátase de una nueva interpretación de los ya conocidos, o mejor, de una nueva manera de plantear los problemas tradicionales, un orden diferente en la exposición: el Sr. Horrent organiza el material —severamente compulsado— en una historia poética de la leyenda rolandina.

Presentada ante la Universidad de Lieja como tesis de agregación en el año 1949 se imprimió en 1951 para la Société d'Édition "Les Belles Lettres", mediando una autorización especial de la Universidad.

No se hace en este libro cuestión de los orígenes de la épica, aunque se toma posición frente a éste como ante varios otros problemas que tampoco componen el fondo del estudio. Porque el tema tratado exige respuestas previas y abre controversias allí donde faltan documentos seguros.

Roland, "símbolo del Occidente militante", atraviesa la Edad Media dejando en casi toda Europa hitos de su paso: obras de mayor o menor valor poético, pero también largos silencios. Cada pueblo transforma la leyenda, infundiéndole su aliento nacional; aparecen reelaboraciones por doquier, imitaciones, y más aún, por su influjo, nacen corrientes contrarias cuando el honor nacional se considera ultrajado por la fábula. Jules Horrent trabaja todo ese material, lo encadena e interpreta, pretende colmar las ausencias, explorando los textos conservados, intuyendo, un poco recreando.

¡Riesgoso trabajo! A veces, el autor, falto de apoyos documentales, se ve precisado a emplear métodos "subjetivos": existe entonces el peligro de tomar como respuestas de ese vacío los ecos de nuestras propias creaciones. Sea lo que fuere, Jules Horrent acepta el riesgo y, munido de una información tan amplia como bien pesada, construye la historia de la ficción épica. A pesar de la carga erudita que la obra contiene —y de la que supone ade-



más— su lectura es grata, muy posiblemente debido a que en ningún momento pierde el autor su entusiasmo, hasta simulando por momentos la expectativa intensa de un hombre medieval ante las peripecias que canta el juglar épico.

El libro del Sr. Horrent comprende dos trabajos, dedicado el uno a Francia, trabajo que agrupa tres partes, y el otro a España, bastante más breve, dividido en dos partes. Por fin una concisa conclusión general resume el pensamiento del autor sobre ambas tradiciones.

Desde los manuscritos al cantar primero —supónese aquí la existencia de *un* cantar primero— y desde ese cantar a sus posteriores testimonios: éste es el camino seguido. Primero, un análisis de los manuscritos conservados, luego un remontarse a través de estas versiones hasta el primer cantar, por medio del cotejo de los distintos episodios de la leyenda, estudio que permite esbozar un árbol genealógico de los manuscritos, y finalmente, el camino inverso, esto es, el natural camino de la tradición, desde el primer cantar entrevisto hasta sus últimas resonancias medievales. He allí, pues, los nueve *Rolands* que poseemos, íntegros o desintegrados. Allí también Galien, el restaurador, la nueva fábula que continúa y luego reemplaza a *Roland*: ¿dónde y en qué momento se debe situar cada una de estas refundiciones? La respuesta dará el apoyo exterior para construir una escala de influencias posibles. Luego, el posterior examen de los episodios de la leyenda completará el cuadro.

Síguese un análisis de las recreaciones no francesas del tema de Roncesvalles, importantes por cuanto sirven para la determinación exacta del valor original de algunos episodios. Con respecto a la *Crónica del Pseudo Turpin*, Horrent es partidario, contra Meredith Jones, de la primitiva unidad del *Liber Sancti Jacobi*, y piensa que el autor o director de la Crónica y la Guía es un "francés que conoce España", un clérigo de Guyenne, precisa. Recordamos ahora que Bédier atribuía esta obra "publicitaria" a los monjes de Cluny.

El capítulo siguiente inicia el examen de los episodios en las versiones en francés, ruta hacia el primer cantar: entre las pági-

nas 166 y 167 inserta Horrent un cuadro de los preparativos de la batalla, ejemplo de su claridad metódica, que pone en evidencia el parentesco estrecho entre los ms. V7, Ch y París —provenientes de una misma versión rimada. No vamos a explayarnos sobre lo tratado en este capítulo, minucioso trabajo de análisis de las versiones conservadas: sólo aclararemos hasta dónde difieren las concepciones de Bédier y Horrent acerca del parentesco entre los manuscritos. Para éste, es imposible trazar un esquema perfecto, ya que las relaciones y los grados de estas relaciones son muy variados y múltiples. Oxford forma por sí sólo una rama de la familia de manuscritos y todas las otras copias francesas y éxtranjeras componen la otra rama y derivan de una reelaboración común “que ha alterado su modelo independientemente de Oxford”. Hasta aquí, no existen diferencias con el cuadro trazado por Bédier. En el resto, el árbol de Bédier resulta un tanto simplista para la compleja concepción de Horrent, quien, como dijimos, renuncia a esquematizar: “El fenómeno de la reelaboración —termina Horrent— nunca será más que entrevisto; por su naturaleza misma es rebelde a todo esquematismo geométrico”.

Oxford, dueño del campo; Oxford, anterior a toda tradición escrita conservada del *Roland*; tal es la conclusión de Horrent. Oxford, anterior aún a la *Karlamagnussaga*, cuyo episodio de Durendal parecía precederle. Cuando Horrent defiende la preeminencia cronológica de Oxford está al mismo tiempo destacando su superioridad poética, y algunas veces los argumentos se mezclan, a pesar de su aclaración en el sentido de que la superioridad literaria no entraña superioridad cronológica. ¿Significa todo ello que Oxford carece de errores? No por cierto: pequeños contrasentidos, inversiones de estrofas —que otras lecciones permiten poner al descubierto—, trasposiciones de versos, notas todas en las que Horrent está en desacuerdo con la edición de Bédier y aún con los argumentos del sabio investigador francés. Señalamos particularmente la escena de la designación de Ganelón, interpretada diferentemente por Bédier y Horrent, debido a una inversión de estrofas que éste realiza siguiendo las lecciones rimadas. Ambas interpretaciones merecen idéntico respeto. Todas estas deficiencias del ms. Oxford se-

ñaladas paso a paso por Jules Horrent deben ser tenidas en cuenta por los futuros editores del *Cantar de Roland*.

Oxford, pues, depurado en la forma que se ha dicho, es la versión más antigua y la que más se acerca al original, pero, ¿es acaso el primitivo cantar? Lejos de ello: Oxford es una reelaboración, y muy posiblemente, reelaboración de reelaboración. Aquí está el nudo del trabajo de Horrent, en esta búsqueda de ese primer *Roland* genial, “el más artístico, el más sutil, el más dramático y el más ideal de los cantares de gesta”.

Se ha seguido el rastro de la leyenda hasta dar con el más antiguo testimonio de su vida poética, más antiguo y más cercano del poema original. Resta ahora un camino poblado de sombras, hasta encontrar el primer *Roland*: ningún apoyo objetivo exterior al manuscrito Oxford mismo: ¿significa que debe el investigador detenerse? Horrent no lo cree así. Se interna en las páginas de ese viejo testimonio, y por el análisis de sus “armonías” trata de hallar los “acordes primeros”. Método que el mismo Horrent denomina “subjetivo” y “arbitrario”, pero método inevitable cuando los datos objetivos no existen. Es ésta la aventura de un espíritu finamente dotado y al que no faltan las ventajas de una gran erudición. Vuelve sobre el tapete la anterioridad de los distintos episodios: Blancandrin, Aude, Baligant. Horrent defiende la originalidad de los dos primeros, no así la de Baligant. Baligant, piensa nuestro autor, es un inteligente agregado de la tradición del ms. Oxford: adición de espíritu algo diferente, de estilo diverso al resto de la obra. Hacemos notar que como Horrent va a fijar la aparición del primer cantar de *Roland* entre los últimos años del siglo X y 1050, contra Bédier, el episodio de Baligant, que enfrenta cristiandad y paganismo —dos totalidades— no tiene el apoyo de un clima que poseería de haber sido compuesto el cantar a fines del siglo XI o comienzos del XII. En cuanto al estilo, Baligant “está ya impregnado de cierto espíritu caballeresco formalista, desconocido del *Roland*”. Pero si el *Cantar de Roland* puede vivir sin Baligant, en cambio este episodio no existió jamás independientemente del cantar, para el cual fué creado por su “imaginero”.

“En un estadio antiguo de su evolución nuestro poema, según nuestra opinión, ha conocido una forma más breve, más concentrada, de las hazañas y la muerte de Roland”.

Pero no se detiene allí Horrent en su despojo del Oxford: éste tiene que ceder también, para aproximarse al poema primitivo, Blayes y Saint Seurin; poco va quedando ya del “camino jalonado de santuarios” . . .

Felizmente, la ruta hacia el desconocido punto de partida se detiene allí, al no aceptar nuestro autor la tesis de la inicial independencia de los episodios 1) muerte de Roland, 2) juicio de Ganelón. Estábamos ya algo temerosos de haber perdido nuevamente aquel *Roland* que rescatara Bédier de las manos de sus visectores.

En un agudo examen del cantar primero, Horrent manifiesta una vez más el contenido psicológico y dramático del *Roland*: muchas líneas son dedicadas a las escenas del olifante, de difícil comprensión para nuestras mentalidades del siglo XX; a la figura de Ganelón, “el hombre de la venganza”, aparentemente tan contradictorio y en quien Horrent encuentra y revela esa sólida y profunda unidad que le confiriera el poeta. El análisis de estos sentimientos exige del investigador un ponerse en la época, pretendiendo, como quiere Worringer, “tener en cuenta la presencia de supuestos psíquicos que no son los nuestros” y evitando el error de medir con una vara de nuestro siglo los actos de nuestros remotos antepasados góticos.

Una característica notamos en el *Cantar de Roland* primero, tal como nos lo entrega Horrent, y es la ausencia total del milagro. Dios está aún presente cuando los enemigos se ahogan en el Sebre, presente en el Juicio de Ganelón, y toma partido por la causa justa. Pero no en forma visible y milagrosa, sino en forma que llamaríamos “providencial”. Comprobación que rebaja el elemento irreal del *Cantar* y lo asemeja a nuestro *Cid* en ese importante aspecto.

A partir de este primer Roland así expuesto, Horrent, en la tercera parte de su obra, va a seguir su trayectoria literaria, esa trayectoria exitosa de la leyenda franco-española en las literaturas de ambos países.

Llega el momento de enfrentar el *Roland* al *Cid*, “su igual en valor artístico”. No importan las circunstancias del poeta de Roland, ni las del poeta del *Cid*: para Horrent lo que distingue el clima maravilloso en Roland del realismo de crónica del *Cid* no aparece tener nada que ver con esa diversidad de la distancia temporal y espacial que separa las obras de las hazañas que ellas relatan. La única diferencia es el distinto “ideal artístico”, que da como resultado en el *Cid*, “un movimiento de crónica” y “eleva el *Roland* a la dignidad de poema de aparato”.

En cuanto a la fecha del *Roland*, máxima importancia atribuye Horrent a las actas en que aparecen firmando o citados los nombres enlazados de Roland y Olivier —y más cuando sus dueños son hermanos— nombres impuestos, según Rita Lejeune, Lot, Fawtier y Mireaux, por la influencia de la *Chanson de Roland*: de la obra poética y no de la leyenda, pues para Horrent “para que un relato pueda ejercer influencia, tiene que ser o haber sido un poema”. Llevado por esta apreciación, J. Horrent concluye que *la Chanson de Roland original fué compuesta entre los últimos años del siglo X y las proximidades de 1050*. Muy mejor de Bédier, puede apreciarse.

Llegamos así, en nuestro viaje de retorno, a la primera reelaboración importante, que es la adición de Baligant: el refundidor transforma ahora el cantar de Roland en cantar de Roland y Carlomagno. Baligant nace ciertamente en el momento de la gran oposición musulmano cristiana, bajo Urbano II, a fines del siglo XI o comienzos del XII, ese momento tan vivamente pintado por Bédier. Y es este cantar de Roland y Carlomagno el que ha conocido más gloria y mayor expansión: su tradición nos ha legado el ms. Oxford.

En la reelaboración oxoniense Jules Horrent ve alusiones a las circunstancias actuales del copista, al que supone inglés (probable alusión a Henri II Plantagenet). Y aparece en este momento Tuoldus, el desconocido del verso 4002; se trata de un clérigo letrado de la corte de Henri II —resuelve Horrent— quien tuvo buen cuidado de latinizar su nombre y que es quien “declinet”, voz emparentada con la “declinatio”, lo que permite interpretar el

verso 4002 como: "la gesta que Tuoldus reelabora no sigue más". Pero... "comenzaba la moda de los cantares de gesta rimados exactamente. Por ello, sin duda en el último cuarto del siglo XII, el antiguo poema fué rehecho enteramente en estrofas monorrimas"... Palabras con que Bédier explica el nacimiento de las versiones rimadas, y que retoma Horrent. ¿Cuál es el carácter de esta reelaboración? "El poeta del *Roland* rimado está a mitad de camino entre lo heroico y lo novelesco" dice Horrent, y señala el tránsito hacia la novela de aventuras que se inicia: aumento y desarrollo creciente de episodios "no épicos" dan la pauta. Pero esos mismos episodios no están todavía teñidos de la cortesía caballeresca, aún participan de la epicidad general. El *Roland* rimado es entonces una obra de transición, "más próxima del material épico que del material cortés, pero trabajada ya por el fermento novelesco".

En este momento aparece otra recreación más audaz: el *Galien*, que va a ganar en popularidad incluso al *Roland*, de quien se nutre. La aparición de *Galien* es el germen de la decadencia del *Roland*.

Y lo que la relación múltiple y desigual de los manuscritos de *Roland* conservados ha impedido hacer, lo realiza Horrent con los textos conservados del *Galien*: un árbol genealógico que nos explica claramente cómo el *Galien* conservado es un desmembramiento por una parte y una reelaboración por otra de un primitivo Guérin rimado, que contenía un capítulo destinado a Galien.

Es interesante la evolución que representa el *Galien* con respecto al *Roland* rimado: "El espíritu caballeresco que hemos visto aparecer en el *Roland* rimado, se manifiesta desde ahora con mayor amplitud y poder"... "El heroísmo amoroso aparece"...

*Car ia homs n'est hardis s'il n'a vray ceur d'amant.*

Horrent sitúa el primer *Galien* —perdido— alrededor del 1200, y se abstiene de localizarlo geográficamente. Al ser incorporado a la gesta de Guérin de Monglane, el *Galien* se puebla de nuevas peripecias que van a darle un carácter más novelesco, y crea un gran cuadro familiar entroncado en Garin.

Finalmente, terminando la tradición francesa medieval del *Roland*, el *Galien* de 1470 y el *Galien* impreso dan nuevos acentos a

la vieja *Chanson de Roland*, y llevan a Galien a morir en Roncesvalles "haciéndolo desaparecer, por así decirlo, en ese gran recuerdo" (Gastón París, *Hist. Litt. Fr.*, pág. 238 y sigs., citado por J. Horrent, pág. 412).

En último capítulo de este trabajo recoge los ecos del *Roland* en las crónicas medievales francesas, en cuyos relatos ve Horrent una combinación de la tradición de *Roland* y del *Pseudo Turpin*.

La organización del segundo libro, —esto es, del que se refiere a España—, es más o menos la misma que ya se ha visto en el trabajo dedicado a Francia: primero, una compulsa de los documentos existentes, a fin de determinar fechas y lugar de origen; luego, el camino inverso, desde la llegada de la tradición francesa a España, hasta los romances tradicionales del fin de la Edad Media. Naturalmente, ahora no hay posible referencia a un cantar primero, sino a las varias versiones que pudieron hacer el viaje a la Península, e incluso, a la tradición oral.

El cantar de Roland atraviesa los Pirineos —barrera mil veces franqueada— y deja rastros de su secular viaje en los escritos de la Península: pero frente a la abundante producción de manuscritos franceses, rolandinos y en general épicos, los documentos españoles evidencian una "insigne pobreza". Las razones de esta ausencia fueron encaradas ya por Menéndez y Pelayo, y enriquecidas por Menéndez Pidal (*Infantes de Lara*, pág. 398 y sigs.). Jules Horrent se aparta de estas explicaciones tradicionales, pues, contra lo que cree Menéndez Pidal, "el estudio del conjunto rolandino, muestra efectivamente que, durante toda la Edad Media, hay en Francia un sentimiento tradicional tan poderoso como en España"; la razón del gran desnivel entre el fondo documental francés y el español es pues de otro orden —de orden geográfico, señala Horrent—, por la difusión de la epopeya francesa y la exigüidad del área territorial de los cantares españoles. Ya Bédier señalaba, hablando del *Roland*, ese mismo poder de expansión de toda la epopeya francesa (*La Chanson de Roland commentée par...*, París, Piazza, s. d., IV. ed. pág. 71).

En la tradición española de Roncesvalles, dos corrientes son a simple vista perceptibles: la una francófila, francófoba la otra.

Una y otra recrean, con diferente espíritu, la leyenda original francesa. Pertenecen a la primera corriente el fragmento de Roncesvalles y algunos romances; a la segunda, la leyenda de Bernardo del Carpio y su descendencia, como también los capítulos consagrados a Roncesvalles por Lope García de Salazar en su *Libro de Bienandanças e Fortunas* (1471). Los romances de Bernardo —tardíos en su mayor parte— escapan a los propósitos del Sr. Horrent, que sólo pretende estudiar las relaciones entre la tradición de Bernardo y la de Roland.

¿Cómo fué conocido Roland en España por vez primera, y cuándo? La castellanización del nombre puede ayudar, a develar el misterio. Para Horrent, quien retoma la tesis de G. París, Roldán proviene por metátesis de Rotlan(t) o Rodlan(t), es decir, un nombre francés o provenzal seguraménte en la primera mitad del siglo XII, antes de 1150, año de la *Chronica Adefhonsi Imperatoris*. Es posible, sin embargo, que los temas hayan entrado en España antes de esa fecha, aún en 1028, 1030, topes señalados por M. Defourneaux. El testimonio del monje de Silos —¿1110-13? para Bédier (*Comm.* ya citados, pág. 29 y nota 1), 1115 para Menéndez Pidal (*Poesía Juglaresca y Juglares*, Madrid, 1924, pág. 316-17)— es pues rechazado por Horrent como lo fuera a su tiempo por Bédier (*Comm.* ya citados, pág. 29 y nota 1), por Menéndez Pidal (*Poesía Juglaresca y Juglares*, Madrid, 1924, pág. 316-17), y por M. Defourneaux, *Les Français au Espagne*.

“La tradición del Roland debió conservarse en España más oralmente que en pergamino”. Gonzalo de Berceo repite sus ecos (*Vida de San Millán*, copla 412, ed. Janer); alusiones al cantar asonantado en la “*Gesta a don Meendo e a seus vassalos de maldizer*”, de Alfonso López de Baiao; recuerdos del Roland rimado en la Crónica del Toledano, en la *Primera Crónica General*, y aún en el famoso *Poema de Alfonso XI* en el siglo XIV. Y junto a la difusión del Roland, la del *Pseudo Turpin*, popularidad que se manifiesta por ejemplo en el *Poema de Fernán González*, que sigue una de sus traducciones.

Dentro de la otra tendencia, la francófoba, Bernardo del Carpio constituye la base. Horrent resume los problemas que esta tra-



dición plantea: ¿el episodio de Roncesvalles es el nudo inicial o débese buscar fuera de la tradición rolandina? "La historia conservada de Bernardo encierra dos aventuras originalmente diferentes de espíritu y localización y seguramente autónomas". En uno de estos relatos, la influencia francesa es mínima —o inexistente; es un cantar originario del León meridional, brutal drama familiar. El otro, el inspirado por la figura de Bernardo de Ribagorza, nace de la tradición francesa, imitación en su origen de la *Chanson de Roland*, y originado en los valles pirenaicos.

La identidad de los nombres en ambas leyendas da lugar a una inteligente unión, en la que el episodio principal sigue la figura leonesa de Bernardo, pero a la que se carga de ardiente nacionalismo antifrancés.

El viejo cantar leonés, el cantar pirenaico y los documentos carolingios brindan la materia, y "Bernardo se transforma, en la pluma de los doctos, en el símbolo de la resistencia española al extranjero". Como obra culta, fué originariamente redactada en latín, probablemente en León, "en el curso de la 2ª mitad del siglo XII". Y aunque no acalló las dos tradiciones que reunía, influyó su posterior evolución, tal como la tradición del *Pseudo Turpin* modificara la leyenda de Roland, que era su origen.

La obra latina, en manos del doctor cronista Toledano, transfórmase en una gesta del rey: la castellanización aparece en el *Fernán González* y en la *Crónica General*. En cuanto a la supuesta influencia del *Galien* en Bernardo, no es aceptada por Horrent más que en parte mínima.

Dentro de la tradición francófila cabe situar el fragmento de gesta dado a luz por Menéndez Pidal: *Roncesvalles*. Horrent, contra el sabio español, sitúa su cuna en Navarra, y remite a su trabajo especial sobre el tema, trabajo que comprende una nueva edición del fragmento. Aceptando la fecha atribuída por Menéndez Pidal al manuscrito, y no siendo la distancia entre manuscrito y original muy grande, deben fijarse como data del cantar las postimerías del siglo XIII.

En el episodio conservado, el del hallazgo de los cadáveres, se adivina aquel *Cantar de Roland* que incluía el episodio del Ba-

ligant; pero he aquí su surge al lado de Roland otra figura, opuesta a él, rival en talla: Reinaldos de Montalbán. Roland, sin embargo, es aún el héroe máximo. Es ésta la mayor edición española al *Roland*.

Hállanse ante nosotros las dos tradiciones, la de Roncesvalles, el Roland españolizado, y la de Bernardo. Ésta va a verse enriquecida año a año por aquélla; las Tercera y Cuarta Crónicas Generales son una prueba. El libro de *Bienandanças* recibe también influencia italiana, y a más, la del *Ronsasvals*. Pero todo ello ocurre en medios doctos, pues, dice Horrent, "los romances van a demostrar que para el público inculto, para el gran público al cual están destinadas, es verdad lo contrario: la incontestable primacía de la corriente rolandina".

Enfrentamos los últimos testimonios de la penetración del Roland en España: los romances. El romance de la Fuga del Rey Marsín, cuya versión larga acepta Horrent como la tradicional, el don Beltrán, en el cual habríase substituído el nombre de su héroe original, don Reinaldos, por el de Don Beltrán. En cuanto al romance de doña Alda, llama la atención del investigador su ambiente familiar ajeno a toda la tradición francesa del Roland, pero semejante al *Ronsasvals*, del siglo XIV. Es imposible determinar de dónde proviene la influencia, si del *Ronsasvals*, o del romance en su forma más antigua, o de alguna fuente común perdida.

Queda un sólo romance de importancia, y es el de la Muerte de Roland, de creación española y aún anti-francesa: es un hallazgo desde el punto de vista dramático, aparece en él el rasgo tardío de la invulnerabilidad de Roland.

En cuanto a los romances de Bernardo del Carpio —finaliza Horrent— nacen, no de cantares de gesta, sino ante todo de la *Crónica General*.

Hemos considerado las conclusiones más importantes que ofrece el trabajo del Sr. Jules Horrent, las cuales cobran mayor fuerza en cuanto se las liga a la tradición crítica sostenida en Francia por la obra de Bédier y en España por Menéndez Pidal. Si bien el título de este trabajo comentado supone un enfoque que se limita al sólo rastreo de la leyenda rolandina desde el primer

cantar a través de los documentos conservados, hasta el fin de la Edad Media, en realidad el autor replantea las controversias sobre todos los problemas que tienen relación con su tema: localización y fecha de los manuscritos conservados, valor original de los episodios, e incluso el tan discutido problema de los orígenes.

Toda la labor del Sr. Horrent se puede seguir paso a paso a través de las 550 nutridas páginas de su libro. Las conclusiones se escalonan sin dejar resquicios, dentro de una sólida línea metódica, perfectamente comprensible; así, al mismo tiempo que una nueva y fructífera ordenación del material existente, esta obra es una revista de gran parte de las cuestiones que presenta la tradición de Roland, e incluso la épica medieval en su totalidad.

MARÍA LUISA LACROIX.

MANUEL PEDRO GONZÁLEZ, *Estudios sobre Literaturas Hispanoamericanas. Glosas y Semblanzas*. México, Ediciones Cuadernos Americanos, 1951, 386 págs.

Manuel Pedro González es profesor de Literatura Iberoamericana en la Universidad de California, en Los Ángeles, y presenta reunidos en un tomo de casi 400 páginas, diversos artículos, reseñas, conferencias, bibliografías, que son fruto de su intensa labor docente en el terreno de las letras iberoamericanas, durante los últimos veinte años. Por eso, la materia es varia, pero hay en ella unidad de pensamiento y continuidad de labor. Se nota que el autor es ante todo y sobre todo, un docente: su fin es divulgar, dar a conocer, enseñar, transmitir lo que él va captando y lo que le sugieren sus lecturas iberoamericanas. De ahí que la obra sea útil, sobre todo, para los que se interesan en la literatura y la evolución de las ideas en América hispanohablante. El territorio en que florece la literatura iberoamericana es enorme, las comunicaciones culturales son pésimas y solemos ignorar movimientos literarios y personalidades notables en países limítrofes, si no se nos revelan por vía de Europa o Norteamérica. Este mismo pensamiento anima muchas de las páginas de la obra reseñada.

El profesor González está muy al tanto de las actividades culturales de la zona del Caribe y conoce bien la literatura argentina; pero se siente la falta, en ese panorama cultural, de Chile, Perú, Bolivia, Paraguay, Uruguay, Ecuador; de ellos sólo una personalidad como la Mistral o Montalvo. Esto limita la acción por sí ambiciosa y eficiente del autor. Por otra parte, algunos de los artículos incluidos no pasan de ser reseñas y como datan de 1935, 1939, 1944, han envejecido en muchos aspectos.

El autor agrupa los temas en tres grandes secciones: Estudios, Glosas y Semblanzas.

El más extenso y valioso de los Estudios es el que titula: *Algunas influencias perceptibles en la obra de Manuel José Othón*. La exposición es didáctica, clara; señala las influencias de Espronceda, Bécquer, Campoamor, Gabriel de la Concepción Valdés y Quintana, por una parte; por otra, la de Virgilio, Berceo, Fray Luis, Ignacio Altamirano, Pagaza y José Martí. Destaca en Othón una tendencia que, en otros estudios, hará extensiva a toda la literatura iberoamericana: la tendencia paisajista.

En Othón prosista encuentra la influencia de Poe y de Cervantes, y en su teatro, la de Echegaray, sobre todo de *El Gran Galeoto*.

Termina el estudio con un *Apéndice Bibliográfico*, que completa anteriores bibliografías sobre Othón.

*Caducidad y vigencia de Juan Montalvo*: con motivo de la aparición de *El Arte de la prosa en Juan Montalvo* de Enrique Anderson Imbert, en 1948; hace González un buen trabajo en el cual pregona la necesidad de cesar en el comentario tradicionalmente elogioso sobre la obra de Montalvo y no transferir la admiración por su ética personal y su actitud, que es lo que sobrevive y es todavía vigente, a sus valores intelectuales o estéticos, que González considera arcaizantes y caducos. Hace luego una breve reseña elogiosa de la obra de Anderson Imbert.

*El conflicto religioso en la vida y en la poesía de Manuel Gutiérrez Nájera*: después de referirse a la oposición entre la riquísima y compleja vida interior de Gutiérrez Nájera y su vida externa gris y sin mayores alternativas, hace un panorama rápido de

la situación política e intelectual de México en la segunda mitad del siglo pasado. En todo el resto del estudio, sigue paso a paso la evolución del sentimiento religioso y de la fe en Gutiérrez Nájera, que se refleja en su obra poética. Señala al año de 1886 como punto culminante de este drama íntimo, después del cual cae en una triste resignación.

*La revaloración de Martí (acotaciones en torno a su bibliografía)*: el estudio, sobre todo en cuanto se ocupa de una presentación comentada de la bibliografía en torno a Martí, ha envejecido pues data de 1935. En su origen, estaba destinado a la revista *Nosotros* y por lo mismo, dirigido al público argentino; así trae una incitación para que se investigue la influencia de Martí en tierras del Plata. En cuanto a la bibliografía martiana en sí, la divide en tres etapas. Una, inmediata a su muerte, tiene carácter elegíaco. La segunda, se caracteriza por la recopilación de su obra; es ditirámica y exaltada. La tercera, que se inicia en 1925, es un retorno a Martí, pero con un afán de análisis y de estudio serio; de ella surge pura y abriendo horizontes la figura de Martí.

Dos títulos que se refieren a autores y temas argentinos, completan los Estudios: *Proceso y sentencia de la historia argentina*: el mismo González califica al estudio, de Glosa a *Muerte y Transfiguración de Martín Fierro*. Coloca a la obra de Exequiel Martínez Estrada en "la fecunda corriente criticista argentina" que inicia con Echeverría, para citar luego, entre los más recientes, a Alejandro Korn, Lugones y Rojas. El estudio es uno de los más logrados; demuestra conocimiento de la literatura argentina y admiración por la obra de Martínez Estrada, en quien destaca la "angustia patriótica" y el espíritu "constructivo, vivificante y renovador". La actitud de Martínez Estrada, por lo revisionista y dramática, le recuerda la de la Generación del 98, en España.

Después de transcribir parte del comentario de Raimundo Lida, reseña los temas tratados por Martínez Estrada. En todo lo sigue, sólo disiente en cuanto a la forma sutilísima con que analiza la figura de Cruz y cómo parece que fuera su enemigo personal y no un personaje. Precisamente señala González a éste como el punto más vulnerable de la obra; es el momento en el cual

“la sutileza y el vigor dialéctico del autor más nos seducen por la sólida trabazón de sus razonamientos”; pero es también cuando se expone la más discutible interpretación sobre Cruz y su introducción en el poema. Martínez Estrada, envuelto en su dialéctica, crea un sargento Cruz y un sentido en la obra, que son hijos de su razonamiento y no de José Hernández.

Detalla luego el parentesco entre el *Facundo* y *Muerte y Transfiguración de Martín Fierro* y se ocupa de una reseña del crítico cubano José A. Portuondo, quien señala la influencia de Kafka en la exégesis que M. Estrada nos da del poema y, en especial, del Hijo Mayor de Martín Fierro.

*Importancia del espíritu de frontera en la Literatura Argentina*: es un trabajo leído en el Primer Congreso de Profesores de Literatura Iberoamericana, reunido en México, en 1938; en el cual sostiene González puntos de vista sobre la literatura argentina, que enunciara en otros estudios y glosas: el Río de la Plata fué la “Cenicenta” del Imperio Español a causa de la ausencia de metales preciosos y a su posición austral. Esto mantuvo al país incontaminado de las corrientes decadentes de la cultura española; por eso mismo, pudo desarrollar, desde el principio, una literatura con características propias; al mismo tiempo, el aporte popular del romancero y del cancionero y la música de los siglos XVI y XVII, floreció en una cultura popular de desarrollo notable. Caracteriza luego al gaucho, su origen y su fin, para ocuparse del argentino como “ente social saturado de futuridad”. Por fin, señala como constantes de nuestra literatura la propensión paisajista y el espíritu de frontera, que ve prolongado aún en forma artística tanto en la novela como en el teatro argentinos.

Para terminar, haremos una rápida reseña de las glosas, agrupadas según la nacionalidad de los autores examinados. Bajo el título de *Temas Gauchescos*, agrúpanse tres glosas: La primera, se ocupa del libro de Emilio Coni, sobre el gaucho; la segunda, de la edición de Eleuterio F. Tiscornia; ambas, válidas para su momento, nada aportan para un discreto lector de nuestro día. La tercera, *Nueva edición crítica del Martín Fierro*, se refiere a la edición de Leumann; la glosa es justa y bien pensada; pero más

valiosa es una breve reseña sobre el lenguaje gauchesco y el lunfardo, que ocupa gran parte de este subtítulo.

Trata, en sucesivas glosas, de Aníbal Ponce, de la aparición de dos obras de Manuel Gálvez: *Hombres en soledad* y *Vida de Hipólito Irigoyen*. A propósito de la primera, hace observaciones agudas acerca del ambiente social y cultural en Buenos Aires.

A una breve glosa sobre *Ollantay* de Ricardo Rojas siguen aspectos de la crítica literaria en la Argentina a través de dos figuras, a cada uno de los cuales le dedica un artículo: *Roberto F. Giusti y la crítica argentina* y *La crítica de Luis Emilio Soto*. Destaca "el desarrollo inusitado del género crítico" en la Argentina, da una idea exacta de la actividad de cada uno de esos críticos y de la evolución de la crítica en general. El profesor González pone en evidencia un juicio sereno, sin apasionamientos, que revela meditación sobre las lecturas realizadas y amplitud de miras.

Bajo el título de *Letras Cubanas*, se ocupa de *El mar en la literatura cubana*. José Antonio Ramos, *Tres libros de Medardo Vitier y Félix Lizaso, notable crítico cubano*. La primera glosa es la más interesante; pone de relieve que "la ausencia del mar es denominador común a la literatura y a la pintura de nuestra América" y lo explica por una carencia de sensibilidad para captar su mensaje: "Hay en el trópico algo disolvente que le resta tragicidad y dramatismo a la vida".

Luego presenta *Tres grandes escritores venezolanos: Arturo Uslar Pietri, crítico y novelista, Rómulo Gallegos: Cantaclaro y Cansima, Mariano Picón Salas: Preguntas a Europa*. Como se puede apreciar por los títulos, son reseñas del autor a libros que ha ido leyendo; cada una de ellas encierra apreciaciones interesantes, que acusan sensibilidad y penetración en la lectura, aunque no pretenda pasar del terreno de la divulgación.

Lo mismo puede decirse de *Significación de Sanín Cano* y de tres artículos sobre publicaciones en torno a Rubén Darío: la edición que Raimundo Lida y Mejía Sánchez hicieron de los *Cuentos Completos de Darío*; *La poesía de Rubén Darío* de Pedro Salinas, y la erudita obra de Marasso.

Cierra la recopilación con cuatro *Semblanzas*; las de Ga-

briela Mistral, Fernando Ortiz, Jesús Silva Herzog y Alfonso Reyes.

La obra es en su conjunto expresión interesante de una vida laboriosa, dedicada con entusiasmo y amor, sin los cuales no hay docencia, a la labor de la cátedra y el acercamiento entre las culturas iberoamericanas. Quizás, lo más interesante para conocer el pensamiento de Manuel P. González sea el Preámbulo donde expone sus meditaciones sobre la posibilidad futura de la Americanidad y el estado actual de las culturas en la América ibera.

GERMÁN ORDUNA.

MARCOS A. MORÍNIGO, *Difusión del español en el noroeste argentino*; separata de *Hispania*, XXXV, 1952, págs. 86-95.

El artículo de que nos ocupamos es el texto de una comunicación leída por el profesor Morínigo en el congreso de 1951 de la American Association of Teachers of Spanish and Portuguese. Primeramente se refiere al estado lingüístico actual; el español se habla en toda nuestra zona del noroeste con dos excepciones: la puna de Atacama donde todavía se habla atacameño, y la parte de Santiago del Estero comprendida entre los ríos Salado y Dulce, donde la mayoría de sus habitantes habla solamente quichua. Aquí la mestización ha sido escasa; y el estado de bilingüismo tiende a desaparecer debido a la intensa acción de la escuela. Los maestros, como los misioneros del siglo XVI, deben conocer la lengua quichua para enseñar a los niños, y convencer a los pobladores que envíen a sus hijos a la escuela. En el año 1949 se publicó en Tucumán un magnífico y emotivo libro acerca de la vida de los "shalacos" santiagueños, en el cual se puede apreciar con gran vivacidad la situación lingüística de la región (1).

<sup>1</sup> JORGE W. AVALOS, *Shunko. Con un pequeño vocabulario de la lengua quichua que se habla en la provincia de Santiago del Estero*, Tucumán, 1949. Dice el autor que los habitantes hablan el quichua peruano del siglo XVII, lengua general introducida por misioneros y colonizadores.



El español que se ha extendido por este área tiene en algunos lugares más riqueza léxica y expresiva que en otras. Las zonas más ricas son Córdoba, el llano tucumano y Santiago. Los riojanos y catamarqueños son más pobres y conservan todavía abundantes voces quichuas. La mayor pobreza se encuentra en los valles calchaquies.

A continuación nos enfrentamos con la parte más importante del trabajo del profesor Morínigo, que luego de reconstruir la historia de las ciudades del noroeste argentino llega al siguiente planteamiento. Los historiadores interpretaron que el quichua se impuso en el Tucumán en época prehispánica, y que las lenguas naturales como el cacán y las otras del llano supervivían porque la dominación inca era muy reciente, cuando los españoles conquistan el Perú. Luego, los españoles no habrían transmitido el quichua. Y ésta es la opinión de Boman, considerado "máxima autoridad en la historia del noroeste argentino". Esta tesis ha repercutido en otros autores. Boman había olvidado que los españoles realizaron la conquista con la ayuda de gran cantidad de indios "amigos". Éstos fueron peruanos de lengua quichua. Y los que penetraron en el Tucumán eran —dice Gutiérrez de Santa Clara— "doscientos y cincuenta españoles con negros e indios amigos" (1). Por otra parte la cantidad de vecinos era ínfima; la mayoría estaba constituida por indígenas que procedían del Perú y hablaban quichua. Por tanto Morínigo deduce que, si esta lengua era hablada por mayor cantidad de gente, es natural que se la adoptara y se la prefiriera al español. De esta manera los peruanos constituyeron un grupo quichuizante que se encargó de ampliar el círculo de la lengua. Así, el quichua se habló en todas partes, fué la lengua de las ciudades en el siglo XVI y de los primeros pueblos de indios. Puesto que la mayor parte de los pobladores españoles e indios de servicio hablaban quichua, el

<sup>1</sup> ROBERTO LEVILLIER, *Descubrimiento y población del norte argentino por españoles del Perú*, Buenos Aires, 1943. No está de acuerdo con el número de descubridores que propone Gutiérrez de Santa Clara y transcribe los nombres de los "122 descubridores, cuyos nombres se han salvado del olvido". "Acompañaban a los conquistadores tres mujeres". Aunque no habla de indios de servicio, sabemos que ésta fué una de las excepciones, en la que indios acompañaron a los españoles.

autor sostiene que los naturales habrían aprendido quichua y no español.

La conversión de los naturales se realizó, pues, en quichua, y esto contribuyó aún más a su difusión. Los misioneros tuvieron en esta empresa un papel preponderante.

Luego, la situación lingüística en el siglo XVII es de avance por parte del quichua y de empobrecimiento con respecto al español. En el siglo XVIII, los indios vilelas, en Santiago del Estero hablan quichua, y la lengua cacana desaparece en Catamarca; en el mismo siglo el español es desconocido para los indios, pero subsiste el bilingüismo de españoles o criollos. El acta del nacimiento de la difusión del español lo constituye la Real Cédula de 10 de Mayo de 1770 dada por Carlos III para obligar a los indios a hablar español (1). Así llegamos al siglo XIX que constituye para Morínigo la verdadera época de la difusión del español, con lo cual se coloca frente a la tesis de Boman y Carrizo que habían sostenido la desaparición del quichua en siglo XVIII y por tanto, su sustitución por el español. En cambio, nuestro autor afirma que el español se difundió en el siglo XIX, con las guerras de la independencia, las luchas civiles y la reorganización nacional. Aunque el español no se haya difundido en los siglos anteriores al XIX, sin embargo, la europeización que se realizó en quichua no se interrumpió en ningún momento.

Otro tema interesante, pero, al cual da una respuesta parcial— que mucho lamentamos— es el problema de las entonaciones. En el español de esta zona hay dos entonaciones distintas, una del llano y otra de la montaña. La última acaso se deba a un sustrato de lengua cacana que tras perforar el quichua habría llegado así al castellano actual (2).

Esperamos que el profesor Morínigo desarrolle ampliamente este último punto que apenas ha esbozado, y tantas perspectivas interesantes ofrece para la historia de la lengua en nuestro país.

<sup>1</sup> Aquí tenemos un caso de los que B. Terracini llama "asesinatos" entre las lenguas: "Se degüella una lengua por decreto oficial", *Conflictos de lenguas y de cultura*, Buenos Aires, Ed. Imán, 1951, pág. 21.

<sup>2</sup> SALVADOR CANALS FRAU, *Poblaciones indígenas de la Argentina*. Bs. Aires, Sudamericana, 1953. La lengua cacana estaba constituida por dos dialectos: el calchaquí y el diaguita.

Hemos advertido que el autor no ha tomado posición frente a la documentada tesis de Levillier, que anteriormente había refutado una opinión semejante a la suya. Dice Roberto Levillier: "Y no ha faltado quien, como el señor Pablo Patrón, asegurase seriamente, recordando la expedición de Almagro a Chile acompañado de indios, que el quechua se insinuó en el Tucumán por influencia de los yanacunas peruanos, que solían llevar los conquistadores" (1). Menciona además las dos únicas excepciones en las cuales los conquistadores llevaron indios de servicio y anota que "Polo de Ondegardo no permitió por orden expresa del Licenciado Gasca, que se dejasen salir indígenas de Charcas".

Roberto Levillier combate la tesis de Pablo Patrón que es la misma de Morínigo y cree que el factor más importante en la difusión del quichua fué la legislación de los reyes. España tuvo tres posibilidades: imponer el castellano, conservar la lengua general esparcida por los incas, o crear cátedras para que aprendida ésta fuese enseñada en ella la religión a los indios. Parece que la reina Juana no compartió estas últimas soluciones que sin embargo, fueron las que prosperaron (2). Por muchas razones fué imposible enseñar español a los indios, apenas iniciada la conquista. Las medidas que adoptaron Audiencias y Virreyes lo demuestran. Por tanto, creemos que el quichua fué difundido por los españoles y misioneros. La evangelización fué para el Virrey Toledo uno de sus constantes cuidados, y juzgó "que lo único eficaz en esa época, para enseñar a los indios la doctrina era conservar la runa simi impuesta por los incas". Para llevar a cabo este proyecto solicitó la creación de cátedras de quichua en la Universidad, y permiso para imprimir catecismos en esa lengua. Como consecuencia de la realización de estas últimas medidas el Virrey mandó que no se otorgasen títulos de bachiller o licenciado "a quien no hubiese cursado cierto tiempo en la dicha cathedra y supiese la lengua" (3).

<sup>1</sup> ROBERTO LEVILLIER, *Crónica de la conquista de Tucumán*, Madrid, Sucesores de Rivadaneira, 1927, pág. 37.

<sup>2</sup> SILVIO ZAVALA, *Sobre la política lingüística del imperio español en América*, CuA, V, 1946, núm. 3, págs. 159-66.

<sup>3</sup> ROBERTO LEVILLIER, *Crónica...*, pág. 41.

Aun cuando hayamos discrepado con la opinión del profesor Morínigo, referente al elemento difusor del quichua, no dejamos de reconocer el valor de su trabajo, documentado con la compulsión de manuscritos en los archivos de Tucumán. Sin embargo, hubiéramos preferido también una información más detallada de la bibliografía consultada.

Indispensable es que los trabajos de esta naturaleza se multipliquen en nuestro país, "crisol donde tantas lenguas se funden, y por lo tanto excelente punto de observación que los lingüistas podríamos aprovechar sin límites, en forma mucho más amplia de de lo que se ha hecho hasta ahora" (1).

LUCILO ORIZ.

F. GENNRICH, *Troubadours, Trouvères, Minne- und Meistersang*; Köln, Arno Volk-Verlag, 1951, en *Das Musikwerk, eine Beispielsammlung zur Musikgeschichte*, hg. v. Karl Gustav Fellerer, 74 págs. in folio.

F. GENNRICH, *Altfranzösische Lieder* (1. Teil), hg. v. . . . ; Halle/Saale, Max Niemeyer-Verlag, 1953; *Sammlung Romanischer Uebungstexte*, 36. Band, XXXIV, 60 págs.

Para interpretar y apreciar la lírica profana de los pueblos occidentales, durante los siglos XII y XIII, es hoy indispensable el estudio de sus melodías. El ritmo del lenguaje poético, combinado con la música acompañante, y el canto y la mímica del intérprete formaban, entonces, una unidad orgánica que alcanzó el carácter de un "arte totalitario" (K. Vossler). Por tal razón, ni el filólogo puede analizarlo sin el saber histórico y técnico del musicólogo, ni éste puede, a su vez, prescindir de la colaboración y asistencia del primero, pues difícilmente se reúnen hoy todos estos conocimientos en un cerebro. Las pocas excepciones confirman la regla y, entre ellas, F. Gennrich, profesor de la Universidad de

<sup>1</sup> Benvenuto Terracini, *Ibid.*, pág. 28.

Francfort, ocupa un puesto de honor. H. J. Moser, el conocido historiador de la música, lo señala, en su *Musiklexikon* <sup>o</sup> 1951, como una autoridad en los problemas que se refieren a la música de los trovadores y trouvères. Y esto es mucho decir ya que desgraciadamente los manuscritos medievales no señalan, antes del siglo XIII, el compás de las monodías; la estenografía en forma de neumas (s. IX-XII) indicó, aproximadamente, sólo la altura de los tonos así como tampoco la "nota quadrata" romana (s. XII y XIII). Quien hojea el *Provenzalisches Liederbuch* de E. Lommatzsch, Berlín, 1917, puede darse cuenta de los diferentes ensayos intentados para reconstruir las melodías originales.

Gennrich, que desarrolló la doctrina de los seis modos, dedicó toda su larga vida científica a la investigación de la teoría y práctica musicales de la Edad Media. Expuso sus resultados en numerosas publicaciones, las cuales acreditan un consciente perfeccionamiento en su arte de interpretación. Al comparar las tres melodías comunes al *Musikwerk* (=M) y a los *Lieder* (=L) se descubren ligeras modificaciones, claros indicios de una constante revisión de los resultados obtenidos.

La conexión cultural del occidente europeo, durante la época medieval, se revela en dos aspectos: ni hubo fronteras, en el tiempo y en el espacio, infranqueables para la trasmisión de la música, ni divorcio entre la profana y la religiosa. Las numerosas *contrafacturas*, que servían a ambas finalidades, emigraron libremente a los países vecinos. El arte musical trobadoresco, como nos lo hace observar Gennrich, descendió de las cortes y castillos a los *puis* y escuelas de maestros cantores. Éste nos enseña, a su vez, que a la riqueza formal de toda la Edad Media se remontan casi todas las formas de los tiempos modernos.

En *M* el editor publica el texto y la notación musical de quince canciones provenzales, treinta y una en francés antiguo y treinta y cuatro en alto alemán medio. La música, correspondiente a cada una de ellas, fué elegida entre 273 melodías provenzales y entre unas 1700 francesas conservadas. Gennrich adjudica a los franceses del norte, que preferían el tipo de la letanía al de los himnos, más talento musical que a los provenzales. Ambos fueron

imitados por los *minnesänger* alemanes, que se inspiraron, al mismo tiempo, en fuentes autóctonas.

Por lo dicho, se comprenderá fácilmente que todo estudio serio sobre la lírica medieval exige un conocimiento preliminar, o, por lo menos, comparativo, de la francesa; consideramos a esta última como la parte más importante que procede de la monodía o, posteriormente, del motete polífono y que fué cultivada por caballeros, clérigos, burgueses y escolares errantes. Por eso merece también el segundo fascículo (*L*) la atención de los hispanistas, quienes se interesarán por la presentación instructiva de 23 canciones en francés antiguo, destinadas a ejercicios prácticos de los estudiantes alemanes de filología románica. El conjunto se subdivide en seis grupos de temas más o menos cortesanos o populares.

Las introducciones sucintas de ambas publicaciones se destacan por su amplio dominio de la materia y por la rica bibliografía, ya analítico-crítica, ya acertadamente seleccionada, que las acompaña. Las ediciones de ellas (*L*, con variantes de sentido manuscritas) pueden facilitar vivencias impresionantes si las canciones, transcritas a la moderna, se ejecutan con instrumentos de arco o con flautas, como el experto Gennrich propone.

En la reconstrucción de la melodía más que en la reimpresión crítica de los textos, ya varias veces publicados, debe buscarse el valor principal de los dos apreciables fascículos. Pero como no nos corresponde, en esta revista de Filología —con preferencia de la española— hacer una revisión de la música, tarea propia del musicólogo, pasamos a la de las palabras, donde descubrimos que ofrece leves variantes. Preferiríamos p. ej. *ie. us ai comés*, en *M*, I, 1, 8, 3, como pone Lommatzsch, a quien se dedicó *L*. Tampoco lo siguió en I, 2, apartándose en ambos casos también de E. Appel. Pero utiliza a este último para I, 4, 2, 4 y I, 7 y no a Lommatzsch, al cual acepta, en cambio, para I, 8, 9 y 10. En I, 14 coincide con Appel, pero en I, 15 elimina los rasgos franceses (Karl Vossler, *Die Dichtungsformen der Romanen*, págs. 149-150). Algunas erratas corrijanse (I, 4, 3 *lo jorn*, I, 4, 4 *fenestrel*) y otras insignificantes resultan fáciles de reconocer. El verso I, 9, 5, 1 (contra Appel y Lommatzsch) debería justificarse,

lo que el carácter de *M* no permite. En la bibliografía echamos de menos a A. Jeanroy, *Anthologie des troubadours*, París, 1927; F. Piccolo, *Primavera e fiore della lirica provenzale*, Macri, 1948; A. Cavaliere, *Cento liriche provenzali*, Bologna, 1938 y, sobre todo, a William P. Shepard and Frank M. Chambers, *The Poems of Aimeric de Peguilhan*, edited and translated, with introduction and commentary, . . . Evanston, Illinois, 1950, págs. 197-200. Con ellos preferiríamos 12, 5, 2 *merceies*.

En *L*, I, 1 nos preguntamos si, por razón de la rima, pudiese trasladarse el verso 52 a la estrofa VI y el verso 62 a la V. *L* contiene mayor número de erratas, probablemente a causa de su impresión en Alemania Oriental, y por encontrarse su autor en Alemania Occidental.

Estas pocas y pequeñas observaciones críticas no pretenden disminuir, en nada, la satisfacción, plenamente justificada, de su editor, el más competente, hoy, entre sus compatriotas. Lo felicitamos no sólo por su sagaz y metódica *Einführung*, sino también por la paciencia y abnegación que le han hecho triunfar, ampliamente, en no pocas tareas arduas. ¿Quién le sucederá?

: GERARDO MOLDENHAUER.

# REVISTA DE REVISTAS

COMPARATIVE LITERATURE. University of Oregon, Eugene (Oregon). IV, 1952.

LEO SPITZER, *The Mozarabic Lyric and Theodor Frings' Theories*, págs. 1-22.

Trabajo típico de Spitzer, de visión panorámica, amplia erudición y aguda crítica. Se propone dar a conocer al público estudioso el sensacional descubrimiento de las jarchas mozárabes y extraer las consecuencias que interesan para la cuestión de los orígenes de la lírica europea. Para enmarcar la significación del hallazgo, parte del planteo que había ofrecido Theodor Frings de los orígenes de la lírica europea en *Minnesinger und Troubadours* (*Deutsche Akademie der Wissenschaften zu Berlin; Vorträge und Schriften*, Heft 34, 1949). Con este opúsculo Frings vuelve a las ideas románticas de *Naturpoesie* e insatisfecho con las explicaciones del origen de lírica por imitaciones cultas o de cualquier tipo observa que, examinando las más antiguas poesías del *Minnesang* o de los trovadores, se hallan en ellas ecos de cantos de mujeres. Frings sigue las huellas de estos *Frauenlieder* primitivos y los encuentra no sólo en las *Frauentropfen* de la primavera del *Minnesang* y en las romances francesas, sino ampliamente documentados en las cantigas "de amigo" portuguesas, en canciones serbias, rusas, escandinavas, en el Egipto faraónico y en la Grecia antigua (Safo y Teócrito). Responden por tanto a una capa común de sentimientos y de la expresividad de todos los pueblos, y el *Minnesang* y la poesía trovadoresca no son más que reelaboraciones cultas de productos de la imaginación popular contaminados por influencias cultas posteriores (*Durchsichtungen*). "La *Naturpoesie* trasciende la geografía y es un don con que está dotada congénitamente la humanidad".

La crítica individualista recibió, por supuesto, con frialdad y con cierta causticidad este retorno a la posición romántica; prueba de ello es la reseña al trabajo de Frings por Auerbach en *RomPh* IV, núm. 1 (1950) págs. 65-67; expresa las consabidas dudas sobre una supuesta creación *ex nihilo*, y objeta que en la Edad Media no existió una división entre pueblo y minorías dirigentes.

Signo de las actuales dificultades de comunicación es que ni Frings ni su crítico Auerbach conozcan estas cancioncillas andalúses ya editadas en



1947. Spitzer informa sobre la historia del hallazgo y desciframiento de las jarchas y luego observa cómo estos veintún poemitas mozárabes se deja ordenar perfectamente dentro de la temática que Frings ha establecido para los *Fraunlieder* primitivos: felicidad, recuerdo del momento feliz, separación, melancolía, preocupación por la fidelidad del amado, etc., lo cual es muy significativo si se tiene en cuenta que estos cantarillos son dos siglos anteriores y además dejan suponer una tradición muy antigua.

Spitzer comenta luego el estudio de Dámaso Alonso *Cancioncillas "de amigo" mozárabe. Primavera temprana de la lírica europea* (RFE, XXXIII, 1949, págs. 197-349) en que por primera vez se relaciona a las jarchas mozárabes con la lírica española y europea. Spitzer cree que los cotejos que realiza Alonso prueban definitivamente la identidad entre jarchas y canciones "de amigo" gallego-portuguesas y castellanas, y se muestra complacido por su actitud de considerar al villancico equivalente de la jarcha como núcleo de la primitiva lírica, y que por tanto sobrepasa en importancia al zéjel. De este modo falla el paralelo que hacía entre la poesía árabe y la de los trovadores, que tenía uno de sus apoyos en la forma estrófica del zéjel (tesis de M. Pidal y de Nykl contra la cual Spitzer había mostrado su disconformidad en *L'Amour lointain de Jaufré Rudel*, Chapel Hill, 1941); la explicación de la poesía trovadoresca deberá partir de estas formas más simples atestiguadas por jarchas, y esta tradición más antigua de cantigas "de amigo" o *Fraunlieder* constituye la base de la lírica europea, de la nuestras jarchas son efectivamente —como dice Dámaso Alonso— una "primavera temprana".

El mayor aporte del artículo de Spitzer son las páginas que dedica a situar a las jarchas dentro del marco de la lírica europea, aspecto no tratado por Alonso, que se limita a relacionarlas solamente con la poesía peninsular; Spitzer establece su identidad con los *refrains* franceses de los XI, XII y XIII, que entiende según la definición que dió Jeanroy del género, y extiende a las jarchas las características del subgénero lírico francés: son fragmentos entonados por un coro, que responde con ellas a una narración cantada por un solista que se nos ha perdido. Dentro del lirismo primitivo estos cantos amorosos de mujeres que inferimos de las jarchas corresponden a los cantos para danzas de la época del remozamiento de la naturaleza y del corazón humano, que G. Paris, seguido por Frings y aceptado por Spitzer, indicaba como germen de la lírica romance y germánica; este tipo de *cantica amatoria*, y los *chori foeminei*, y los *winileodos*, con su idéntico sentido de cantos "de amigo", atestiguados en 789, nos pueden hacer remontar la tradición de estas canciones amorosas al s. VIII —tenemos para esta época testimonios de ellas en las prohibiciones de la Iglesia—. No queda mucho en las jarchas de la canción primaveral originaria, pero son preciosos vestigios las alusiones a la Pascua, a la madre y a las hermanas.

¿Podemos probar —se pregunta Spitzer al final— por medio de las jarchas que Frings acertó al relacionar los *Fraunlieder* populares con la poesía trovadoresca y el *Minnesang*? Frings intenta mostrar que los subgéneros na-

rativos, el *alba* y la *pastorela* que aparecen en Guillermo de Aquitania y Marcabru son desarrollos dramáticos de monólogos de los *Frauenlieder*. Las jarchas, con el peso que dan por su antigüedad, confirman la teoría; así, la 7ª (“Filyolu alyenu bebite x e durmís a mio senu”) “es el núcleo de un *alba* su forma más primitiva de *Glückslaut* de muchacha” y la 19ª (“Ve, ya raq, ve tu vía que non m’ienes al-niyya”) es el núcleo de un *pastorela*, de una *Begegnung* en que la muchacha rechaza al cortejante.

Con los trovadores el papel de portavoz de sentimientos se asigna al hombre y la poesía se aleja cada vez más de sus orígenes populares. El único género que permaneció fundamentalmente idéntico fué el *alba*, con su abierta existencia en el goce amoroso; en la *pastorela* ocupa el primer lugar el didactismo que enseña que la unión de un cortesano y una aldeana es una *mésalliance*. La *Cansó*, que describe los sentimientos de un hombre que renuncia al placer sexual —género considerado por Dante como digno del estilo trágico— representa la última etapa de la lírica medieval y es la más alejada de la base popular de la poesía europea.

Sumando las consecuencias que se sacan del estudio de las jarchas a las ya obtenidas de los *refrains* y de los *Frauenlieder* alemanes obtenemos una visión “que ilumina la génesis (de carácter “unantastbar volkstümlich” —como dice Frings—) de la lírica europea en general. Nos vemos llevados en última instancia a imaginar un mundo primitivo de mujeres que bailan y cantan estrofas de amor que les han entregado los poetas (un *Glückslaut* o *Klage* “in Munde des Mädchen, aber von einem Mann, dem Dichter, hineingelegt”) quienes obtienen así un placer vicario: oír su propia concepción de la mujer (como un ser apasionado que proclama sin represiones su propio deseo) resonando en las mujeres que cantan las estrofas compuestas para ellas. Debemos el lirismo primaveral a los hombres, que siempre han sabido personificar la forma de mujer apasionada su propio deseo; pues la mujer tiene en la primitiva literatura mundial un papel que le es impuesto por el hombre y le contesta con las palabras de deseo que él le ha sugerido. Tal colaboración entre los dos sexos no es ninguna *creatio ex nihilo*, a menos que consideremos un *nihil* a esta polaridad y al juego entre los sexos”.

Además de la perspicacia que brilla en todo el artículo, hay muchos aciertos de detalle; entre tantos, la observación sobre la “urbanización” de las jarchas, frente a la naturaleza como marco de las cantigas gallego-portuguesas, y el paralelo con los *refrains* franceses —que por su parte realizaron independientemente A. Roncaglia (*Di una tradizione lirica pretrovadoresca in lingua volgare*, CuN, XI, 1951, págs. 241-43) y Margit Frenk Alatorre, (*Jarchas mozárabes y estribillos franceses*, NRFH, VI, 1952, págs. 281-84). En otros aspectos el estudio satisface menos: extraña la falta de referencias a la tesis del tradicionalismo de la lírica española de Menéndez Pidal, que las jarchas confirman muy concretamente; éste es un terreno histórico mucho más firme que el de la *Naturpoesie* de los románticos. Sin duda esta primitiva fase de la lírica romance, ahora históricamente atestiguada, que las jarchas mozárabes nos permiten anteponer a la lírica de los trovadores im-

pone una revisión de la crítica antiromántica, pero no lleva sin más a la ideología de los románticos. Como dijo bien M. Pidal, *Poesía tradicional en el romancero hispano-portugués*, (en Castilla. *La Tradición y el idioma*, Bs. As., col. Austral, 1945, pág. 50; Roncaglia, art. cita., pág. 235, recuerda también el pasaje), la poesía popular "no expresa... movimientos del espíritu totalmente espontáneos en el fondo primario y común a todos los pueblos, sino que responde a estados particulares de cultura con alguna evolución de escuelas"; así Spitzer puede censurar muy sensatamente a los críticos que se empeñan en considerar a la lírica romance surgiendo de imitaciones cultas y no ven el impulso original humano que las provoca — "Such a collaboration of the two sexes is no *creatio ex nihilo*" —, pero, admitiendo el nuevo punto de partida, hay que considerar la escuela literaria a través de la que se plasmaron esos sentimientos, cómo escribían esos poetas que daban sus versos a las muchachas para que los cantaran en las fiestas primaverales.

Contra el que estas jarchas prueben que Castilla fué durante la Edad Media un país con lírica — según insiste Spitzer contra la tesis de *España es su Historia* — Américo Castro escribió la nota que reseñamos más abajo. Es lástima que Spitzer no haya conocido el artículo de M. Pidal, sobre el tema, *Cantos románicos andalués* BAE, XXXI, 1951, págs. 187-270. Entre lo mucho interesante que se dice en este estudio, en el § 27, D. Ramón insiste con muy buenas razones en que villancico y glosa zejelesca no pueden estudiarse separados ya, que las jarchas no es una canción añadida a la muwassaha sino que forma parte métricamente de ésta; de este modo puede sustanciarse todavía la tesis del influjo europeo de la poesía arábigo-andaluza.

RAMÓN MENÉNDEZ PIDAL, *La épica medieval en España y en Francia*, págs. 97-117.

El brillante estudio de Spitzer *Sobre el carácter histórico del Cantar de mio Cid* (NRFH, II, 1948, págs. 105-117) había hecho hincapié sobre todo en que no se debía oponer el *Mio Cid* al *Roland* porque pertenecen a categorías diferentes de una misma epopeya medieval: el *Roland* es una epopeya mítica, en tanto que el *Cantar de Mio Cid* es una biografía "epoyizada" subgénero épico que existe también en Francia donde lo representa, por ej., *la Historia de Gilles de Chin*. En su contestación (NRFH, III, 1949, págs. 113-129), Menéndez Pidal, luego de aprobar, aclarar o disentir de la exposición de Spitzer, expone su desacuerdo fundamental: el distinto estilo del *Mio Cid* frente al *Roland* no se debe a que ambos pertenezcan a géneros literarios diversos sino que es reflejo de la concepción española de la épica, muy diferente de la francesa. Esta idea, apuntada en la contestación a Spitzer, es la que Menéndez Pidal desarrolla en este estudio, presentando ordenadamente las características propias de la epopeya española y los motivos que la han hecho diferente de la francesa.

Se debe abandonar la falsa idea de una literatura medieval uniforme; existen profundas diferencias nacionales bajo la medievalidad común a todos los géneros. En lo referente a la épica, Menéndez Pidal señala en primer término la diferente manera de concebir el suceso histórico que sirve de materia al poema, y para ello parte de las discusiones que sobre la naturaleza del poema épico tuvieron lugar en España en los siglos XVI y XVII; existían dos tendencias: la *histórica* y la *novelesca*, que Menéndez Pidal prefiere llamar *verista* y *verosimilista*. La primera sostiene que debe haber una íntima comprensión entre poesía y verdad histórica, pues es tanto mayor la eficacia de la ficción cuanto mayor contacto tiene con lo real. La escuela novelesca —mejor “verosimilista”— basada en el preceptismo italiano, excluye del poema “la historia verdadera, pues ésta se ocupa de “lo particular”, lo sucedido en un tiempo y lugar determinados, mientras la poesía se ocupa de “lo universal”, que no es la realidad misma sino “imitación de la realidad, llevada mediante invenciones verosímiles a la más alta perfección que la imaginativa puede concebir”. Los primeros poemas épicos del Renacimiento español comienzan narrando hechos históricos recientes e incluso jactándose sus autores de su veracidad y presencia en los hechos que cantan; ejemplos: *La Araucana* (1569) y *Os Lusíadas* (1572); es decir para sus autores la realidad de los hechos contiene más poesía que cualquier ficción. Ya en el siglo XVII dan frutos las ideas estéticas de la escuela italiana, que sostienen los verosimilistas; se condena a la antigua producción verista y aparecen poemas fantásticos o sobre hechos antiguos y verosimilmente deformados; así la *Jerusalén conquistada* (1609) de Lope de Vega y el *Bernardo* (1624) de Valbuena. Es decir, en España no hubo una polémica contra las doctrinas italianas en la epopeya, como la que triunfó en defensa del teatro nacional. Y sin embargo, pese a los italianizantes triunfadores, todavía se siguieron componiendo poemas sobre la conquista del Río de la Plata, la expulsión de los moriscos, etc.

Menéndez Pidal señala cómo la misma actitud de escribir un poema épico sobre un suceso histórico y actual es propia del cordobés Lucano, y recuerda que su actitud fué censurada en Roma porque se juzgó que la epopeya debía ser mítica y no histórica. Y en medio de los veristas del Renacimiento y el verista de la Antigüedad encuentra su justa posición la épica medieval española, con su gusto por la realidad histórica más que por las ficciones de la imaginación.

El verismo se manifiesta en la épica española desde el *Cantar de Mio Cid* y el fondo histórico primitivo persiste a través de las diferentes refundiciones que sufren los poemas. Los cantares franceses que nos han llegado ya están muy alejados de sus originales, aunque en los casos en que tenemos varias versiones del mismo tema, la más antigua es la más cercana a los hechos. “Siempre, sin embargo, es de advertir que el verismo francés es más imaginativo, diverso del verismo más historial de las gestas españolas”. Claro que junto al verismo dominante se da también en España el verosimilismo. Representativas de esta tendencia son el *Bernardo del Carpio*, las *Mocedades*

del *Cid*, episodios del *Fernán González*, etc. Característico es que el verosimilismo español sea *realista*, es decir, se aparte del verismo histórico por medio de episodios inventados, pero sin recurrir a lo prodigioso; en Francia, en cambio, abunda el verosimilismo *fantástico*. "Tan propios de cada país son estos dos estilos de poetizar que al pasar temas de una nación a la otra se los adapta a la fantasía española o francesa, respectivamente. Así, una canción de gesta que pasa a España habrá de ser despojada de su exuberancia inventiva, y viceversa, cuando un juglar francés toma asunto de una gesta española, se siente obligado a aderezarlo a la francesa, añadiéndole elementos maravillosos y mayor enredo novelesco."

También en la forma difieren la épica española de la francesa; aquí resume M. Pidal su justamente conocido artículo sobre *La forma épica en España y en Francia*, RFE, XX, 1933, págs. 345-52. Mientras la épica francesa hace triunfar en el siglo XIII la rima consonante que ya se anunciaba en el XII, la epopeya española se muestra tenazmente apegada a la asonancia de sus orígenes y acentúa su carácter conservador al mantener durante toda su historia el extraordinario arcaísmo de la —e paragógica. El mismo proceso ocurre en la métrica: ya en el siglo XIII predomina en Francia el metro regular mientras la poesía juglaresca española siempre mantuvo el anisilabismo que podemos suponer pertenece a la primitiva métrica románica pues existe entre los juglares anglonormandos y los francoitalianos; también es significativo que la antigua *Chanson de Guillelme* tenga una cuarta parte de sus versos irregulares.

Con otros argumentos M. Pidal sigue mostrándonos las diferentes características de la épica a ambos lados de los Pirineos. En Francia conservamos 90 cantares de gesta en 400 códices; en España en cambio sólo tenemos cinco gestas en sólo cinco códices, todos mutilados. La crítica que considera un desarrollo semejante del género en España y en Francia deberá concluir dudando de una actividad épica continuada en la Península. En cambio, debemos partir sentando que no hay semejanza en la trayectoria del género épico en ambos países y suponer sin temor al "escándalo" la existencia de poemas perdidos, atestiguados por las prosificaciones de las crónicas. La gran pérdida de textos épicos en la Edad Media española se explica principalmente, aunque parezca paradójico, por la gran popularidad del género. Cuanto más habituales son las obras literarias a un público, mucho menos interés hay en conservar cuidadosamente los manuscritos en que circulan; "las copias se estiman nada más que como recurso efímero del momento, algo provisional, como el favor del público que pide siempre obras nuevas o renovadas."

Así se logra apresar un rasgo fundamental para la diferenciación de ambas épicas: la popularidad. La española siempre se dirigió a un público en general, la francesa pronto empezó a orientarse hacia una minoría letrada y las refundiciones de los temas no tardaron en tomar carácter personal, tendieron a la perfección técnica y alcanzaron enorme extensión. Los autores "logran que su obra sea estimada y conservada por los entendidos en el

arte, pero las refundiciones son pocas, no pudiendo repetirse fácilmente el esfuerzo que cada una exige, sobre todo por su versificación ambiciosa y por su gran extensión; en consecuencia, la tradicionalidad se agota, falta de renovación frecuente, la leyenda deja de vivir en el recuerdo del público."

Por tanto, la perduración de los temas poéticos es un rasgo peculiar de la épica española. Pierde casi todos sus textos pero tiene tan fuerte vitalidad que sus motivos poéticos viven durante toda la Edad Media, pasan luego al Romancero y de él al teatro de la Edad de Oro, y no dejaron nunca de animar alguna vez la fantasía de escritores de las épocas siguientes. La épica francesa, en su primer período de gran tradicionalidad y versificación sencilla pierde sus textos; luego al hacerse más artística se conserva en muchos manuscritos pero debilita su tradicionalidad al punto de que ya nada de ella pasa a las baladas del siglo XIV. Por el contrario, los temas franceses que pasaron a la épica española siguieron su fuerte vida tradicional, y en los siglos XV y XVI Roland, Olivier, Turpin y otros, eran los héroes de romances que figuraban entre los más famosos de la Península.

FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA, *La influencia italiana en la "La Galatea" de Cervantes*, págs. 161-69.

El profesor López Estrada, autor de un valioso trabajo sobre *La Galatea* y gran conocedor de la novela pastoril española, emprende en este artículo la tarea de delimitar la deuda de Cervantes con la literatura italiana; reduce su estudio a la obra pastoril de Cervantes. He aquí sus conclusiones: "... la influencia de las letras italianas en *La Galatea* resulta evidente en las partes de exposición doctrinal de las teorías del amor. Las partes novelísticas del relato pastoril presentan influjos de argumentos italianos que Cervantes adaptó mediante una reforma en favor de la psicología de los personajes, aun dentro del torbellino argumental bizantino (caso de Timbrio y Silerio). Abrió paso al elemento trágico-amoroso dentro de lo pastoril (caso de Lisandro y Leónida). Afloja la tensión humanista aún en las mismas traducciones, si bien abundan las alusiones clásicas que sirven para dar tono a la obra. Cervantes manifiesta una clara intención de ennoblecer el romance, según se desprende del prólogo de *La Galatea*, y en este punto puede compararse en cierto modo a la defensa de Bembo, Varchi y otros, del vulgar italiano. Este ennoblecimiento puede apreciarse estilísticamente, en la disposición de los elementos expresivos de la oración, en la cual se puede notar en ocasiones la existencia de una sintaxis ciceroniana (como la de Bembo para el italiano), y de un artificio retórico con abundantes antítesis. Apenas hay italianismos en el léxico."

AMÉRICO CASTRO, *Mozarabic Poetry and Castile: a Rejoinder to Mr. Leo Spitzer*; págs. 188-89.

Ya la aparición de la recensión de Spitzer ("*Mesturar*" y la semántica

*hispano-árabe*; NRFH, III, 1949, págs. 141-49) a *España en su historia*, había motivado por parte de Américo Castro una incisiva *Respuesta a Leo Spitzer* (NRFH, III, 1949, págs. 149-58). En la nota que nos ocupa, Castro replica violentamente al que considera "destemplado" y "básicamente cómico ataque" que Spitzer le dirige en su artículo sobre *Mozarabic Lyric*. . . arriba reseñado. Aquí Spitzer había afirmado triunfalmente que el descubrimiento de las jarchas mozárabes echaba por tierra la tesis de la ausencia de lírica en la Castilla anterior al siglo XIV, rasgo que Castro utiliza para inferir la austeridad moral del castellano de esos siglos; además en la larga nota 17 entre otras consideraciones, juzga que *España en su historia* es "a grandiose phantasmagoria in which the Spanish national character is made to appear as a historically fixed, nay congealed, mass of ways of thinking and reactions, as a kind of *Dauerspanier*."

Castro le recuerda que la lengua de las jarchas es el mozárabe, no el castellano, y que por tanto mal se pueden usar para probar la existencia de una lírica castellana. De los grupos que se repartían la península en la Edad Media, cada uno con su lengua, literatura y personalidad propias, el castellano —Castro se muestra más cauto que en *España en su historia*— "no tuvo un tipo de expresión lírica comparable a los de Galicia, Cataluña y Provenza"; alude vagamente a que posiblemente habrá habido algún asomo de lírica incluso en la época a que pertenecen las jarchas, pero carecemos de textos para probarlo.

Suena un poco extraño que se pidan textos para probar la lírica primitiva precisamente tratando el tema de las jarchas, que son la prueba providencial contra quienes durante tanto tiempo han negado una lírica anterior a los trovadores porque nos faltaban las composiciones que dieran fe de su existencia. Pero ya sorprendente es que Castro que maneja contra Spitzer el estudio de Menéndez Pidal sobre el tema (*Cantos románicos andalusíes BAE, XXXI, 1951, págs. 187-270*) no haya visto que también van contra la falta de una primitiva lírica castellana las conclusiones que se desprenden de las jarchas. Estas son mozárabes, sin duda, y no son pruebas directas de la lírica castellana, como quería Spitzer, pero lo son indirectas. Menéndez Pidal relaciona a las jarchas no sólo con las cantigas gallego-portuguesas, como se había venido haciendo principalmente, sino con los villancicos castellanos, en cuanto a la métrica (§§ 13-18) y la temática (§§ 20-24). Castro había concedido escaso papel a la supuesta lírica castellana primitiva que postulaba Menéndez Pidal, dejando entender, si no me equivoco, que no eran más que pequeñas voces líricas que acompañarían a la vida diaria y de muy poca importancia; ahora en cambio, las jarchas prueban que son restos o compañeros de un género de poesía amorosa, con características de escuela (M. Pidal, pág. 210) de enorme antigüedad: "Frente a la afirmación basada en la sola consideración de los textos conservados, o sea que los villancicos castellanos de los siglos xv y xvi proceden de una imitación de las cantigas de amigo, se alza ahora el descubrimiento de una colección de cantares de los siglos xi y xii, idénticos a los villancicos de

tres y cuatro posteriores. El villancico, pues, existía muchísimo antes que se escribiesen las primeras cantigas de amigo hoy conservadas, supuestas iniciadoras del villancico. Y el mismo descubrimiento de las nuevas canciones hace caer en ruinas, de una manera estruendosa, la afirmación antes consignada de que la lírica peninsular nace en los albores del siglo XIII y no antes" (M. Pidal, pág. 195). Las jarchas "traen al conjunto coherencia y claridad extraordinaria, pues, a pesar de su arcaísmo y de su fuerte impregnación en el ambiente árabe, ofrecen asombrosas semejanzas con las canciones posteriores, tanto en el espíritu, en la ética y en los temas, como en la métrica y hasta en las formas de expresión; de un lado semejanzas con las cantigas gallego-portuguesas, de otro lado, semejanzas con los villancicos castellanos. Las tres ramas, que antes se veían asociadas casi sólo conjuntamente, aparecen ahora como un conjunto dotado de unidad y continuidad tradicional" (M. Pidal, pág. 268; además págs. 230, 246 y 248). Obsérvese, por otra parte, que el que Castilla haya participado de la fase lírica de *Frauenlieder* anterior a la poesía trovadoresca no contradice fundamentalmente la tesis de Castro, ya que las cancioncillas andaluzas ofrecen la "austeridad moral" tan característica de la literatura española. (M. Pidal, páginas 245-46).

AMÉRICO CASTRO, *El "Libro de Buen Amor" del Arcipreste de Hita*; págs. 193-213.

Américo Castro precisa y condensa en este artículo la interpretación que había dado del *Libro de Buen Amor* en el cap. IX de *España en su historia*. Ahora centra el *Libro* con mayor insistencia que en su estudio anterior sobre el concepto de *trabajo*: "el tema primario es la tensa y animada actividad del vivir voluntarioso atraído por el amor y espoleada por la alegría". Ni siquiera puede decirse que es el amor quien articula los valores del libro; es sólo el punto de partida y la luz que alumbra otros aspectos en sí valiosos. La busca de la mujer proviene de su manera fundamental de vivir afanosamente. El *Libro* es más que un *Ars Amandi*; "su tema básico es el trabajo y la inquietud causados por la necesidad de amar". Las dificultades de este vivir afanoso se acrecientan por existir otras junto a las creadas por el amor: la naturaleza, el hado y la costumbre. A pesar del desbordante humorismo del Arcipreste, este sentido de la inquietud de la vida interviene también en su obra, y el *Libro* se mueve entre las sensaciones de impulso vital (esfuerzo, ligereza, alegría) y del obstáculo encontrado (rechazo, desengaño, tristeza).

Las personas y cosas que aparecen en el libro de Juan Ruíz viven en tensión, atrayendo y siendo atraídas; los motivos, formas y fines del vivir aparecen rápidamente intuídos y esbozados con un trazo, pero el poeta no tenía todavía la posibilidad de representar ese acaecer en vidas individuales. No por esto da una idea impersonalizada de los motivos naturales y ese dinamismo natural aparece magníficamente en aspectos de las fábulas y



ejemplos o en pasajes de sus poesías. Paradójicamente, la atmósfera de fuerzas y motivos que rodea a las personas es más real que éstas, que nunca llegan a concretarse en una auténtica individualidad: "lo no individualizado cae más dentro de la experiencia de lo convivible que lo pretendidamente individualizado", pues los sucesos de la vida estaban más cerca de la experiencia personal que los seres humanos, que ya eran realidades "categorizadas" literaria y tradicionalmente. "Un personaje literario era... una estructura con su vida ya hecha dentro de una trascendencia épica, religiosa, didáctica, alegórica o truhanesca. El Arcipreste intuyó libremente las circunstancias en torno al vivir personal, o los motivos que lo hacen posible, pero no podía aún sacar a los personajes literarios de los marcos en que se hallaban tradicionalmente encajados, e individualizarlos dentro de un sistema de impulsos y circunstancias "secularizados" y no tradicionales... En el *Libro de Buen Amor* hallamos estratos literarios de desigual extensión, densidad, época y sentido. La básica desarmonía de la obra impide resolverla en un género, o en fuentes agrupadas sin propósito, pero de ahí arranca también su poderosa originalidad, su ambigüedad cristiano-islámica".

De aquí toma pie Castro para desarrollar su conocida tesis sobre el "mudejarismo" del *Libro*: las peculiaridades del estilo del Arcipreste, su dar forma a la experiencia sensible fuera del marco mítico, su "culti-vulgarismo", se deben a que escribe dentro de la tradición de la literatura arábigo-española, donde existía como propia esta manera expresiva. Así, aunque los temas le llegan al Arcipreste de la Europa cristiana, Juan Ruiz los trata con una sensibilidad islámica; motivo estructural de la poesía árabe y que aparece constantemente en el libro es el "desvelarse", la alternancia entre exterior e interior, por donde resulta ser el poeta el artista de lo reversible y de lo ambiguo. Esa es la causa por la que en el *Libro* los conceptos de "bueno" y "loco amor" carecen de fijeza, pues se "deslizan" uno en otro, y no sólo estos conceptos sino también los personajes se desdobl原因 y se encarnan unos en otros, como la imagen y lo imaginado. Con todo, las metáforas del Arcipreste son menos desinteresadas que las de los árabes, pues el campo de su fantasía es más reducido.

"La estructura del *Libro* consiste en una continua transición". Todo lo que ocurre en la obra de Juan Ruiz tiene un ritmo alternado y la moral se subordina a la estructura de deslizamiento en que consiste el *Libro*. Este estilo cambiante y translaticio se manifiesta en los deslizamientos de palabras (ciervo → siervo, Cruz → cruz), en la reiteración del relato, en el paso del amor a la austeridad, de la Cuaresma vencedora a Cuaresma fugitiva. Al Arcipreste le atrae lo móvil y transmutable, sea en amores, animales o plantas; incluso el *Libro* proyecta la propiedad de su fluir cambiante en su lector (estr. 1626-28). El amor es más una incitación reiterado que una ocasión para dogmatismos moralizantes, que no tolerarían el tono y el estilo de la obra. La fluencia y la transición son funcionales y ésta es la razón por la que carecen de fijeza el buen amor y el loco amor, lo serio y lo burlesco, lo abstracto genérico y lo concreto sensible. Américo Castro

sabe muy bien que estos contrastes existen en muchas obras cristianas, especialmente en las disputas medievales, pero señala que lo peculiar de Juan Ruiz estriba en que estas posiciones extremas surgen de un deslizamiento de una a otra.

Castro establecía la presencia del modo de existir islámico en el *Libro de Buen Amor* mediante un cotejo con el *Collar de la Paloma* de Ibn Hazm; ahora aclara y precisa que "la relación que establezco entre la obra de Ibn Hazm y la de Juan Ruiz en mi libro *España en su historia* y en las páginas anteriores es una relación de estructura, no de contenido. Así está presente el *Quijote* en el *Tartarin*, de Daudet, o en *El Idiota*, *Le Rouge et le Noir*, *Madame Bovary*, etc." Es decir, tanto en el *Quijote* como en las otras obras que reflejan su estructura, aparecen personajes que desde las circunstancias de su propia vida aspiran, entre afanes y desengaños, a llevar a la existencia el personaje que quieren ser: "personas-personajes, desdobladas y reversibles, cargados con el sueño-vigilia de sus existencias." (1)

El análisis de Castro del andar estilístico del *Libro de Buen Amor* es magistral y creemos que ese ritmo oscilante que él descubre en la expresividad de Juan Ruiz —donde otros sólo habían visto el dualismo del contenido: lo serio y lo cómico, la moral y el amor, etc.— quedará como definitivo; en cambio, por el hecho mismo de que creemos en la enorme influencia de la vida musulmana sobre la España medieval, querríamos ver

(1) Copio estas magníficas palabras de *España en su historia*, pág. 437. Observemos que la semejanza de estructura entre el *Libro de Buen Amor* y el *Collar de la Paloma*, que debe basarse en que Juan Ruiz e Ibn Hazm "son a la vez temas de su vida poética y de su vida real" (alternarse y desvelarse que son para Castro claves del *Libro*) puede ser reflejo de la forma de vida musulmana, sino de una contextura española más profunda. Sánchez-Albornoz ha insistido con razón (*Ante una versión del "Collar de la Paloma"*, *CuHEsp*, XVIII, 1952, págs. 130-51) en que lo árabe se superpuso en la Península a una densa población española, y que lo máximo que podemos aceptar es que poco a poco se formó en Al-Andalus un pueblo mestizo y muy alejado de lo oriental auténtico. Ahora García Gómez nos viene a revelar que justamente este emerger del autor dentro de su propia obra contra la figura arquetípica que le ofrecía el género literario, es un rasgo de tajante disidencia contra lo oriental, y que nosotros podemos conectar por tanto con la parte española del espíritu de Ibn Hazm: "Para que un europeo actual corriente se dé cuenta de que estas dos últimas cualidades [nada de libresco y extraordinariamente personal] hoy tan usuales, son literalmente extraordinarias dentro de un libro árabe escrito en España a comienzos del siglo XI, tiene que hacer un esfuerzo considerable de imaginación... Sólo cuando recordamos las obras escritas hasta entonces... podemos apreciar en su justo valor lo que como innovación suponen las palabras que al fin del prólogo estampa Ibn Hazm: "Perdóname que no traiga a cuento las historias de los beduinos y de los antiguos, pues sus caminos son muy diferentes de los nuestros. Podría haber usado de las noticias sin número que sobre ellos corren; pero no acostumbro a fatigar más cabalgadura que la mía ni a lucir joyas de prestado" (E. García Gómez, *Introducción a su traducción del Collar de la Paloma*, Madrid, 1952, pág. 27; también pág. 33).

pruebas más seguras de la presencia del *Collar de la Paloma* y de que la atención al mundo y sus menudencias o el omniabarcante "realismo español" se deban a la acción de la forma de vida islámica. Sánchez-Albornoz, en una ceñida síntesis (*Ante "España en su historia"*, *CuHEsp*, XIX, 1953, págs. 130-45), ha señalado los peligros y errores de la magnífica interpretación de Castro con conceptos que podemos aplicar a este estudio: enamoramiento de algunas hermosas frases para explicar toda una obra; a veces toma como representantes del pensamiento musulmán, para interpretar lo español, a autores persas o afganes que no expresan de ningún modo las conciencias hispánicas; no tiene en cuenta que Ibn Hazm era muladí, es decir, un español convertido al islamismo, y por tanto con todo el estilo de vida hispano que llegó incluso a influir en lo musulmán español, etc. Se necesita además un análisis más despacioso del *Libro de Buen Amor* para precisar mejor la estructura del *Libro*; así el cuidadoso trabajo de W. KELLERMAN, *Zur Charakteristik des Libro del Arcipreste de Hita*, *ZRPh*, LXVII, 1951, págs. 225-54, nos muestra cómo domina el tono de mesura, de acomodarse a lo dado, que está bien reflejado en el papel preponderante que entre los pecados desempeña la codicia, raíz o cepa de todos ellos, concepto vigente en toda la disposición de la obra (págs. 239-41).

GUILLERMO L. GUITARTE

WORD. Journal of The Linguistic Circle of New York. VIII, 1952.

HAROLD BASILIUS, *Neo-Humboldtian Ethnolinguistics*, págs. 95-105.

Este sustancioso estudio nos pone una vez más frente al problema de la relación entre lengua y cultura y la necesidad de considerar el estudio de la lengua en íntima vinculación con las otras ciencias. Se trata, pues, de volver sobre aquella afirmación de Humboldt de que el lenguaje no es un *ergon* sino una *enérgeia*. Por esto los neohumboldtianos conciben la ciencia del lenguaje como un esfuerzo de todos —lingüistas, antropólogos, psicólogos y sociólogos— para resolver los problemas de la cultura. De allí la importancia de la cuestión del *significado* y sus implicaciones culturales y los diferentes puntos de vista al respecto. Se citan las ideas de Bloomfield y su enfoque de la lingüística desde el ángulo del análisis formal del lenguaje. Ya Martín Joos lo declaró así: el lenguaje es un sistema simbólico, un código, en el que la semántica sería trabajada por los sociólogos y la fonética por los físicos. No se han olvidado tampoco en este artículo las opiniones de otros lingüistas que se ocuparon de lo que Joos llama *semántica estructural*, por lo que aparecen los nombres de M. B. Emeneau, Roman Jakobson, John Lotz y E. Cassirer. Se destaca asimismo que las investigaciones de los neohumboldtianos en Alemania, que parten de la antes citada afirmación de Humboldt, se hallan en franca oposición con la lingüística tradicional y las modernas corrientes americanas. Se transcribe la síntesis que Cassirer hizo de las ideas de Humboldt, desde el punto de vista del es-

trucuralismo. Mathesius había hecho una defensa similar en el Segundo Congreso Internacional de Lingüistas de 1931 y preconizó una fusión del método diacrónico de los neogramáticos con el sincrónico de los estructuralistas y Humboldt, a fin de lograr un mejor desenvolvimiento de la lingüística general. Leo Weisgerber es quien ha formulado un nuevo plan, partiendo de las ideas de Humboldt de la interrelación de lenguaje y cultura, y de que el lenguaje es el instrumento de que se vale el hombre para crear su concepto y valoración de la realidad objetiva, o sea, que el lenguaje es como un mundo intermediario entre sujeto y objeto; por lo tanto, vocabulario, gramática y sintaxis de una lengua no deben ser meros reflejos de la cultura de quienes los usan. La técnica para la investigación de las lenguas con vistas a aislar su contenido cultural se basa en el concepto estructural de *campo* que, asimismo, puede ser aplicado a la sintaxis, gramática y vocabulario. Se consigna la definición que de *campo* del concepto dió Jost Trier y se establece que el concepto estructural se deriva de la observación de Humboldt de que "la estructura es la característica esencial de todo el lenguaje", del mismo modo que la relación entre palabra y vocabulario estaba ya implícita en Humboldt cuando decía: "el lenguaje no es un conjunto de palabras preexistentes; por el contrario, las palabras son el resultado de la totalidad del lenguaje". Sostiene, además, Trier que la relación estructural de los componentes lingüísticos constituye el contenido lingüístico de una lengua y que por esto es la única forma empírica para estudiar la historia de la lengua.

Con referencia al vocabulario, el potencial productivo del concepto de campo está ilustrado por Weisgerber aplicándolo a tres áreas diferentes: 1) naturaleza; 2) cultura material; 3) cultura espiritual-intelectual. Se alude a los trabajos de P. Zisli, Weisgerber y Mauthner en esas áreas.

En resumen, el punto de partida de los neohumboldtianos es la idea de Humboldt de que el lenguaje es simplemente "la aproximación del ser humano a la idea objetiva", o sea, que es un puente entre la realidad objetiva y su conceptualización por el hombre. De ser esto exacto, la opinión de Trier de que los campos lingüísticos no son meros inventos formales sino realidades lingüísticas es, pues, muy defensible. De todo tal, afirma Basilius finalmente, que la evidencia disponible es suficiente para hacer que los lingüistas incluyan la hipótesis dentro del campo de la ciencia del lenguaje y se relacionen los frutos de ésta con los de las otras ciencias, por medio del trabajo científico en equipo.

PIERRE DELATTRE, ALVIN LIBERMAN, FRANKLIN S. COOPER, LOUIS J. GERSTMAN, *An experimental Study of the Acoustic Determinants of Vowel Color; Observations on One- and Two-Formant Vowels Synthesized from Spectrographic Patterns*, págs. 195-210.

El presente artículo da una amplia y detallada explicación de los resultados obtenidos en el ensayo para sintetizar las dieciséis vocales cardi-

nales de la Asociación Internacional de Fonética, mediante la conversión de los modelos espectrográficos en sonidos, para lo cual ha sido usado un aparato especial llamado "pattern playback". El trabajo ha sido dividido en seis párrafos y un resumen final que lo hacen fácilmente manejable y útil, a lo que contribuyen también las tablas y gráficos ilustrativos. La marcha de la investigación y sus resultados han sido los siguientes: Se prepararon 235 modelos de dos formantes que representaban variaciones en la posición de la frecuencia del formante  $y$  se los convirtió en sonidos por medio del "pattern playback", seleccionándose en aquellas series experimentales los sonidos más aproximados a las dieciséis vocales cardinales de la A.I.F. Cuando esos dieciséis sonidos sintéticos fueron sometidos a un grupo de estudiantes de fonética para la identificación vocálica, se observó que las vocales sintéticas habían sido altamente identificables. Variando las intensidades relativas de los formantes en las vocales sintéticas de dos formantes, ocurrió que algunos sonidos perdieron su color vocálico haciéndose más o menos vagos, mientras que otros cambiaban de color y se transformaban en vocales diferentes. A fin de establecer este hecho sin lugar a dudas se hizo un ensayo para localizar aquellos formantes únicos que se asemejan más aproximadamente a las vocales sintéticas de dos formantes. Se encontró, con relativa facilidad, equivalentes de un formante para las vocales de la serie posterior, no así para las anteriores puesto que en ellas la frecuencia de separación de los formantes es bastante considerable. La única excepción la constituyó la vocal *i*, que puede ser estrechamente aproximada por un solo formante de alta frecuencia. Se seleccionaron las mejores aproximaciones de un formante a siete de las vocales cardinales y se atestiguó su identificación por medio de los mismos oyentes y usando la misma técnica que en la identificación de las vocales sintéticas de dos formantes. Comparando la frecuencia de las posiciones de las vocales sintéticas de dos formantes con las del primero y segundo formantes en las correspondientes vocales francesas, se comprobaron discrepancias en el segundo formante de las vocales anteriores. Es probable que esas diferencias se deban a que el tercer formante de las vocales anteriores influye en el color de éstas, y que, por otra parte, el segundo formante de las vocales sintéticas (más alto que el segundo formante de las vocales pronunciadas), representa un "prorrato" de formantes los que se hallan muy juntos en la vocal que se pronuncia.

ROBERT L. POLITZER, *On b and v in Latin and Romance*, págs. 211-215.

Este pormenorizado y claro acercamiento al problema de la confusión de *b* y *v* en latín y en las lenguas romances, contiene un depurado análisis de los trabajos realizados sobre el tema y nos sitúa en el camino del esclarecimiento definitivo. El dominio de la bibliografía evidenciada por Politzer acaba por hacer aún más útil el presente estudio. Se establece en él que la confusión de *b* y *v* que observa ya en inscripciones latinas del s. I, es

general en las lenguas romances siempre que se hallen en posición intervocálica, no así en posición inicial de palabra o seguidas por una consonante. Cita las investigaciones de Parodi y Terracini. Para el primero, la confusión en aquellas dos posiciones no es sino una "perturbación de las leyes fonéticas" y para dilucidar el problema echa mano de la fonética sintáctica. Terracini, en cambio, cree ver allí una influencia del osco. Politzer, recogiendo los resultados obtenidos por Parodi en su análisis del *CIL*, compara la frecuencia de la sustitución de *b/v* en las distintas regiones del Imperio y obtiene las mayores cifras en el Lacio, Sicilia, Cerdeña y Sur de Italia. Fija, pues, dos aéreas de la Romania donde *b* y *v* se mezclan, cualquiera sea su posición: a) Sicilia, Cerdeña y Sur de Italia; b) gran parte de España y sur de Francia. Politzer anota que en la segunda de estas regiones la mezcla fué más tardía puesto que formó parte de un cambio general que deshizo el contraste entre oclusivas y fricativas, por lo que esa zona no entra en los límites de su trabajo. Llega a la conclusión de que *b* y *v* se confundieron en el sur de Italia, Sicilia y Cerdeña (como así también en Sur de Francia y España) y que en resto de la Romania sólo se encuentran confusiones ocasionales. Considera luego el problema desde el punto de vista del latín y de las estructuras consonánticas. Como el latín no hacía diferencia entre oclusivas y fricativas, la *v* creada por consonantización de la *u* semivocal resultó una "intrusa" en el sistema consonántico. Esto bastaría, pues, para considerar la existencia de una tendencia a eliminar la *v* confundiéndola con la *b*. A pesar de la acción de las escuelas y los gramáticos para mantener la distinción entre *v* y *b*, éstos aparecen como dos fonemas distintos en la mayor parte de la Romania quizá debido a desarrollos particulares dentro de cada romance: la mayor parte de España, Francia y Norte de Italia sonorizaban las oclusivas sordas intervocálicas (—*p*—, —*t*—, —*k*— > —*b*—, —*de*—, —*g*—) y convertían en fricativas esas oclusivas latinas (—*b*—, —*d*—, —*g*— > —*β*—, —*δ*—, —*γ*—). Esto no afectó, sin embargo, ni a la Italia central ni a Rumania, ya que en ésta hay que considerar el influjo de las lenguas eslavas y en aquella la confusión existente en latín pudo ayudar a mantenerla en el romance. La tendencia a eliminar la continua "intrusa" *v* carece de importancia para la mezcla de *b* y *v* en el sur de Italia, Sicilia y Cerdeña o de la postlíquida en Rumania, puesto que las fuerzas que salvaron el contraste entre *b* y *v* en el resto de la Romania no operaron en ninguna de las regiones citadas, dado que Sicilia, Cerdeña y el sur de Italia mezclan dichos fonemas antes de que algún desarrollo romance influyera sobre el resultado.

Vuelve Politzer a preguntarse qué camino sería más provechoso tomar, si el de una fonética sintáctica como proponía Parodi o el de la influencia del osco señalada por Terracini. Desecha lo primero y se detiene en esta última teoría. Considera que ofrece dos inconvenientes principales: no hay razón valedera para suponer la existencia de un substrato osco en Sicilia, Cerdeña y sur de Italia y, además, esta teoría sólo se interesa en la sustitución de *b* por *v* en aquellas palabras en que la *v* latina es el reflejo de

la velar labializada ie. En esas palabras el reflejo osco es *b*. Pero en aquellas en que la *v* latina es derivada de la semivocal ie, el reflejo osco es también la semivocal. Afirma, pues, Politzer que la solución hay que buscarla en otra dirección, de acuerdo asimismo con las investigaciones de Martinet: el consonantismo latino relajó su articulación en el período arcaico. Durante ese período de debilitamiento los fonemas oclusivos se hicieron continuos. Es probable que *b*, intervocálica, fuera continua seguida por *u* semivoc., mas ésta se consonantizó. En la mayor parte del Imperio, *b* inicial, en la misma época, se restauró como sonido oclusivo, de modo tal que su mezcla con *v* (> *u* semivoc.), en idéntica posición, no fué automática. Así, pues, la explicación de la mezcla de *b* y *v* en Cerdeña es que allí *b* inicial y postconsonántica no recobró rápidamente su articulación oclusiva cuando tuvo lugar la consonantización de *u* semivoc. Hasta entonces, en Cerdeña, las oclusivas iniciales se mantienen como tales mientras que las intervocálicas se transforman en continuas. Se hace evidente, que el período de relajación siguió otro de fortalecimiento de la pronunciación y que las oclusivas se fortalecieron primero en posición inicial. En el sur de Italia y Sicilia se confunden *b* y *v* en posición inicial e intervocálica y su resultado es siempre una continua. Otras oclusivas latinas (*d* — *g*) siguen idéntica transformación en las mismas posiciones. En otras palabras, *d*, *g* >  $\delta$  (o *r*) —  $\gamma$  pero frecuentemente *d*, *g* > *t*, *k*, en estas áreas de que hablamos, lo que significa que hay un fortalecimiento y no una relajación de la articulación latina. La explicación de este desarrollo contradictorio, según Politzer, hay que buscarla, finalmente, en el griego que estuvo en muy estrecho contacto con el latín en el S. de Italia y Sicilia. Y es debido a su influjo por lo que las oclusivas se transformaron en continuas. Los hablantes griegos al oír las oclusivas latinas las interpretaron de dos maneras, según sus modelos griegos: o las ensordecieron o las igualaron a las continuas griegas. Pero es de destacar que ni *b* ni *v* latinas fueron interpretadas jamás como *u*. Es decir, que la *b* latina era aún una continua cuando el griego y el latín se pusieron en contacto en esas regiones. La *u* semivoc. consomantizada se mezcla con la continua en todas las posiciones y ésta es suficiente explicación para la mezcla de *b* y *v* en aquellas áreas. En rumano *b* y *v* se mezclan después de líquida porque allí la *b* postlíquida era ya una continua cuando *u* se consonantizó y, en cambio, *b* inicial se fortaleció como oclusiva. La confusión de *b* y *v* indica, pues, cuatro etapas sucesivas en la evolución del consonantismo latino que alcanza también al cambio de *u* semivoc. > *v*: 1ª etapa, la de Cerdeña, en que todas las oclusivas intervocálicas y *b* inicial eran continuas; 2ª etapa, la del S. de Italia y Sicilia, en que *d* y *g* —iniciales e intervocálicas— se fortalecieron mientras *b* era todavía una una continua; 3ª etapa, la de Rumania, en que la pronunciación relajada se limita a la *b* intervocálica y postlíquida y la 4ª etapa la del resto de la Rumania, en que la *b* intervocálica es el único resto de la articulación relajada.

CORNELIUS J. CROWLEY, *Some Spanish Ballad Problems*; págs. 258-259.

Se pasa revista en este artículo a la interpretación de algunos pasajes de romances españoles presentada por el profesor S. Griswold Morley en su libro *The Spanish Ballads. Tomar el cosque* (LVIII) puede traducirse más acertadamente —sostiene Crowley— por “to act on he urge” teniendo en cuenta que, proveniente del L.V. cascar <\*quassicare L.C. quatero, se llega por cambio semántico del primitivo “to take the blow” a la versión que ahora se da “to act on the urge, take the bull by the horn, act without further ado, etc.” *Destigallo*, en el verso “si os parece, mi señora, bien podemos destigallo” (LV, lín. 12), a partir de L.V. \*destigare y por comparación con otras raíces ie., griegas, ant. alt. al., ant. ingl., etc., puede traducirse con mayor propiedad por “to take the sting out of, undo the marriage”. *Curar con hambre* (V, lín. 53) es frase a la que el profesor Morley le asignó una traducción en consonancia tan sólo con el primitivo significado de “hambre (L.C. famem) dejando de lado el derivado “longing, eagerness” con el que se emplea ya la voz en la frase virgiliana *sacra auri fames*.

ÁNGELA BLANCA DELLEPIANE DE MARTINO



Este volumen se acabó de imprimir  
el 30 de diciembre de 1953 en los  
Talleres Gráficos Argentinos L. J.  
Rosso, S.R.L. Doblas 955, Bs. As.



MINISTERIO DE EDUCACIÓN

*Ministro de Educación*

ARMANDO MÉNDEZ SAN MARTÍN

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

RECTORADO

*Rector* : JOEGE A. TALANA

*Vicorrector* : JOSÉ A. FERNÁNDEZ MORENO

*Secretario General* : FEDERICO D. PUNTARELLI

FACULTAD DE DERECHO Y CIENCIAS SOCIALES

*Decano* : JOSÉ A. FERNÁNDEZ MORENO

*Vicedecano* : EDUARDO SERVINI

FACULTAD DE CIENCIAS MÉDICAS

*Decano* : FELIPE MARÍA CÍA

*Vicedecano* : OBESTES ADOBNI

FACULTAD DE CIENCIAS EXACTAS Y NATURALES

*Decano* : ALBERTO GRACIA

*Vicedecano* : EMILIO ANTONIO CALDERÓN

FACULTAD DE INGENIERÍA

*Decano* : OSCAR RIMOLDI

*Vicedecano* : CÉSAR J. C. GARCÍA

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

*Decano* : ANTONIO ERNESTO SERRANO REDONNET

*Vicedecano* : MIGUEL ÁNGEL VIRASORO

FACULTAD DE AGRONOMÍA Y VETERINARIA

*Decano* : JUAN JOSÉ BILLARD

*Vicedecano* : SALOMÓN PAVÉ

FACULTAD DE CIENCIAS ECONÓMICAS

*Decano* : RAMÓN ANTONIO CEREIJO

*Vicedecano* : PEDRO J. BALOCO

FACULTAD DE ODONTOLOGÍA

*Decano* : GUILLERMO A. BIZZOZERO

*Vicedecano* : CARLOS CALLONI

FACULTAD DE ARQUITECTURA Y URBANISMO

*Decano* : MANUEL AUGUSTO DOMÍNGUEZ

*Vicedecano* : CARLOS FEDERICO KRAG

COLEGIO NACIONAL DE BUENOS AIRES

*Rector* : JUAN ALHINO HERRERA

ESCUELA SUPERIOR DE COMERCIO «CARLOS PELLEGRINI»

*Rector Interino* : OSCAR SALVADOR MARTINI

MINISTERIO DE EDUCACIÓN  
UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS

AUTORIDADES

*Decano* : ANTONIO ERNESTO SERRANO REDONNET

*Vicedecano* : MIGUEL ÁNGEL VIRASORO

*Secretario Interino* : NICOLÁS J. M. BECKER

*Prosecretario Interino* : JOSÉ R. RAMOS

*Consejeros* : EDUARDO CASANOVA, DAVID O. CROCE, ORESTES FRATTONI,  
HOMEBO M. GUGLIELMINI, JOSÉ IMBELLONI, ANDRÉS MERCADO VERA,  
ADOLFO LUIS RIBERA, RAFAEL VIRASORO, JUAN CARLOS ZURETTI.

INSTITUTOS

DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA

*Director* : CARLOS ASTRADA

Instituto de Filosofía; *Director*: CARLOS ASTRADA

Instituto de Psicología; *Director*: LUIS F. GARCÍA DE ONDUBIA

Instituto de Sociología; *Director*: R. J. R. M. TECERA DEL FRANCO

Instituto de Estética; *Director*: LUIS JUAN GUERRERO

Instituto del Pensamiento argentino; *Director*: MIGUEL A. VIRASORO

DEPARTAMENTO DE LETRAS MODERNAS

*Director* : ANTONIO E. SERRANO REDONNET

Instituto de Literatura argentina; *Director*: HOMEBO GUGLIELMINI

Instituto de Literatura iberoamericana; *Director*: ANTONIO ERNESTO  
SERRANO REDONNET

Instituto de Literatura española; *Director*: ÁNGEL J. BATTISTESA

Instituto de Literatura francesa; *Director*: FEDERICO ALDAO

Instituto de Literatura Italiana; *Director*: GERARDO MARONE

Instituto de Literatura alemana; *Director*: JUAN C. PROBST

Instituto de Literatura inglesa y norteamericana; *Directora*: ILSE M.  
DE BRUGGER

Instituto de Filología Hispánica; *Director*: ARTURO BERENGUER

#### DEPARTAMENTO DE FILOLOGÍA CLÁSICA Y LINGÜÍSTICA

*Director* : ENRIQUE FRANÇOIS

Instituto de Lingüística; *Director*: ENRIQUE FRANÇOIS

Instituto de Estudios latinos; *Director*: ANTONIO ALONSO DÍAZ

Instituto de Estudios griegos; *Director*: CARLOS A. RONCHI MARCH

#### DEPARTAMENTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

*Director* : DIEGO L. MOLINARI

Instituto de Historia Argentina; *Director* : DIEGO L. MOLINARI

Instituto de Historia de América; *Director* : JOSÉ TORRE REVELLO

Instituto de Historia antigua y medieval; *Director* : ALBERTO FRELKAS

Instituto de Historia moderna y contemporánea; *Director*: H. SÁENZ Y  
QUESADA

Instituto de Historia de España; *Director* : CLAUDIO SÁNCHEZ-ALBORNOZ

Instituto de Historia del arte; *Director* : JOSÉ R. DESTÉFANO

#### DEPARTAMENTO DE CIENCIAS DEL HOMBRE

*Director* : JOSÉ IMBELLONI

Instituto de antropología; *Director* : JOSÉ IMBELLONI

Instituto de arqueología; *Director* : EDUARDO CASANOVA

#### DEPARTAMENTO DE GEOGRAFÍA

*Director* : ROMUALDO ARDISSONE

Instituto de Geografía humana; *Director* : ROMUALDO ARDISSONE

Instituto de Geografía argentina; *Director* : FEDERICO A. DAUS

#### DEPARTAMENTO DE DIDÁCTICA

*Director* : JUAN E. CASSANI

Instituto de Didáctica; *Director* : JUAN E. CASSANI

Instituto de Historia de la educación; *Director*: JUAN C. ZURETTI

#### BIBLIOTECA

*Director* : JOSÉ ANTONIO GÜEMES

# S U M A R I O

## ARTÍCULOS

GUILLERMO L. GUITARTE, *Amado Alonso*, pág. 3; DEMETRIO GAZDARU, *Cartas inéditas de Adolfo Mussafia. La ley sintáctica "Tobler-Mussafia" y otros problemas filológicos*, pág. 8; ÁNGELA BLANCA DELLEPIANE DE MARTINO, *Ficción e historia en la "Trilogía de los Pizarros" de Tirso*, pág. 49; DELFÍN LEOCADIO GARASA, *Voces náuticas en Tierra Firme*, (I) pág. 169.

## RESEÑAS

*Selected Writings of Edward Sapir in Language, Culture and Personality* (Emma Gregores), pág. 210; FERNANDO DE HERRERA, *Rimas inéditas*, ed. José Manuel Blecua. (Orestes Frattoni), pág. 220; GONZALO ZALDUMBIDE, *Cuatro Clásicos americanos* (Ángela Blanca Dellepiane de Martino), pág. 224; JOSÉ SIMÓN DÍAZ, *Bibliografía de la Literatura Hispánica*, Tomos I, II y III (Alfredo Carballo Picazo), pág. 227; *Antología de elogios de la lengua española*. Selección de Germán Bleiberg (Nélida H. Espinosa), pág. 235; JULES HORRENT, *La Chanson de Roland dans les littératures française et espagnole au Moyen Age* (María Luisa Lacroix), pág. 238; MANUEL PEDRO GONZÁLEZ, *Estudios sobre Literaturas Hispanoamericanas* (Germán Orduna), pág. 249; MARCOS A. MORÍNIGO, *Difusión del español en el noroeste argentino* (Lucilo Oriz), pág. 254; F. GENNRICH, *Troubadours, Trouvères, Minne- und Meistersang*. I.; *Altfranzösische Lieder* (1. Teil), (Gerardo Moldenhauer), pág. 258.

## REVISTA DE REVISTAS

*Comparative Literature*, IV, 1952 (Guillermo L. Guitarte), pág. 262; *Word*, VIII, 1952 (Ángela Blanca Dellepiane de Martino), pág. 273.